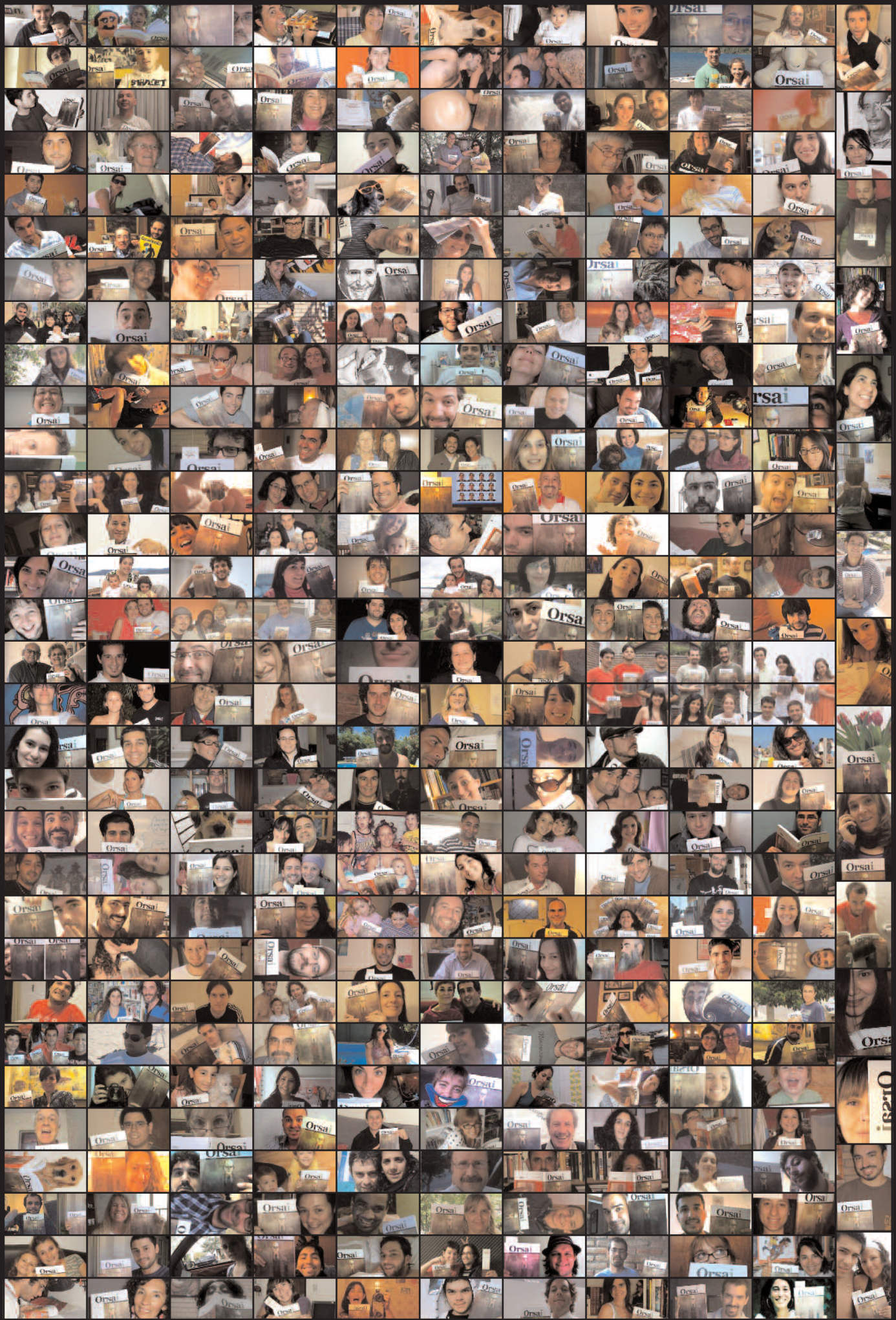
Orsai

NADIE EN EL MEDIO | ABRIL, MAYO Y JUNIO DE 2011 | NÚMERO DOS


Orsai

No elegí por casualidad esta hora de la noche, ni este día, para escribir el editorial. Fue a propósito: es medianoche en Buenos Aires (y las cuatro de la madrugada aquí en Barcelona) del 16 de marzo de 2011. En este preciso momento cumplo cuarenta años. Pienso, sin opción a pensar en otra cosa, que todas mis primeras versiones (el gordito de 10 años, el pajarón de 20, el inmigrante de 30) soñaron con que la madurez llegara de este modo: en medio de un proyecto loco y bueno, en el que estén los viejos amigos. Me acuerdo de muy antiguas charlas con Chiri en las que fantaseábamos con los cuarenta. ¿Nos dejaría la vida hacer lo que se nos antojara? ¿Se podría seguir conversando de discos, de libros, de películas, cuando llegara por fin la madurez? ¿Nos estaría permitido divagar abajo de una parra, o disfrutar con ideas trasnochadas, cuando viniera el tren bala de los hijos y las deudas? La amistad masculina es una larguísima sobremesa que solamente se desactiva cuando hay fútbol. Nosotros, en esa charla interminable, siempre usamos el comodín de "los cuarenta" como metáfora de peaje. Los cuarenta siempre fueron la edad crítica, la gran muralla, el límite. Si a esa edad algo se ha roto, decíamos, se habrá roto para siempre. Pero acá estamos: nada se quebró. Hace un par de meses, cuando nos sentamos a fantasear los contenidos de este número de Orsai, nos resultó muy extraño que una idea tan absurda, tan poco seria, tan frágil y adolescente, haya tenido tantos y tan alegres lectores en todas partes. A mí, y eso que soy optimista, me parece una bendición que Orsai tenga un número dos. Quizá sea por eso que toda esta edición de la revista, sus 212 páginas, hablan de segundas veces, de nuevas oportunidades. Nietos que acaban el trabajo inconcluso de sus abuelos, ídolos del rock que se caen y se levantan, viejos amigos que van en busca de flamantes carnavales, presos que se convierten en presidentes, guerras que buscan nuevos tiempos, ciudades que duran una semana y resurgen. Todas son revanchas. En un viejo cuento que escribí hace mucho (y que ahora es la historieta y la portada de esta edición) conté que en 1995 estuve a punto de matar a mi sobrina haciendo marcha atrás con el auto. De haberlo hecho, me habría escondido en Finlandia, ya no habría podido escribir, ni estar nunca más con la gente querida. Bienvenidos entonces los cuarenta. Y las canas en la barba. Y los miedos nuevos. Bienvenida esta crisis que siempre quise vislumbrar sin amargura y que llegó esta noche, por fin, trayendo revanchas dulces y el segundo número de Orsai.

Hernán Casciari

¿Cuánto deberían tardar dos presidentes en darse la mano?

Lo primero que hicimos fue borrar con un trapo húmedo la pizarra blanca, en donde estaban todos los contenidos del número uno. Adiós Altuna, buenas tardes Hornby, chau Meneses, buena suerte a todos, la pasamos muy bien en aquellos meses. Ahora Chiri y yo estábamos otra vez con doscientas páginas en blanco.

Habíamos vuelto de Argentina, del calor de enero, muchos asados, presentación en Mercedes y un poco de playa. Habíamos padecido los increíbles culos del verano; uno nunca se acostumbra a esa

¿CONOCÉS A ALGUIEN QUE ENTIENDA LAS PUBLICIDADES DE LOS AUTOS?

entronización del culo que hay en Buenos Aires. Y ahora estábamos de nuevo en un pueblo del Pirineo catalán, a dos grados bajo cero y en silencio.

—¿Vamos a hacer, de una vez por todas, una portada con un culo gigante de diecinueve por veintiocho? —me pregunta entonces Chiri— Somos editores argentinos y tenemos una revista. La tapa tiene que ser un culo.

—Hace un par de días —le digo— un lector muy histórico del blog que se llama Mauricio, ecuatoriano viviendo en Alemania, profesor, muy buen tipo, me mandó un mail largo con la crítica del número uno.

—¿Le gustó?

—Bastante, pero con matices. Entre lo que no le gustó está justamente la portada y la ausencia de sumario. Escuchá lo que me dice: “El único inmenso defecto de la revista es su ausencia de índice. En cuanto a la portada, es tan horrible que es una verdadera antipublicidad, lo cual quizá sea una virtud. En todo caso, estoy seguro que a casi nadie le gustó la portada de la revista y votaría definitivamente por un mejor diseño, pero, puesto a elegir, sigo pensando que aún más importante que esto es poner un índice”.

—No le gustó una mierda, la revista.

—Sí, le gustó —le digo—, te estoy leyendo solamente el párrafo crítico. Mauricio necesita un sumario y una portada con palabras, cosas que le digan lo que encontrará adentro. Las revistas son así, tienen portada y sumario. Agarrá una revista cualquiera de arriba de la mesita.

Chiri agarra tres.

—¿Qué hay entre el editorial y la primera nota larga? —le pregunto.

Chiri empieza a pasar páginas:

—Publicidad, publicidad, publicidad, publicidad, publicidad... y un sumario.

—A mí me llama muchísimo la atención que nadie se queje de eso. Desde hace años, los contenidos empiezan en la página treinta. Pero hay un acuerdo tácito entre el editor, el auspiciante y el lector. El lector se hace el boludo y pasa esas páginas sin verlas. El editor también se hace el boludo y no le dice al auspiciante que nadie mira su publicidad. Y el auspiciante se hace el boludo también, porque no le importa que el lector mire su reclamo.

—En la televisión pasa lo mismo —me dice Chiri—. ¿Vos conocés a alguien que entienda las publicidades de los autos? ¿O de los perfumes?

—A mí me parece —y me acerco un poco para decir esto, porque es casi una teoría conspiranoide— que el ser humano hace cada vez más cosas sin saber por qué las hace.

—No me gusta que me hables al oído, alejate.

—Perdón.

—Entiendo lo que decís —me conforta Chiri—. Es como el experimento de los monos y las bananas.

Wikileaks, la guerra y la verdad

por Ignacio Escolar

¿Lo conocés?

—No.

—Ponés a seis monos en una jaula grande. En el medio de la jaula una escalera. Arriba de la escalera seis bananas. Cuando un mono quiere subir la escalera, le tirás chorros de agua fría a los monos que están abajo. Si otro mono quiere subir, otra vez mangueréas a los de abajo. Entonces los monos ya no dejan subir a nadie. Después sacás a un mono y ponés otro mono nuevo. Los demás no lo dejarán subir la escalera. Sacás a otro mono viejo y ponés un segundo mono nuevo. Y así hasta que los seis monos son nuevos. Estos seis monos nunca vivieron la experiencia de la manguera, pero de todas formas no suben a buscar la banana. No saben por qué. Pero no suben.

—¿Vos me querés decir con esto —le digo a Chiri— que Mauricio, nuestro lector crítico y amigo, necesita que esta revista tenga una portada tradicional porque en la antigüedad le tiraron chorros de agua fría a sus abuelos?

—No. Te digo que hay cosas que hacemos sin saber ya por qué.

—Hay una costumbre de ese estilo que a mí me fascina mucho —le digo a Chiri—, y ocurre cuando se encuentran dos presidentes de países. Un presidente invita al otro, y se saludan en la entrada. ¿Te suena la imagen?

—Sí, claro. Pasa a cada rato.

—Bien. Entonces los dos presidentes se ponen de costado, de cara a los fotógrafos, y se dan la mano.

—Sí.

—¿Cuánto tardan dos seres humanos normales en darse la mano?

—Dos segundos.

—Exacto. En cambio dos presidentes tardan de quince a veinticinco segundos. Se estrechan las manos y sonríen, muchas veces, para que los fotógrafos puedan sacar las fotos. Son dos títeres patéticos en ese momento, ellos lo saben, los fotógrafos lo saben, nosotros también lo sabemos. ¿Por qué lo hacen?

—Ni idea.

—Supongo que en la antigüedad las máquinas de fotos eran lentas. Es muy posible que lo hagan por eso. Pero en esta época, en la que es posible fotografiar la explosión de una gota de leche contra el suelo, no tiene mayor sentido que dos presidentes eternicen su saludo para que salga la foto. Sin embargo, lo hacen.

—Cuando una costumbre pierde sentido —me dice Chiri—, la empiezan a llamar protocolo.

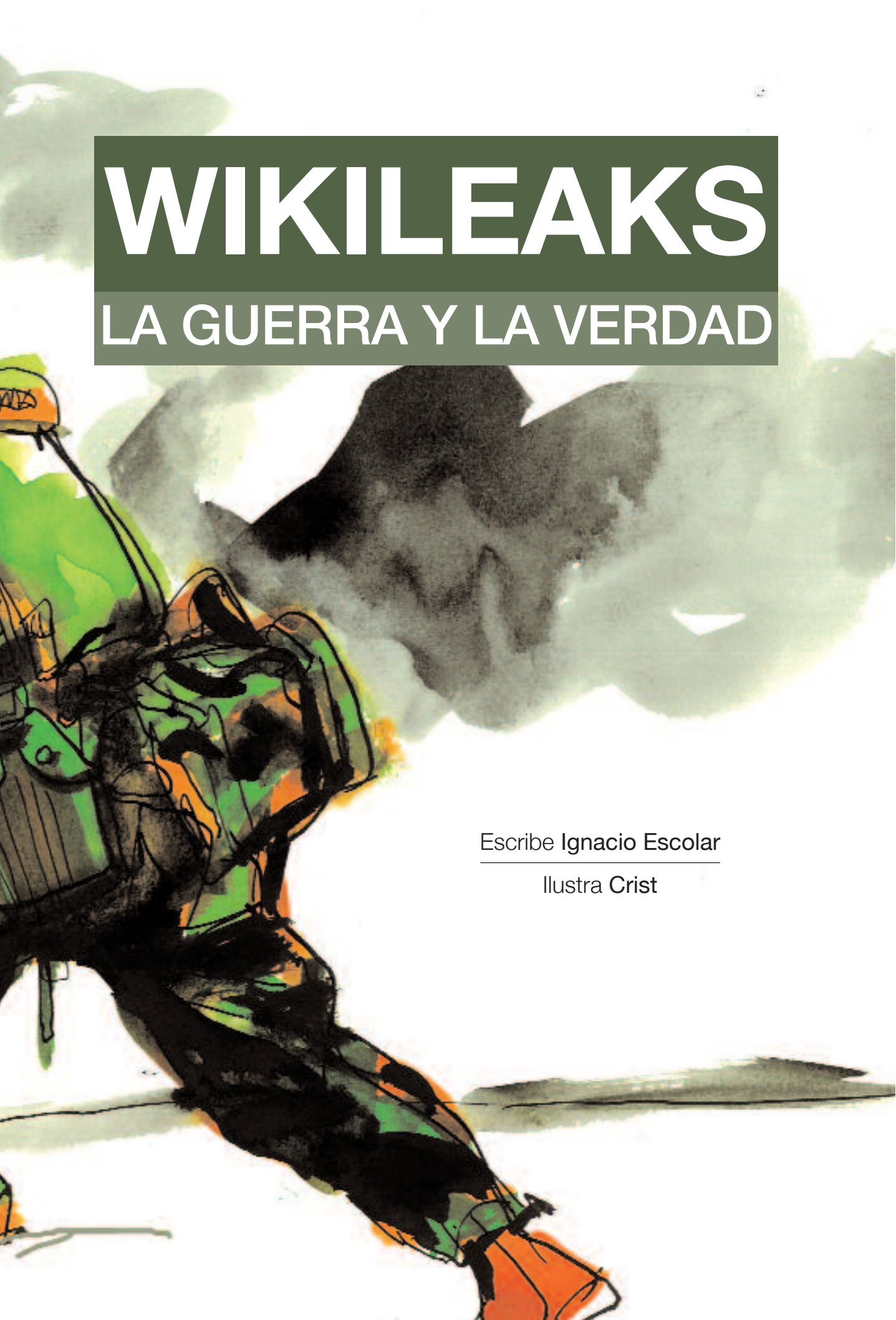
—¡Exacto! O diplomacia. O monarquía. O guerra. La diplomacia está llena de esas ridiculeces también. O por lo menos lo estaba hasta que llegó Julian Assange con Wikileaks, y le mostró a todo el mundo que los presidentes no tardan veinticinco segundos en darse la mano, que en realidad ya se habían visto antes, ya habían conversado lo que tenían que conversar, ya habían pactado guerras o inversiones clandestinas, y que ahora, mientras se dan la mano y sonríen, lo que hacen es teatro. El fotógrafo que pide la foto eterna también lo sabe. Nosotros, que vemos la foto en los diarios, también sabemos que esas sonrisas son falsas. Vivimos en la era de la teatrocracia, y lo peor es que parece que no nos importa.

—Entonces —dice Chiri—, ¿vos decís que ponerle sumario a la revista es como una convención diplomática?

—Sí. Es hacer lo que hay que hacer. Entonces no lo hagamos. No le pongamos nada. Vayamos directamente a lo que importa. Levantemos el telón y que empiece la farsa.

WIKILEAKS

LA GUERRA Y LA VERDAD



Escribe **Ignacio Escolar**

Ilustra **Crist**

Veintisiete de diciembre de 1917. David Lloyd George, premier del Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial: "Anoche escuché, en una cena que organizaba Philip Gibbs a su vuelta del frente, la más increíble y emocionante descripción que he oído jamás de lo que significa la guerra. Incluso la audiencia de cínicos periodistas y políticos que estaban allí se quedó sin habla. Si la gente realmente supiera, la guerra terminaría mañana mismo. Pero no lo saben y no lo pueden saber. Los corresponsales no escriben y la censura no deja transpirar la verdad. Lo que nos envían no es la guerra, sino una bonita postal de la guerra donde todo el mundo hace gestos heroicos. La verdad es horrible y supera los límites de nuestra tolerancia, y yo siento que no puedo seguir con este negocio sangriento".

Philip Gibbs, el narrador capaz de conmover en una cena a los más duros políticos y periodistas, era uno de los cinco corresponsales de guerra ingleses acreditados en el frente. Solo había cinco periodistas informando de la guerra desde la primera línea y todos ellos estaban empotrados con las tropas, bajo el control del ejército británico.

Gibbs escribía desde el frente occidental, desde las trincheras; probablemente el escenario de guerra más cruel que, hasta ahora, ha sido capaz de inventar el ser humano. Gibbs mandaba sus crónicas al *Daily Telegraph* y al *Daily Chronicle*. A cambio de su acreditación, de poder estar allí, sus textos eran censurados por el ejército inglés antes de llegar a los lectores. A Gibbs no le gustaba este acuerdo, pero lo aceptaba. Colaboraba con la censura al firmar una información que él sabía manipulada.

En 1920, cuando al fin llegó la paz, Gibbs publicó un libro sobre sus experiencias en la guerra de título revelador: *Now It Can Be Told* ("Ahora ya se puede contar"). No fue una verdad molesta para el establishment británico. Años después, fue nombrado caballero real: Sir Philip Gibbs.

Pero el entrecomillado del premier David Lloyd George no lo conocemos por Sir Philip Gibbs. La persona que recogió el sincero testimonio del primer ministro británico durante una conversación privada entre ambos fue Charles Prestwich Scott, otro periodista, aunque esta definición se queda un poco corta. Scott era en aquel momento dueño y director del *Manchester Guardian*, un periódico cuyo nombre no nos dice gran cosa hasta que sabemos cómo se llama ahora: *The Guardian*.

Scott, además del gran director del *Manchester Guardian* (dirigió el diario durante nada menos que cincuenta y siete años), fue también político, miembro del parlamento inglés durante dos legislaturas por el Partido Liberal, al que también pertenecía Lloyd George. Sea por camaradería política, por vergüenza cómplice o por sentido de

Estado, lo cierto es que la reveladora confesión del premier jamás salió publicada en el *Manchester Guardian*. Scott solo anotó la frase en su diario privado el veintisiete de diciembre de 1917. ¿Se imaginan la portada? Yo sí.

Titular a cuerpo 70: *Lloyd George: "Si la gente realmente supiera, la guerra terminaría mañana"*.

Subtítulo: *El primer ministro siente que no puede "seguir más con este negocio sangriento"*.

Destacado: *"La verdad es horrible y supera los límites de nuestra tolerancia"*.

Pero Scott jamás publicó esa noticia en vida. La portada del *Manchester Guardian* del veintiocho de diciembre de 1917, al día siguiente de que su director conociese la abrumadora confesión del premier, solo tuvo una mención a la guerra en toda la primera página, un anuncio en la esquina superior izquierda que decía: "compre bonos nacionales de guerra para apoyar al Reino Unido".

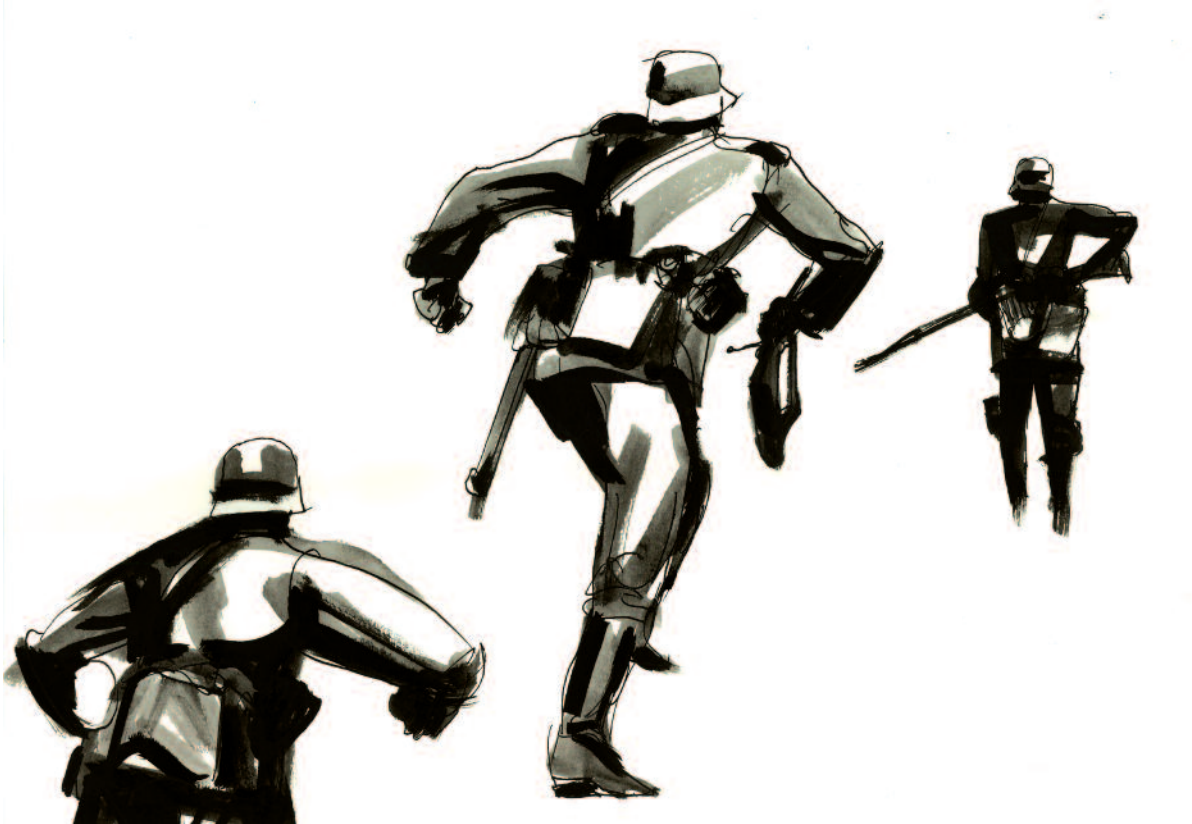
El crudo testimonio del primer ministro británico no se publicó hasta medio siglo más tarde. En 1970, cuatro décadas después de la muerte de Scott —cuando Lloyd George también llevaba veinticinco años muerto—, sus herederos recopilaron sus diarios en un libro: *The Political Diaries of C.P. Scott, 1911-1928*. Son quinientas nueve páginas llenas de esas verdades que solo ven la luz cuando ya han dejado de ser noticia. ¿Y qué es noticia? Me quedo con la definición de Horacio Verbitsky: "Es aquello que alguien no quiere que se sepa; el resto es propaganda". Las palabras del premier británico solo se conocieron cuando la pólvora de la noticia se había mojado, cuando ya era inofensiva y solo servía para los anecdotarios y los libros de Historia.

En cuanto a David Lloyd George, contra lo que apuntaba su testimonio, siguió en ese "negocio sangriento" hasta el final de la guerra. Reino Unido ganó. El precio fue setecientos quince mil muertos ingleses. A pesar de esos momentos de debilidad, Lloyd George no dimitió. Perdió el poder unos años después, cuando su compleja coalición de gobierno se vino a pique, pero en su caída poco tuvo que ver ni la prensa ni la verdad desconocida por sus ciudadanos ni sus remordimientos por el horror de la guerra.

Claro que entonces no existía Wikileaks.

Otra cita de otro presidente: "Detrás del gobierno aparente se sienta en el trono un gobierno invisible que no debe lealtad ni reconoce responsabilidad alguna con la gente. Destruir este gobierno invisible, romper esta alianza terrible entre los negocios corruptos y los políticos corruptos, es la primera tarea de los estadistas". Theodore Roosevelt, 1912.

Es una de las citas preferidas de Julian Assange y con ella arranca un pequeño ensayo que escribió en su blog (iq.org) en 2006. Se titula "State and Terrorist Conspiracies" y es un artículo corto pero tremendamente ambicioso. Va



de cómo cambiar el mundo, a través de la transparencia, a través de filtraciones que hagan imposible lo que él llama la conspiración.

Dice Julian Assange en ese texto: "Para cambiar radicalmente la dinámica de un régimen debemos pensar de manera clara y directa, porque si algo hemos aprendido es que los regímenes no quieren cambiar. Debemos pensar más allá de aquellos que nos precedieron y descubrir los avances tecnológicos que nos alientan a tomar la clase de acción que nuestros antepasados nunca pudieron. Primero debemos entender qué clase de comportamiento, gubernamental o neocorporativo, queremos cambiar o eliminar. En segundo lugar, debemos desarrollar un modelo de pensamiento en torno a estos comportamientos que sea lo suficientemente sólido como para llevarnos a través del distorsionado lenguaje político a una posición de claridad. Finalmente, debemos usar estos conocimientos para inspirar, en nosotros mismos y en los demás, un proceso de acción efectiva y dignificante".

"SOLO SI CONOCEMOS LAS INJUSTICIAS PODEMOS CONTESTARLAS".

El párrafo cobra un sentido nuevo cuando se conoce qué pasó después. Ese mismo año, en 2006, Julian Assange fundó Wikileaks con una intención nada modesta: cambiar el mundo, acabar con la hipocresía del "distorsionado lenguaje político", que dice una cosa en público y hace otra en privado. ¿Su objetivo? Destruir el gobierno invisible: el poder autoritario de las superpotencias y de las supercorporaciones o, al menos, algunos de sus peores comportamientos. ¿Sus armas? Los avances tecnológicos —especialmente internet— y las filtraciones, esa "clase de acción que nuestros antepasados nunca pudieron". Las noticias en su mejor sentido, entendidas como aquello que alguien no quiere que se sepa, como aquella información que no es propaganda.

Assange, en ese artículo, define a una conspiración, a cualquier conspiración, como una red de secretos compartidos: como un flujo de información. "Cuanto más secreta e injusta sea una organización, más vulnerable resulta a las filtraciones", escribía Assange en 2006. Según su teoría, publicar sus secretos hace que la conspiración se vuelva recelosa, tema más filtraciones y restrinja la comunicación entre los suyos. La sangre no circula y el cuerpo se gangrena porque no fluye la información. Muchos nodos se quedan aislados. De ese modo el gobierno invisible se vuelve más torpe, más estúpido.

Su teoría, en parte, se ha cumplido: tras las revelaciones de Wikileaks, el Gobierno estadounidense ha restringido el acceso a sus analistas a gran parte de las bases de datos con información secreta. Ha cortado hilos entre los nodos de su red. La inteligencia estadounidense es hoy más estúpida, menos eficaz.

Pero hay otra razón, aún más importante que esa reacción del Estado al restringir su propia información, por la que las filtraciones de Wikileaks cambian el mundo. "Solo si conocemos las injusticias podemos contestarlas", decía también Assange en 2006. Y tiene razón. Pero la prensa se ha demostrado muchas veces incapaz de combatir de forma efectiva la mayor propaganda que existe, la de la mayor injusticia posible: la de la guerra, esa "horrible verdad" que "supera los límites de la tolerancia humana".

La guerra es, por ejemplo, dos helicópteros AH-64 Apache armados cada uno de ellos con misiles antiaéreos, misiles antitanque y un cañón automático M2320 capaz de disparar seiscientas cincuentas balas de treinta milímetros por minuto. El horror de la guerra es ver, en vídeo, cómo esos dos helicópteros, de la unidad "Crazy Horse", sobrevuelan una barriada de Bagdad, el doce de julio de 2007, y abren fuego contra un grupo de iraquíes desarmados porque, a pesar de sus sensores de temperatura y sus visores de infrarrojos, confunden una cámara de vídeo con un fusil Kalashnikov. Murieron dieciocho personas, entre ellas dos menores. En el vídeo se puede escuchar la conversación entre los dos pilotos de los Apache Crazy Horse al descubrir que han asesinado a dos niños.

—Bueno, es su culpa por traer a sus hijos a la batalla.

—Es cierto.

El horror de la guerra es Nabiha Jassim, una mujer iraquí embarazada que ha roto aguas; viaja con su familia en un coche hacia el hospital y muere tiroteada porque conducían demasiado rápido. Su bebé tampoco sobrevivió.

La guerra es también la historia de

veinticuatro civiles iraquíes ajusticiados por un grupo de soldados estadounidenses, en venganza por un compañero muerto.

Ni los pilotos de los helicópteros Crazy Horse, ni los que asesinaron a Nabiha Jassim y a su hijo, ni siquiera el escuadrón de la venganza que ajustició a esos civiles han sido juzgados. Ni lo serán.

Muchas de las historias más dramáticas sobre esa guerra, algunas de las más reveladoras sobre el significado real de la frase "llevar la democracia a Irak", que tanto se repetía en los aperitivos previos a la invasión, ya no son solo fruto del trabajo de los corresponsales de guerra. Las dos principales exclusivas sobre el horror de la guerra de Irak tienen dos fuentes muy distintas a las habituales del viejo periodismo.

La primera: las tarjetas de memoria de las cámaras de fotos de una pareja muy especial, Charles Graner y su novia Lynndie England: los torturadores que decidieron guardar, como recuerdo, imágenes del día a día en la prisión de Abu Ghraib.

Conocimos las terribles imágenes de la prisión de Abu Ghraib gracias al trabajo de un veterano periodista: Seymour Hersh. Son las mejores fotos jamás tomadas sobre el horror de la tortura, pero no las capturó ningún fotoperiodista: fueron los propios torturadores quienes las hicieron.

La segunda: los CD regrabables con música de Lady Gaga en los que el soldado Bradley Manning al parecer copió esa información secreta que después ha difundido Wikileaks: el vídeo de los helicópteros Apache ametrallando civiles en Bagdad y asesinando a dos periodistas de *Reuters*; los documentos del día a día de las tropas en las guerras de Irak y Afganistán; y los cables diplomáticos del Cablegate.

Manning, según publicó la revista *Wired*, escuchaba la canción "Telephone", de Lady Gaga, mientras se descargaba de la red del Pentágono SIPRnet estos archivos. Es la mayor filtración de la historia del mundo, pero sorprende que no haya ocurrido antes. Tras el 11-S, el Pentágono amplió muchísimo el número de analistas con permisos suficientes como para acceder a esos archivos secretos, a los que entraba Manning. Algunos cálculos hablan de que había tres millones de analistas con acceso a la red SIPRnet. ¿Se puede llamar secreto a una

información al alcance de tres millones de personas?

Algunos de esos documentos que supuestamente filtró Manning son los que estos meses están difundiendo varios diarios, en colaboración con Wikileaks. Otros aún no se conocen, pero ya se mueven por las redes P2P dentro de un archivo codificado de 1,39 gigabytes que se llama Insurance.aes256.wikileaks. Es el seguro de vida de Julian Assange: una caja fuerte de información con noticias que alguien —el Pentágono estadounidense, entre otros— no quiere que se sepa y cuya contraseña de apertura se difundirá si algo le sucediera al fundador de Wikileaks.

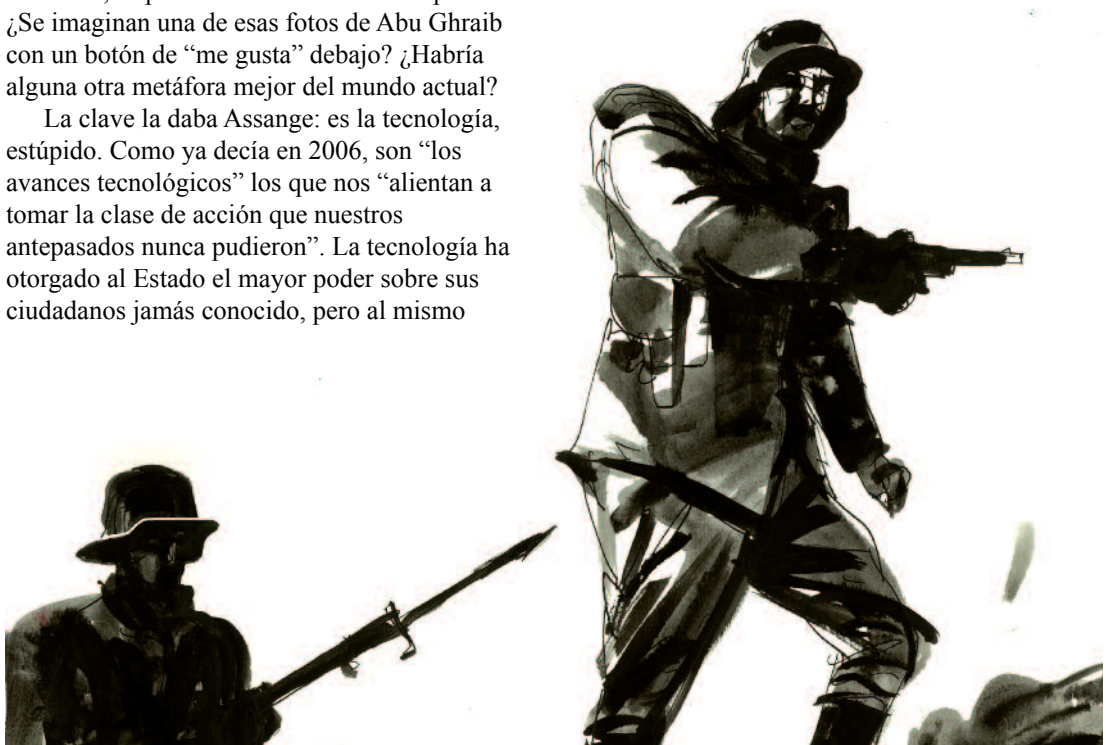
Según el criptógrafo Bruce Schneier, Estados Unidos acaba de descubrir, con Wikileaks, lo mismo que sufre desde hace años la industria de la música o el cine: lo extremadamente fácil que resulta copiar y distribuir archivos digitales en la era de internet. También pasó con Abu Ghraib. Las fotos se tomaron entre 2003 y 2004. Cuando Charles Graner y Lynndie England posaban en esas imágenes que tomaban como souvenir, para enseñar más tarde a sus amistades, no parecían ser del todo conscientes de hasta qué punto les incriminaban en un delito. En el año 2004, Facebook acababa de nacer y solo aceptaba estudiantes de Harvard (no hay muchos en el ejército estadounidense). Tal vez hoy, Graner y England habrían difundido estas imágenes entre sus amigos a través de Facebook. Ya se han dado casos similares en las redes sociales con imágenes tomadas por soldados judíos en Palestina; es parte de la sensación de impunidad. ¿Se imaginan una de esas fotos de Abu Ghraib con un botón de "me gusta" debajo? ¿Habría alguna otra metáfora mejor del mundo actual?

La clave la daba Assange: es la tecnología, estúpido. Como ya decía en 2006, son "los avances tecnológicos" los que nos "alientan a tomar la clase de acción que nuestros antepasados nunca pudieron". La tecnología ha otorgado al Estado el mayor poder sobre sus ciudadanos jamás conocido, pero al mismo tiempo ha devuelto al individuo una enorme capacidad de respuesta. Existe el *Gran Hermano* de la distopía de Orwell, pero también millones de pequeños hermanos. La tecnología equilibra esa relación y esto no va a cambiar, pase lo que pase con Julian Assange y Wikileaks.

La idea de Assange, en cierto sentido, deconstruye el trabajo periodístico del mismo modo en que Marc Singla y Ferran Adriá lo hacen con esa tortilla de patatas en forma de copa, y en tres capas, con la espuma de huevo, la patata frita y la cebolla. Un periódico es una máquina que recoge información por un lado y escupe noticias por el otro. El periodista es quien consigue la información —muchas veces, garantizando el anonimato a una fuente—, después la elabora y más tarde la difunde. Wikileaks se ha quedado con la primera parte de ese proceso: son ellos quienes garantizan el anonimato a la fuente y no es por su palabrita de honor, sino por la tecnología criptográfica. En teoría, no pueden difundir quiénes son sus fuentes porque, según Assange, las desconocen.

A diferencia de los periódicos, Wikileaks no es una parte del poder —el cuarto, como siempre se le llamó— sino una estructura independiente, ajena al poder económico y político con el que tantas veces se mezcla la prensa.

Wikileaks, en su concepción abstracta, es solo un buzón anónimo a través de internet que recoge documentos filtrados —vídeos, archivos secretos y similares—, y después los difunde. No acepta chismes o soplos, solo documentos. No difunde todo lo que recibe sin más, antes comprueba su



autenticidad a través de un equipo de voluntarios. Es un pararrayos que recoge información y que, gracias a su cada vez mayor popularidad y prestigio, se convierte en el pararrayos más alto del planeta: en el punto más visible para cualquier fuente que quiera transmitir una información comprometida, salvaguardando su anonimato. La Garganta Profunda que destapó el Watergate en los años setenta solo podía transmitir esa información, tomar contacto desde el cielo a la tierra, a través de un diario, como el *Washington Post*. Hoy la prensa también ha perdido ese monopolio.

Si algún día Wikileaks desaparece, otro pararrayos ocupará su lugar y será allí donde algunas fuentes, interesadas en difundir información delicada, podrán descargar su electricidad. La gran diferencia entre Wikileaks y los diarios es que la organización de Assange teóricamente no pretende procesar la información, solo difundirla. Ante el debate moral de muchos diarios —que se cuestionan tantas veces si se deben publicar determinados datos o noticias—, Wikileaks dice poner la transparencia por encima de todo lo demás.

"Assange es un absolutista de la transparencia. Le molesta tener que borrar fragmentos de los documentos por imposición de los medios con los que colabora. Cree que, aunque algunos documentos filtrados puedan tener consecuencias no deseadas, en su conjunto el efecto a largo plazo solo puede ser positivo", explica el periodista Iñigo Sáenz de Ugarte, corresponsal de *Público* en Londres. "Hay un paralelismo interesante entre Assange y los activistas británicos que se opusieron en el siglo XVIII y XIX a la esclavitud. La describían como un mal absoluto que había que depurar con independencia de las consecuencias políticas o económicas que pudiera sufrir el imperio británico. Gran Bretaña no permitía ya la esclavitud, pero la aceptaba en algunas colonias y territorios sobre los que tenía control. Los abolicionistas rechazaban esa doble vara de medir, que es a fin de cuentas uno de los principios de la política exterior de Occidente."

Da igual lo que haga el Estado para impedir que este nuevo pararrayos siga transmitiendo electricidad sin apenas procesarla: esta situación no va a cambiar. Al igual que ha sucedido con el P2P, todos los intentos por cerrar uno y otro programa de descargas, desde Napster a Audiogalaxy, solo han servido para mejorar la tecnología: para hacer evolucionar las herramientas, para multiplicar y difundir la información, le guste o no le guste a la ley.

Wikileaks es un cambio de paradigma tan potente que incluso está blindado contra la decepción que pudiese provocar Julian Assange. ¿Qué sabemos de él? ¿Podemos fiarnos? ¿Será Assange el nuevo Che en las camisetas de dentro de cincuenta años o en cinco meses se convertirá en otro bluf? Se ha escrito mucho sobre la personalidad y las motivaciones de Assange. El escritor Bruce Sterling le defiende con un argumento interesante. "No está en esto por dinero, no sabría qué hacer con él. Vive pegado a una mochila y su rutina diaria probablemente consiste en dieciséis horas conectado al ordenador. No van a mejorar sus búsquedas en Google porque pueda gastar más con esa tarjeta que le vetó Mastercard".

Sterling tampoco cree que sea una cuestión de ego. "Conozco a escritores y arquitectos mucho peores que Assange en ese sentido." Otros no opinan igual. Bill Keller, el director del *New York Times*, le describe como un narcisista colérico, aquejado del Síndrome de Peter Pan y superado por su propia popularidad. Lo mejor que dice de él —en un largo artículo publicado a final de enero sobre la relación de su diario con Wikileaks— es que parece uno de los personajes hackers de las novelas de Stieg Larsson. Keller se distancia de Assange, explicando que para ellos ha sido solo una fuente: una fuente muy importante, pero no por ello con derecho a decidir cómo se publicaba esa información. El director del *New York Times* termina su artículo con un punto irónico, contando la felicitación navideña que le mandó uno de los abogados del equipo de Assange "que demuestra que al menos hay gente en Wikileaks que aún no ha perdido el sentido del humor". La nota: "Hola chicos. Santa Claus es mamá y papá. Firmado, Wikileaks".

También se acaba de editar en español un libro de un excolaborador de Wikileaks, Daniel Domscheit Berg, que le retrata como un "paranoico egocéntrico hambriento de poder". En Alemania, su primer lugar de edición, ha tenido algunas críticas duras. Según el semanario *Spiegel*, "parece la historia de un enamorado decepcionado, como lo muestran frases referentes a que su exsocio gusta de comer con las manos y luego limpiárselas en los pantalones".

En internet circula un meme que etiqueta a Assange como "caótico bueno", dentro de los alineamientos morales del juego de rol "Dragones y Mazmorras". Un caótico bueno es un personaje individualista, rebelde, que está dispuesto a saltarse la ley si la ley es injusta: un Robin Hood.

SI HABÍA UN DIARIO EN EL MUNDO CAPAZ DE ADOPTAR A LOS ACTIVISTAS DE WIKILEAKS, ÉSE ERA *THE GUARDIAN*.

Sea cual sea la verdadera personalidad de Assange y sus motivos morales, la leche ya se ha derramado y el mundo no volverá hacia atrás, como pasó con Napster o con la bomba nuclear. Esto no cambia incluso si Assange acaba resultando ser un loco más pirado que un malo de James Bond. Si Wikileaks y su líder carismático acaban siendo derrotados o desprestigiados —justa o injustamente, da igual—, su lugar será ocupado por otras organizaciones con las mismas herramientas e idénticos fines. No es tampoco una tecnología atómica: la criptografía necesaria para garantizar a una fuente el anonimato como lo hace Wikileaks está casi a disposición de cualquiera que la quiera usar. Wikileaks ya es un éxito, pase lo que pase después.

Tarjetas de memoria con fotos turísticas de las torturas en Abu Ghraib, soldados que copian en CD-RW los archivos secretos del Pentágono mientras escuchan pop electrónico, documentos codificados que multiplican una caja de Pandora a través de internet… Me pregunto qué pensaría de todo esto el viejo director del *Manchester Guardian*, Charles Prestwich Scott. No era precisamente un tecnófilo y una de sus frases más citadas es una fanfarronería ilustrada contra los tiempos modernos: "¿Televisión? Esa palabra es mitad latina y mitad griega. Nada bueno puede venir de ahí".

Internet es mejor que la televisión, al menos en su etimología. Es una palabra compuesta por dos términos de raíz latina: inter y net. No sé si esto bastaría para ganarse la comprensión de Scott.

Pero la cita más famosa del mítico director del *Manchester Guardian* es otra. Primero en inglés: "*Comment is free, but facts are sacred*". Es una de las frases sobre periodismo más citadas en el mundo, y también casi el eslogan de facto de *The Guardian*. Scott, gran articulista, la publicó dentro de un histórico alegato sobre la independencia de la prensa y su papel en la sociedad que apareció en la portada del *Manchester Guardian* en 1921, el día del primer centenario del periódico. La traducción más habitual: "La opinión es libre, pero los hechos son sagrados".

Mi opinión libre: a pesar de esa noticia que nunca publicó en vida sobre el premier David Lloyd George y la Primera Guerra Mundial, C. P. Scott fue un gran director, capaz de convertir al *Manchester Guardian* en uno de los mejores diarios de la historia. Fue muchas veces valiente, y otras tantas se atrevió a nadar contracorriente. Su diario respaldó la defensa del voto para la mujer en un momento en donde los lectores eran casi en exclusiva hombres, y también se opuso a la Segunda Guerra Bóer y a sus terribles campos de concentración.

Uno de los hijos de Scott, tras su muerte, transfirió la propiedad de *The Guardian* a una fundación: el Scott Trust, que blindó la autonomía del diario dando a la redacción y a sus siguientes directores una independencia envidiable, muy superior a casi cualquier otro periódico del planeta.

Si había un diario en el mundo capaz de adoptar a los activistas de Wikileaks, ese era *The Guardian*. Ni siquiera así ha salido bien.

Los primeros choques comenzaron por la decisión de los medios de no publicar todos los cables íntegros y eliminar algunos fragmentos. Más tarde, el proceso de extradición de Reino Unido a Suecia contra Julian Assange por el supuesto caso de violación envenenó la relación entre ambos socios hasta extremos irrecuperables. Han chocado dos mundos: la vieja prensa, casi dos siglos de historia desde el *Manchester Guardian*, con esos "anarquistas", como los define el actual director de *The Guardian*, Alan Rusbridge. Assange lleva mal ese goteo de la información que aplican sus socios del papel, que no solo quieren cambiar el mundo sino también vender diarios. En un momento de máxima tensión, el fundador de Wikileaks incluso amenazó con demandar a *The Guardian* por saltarse los acuerdos de publicación con el argumento de que habían violado su copyright; tiene su gracia, si tenemos en cuenta que el

copyright de los cables los tendría, si acaso, el Gobierno de Estados Unidos.

El último episodio de este desencuentro ha sido la noticia, a principios de marzo, de que Steven Spielberg ha comprado los derechos para rodar una película sobre Wikileaks, basándose en el libro de Daniel Domscheit Berg y también en un ensayo escrito por los dos periodistas de *The Guardian* que iniciaron los contactos con Assange: David Leigh y Luke Hardling. Assange, nada contento con la imagen que dan esos libros de él mismo y de Wikileaks, no se lo ha tomado bien: "Así es como la basura termina en los libros de historia: Spielberg prepara una película sobre Wikileaks basándose en los libros de los oportunistas", ha comentado a través de Twitter.

La opinión de Assange sobre la prensa y su papel no es precisamente cariñosa. Tampoco lo era antes. "En los últimos años, los voluntarios de Wikileaks han desvelado más documentos clasificados que toda la prensa mundial junta; esto demuestra el alarmante estado del resto de los medios de comunicación, es vergonzoso", aseguró en una entrevista previa a su acuerdo con *The Guardian* y los demás diarios.

La pregunta siguiente es obvia, ¿por qué Wikileaks decidió difundir su superfiltración del Cablegate a través de una prensa a la que desprecia? Probablemente en aquel momento parecía una buena idea. Wikileaks ha seguido estrategias muy diferentes para difundir y dar a conocer las cuatro grandes exclusivas que supuestamente filtró Bradley Manning: el vídeo del asesinato de los periodistas de *Reuters* desde los helicópteros Apache, los diarios de Afganistán, los diarios de Irak y el Cablegate. Con ninguna de ellas les ha ido del todo bien.

El vídeo de los helicópteros —se puede ver en YouTube, está titulado "Collateral murder"— lo difundió Wikileaks sin más en su web, después de una eficaz edición. Todos los diarios del mundo lo publicaron, pero pronto el debate público fue si se podía confundir una cámara de vídeo con un Kalashnikov. Y poco más. Algunos diarios —entre ellos, el *New York Times*— más tarde argumentaron que Wikileaks había editado el vídeo para eliminar todo aquello que se saliese de su guión antibelicista. Más concretamente: un plano en el que se ve a un iraquí armado con un lanzagranadas.

La segunda y la tercera gran filtración —los diarios de guerra de Irak y Afganistán— se difundieron también íntegros en la web, pero Wikileaks llegó antes a pequeños acuerdos con algunos medios para que conociesen la exclusiva con antelación. A pesar de la contundencia de estos documentos —un relato pormenorizado de cada incidente militar en ambas guerras— también se quedó en casi nada. Era tan grande el material que resultó imposible de digerir para la opinión pública. La parte "Wiki" de "Wikileaks" tampoco funcionó. Assange pensaba que la propia comunidad de internet analizaría y difundiría sus "leaks", sus filtraciones. La realidad es que han sido los medios de comunicación convencionales, y no los nuevos medios de internet, quienes se han convertido en su gran altavoz.

Con la cuarta gran pieza, el Cablegate, Wikileaks pactó con *The Guardian* y después con el *New York Times*, *Le Monde*, *Spiegel* y *El País*. El efecto ha sido mayor que con las otras exclusivas, pero también era muchísimo más apabullante su contenido. Han pasado ya unos meses desde que se conociera toda esa información y el Cablegate prácticamente ha desaparecido de los diarios, a pesar de que solo se ha publicado una mínima fracción de toda esa información.

¿Wikileaks ha fracasado por cuarta vez? Puede ser. Aunque tal vez quien se equivocaba era el viejo premier británico, David George Lloyd. ¿Recuerdan la frase?: "Si la gente realmente supiera, la guerra terminaría mañana". Pues era falsa. La gente ya sabe la verdad, pero la guerra eterna no terminó.

Fútbol y prensa rosa: los extraños placeres del mundo frívolo

Nosotros siempre pensamos en Orsai como una revista literaria, o como mucho de crónica narrativa, pero en estos meses el tema de Wikileaks empezó a meterse en nuestra conversación desde el costado antropológico. ¿Cambiaría el mundo, realmente, después de saber, con datos irrebatibles, que la gente de corbata es hipócrita de verdad? La última frase del texto de Escolar es agridulce.

HAY GENTE QUE LE NEGARÍA EL CARNET DE PERIODISTA AL POLACO KAPUŚCIŃSKI.

—El artículo de Ignacio es muy limpio, muy intenso —me dice Chiri—. Se nota muchísimo que es un periodista de raza, que le apasiona su profesión desde chico.

—¿Sabías que la FAPE, que es la Federación de Asociaciones de Periodistas de España, le negó el carné a Ignacio Escolar porque no terminó la carrera de comunicación?

—¿De verdad? ¡Qué ridículo!

—Una pelotudez enorme —le digo a Chiri—. Sobre todo si te ponés a pensar que Nacho mamó el oficio desde la cuna. Su padre es el periodista Arsenio Escolar, director de *20 minutos*. Y Nacho, sin título oficial, fue director del diario *Público*; creo que es el director de un periódico nacional más joven de la historia de España; y trabajó en muchísimas redacciones. Pero no es periodista porque no tiene diploma…

—Esa gente también le negaría el carné al polaco Kapuściński porque no estudió periodismo. Alguien tiene que decir, de una vez por todas, que esa carrera no existe.

—¿Te acordás cuando quisimos estudiar periodismo en el Círculo de la Prensa, en Buenos Aires? Hablamos un poco de esa época. Las sobremesas de trabajo son muy arduas entre Chiri y yo. No nos podemos concentrar demasiado en un solo tema, porque siempre nos vamos por las ramas. En 1989 dejamos Mercedes y nos fuimos a la capital a estudiar periodismo. Era una época política muy grave de la Argentina. Todo el mundo hablaba de crisis económica, hiperinflación, desabastecimiento, y nosotros descubrimos que únicamente nos interesaba la sección de espectáculos de los diarios y el suplemento de los deportes. No aguantamos mucho estudiando periodismo. Antes de un año a mí me echaron del Círculo de la Prensa. Nunca tuve el título. Pero en Argentina sos periodista con gran facilidad: si firmás doce artículos en alguna parte ya te dan un carné.

—Eso es leyenda urbana.

—Pero si Nacho Escolar hubiera nacido en Argentina, sería periodista. Y punto.

—A los ojos de Estados Unidos —me dice Chiri—, Julian Assange tampoco es periodista, y Wikileaks no es un medio de comunicación legítimo.

—¿Y qué van a decir los yanquis? Tuvieron que salir a pregonar esa idiotez para que Assange no pudiera ampararse en la libertad de prensa.

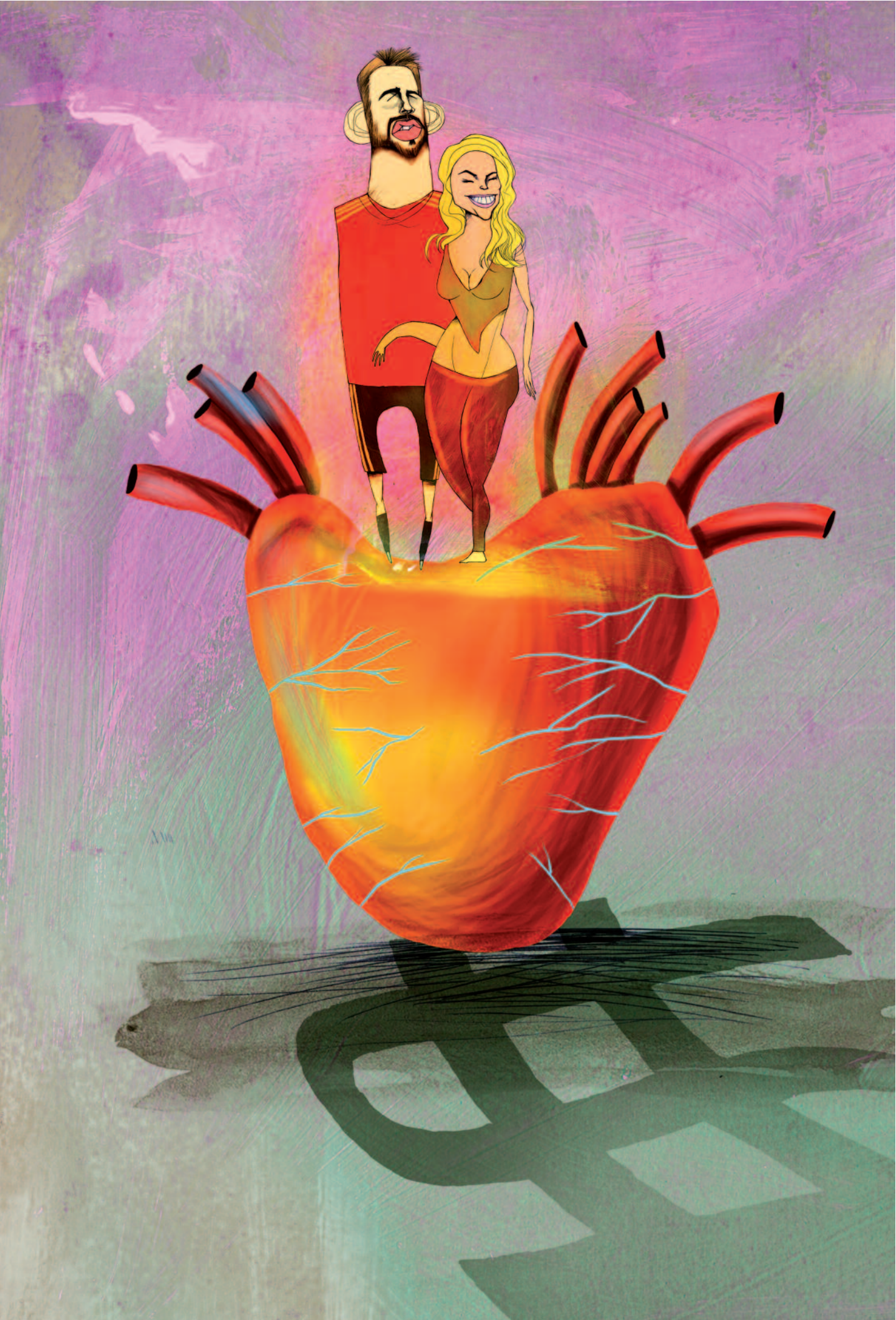
—¿Viste alguna vez la cara de border que tiene Lynndie England, una de las torturadoras de Abu Ghraib, en las fotos que publicó Wikileaks?

—¡Tremendo! Esa chica se hizo famosísima por una pose: las dos manos imitando una pistola y señalando algo horrible, mientras que la boca muestra una sonrisa enorme y tiene un cigarro encendido. Hay millones de imitaciones en la red. Seguro era la idiota de su pueblo.

¿Un nuevo idilio eterno?

por Daniel Samper Pizano

—Una demostración cabal de que los que van a la guerra, indefectiblemente, son los más pavos.
—Los verdaderos enfermos mentales del mundo.
—Esta chica y su novio hacían cosas muy feas —me explica Chiri—. Ponían a los prisioneros en posiciones sexuales y les sacaban fotos, los hacían masturbarse, los paseaban con collares de perro, los cubrían de mierda humana y los sodomizaban con palos. Lo peor que te puede pasar: caer en manos de gente perturbada en una guerra.
—¿Estamos hablando de la misma guerra en la que estuvo Sayid, no?
—¿Qué Sayid? —me pregunta Chiri, haciéndose el desentendido.
—Sayid Jarrah, el torturador atormentado de Lost que le gusta a tu mujer.
—¡A mi mujer no le gusta Sayid!
—Sí que le gusta, me lo dijo a mí en secreto.
Chiri odia que su esposa María, la diseñadora de estas páginas, piense que Sayid Jarrah es lindo.
—Ok. Es la misma guerra, la del Golfo —confirma Chiri—. Lo que pasa es que a Sayid los norteamericanos lo obligaron a torturar a sus compañeros de unidad, contra su voluntad.
—¿Qué pasa? —pregunto— ¿Todo el mundo torturaba en el Golfo?
—Parece que sí: en los interrogatorios de presos de Abu Ghraib también participaron subcontratistas privados.
—Ahora me explico la bronca de los iraquíes contra el protagonista de *Buried*. ¡Cómo no lo van a enterrar vivo a ese muchacho que decía ser un inocente contratista civil! ¿Y *The Hurt Locker*? ¿Te gustó?
—Es otra versión de Hollywood de la guerra de Iraq, qué se yo... Me pregunto si en algún momento veremos, en los cines del barrio, la historia del soldado Bradley Manning copiando información secreta mientras escuchaba a Lady Gaga.
—Estoy harto de escuchar hablar de Lady Gaga —le digo a Chiri—¿Quién carajo es Lady Gaga? ¿Por qué de repente la gente es famosísima de un día para el otro? Antes las cantantes tardaban mucho más en ser famosas.
—Es la de ese video largo que vimos la otra vez y que nos dio la impresión de que ya éramos viejos y habíamos perdido el tren de la vida. Una chica rarísima, Lady Gaga. Dice ser hermafrodita, y apareció en la entrega de los premios MTV con un vestido hecho de carne cruda.
—¿Carne cruda? ¡Qué espanto! —me asusto— Tendríamos que hacer una revista completamente frívola, Christian Gustavo. Hablar de Lady Gaga, del discurso de Ricky Gervais en los Golden Globe, del flamante romance entre Shakira y Piqué, de por qué Leo Sbaraglia se puso una gorra en los Goya para parecer inteligente, de hasta cuándo los relatores de fútbol españoles van a decir “el Boca” y “el River”...
—Ah, qué temas maravillosos —suspira Chiri.
—Tendríamos que hablar menos de la guerra, menos de la hipocresía del mundo, y hablar más de las cosas simples que nos atontan y nos distraen.
—¿Un dossier sobre el porro?
—No. La prensa rosa, el fútbol y sus aledaños, el mundo sutil de las celebridades. Si en el fondo es lo único que nos importa.
—No es verdad —dice Chiri—. A mí me importa lo que está pasando en el mundo árabe. Los turcos, lo egipcios, los libios.
—Mentira. No te importa.
—Sí me importa.
Miro a Chiri a los ojos. No sabe mentir cuando lo miro a los ojos.
—Está bien —me dice—. Hablemos de cosas importantes de verdad.



SHAKIRA Y PIQUÉ

¿UN NUEVO IDILIO ETERNO?

Escribe Daniel Samper Pizano

Ilustra Diego Agudelo

No hemos tenido suerte los colombianos con nuestras estrellas del cine y de la farándula. Es una vieja historia que se repite y vuelve a repetirse. Todo empezó con Catalina, una hermosa indígena caribe nacida cerca de la actual Cartagena de Indias. Hija del cacique Galeras, Catalina fue raptada por un conquistador español en 1509, cuando tenía trece años de edad y conducida a Santo Domingo, donde aprendió a hablar castellano. Regresó a su tierra natal un cuarto de siglo después convertida en intérprete de lenguas nativas. Al poco tiempo la enamoró otro español, Antonio Montañez, y se marchó con ella a Sevilla.

Desde entonces no la volvimos a ver, como no sea en las estatuillas que otorga el Festival de Cine de Cartagena, que llevan su nombre e imaginan su figura esbelta como una especie de Penélope Cruz aborigen. Por eso digo que los colombianos hemos tenido mala pata con nuestras estrellas del cine, incluso cuando todavía faltaban cuatro siglos para que naciera el cine.

El síndrome de la india Catalina se ha multiplicado con los tiempos y con las mujeres guapas y famosas. Los colombianos las gestamos, las parimos, las cultivamos, las embellecemos... y los extranjeros abusivos se las llevan. Permítanme hacer una lista masoquista que corresponde apenas a los últimos lustros.

• A Stella Márquez, Miss Colombia 1959, se la llevó un industrial filipino de apellido Araneta.

• A Marina Danko, señalada como una de las mujeres más bellas de Colombia y España, se la llevó hace más de treinta años el torero español Palomo Linares. Aún la tiene.

• A Amina Assis, guapísima rejoneadora (las señoras que torean a caballo), la pretendió en España Juan Belmonte (el Messi de la tauromaquia) y acabó suicidándose por ella en 1962.

• A la guionista y directora Paula Gaitán se la llevó el cineasta brasileño Glauber Rocha.

• A la Señorita Colombia 1972, Ana María Agudelo, se la llevó el futbolista argentino Jorge Olmedo.

• A la actriz Ana María Orozco (*Betty la Fea*) se la llevó el músico argentino Martín Quaglia.

• A Sofía Vergara, orgullo nacional y actriz de *Modern Family*, se la llevó el beisbolista de origen dominicano Alex Rodríguez, o bien el bolerista mexicano Luis Miguel o bien el tenista ecuatoriano Nicolás Lapentti: no se sabe bien cuál, pero se la llevó alguno.

• A la atractivísima actriz Angie Cepeda se la llevó primero el cantante argentino Diego Torres, y luego un inglés abominable.

• A la ingeniosa actriz, modelo y humorista ojiazul Isabella Santo Domingo se la llevó el cantautor argentino Alejandro Lerner.

• A la actriz Juanita Acosta, bella rubia de nariz respingada, se la llevó para España el actor hispano-argentino Ernesto Alterio.

Aunque faltan muchos datos, es posible confirmar dos realidades respecto a algunas de nuestras principales mujeres: 1) Que se las llevan. 2) Que los que se las llevan son extranjeros.

Sin la menor intención de desmerecer a las nenas atrás nombradas, hay que decir que la joya de la corona colombiana se llama Shakira Isabel Mebarak Ripoll, más conocida simplemente como Shakira, cuyo talento solo es comparable con su simpatía, su simpatía solo se iguala a su belleza y su belleza solo admite parangón al lado de su fama universal.

Shakira acaba de protagonizar un cambio de hemisferio amoroso que rompe todo balance y constituye una bomba en el mundo de la farándula: la muchacha ha dejado un novio argentino y se ha echado un novio español. Es como si en el Vaticano eligieran papa a un rabino.

Ya no va más el idilio entre Shakira Mebarak y Antonio de la Rúa. Ahora reina el idilio entre Shakira y el jugador del Fútbol Club Barcelona, Gerard Piqué Bernabeu.

La historia de ella

Equidistante de las villas históricas de Cartagena y Santa Marta se encuentra Barranquilla, ciudad caribe colombiana que durante largo tiempo fue un poblado sin mayor interés ni belleza, hasta que en los siglos XIX y XX se convirtió en una de las principales urbes del país. Su condición de puerto atrajo a numerosas familias inmigrantes que han contribuido a su prosperidad. Una de ellas, de origen libanés, es la de William Mebarak, que llegó a Colombia a los cinco años de edad, tuvo siete hijos de un primer matrimonio y una sola hija del segundo, con Nidia Ripoll: Shakira.

La niña nació en Barranquilla el dos de febrero de 1977 y se crió en esa ciudad caliente que vio tomar notas a Gabriel García Márquez cuando era un periodista en ciernes y jugar fútbol a Garrincha en el equipo local cuando era un gordo crepuscular.

Aficionado a las letras, bromista y optimista irredento, William ha sido, junto con su mujer, el ángel de la guarda, el promotor y el primer fan de su hija. Ella, a su turno, lo considera su personaje favorito "por su capacidad de supervivencia y su sentido del humor".

Cuando Shakira viajó por primera vez a España, hace más de veinte años, era una desconocida. Su agente logró que le dieran una presentación vespertina en una discoteca madrileña cuyo caótico sistema de sonido impedía distinguir las canciones. Yo estaba al lado de William y, desesperados por los chillidos electrónicos, huimos a un bar cercano, donde terminamos tomando cerveza y hablando de boleros.

Ya tuvo tiempo la niña de desquitarse… Pero primero sufrió reiterados rechazos en emisoras y casas de discos. La profesora de música del

colegio se negó a recibirla en el coro, aduciendo que le faltaban facultades. Pero el papá, que la veía desde los cuatro años cantando y bailando encima de las mesas de su casa, sabía que en Shakira habitaba una futura artista y se dedicó a ofrecerla a diversos programas musicales y casas de discos. Según Edgar García Ochoa, el hombre que, finalmente, la *descubrió*, la respuesta más frecuente de los productores era:

—Don William, lo siento, por ahora no podemos escucharla.

Los comprendo. ¿Cuántos miles de padres creen que una hija suya que emite gorgoritos puede ser la sucesora de Judy Garland? ¿Cuántos millones imaginan que un niño que disputa una pelota de goma con el perro doméstico será el heredero de Maradona?

Entre los once y los trece años, Shakira —entonces de pelo oscuro y trajes cosidos por su madre— consiguió aparecer en algunos espacios locales de radio y televisión. William sabía que no bastaba con salir en la pantalla, sino que era fundamental que el nombre circulara por la prensa. Un día le envió a García Ochoa, autor de una leída columna sobre farándula, una reseña escrita por él mismo sobre las actuaciones de la hija. Acompañaba una foto de Shakira preadolescente ataviada con un disfraz de las Mil y Una Noches, los pies ya descalzos y un micrófono en la mano.

García Ochoa lo publicó. Más tarde tuvo ocasión de oírla y quedó encantado. Entonces el nombre de Shakira empezó a figurar cada vez con más frecuencia en su columna. Cuando algún amigo pedía a Edgar que le recomendara un espectáculo para una fiesta infantil, no vacilaba en darle el teléfono de William Mebarak.

En un libro de memorias que acaba de lanzar, García Ochoa explica su papel como descubridor de Shakira: "Con mi experiencia, no me fue difícil darle una mano para su futuro… La ayuda fue hacer que la respetaran. Que no saliera en programas de televisión que nadie veía, que no les hicieran desaires a los padres. Que apareciera en mi columna tantas veces al mes".

Shakira no olvidó aquel primer empujón hacia la fama que le proporcionó García Ochoa, un tipo de gafas ahumadas, traje desgarbado, panza robusta y aires de político indonesio. La cantante no solo suele enviarle flores en su cumpleaños (veinticuatro de diciembre) sino que lo ha invitado a varias de sus presentaciones internacionales. García Ochoa, mientras tanto, se solaza con su fama de Cristóbal Colón de la más importante figura pop del mundo. Solo le falta agregar el dato en sus tarjetas de negocios.

A los quince años Shakira ya era una intérprete conocida en Barranquilla. Los padres decidieron que el momento de lanzarla nacionalmente había llegado y se trasladaron a Bogotá, donde en 1991 consiguió grabar dos álbumes con sus primeras canciones. Ambos fueron un fracaso.

En ese momento apareció en su camino Patricia Téllez, una ejecutiva de televisión reconvertida en agente de artistas, que había dado un giro a la carrera de Carlos Vives; de antiguo rockero sin rumbo lo convirtió en famoso cantante de música tropical. Vives se había agenciado un nuevo mánager y Téllez estaba buscando artistas para representar. El director de una emisora la conectó con Shakira, y de inmediato atisbó en ella a una estrella en potencia. No era fácil verlo, a menos que uno fuera el papá o la mamá de Shakira. Pero ella lo vio. Los amigos de Patricia recuerdan que un día les dijo:

—Voy a apoderar a una muchachita que canta divinamente y compone su propia música. Juro que será más famosa que Carlos Vives.

Sus amigos le dieron palmaditas en la espalda y le pidieron que moderara el consumo de alcohol.

Pero Patricia no bebía. Se dedicó a Shakira y no solo llegaron a ser grandes amigas sino que le abrió un camino que el talento desmesurado de Shakira supo aprovechar. Téllez la entregó en persona con noble resignación a Miami cuando llegaron cantos de sirena que le prometían un futuro internacional si se enrolaba en el sistema estelar de los Estefan, Gloria y Emilio, que habían logrado proyectar el acento latino en la música pop de Estados Unidos.

En agosto de 2004, cuando Patricia Téllez murió de un infarto a los cuarenta y siete años, un periodista escribió: "Al lado suyo, Shakira pasó de ser una artista de consumo local, con cierta tendencia a la reivindicada música para planchar, a la superestrella que hoy realiza giras mundiales".

Miami fue la plataforma de despegue planetario de Shakira. El resto, como dicen los escritores a quienes les empieza a escasear el espacio, es historia…

La historia de un sueño realizado. Una historia que abarca siete álbumes best sellers, más de sesenta millones de discos vendidos, cinco giras multitudinarias, una generosa labor filantrópica con niños sumidos en la pobreza e innumerables premios: diez Grammys, dieciocho Billboards, dieciocho MTV, seis NRJ, etcétera. (El que quiera saber más, ya tiene la Wikipedia.)

El éxito ecuménico de Shakira se corona un día de mayo de 2010, cuando, escogida para interpretar *Waka Waka* ("Esto es África"), la canción suya que fue himno del Campeonato Mundial de Fútbol de Sudáfrica, se encuentra en un estudio de Madrid con un grupo de bailarines, coristas y futbolistas profesionales.

La historia de él

A Amador, el abuelo de Gerard Piqué, el dios del fútbol le hizo la broma de concederle el mismo apellido que al estadio del Real Madrid: Bernabeu. Paradójica cosa, pues se trata de un viejo hincha del Barcelona —rival incombustible del Real Madrid—, que ha ocupado cargos importantes en la directiva del club y ahora mismo es embajador del Barça ante el organismo de fútbol europeo.

Como su envidiado abuelo (¿quién no ha querido tener un nieto que sea campeón mundial de fútbol?), el zaguero central Gerard es barcelonista desde niño. Culé, que es como denominan a quienes nos cruzamos en el pecho la victoriosa bandera azul y granate. A los diez años entró al club y ascendió en habilidad y talla hasta aproximarse a las puertas de la Felicidad Plena, que es el momento en que un jugador juvenil firma su primer contrato como profesional del Barcelona.

Ese momento, sin embargo, no llegó. Lo que un día tocó a las puertas de su casa fue un señor gordo, rubio y chato llamado Luis Van Gaal, director técnico del primer equipo, que, a modo de saludo, le dio un empujón, lo derribó al piso y le dijo:

—¿Ves? ¡Tú no ser fuerte para defensa central!

Piqué entendió que su futuro en el equipo de sus sueños había quedado en entredicho con Van Gaal, de modo que en 2004, cuando lo buscó un club inglés, el Manchester United, dijo que sí. Tenía ganas de triunfar y solo dieciséis años, pues nació el dos de febrero de 1987:

SHAKIRA DEBÍA VIAJAR A MADRID PARA GRABAR EL VIDEO DEL MUNDIAL CON UN GRUPO DE BAILARINES Y FUTBOLISTAS PROFESIONALES.

exactamente el mismo día que Shakira…, pero diez años después. Debutó en Inglaterra como profesional y, aun cuando le dieron pocos minutos de juego y no contaron con él como titular, permaneció en la gélida Albión hasta 2006. "Estuve allí —dice—los años en los que pasas de ser un niño grande a un hombre".

Tras dos años en el Manchester, el club inglés lo prestó al Real Zaragoza. El retorno de Piqué a España lo confinó a un club de prestigio muy inferior al del Barça. El sueño, pues, se alejaba cada vez más. No lo hizo mal en el Zaragoza. Pero al cabo del año estaba nuevamente en Inglaterra, con un porvenir poco claro. Esta vez tuvo mejor suerte. Jugó más partidos y anotó dos goles en el principal torneo europeo de clubes, la Champions League, que acabó ganando su equipo. Pero el clavel, señores, no reventaba.

Las cosas estaban a punto de cambiar dramáticamente. En el Barcelona había un nuevo director técnico, Josep Guardiola, que, como Piqué, había jugado desde niño en los cuadros del club y tenía buenas referencias suyas. Siguiendo un golpe de instinto, Guardiola lo repatrió en mayo de 2008 y Piqué firmó un contrato hasta 2012. Había costado apenas cinco millones de euros, pero el técnico tenía tanta fe en él que puso en el documento una cláusula de rescisión diez veces mayor. Cuatro años después de iniciar su aventura inglesa, Piqué volvía a su vieja casa con veinte años de edad, ciento noventa y dos centímetros de altura, ochenta y cinco kilos de peso y un aceptable palmarés.

Desde su debut conquistó el puesto titular, al lado del legendario capitán Carles Puyol, quien se convertiría en su maestro y su amigo. Pese a ser uno de los más jóvenes, no le fue difícil ganarse un lugar propio en el grupo donde ya brillaban Xavi Hernández, Lionel Messi, Andrés Iniesta, Thierry Henry y Samuel Eto'o, y acababa de apagarse la estrella de Ronaldinho. Alto, rubio, extrovertido, enamoradizo, amigo de bromas, divertido, alegre y con la cara y el pelo de quien parece que acaba de abandonar el lecho, Piqué había dejado en Inglaterra más de una anécdota, entre ellas cierta juerga que terminó con intervención de las autoridades.

La temporada 2008-2009 fue histórica para el Barça. Ganó todos los torneos en los que compitió: desde la Copa de Cataluña hasta la Intercontinental, pasando por la Liga española, la Champions League y el desafío entre los vencedores de los dos principales torneos de Europa. Seis títulos. Ningún equipo lo había logrado antes. Entre los jugadores que participaron más activamente estaba una nueva vieja "revelación": Gerard Piqué. Su actuación inolvidable de la temporada fue el histórico 2-6 que le ajustó el Barça al Madrid en casa de este el dos de mayo de 2009. El último gol, el del delirio, lo anotó Piqué en el minuto ochenta y tres con media vuelta y engaño al portero rival. (Si al lector le interesa, está exhibido ad nauseam en YouTube.)

A pesar de todos los títulos conquistados en tan poco tiempo —que le valieron veloz renovación hasta 2015, mejora del contrato y cláusula de rescisión de doscientos millones de euros— al defensa le faltaba el honor más importante que puede lograr jugador alguno: la Copa del Mundo. España había ganado el torneo europeo de naciones en 2008, con el concurso de varios de sus compañeros del Barça, pero él no había sido convocado. En 2009 se publicó la lista de los jugadores llamados a participar en la Copa del Mundo africana al año siguiente. Allí aparecía su nombre. Su excelente desempeño en el Barça le había reservado un puesto titular, al lado de Puyol y de cuatro culés más.

Faltaban varias semanas para viajar a África con La Roja, como se bautizó a esa inolvidable selección española que fue campeona del mundo, cuando recibió Piqué una convocatoria muy diferente. Debía viajar a Madrid para grabar un video sobre el *Waka Waka* con un grupo de bailarines, coristas y otros futbolistas profesionales.

La historia de ambos

La historia de Shakira Mebarak y Gerard Piqué, documentada de manera exhaustiva, se hunde súbitamente en la neblina a partir de aquel día en que los dos se encuentran en el estudio de Madrid para grabar la música y las imágenes de la pegajosa canción. Si tuviéramos que juzgar la relación entre la estrella pop y el astro del fútbol por el tiempo de aparición en el videoclip, el romance debió de haber sido con Messi, que realiza varias intervenciones, y no con Piqué. Este sale una sola vez y se asoma en la pantalla durante apenas un segundo. El video dura tres minutos, treinta y dos segundos; entre el 1:11 y el 1:12 se ve a Gerard que señala su camiseta negra, donde se lee sobreimpresa una frase en letras amarillas: *This time for Africa* ("Esta vez es por África"). Es todo. Un segundo.

Pese a la fugacidad de su presentación, uno tiende a recordar la cara simpática de quien ha sido señalado como uno de los jugadores más atractivos de la Selección Española.

¿Qué ocurrió durante las grabaciones? Difícil saberlo. Son jornadas de mucho trabajo, de repeticiones y nuevas tomas, donde hay poco tiempo y escasa intimidad. ¿Flechazo? ¿Intercambio de autógrafos? ¿Ella firma un disco y él sonríe? Quién sabe. No hay sospechas de que Shakira fuese especialmente aficionada al fútbol, aunque su equipo, por defecto, era el Atlético Junior de Barranquilla. Ha aflorado recientemente, sin embargo, un comprometedor documento que demuestra que en 2004 el club Espanyol, archienemigo local del Barça, recibió la visita de Shakira, le expidió el carné de socio 27.506 y le obsequió la camiseta del equipo, muy odiada por los culés. ¿Lo sabía Piqué? ¿Lo sabe Piqué? ¿Le importa a Piqué?

Consta en los anales que hasta ese momento la cantante mantenía relación estable con Antonio de la Rúa, varón, mayor de edad, hijo de expresidente argentino, vecino de Buenos Aires y del mundo entero, abogado, asesor de imagen y representante artístico de Shakira. Se conocieron durante una gira de la colombiana en la Argentina y estaban juntos desde el 2000. Alguna vez se habló de matrimonio, pero no les pareció necesario. También se habló de encargar un hijo, pero Shakira pidió un par de años como plazo y al final no se supo más.

Lo evidente es que, durante su decenio con De la Rúa, Shakira pasó de ser una encantadora muchachita a una mujer sumamente atractiva. Sus caderas adquirieron movimiento de rotación y traslación, sus trajes se volvieron vaporosos y, además de ser la hija que todo buen padre querría tener, fue la novia que todos los chicos deseaban. De Caperucita Roja a la Loba indómita. De "bruta, ciega, sordomuda, torpe, traste y testaruda" a "por debajo de tu ropa hay una historia interminable".

¿FUE UN FLECHAZO? ¿INTERCAMBIO DE AUTÓGRAFOS? ¿ELLA FIRMA UN DISCO Y ÉL SONRÍE? QUIÉN SABE.

Mientras tanto, Gerard mantenía un romance con Nuria Tomas, psicoterapeuta de un hospital de Barcelona. "Ahora sí tengo novia —declaró—. Es mi primera relación en veintidós años, y me ha hecho sentar la cabeza." Abundan las fotos en que aparece la pareja besándose en la calle o en la playa. Aun así, a raíz de un beso burlón que dio Gerard a un compañero de equipo ante una cámara de bolsillo, corrió repetidamente el rumor de que era homosexual. "Piqué es gay, o poco le falta", tituló un blog de famosos en julio de 2010. (Visto lo visto, el autor de este artículo confiesa que, si un día se vuelve gay, quiere ser gay con el éxito que tiene Piqué con las mujeres.)

Tras aquella grabación del *Waka Waka*, Piqué fue campeón del mundo con la camiseta española, lo escogió la FIFA como el mejor zaguero central izquierdo del planeta, se vio más a Shakira en Barcelona —donde vive una hermana suya—, y en algunos mentideros empezó a hablarse de lo imposible: Gerard y Shakira. Era apenas un tenue chisme. Pero el once de enero de este año Shakira y De la Rúa divulgaron un comunicado oficial que estalló cual bomba en el mundo del corazón, de la canción y del balón: "Durante casi once años de relación —decían— nos hemos amado profundamente, cuidado y acompañado. Han sido los años más lindos de nuestra vida en los que gracias al amor y el respeto que nos tenemos logramos ser una pareja y compañeros excepcionales". Era el preámbulo. La parte

resolutiva venía después: "De común acuerdo, nos estamos tomando un tiempo aparte en nuestra relación amorosa".

No solo fueron "años lindos", sino asaz productivos, que les permitieron comprar propiedades en el Caribe, Italia, Estados Unidos, España, Colombia y Uruguay. Hace tres años, la revista *Forbes* calculó en treinta y ocho millones de dólares la fortuna de Shakira.

En cuanto al vínculo de la estrella colombiana con Piqué, no se necesitaba ser Descartes para concluir que tenía visos de verdad. Empezó entonces la cacería en pos de alguna prueba sobre ese romance en agraz que, de existir, crecía a la sombra de una hermética discreción. Los fotógrafos entremetidos acosaban de día y de noche la casa de Piqué en la calle Muntaner de Barcelona y las revistas que ordeñan la intimidad ajena ofrecían hasta cien mil euros por la foto de un ósculo entre los protagonistas del no probado idilio. Ellos, entre tanto, guardaban silencio.

Pep Guardiola, sin embargo, estaba inquieto. Temía que las presiones sobre su jugador acabaran por desestabilizarlo y le pidió que le torciera el cuello al chisme. ¿Cómo? Aceptándolo. Fue así como en la página web de Gerard se publicó a principios de febrero una fotografía tomada el día de sus cumpleaños donde aparecían algunos de sus amigos. Entre ellos estaban Puyol, la novia de Puyol y, con las manos en jarras, en carne, hueso y sonrisa, la adorable Shakira.

Ya era oficial. Había una relación entre los dos. La prensa deportiva y la del corazón hicieron fiesta.

No tardaron en surgir otros rumores de segunda línea. Por ejemplo, que el rendimiento deportivo de Piqué había bajado como consecuencia del apasionado noviazgo. Para explorar esta posibilidad, el autor del presente artículo siguió los pasos de Piqué en la cancha durante tres partidos del mes de febrero. Fue una semana extrañamente pobre para un equipo acostumbrado a ganar siempre: el Barcelona empató contra el Sporting en Gijón, perdió contra el Arsenal en Londres y consiguió un agónico triunfo local contra el Athletic de Bilbao. Piqué estuvo bajo de forma en ellos. En el juego contra el Bilbao lo gambeteó dos veces Troquero y Llorente le hizo un nudo. Comentario del locutor de Direct-TV: "Piqué bailó el *Waka Waka*, pero no con Shakira, sino con Llorente, que le rompió la cadera". Es preciso aclarar que el comentarista era porteño, lo que permite pensar que su dicterio podía contener una dosis de envenenado resentimiento. ¿No fue acaso Gerard, el infame español, que arrebató el corazón de Shakira a un argentino?

Febrero corría de prisa, y aún faltaba otra bomba. A la madrugada del lunes veintiuno, ante los ojos medio dormidos de seis fotógrafos que esperaban la salida de Piqué de un restaurante donde se supone que celebraba con amigos la victoria sobre el Athletic, se materializó la sorpresa soñada: el futbolista apareció con Shakira y, tomados de la mano, se subieron raudamente a un auto. La imagen apareció horas después en el mundo entero. No parecían "solo amigos", como había asegurado Piqué unas semanas antes. Se perfilaba una nueva edición del Idilio Eterno.

"PIQUÉ BAILÓ EL *WAKA WAKA*, PERO NO CON SHAKIRA, SINO CON LLORENTE, QUE LE ROMPIÓ LA CADERA".

El Idilio Eterno

Es tan mísera la realidad de la vida, que el ser humano sueña con ideales imposibles: la Justicia, la Paz, la Felicidad, el Amor. Pocas quimeras iguales al Idilio Eterno, ese nirvana en el que una pareja se ama hasta la consumación de los siglos. El Idilio Eterno se distingue del Amorío Ordinario por la dimensión universal de los obstáculos y contradicciones que debe superar y los valores con que los afronta. Marco Antonio y Cleopatra. Romeo y Julieta. Otelo y Desdémona. Abelardo y Eloísa. Tristán e Isolda. Efraín y María.

Futbolista Alto y Catalán con Cantante Caribeña Diez Años Mayor que Él. Ambos dignos de amar y ser amados. ¿No son estos los ingredientes característicos del Idilio Eterno? Sí. Como todos ellos, será eterno mientras dure. Luego llegará otro Idilio a encarnar la aspiración de felicidad que busca el ser humano.

Pero mucha atención, señores, porque siempre penderá una amenaza sobre este cuadro adorable. Y es que un día, un día terrible e inesperado, los colombianos saldremos a vengarnos.

Socialité: persona con habilidades para destacar en la sociedad

Chiri es un reservorio particular de la memoria. Si Google devuelve los archivos del mundo, Chiri recupera los archivos privados. Se acuerda de cualquier cosa que haya pasado en nuestras vidas entre 1982 y 1997. Yo en

TUVE LA NECESIDAD DE SABER QUÉ CARAJO HABÍA PASADO CON MI ÍDOLO.

cambio no. Hubo dos circunstancias que me produjeron lagunas: primero Chichita, que me pegaba mucho y siempre en la cabeza, y después las drogas pesadas. En cambio la madre de Chiri no le levantó nunca la mano al hijo, y por eso este, en la juventud, nunca se tuvo que meter químicos abajo de la lengua, ni entre medio de los párpados, ni adentro de la nariz.

—¿Te acordás qué fue lo primero que leímos de Daniel Samper Pizano, y cuándo fue?

—Me acuerdo como si fuera hoy —me contesta Chiri—: era un libro que se llamaba *Mafalda, Mastropiero y otros gremios paralelos*, que nos pasó Cristina Canata.

Cristina Canata fue profesora nuestra del secundario. Posiblemente la persona que más libros interesantes nos dio a leer entre los catorce y los diecisiete años.

—¡Cierto! —recuerdo de golpe— ¿Una antología de textos, no?

—Con ilustraciones de Fontanarrosa. Un libro que se editó solo en Argentina, en Ediciones de la Flor del gran Daniel Divinsky. Pero no me acuerdo demasiado, fue hace muchos años.

—En el libro había un par de artículos sobre García Márquez.

—Sí. Y probablemente alguno sobre fútbol…

—¿Así que Samper es hincha del Barça?

—Eso parece —me dice Chiri—. Según cuenta él mismo, además de fanático del Barça, es hincha del glorioso Independiente Santa Fe de Colombia, de Rosario Central de Argentina, de Botafogo de Brasil, del Arsenal de Inglaterra y del Mwbutii FBC de Burundi.

—¿Fue presidente de Colombia, también?

—No, ese fue su hermano, Ernesto. El no tiene nada que ver con la política, me parece.

—Todo lo contrario a Antonito de la Rúa. ¡Qué cara de pánfilo tiene ese muchacho, por favor! ¿Qué es Antonito de la Rua, además de radical?

—Él dice que es asesor de imagen —me explica Chiri—. Pero en realidad es un *socialité*.

—¿Perdón?

—Me lo explicó la novia de Korochi, que es socióloga: los *socialité* son personas con habilidades para destacarse socialmente porque sí, pero que no tienen ningún mérito más allá de eso.

—Como Paris Hilton, digamos.

—Exacto. Así Antonito se benefició a Shakira, trabajando de *socialité*.

—¿Sabés por qué se separaron? —le pregunto.

—No. Contame.

¡Ah, cómo me gusta encontrar a Chiri con un bache de información! Siempre es él el que me explica todo, pero en algunos terrenos de la frivolidad absoluta yo tengo, a veces, ciertos datos privilegiados.

—Parece ser —le digo, haciendo un silencio teatral— que él no quería tener un hijo con la colombiana, y esa fue la gota que colmó el vaso… Estuvieron once años juntos, muy fructíferos. Compraron casas en la isla de Capri, en Las Bahamas, en Punta del Este, en Miami, en Nueva York, en Barcelona…

La era del hielo
por Sergio Marchi

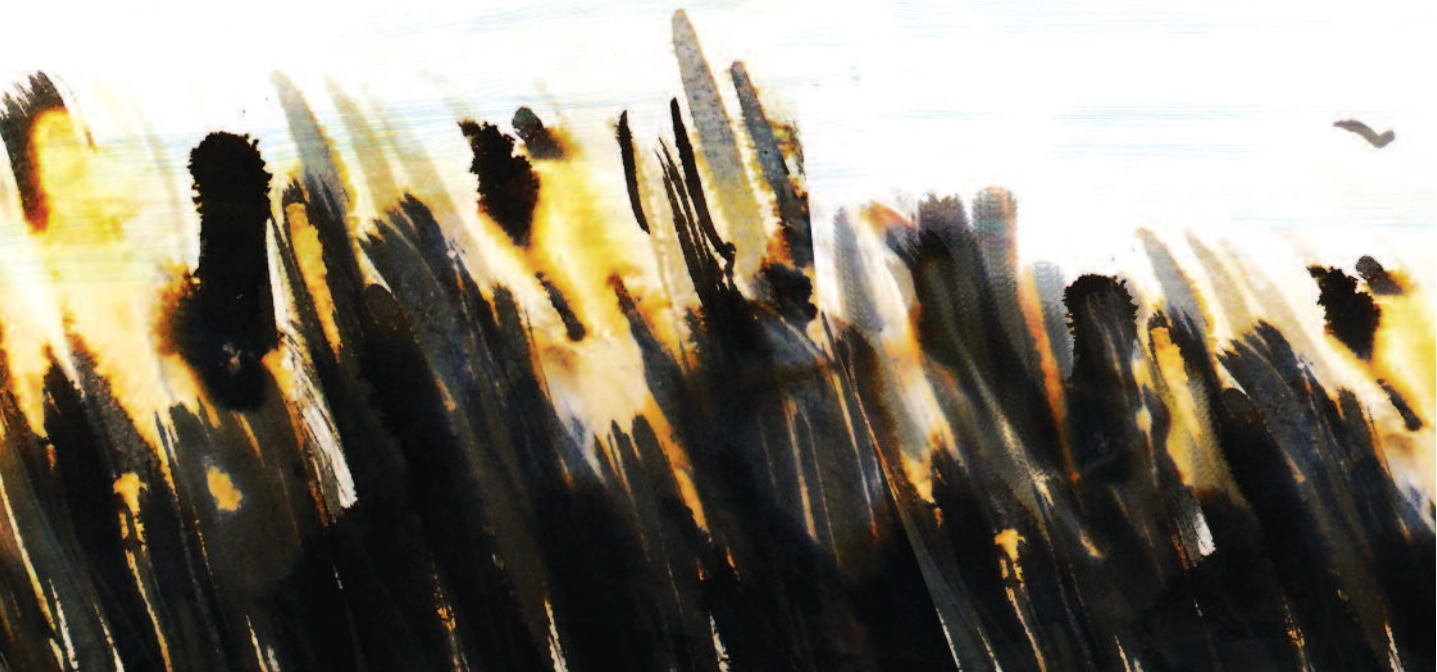
—Y ahora Antonito estará negociando la división de bienes. Siempre cae parado ese muchacho…
—No lo sé. Lo que sí tengo clarísimo es que Samper se equivoca cuando dice que el comentarista porteño se burla de Piqué por resentimiento, porque le robó la novia a un argentino. ¡Mentira! No creo que haya un solo argentino que se identifique con el pánfilo de Antonito y que sufra su ruptura amorosa como propia.
—Es cierto —dice Chiri—. Yo estoy totalmente a favor del noviazgo entre Shakira y el Piqué. ¡Me encanta la pareja que hacen!
—¿Cuál fue, al final, la primera revista en publicar la foto del beso entre ambos?
—Una de estas que tienen portadas llenas de letras y adentro muchísima publicidad. Es decir, no fuimos nosotros. ¡Ojalá hubiéramos sido nosotros!
—¿Pero no éramos una revista literaria?
—¡La literatura me importa una mierda! Soy capaz de contratar a una agencia de detectives para que sigan a Shakira y Piqué día y noche.
—¿Sabías que la revista *Interviú* publicó que, en el 2008, Piqué, Etoó, Deco y Ronaldinho fueron espiados por una agencia de detectives contratada por Laporta, cuando era presidente del Barça?
—¿Encontraron algo? —pregunta Chiri.
—Parece que en todos, menos en Piqué.
—Para mí que a Piqué le avisó el abuelo que algo iba a pasar…
—Es una posibilidad.
—Ya que estamos hablando de paparazzis te recomiendo un video de Lady Gaga de su primer álbum, *The Fame*, que se llama, precisamente, "Paparazzi".
—¿Me estás hablando en serio? —le pregunto— ¿Qué te pasa con Lady Gaga? Ayer también la nombraste.
—No tengo la menor idea, pero algo me pasa.
—Pensé que me ibas a recomendar un documental. Hay uno que se llama *Teenage Paparazzo*, dirigido por Adrian Grenier, el actor que hace de Vincent Chase en la serie *Entourage*. Es sobre un paparazzi de catorce años que trabaja en Los Angeles. Muy loco de ver.
—Lo que vos digas. Pero el mejor paparazzi del mundo, para mí, es el que tomó en pleno vuelo a Charly García cuando se tiró de un noveno piso. ¿Quién grabó eso? Habría que darle un premio a ese señor.
—Creo que fue un videoaficionado, pero los primeros que pasaron las imágenes fueron de Crónica TV, como siempre. No existía YouTube en ese momento. Ahora todo está en YouTube.
—¿Sabés en qué momento se me ocurrió pedir un textos sobre Charly García para este número? —me pregunta Chiri.
—No.
—Cuando vi su último video en YouTube. Uno que se llama "Deberías saber por qué". Tuve la necesidad inmensa de saber qué carajo había pasado con mi ídolo de la juventud, quién lo asesoraba, por qué había llamado a esos actores, a ese guionista. ¿Esa era la famosa recuperación?
—Los lectores españoles del blog se quejaban, el otro día, de que tuviéramos un texto largo sobre García en este número —le cuento a Chiri—. Dicen que no es un músico conocido en todas partes, y que a veces tendemos a ser demasiado argentinos en nuestras elecciones.
—Bah —dice Chiri—. El que quiera saber cosas de gente muy conocida que vaya a las revistas del corazón. Nosotros no somos frívolos.
—¿Desde cuándo?
—Desde este momento.

LA ERA DEL HIELO

Escribe **Sergio Marchi**

Ilustra **Horacio Petre**

Yo quería tirar todo. Esas carpetas con recortes de diarios, revistas, impresiones de internet; todo ese registro de papel seccionado para que ocupe el menor espacio posible (la próxima guerra será por el agua; la que le siga, por el espacio), quería volarlo a la mierda. Pensé en prenderle fuego, pero nunca tuve vocación pirómana. Tirarlo a la basura me resultaba muy triste. Se me ocurrió donarlo: habría montones de voluntarios que querrían tener el archivo periodístico que acumulé durante años sobre Charly García.



Ya sé todo lo que tengo que saber, ya escribí su biografía, y hasta la actualicé diez años más tarde, abarcando la vida de este hombre desde que nació en 1951 hasta 2007: unos cincuenta y seis años. Ya cumplí. Es curioso, pero previsible: la gente me busca, me encuentra —soy fácil—, y me pregunta: ¿Para cuándo la segunda parte? Les contesto que ya la hice, que *No digas nada* salió en 1997, que se actualizó con nuevos prólogos, nuevos capítulos y algún apéndice, exactamente diez años después de su aparición original. Y me vuelven a preguntar lo mismo. Sí, ya sé lo que quieren; para ellos la segunda parte es para mí la tercera. La que no quiero escribir. Al menos hasta que Charly muera.

¿Cuándo termina el trabajo de un biógrafo? Cuando termina la vida del biografiado, sin dudas; uno puede enredarse un poco más en el *afterlife*, con las reverberaciones que produce la muerte de alguien muy famoso, "en ese torbellino donde nada importa", como Charly cantó en una de sus canciones. O filosofar sobre las nuevas sonoridades que adquiere la obra de un músico que ya no existe, porque la obra, y sobre todo la de Charly, sobrevive a todo, incluso al fantástico poder de destrucción de su autor. Sobrevive hasta a mi propio cansancio. Y me persigue, sin saberlo yo; sin quererlo, sin pensarlo. "*Todo el mundo quiere olvidar*", dice otra de ellas. Y yo también deseo lo mismo. Pero me es imposible, no por extrañar aquellos días alocados en donde yo era un vehículo todoterreno (y mucho más joven y entusiasta) que patrullaba sus alrededores buscando los elementos que me permitieran escribir su historia, sino porque hacer la biografía de alguien, sobre todo alguien como Charly, te liga de por vida.

No lo veo desde hace más de un año y medio. Ya había pasado algún otro período de distanciamiento —que no es enojo ni enemistad— a causa de la vida que nos tocaba a cada uno. En un momento se quejó ante alguien de que yo no lo llamaba, pero él era incapaz de marcar mi número. Con Charly García, la amistad es una vía de una sola mano: la que uno emprende hacia él. No hay reciprocidad, pero tampoco la espero. Tan solo un poco de su consideración. Se hizo rogar mucho para dignarse a darme un rato de charla desganada en 2007 para intentar actualizar su propia historia, cosa que logré por esa red invisible que ya nos conecta desde hace mucho, lo queramos o no. Pero yo podía entender a ese hombre estragado por su propia voluntad de consumir químicos hasta el final, que en esos días se estaba aproximando a pasos acelerados, como si hubiera perdido sus dotes de artista y se hubiera transformado en un consumidor profesional de estupefacientes. Sabía entonces que no había modo de torcer eso; me la pasé años tratando de hacerlo. No por el hecho de salvarlo, de redimirlo, sino porque me angustiaba verlo sufrir, teniendo tanto para disfrutar. Charly siempre negó ese sufrimiento: se condenó a sí mismo, porque lo presiente como su pasaje a la gloria. Se convirtió en su identidad. Siempre pensé que el rock era un camino a la liberación personal de ataduras sociales, mentales, políticas, religiosas, doctrinarias. Y sigo sin entender por qué alguien se condena a la esclavitud tóxica en nombre del rock and roll.

> CHARLY TENÍA LA MAGIA, EL TOQUE, EL INGENIO, LA REFLEXIÓN MORDAZ QUE TE SACA LA FOTO CUANDO TODAVÍA NO TE PUSISTE LA ROPA INTERIOR.

Charly García es uno de los músicos más sorprendentes que conocí en mi vida; lo vi por primera vez cuando era luz pura, despidiendo a su segundo gran grupo, La máquina de hacer pájaros, una banda increíble que tocaba con el rigor de una orquesta sinfónica por él comandada. El primero había sido Sui Generis, ese dúo que hizo con Nito Mestre, que parecía una adaptación argentina del folk-rock sajón, y que marcó a toda una generación con tres discos que hablaban de las preocupaciones adolescentes sin restarles la importancia que uno le da a esas cosas a esa edad: la que yo tenía entonces. Lo vi derrapar con Serú Girán, un equipo con los mejores jugadores que no encuentra el funcionamiento sobre el campo de juego; hasta que comienza a meter goles y sale campeón. Así se retiraba García de la vida en grupo en 1982: tres campeonatos al hilo, y varios discos brillantes como *Confesiones de invierno* (1973), *Pequeñas anécdotas sobre las instituciones*

(1974), *La máquina de hacer pájaros* (1976), *La grasa de las capitales* (1979), *Bicicleta* (1980).

Charly tenía la magia, el toque, el ingenio, la reflexión mordaz que te saca la foto cuando todavía no te pusiste la ropa interior. No podía ser mejor, pero lo fue: *Yendo de la cama al living* (1982), *Clics modernos* (1983) y *Piano bar* (1984), es la trilogía más increíble de álbumes consecutivos que algún músico argentino haya concretado. Bueno, a ese genio Charly le hizo la cruz, y se la puso sobre los hombros para cargarla por siempre.

"Charly García es ese pobre muñeco que yo pongo ahí para que me dejen vivir en paz a mí", me reveló diez años más tarde, como si fuera un mago que le cuenta su máximo truco a un aprendiz. El "pobre muñeco" era alucinante: todos lo querían, las multitudes lo seguían como a un Cristo pampeano de bigote a dos colores. Su música era novedosa, brillante, moderna y otros adjetivos que seguramente no alcanzarían a hacerle justicia. ¿Qué clase de vida quiere vivir un hombre que renuncia a su mejor arte en pos de algo que no se sabe muy bien qué es? Para eso no hay respuesta, y es ese vacío el que yo ya no puedo sostener. Un día lo vi mirarse fija y sostenidamente ante un espejo. "Charly, ¿qué ves?", le pregunté. "A un reventado", contestó con un dejo de amargura mezclada con alguna satisfacción.

Charly se reinventó como reventado y armador de escándalos a escala profesional en los 90, cuando no quiso seguir editando simplemente buenos álbumes, como los que hizo a finales de los 80, después de su trilogía de oro. Coincide eso con su primera internación psiquiátrica, a la que llega cuando nadie sabía cómo pararlo después de varios días de desmanes sin cortes. Al no existir en Argentina alguna institución que trate seriamente el problema de la adicción a las drogas (a veces dudo de que exista algo serio aquí), Charly cae en manos psiquiátricas cuando en realidad le hubiera convenido terminar con gente que haya atravesado ese mismo túnel, en el que jamás quiso meterse, lo que constituye la raíz de su problema. Cuando obtiene el alta, Charly comienza a jugar como una celebridad aterradora que utiliza su arte como cobertura de sus crímenes. Se tiñe de rubio, llega tarde a los shows, entra en silla de ruedas, deambula desnudo por los pasillos, vive sin bordes. Segunda internación psiquiátrica. No le hace mella: sale, se encuentra con Andrés Calamaro y juntos se van a ver con Joaquín Sabina. Pobre Tío Joaquín, como él mismo se bautizó ante mí, que me casé con una exnovia suya ("A ver cuando invitáis al Tío Joaquín a cenar": Tío, te juro que me encantaría y te seguimos esperando): tuvo que pagar un dineral por los

destrozos que Charly causó en el hotel al que lo invitó a hospedarse. Charly inventó el "recital interruptus", que duró dos temas hasta que le dio un brote esquizoide sobre el mismo escenario. "Es solo una manera de actuar", compuso García en una canción que se hizo como autorretrato. A esa frase yo le colocaría signos de interrogación. García, ser de una inteligencia superior, sabía perfectamente la fascinación que causaba en todos arrojándose hacia una destrucción segura, con el pasaporte al infinito sellado por San Pedro, para después esquivar a la parca con un amague a lo Maradona. Parecía acabado, y resurgía de su propia ruina sacando la lengua. No podía sobrevivir a un salto de nueve pisos en la ciudad de Mendoza, a una pileta no del todo llena, y salió de ella como burlándose de la Ley de Gravedad. Lo filmaban muchas cámaras que habían ido a una conferencia de prensa de un ministro, y mientras la autoridad aburría a todos con su discurso, percibieron que un hombre volaba hacia abajo.

"ES SOLO UNA MANERA DE ACTUAR", COMPUSO EN UNA CANCIÓN QUE SE HIZO COMO AUTORRETRATO. A ESA FRASE YO LE COLOCARÍA SIGNOS DE INTERROGACIÓN.

La reunión de Sui Generis en el 2000 pareció una autoejecución, de la que se recobró con un disco que apenas con unas pinceladas de su inmenso talento se asemejaba a una nueva resurrección: *Influencia*. Pero un día se encontró sin trucos, o con algo peor: con trucos repetidos. No existe nada peor que escuchar por segunda vez un disco de chistes. No había gracia. ¿Cómo superar a un hombre que vuela? ¿Dejando una obra inconclusa, de la cual destruyó el original, y su copia fue pirateada y subida a internet (*Kill gil*)? No: cayendo de una vez por todas, como cayó en Mendoza en 2008. Alertado por la seguridad del hotel, un grupo de policías redujo a Charly que intentaba asesinar a su propio manager, un muchachito que era el único que lo aguantaba y sobrevivía con las migajas que producía, porque ya nadie quería contratar y pagarle a ese ser intratable que todo lo arruinaba. El método que intentó fue un tanto tosco para un artista de su talla: arrojarle un matafuego por la cabeza. El problema es que el otro se obstinaba en huir, maldito desagradecido, y el matafuego era muy pesado. Primero fue la policía, luego llegaron los médicos que le aplicaron un poderoso sedante. Mientras García se iba en *fade out*, puteaba hasta en arameo a los que pretendían calmarlo. Un empleado infiel grabó toda la escena en celular y la subió a YouTube. El escándalo fue infinito.

A mí, me inundaban de mensajes, requiriéndome de los medios para que dijera algunas palabras alusivas (¿qué decir ante un naufragio?). Y los fans me pedían que me pusiera la capa y volara yo también. "¡Vamos, quiero verte en acción!", me escribió uno. Pero yo ya era un superhéroe en retiro y mis poderes siempre fueron de morondanga y otorgados por Charly. No hubiera querido que mi afán de ayudarlo fuera malinterpretado, como le pasó a su hijo, cuando su padre, al pie del avión, le dijo a la prensa: "Este viene a robar cámara". Fueron cuatro días dramáticos, donde un ídolo caído en desgracia a la vista de todos era conducido a una ambulancia transportado por robustos enfermeros que lo habían colocado boca abajo y le habían atado las manos por detrás. La escena tenía algo de sacrificio ritual. Hasta había caníbales y todo. Pero estos, en vez de portar huesitos en la mollera, disparaban luces: paparazzis. Durante esos cuatro días no se supo qué sería del destino de Charly García, pero lo único seguro era que el Poder Judicial esta vez había intervenido y no podía desligarse de una papa tan caliente con tanto escrutinio mediático alrededor.

¿Qué puede hacer uno ante eso? ¿Con qué justificación podría irrumpir uno en un escenario que ya no frecuenta? ¿A título de qué? Cuando las cosas se definieron, Charly fue trasladado a Buenos Aires en un avión sanitario que la propia Presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, le habilitó, pasó por un hospital que lo contuvo un día y lo derivó a otra clínica psiquiátrica en la que pernoctaría por un par de meses. Ahí decidí ponerme en contacto, se lo percibía más solo de lo que en verdad estaba. En la clínica expliqué quién era, ya que después de todo, en Argentina soy medianamente conocido por ser justamente el biógrafo de Charly. Y me trataron como si tuvieran necesidad de "contenerme".

—Bueno, señor Marchi, usted quédese tranquilo, que su amigo está siendo bien cuidado. Si la jueza autoriza, nosotros nos pondremos en comunicación con usted. Mantenga la calma...

—Discúlpeme señora, pero al loco lo tienen ustedes ahí adentro. No quiero que me traten: quisiera visitarlo, si se puede.

Sucedieron muchas cosas en el medio, pero después de ese diálogo seguí el tema a través de internet y Entornus. García llamaba "Entornus" a lo que la prensa describía como entorno, y le daba una entidad propia. No se equivocaba, Entornus (en la forma de una fauna variopinta) me llamaba a mí buscando información y también me anoticiaba de diversas novedades, a veces equivocadas —Entornus es un espécimen trastornado—. Un mes más tarde, me invitan a un canal de televisión a hablar sobre la situación de Charly. Como siempre, dije lo que pensaba, y al rato me llamó Fernando, un amigo de Charly que había devenido en manager, diciéndome que le había gustado mucho lo que había dicho y orientándome sobre pasos legales a seguir para poder visitar a Charly. Sería muy largo aunque divertido de explicar lo que vino después, pero dos meses más tarde, cuando Charly ya había sido dado de alta, vuelto a internar, y dado de alta otra vez, recibí autorización de la justicia para finalmente poder ir a celebrar su cumpleaños número cincuenta y siete en su nuevo lugar de residencia: la chacra del cantante Palito Ortega.

¿Cómo hace alguien para entrar desapercibido en un lugar en el que la prensa está apostada en la entrada esperando filmar al que llegue? Simple: no baja el vidrio de la ventanilla del auto. No fui solo, sino que llevé una señorita a la que Charly quería ver, pero que no estaba autorizada por la justicia. Éramos diez personas, más Palito Ortega que nos agasajó con un asado exquisito y su calidez habitual. La aparición de Charly fue conmovedora y pareció un golpe de efecto, aunque no lo fue; yo iba preparado mentalmente para lo peor, pero verlo avanzar con tanta dificultad aferrado al brazo de una enfermera tal vez de su edad que parecía levitar, hinchado de corticoides, con una ropa que le quedaba demasiado holgada, me quebró. ¿Manifestó sorpresa al verme? Era imposible distinguir algún gesto en ese hombre, al que tantas veces vi alterado y en brote psicótico, que se había convertido en un anciano prematuro y medicado hasta la médula. "Ahora está bárbaro, no sabés lo

que era antes", me anotició uno de los pocos que estuvo con él en su periplo por las clínicas psiquiátricas. Oh, oh. Fue una fiesta con una serena alegría y sin alcohol. Y mediante un truco (una pregunta difícil sobre un ignoto grupo de rock), comprobé que detrás de todo eso había una memoria que funcionaba.

En mi segunda visita, se convino que yo fuera a verlo domingo por medio, porque nadie llegaba hasta allí ese día. Eran ochenta kilómetros: una vez lo hice tomando un micro y fue eterno y caluroso. Llegué a las tres de la tarde, con un calor digno del desierto libio. Charly estaba solo en la pileta con la señorita que yo había transportado aquella primera vez. La conversación era escueta, superficial hasta que hablamos de mi próximo libro. Eso le interesó, porque era sobre Los Beatles. Me pidió precisiones sobre el caso Ringo Starr, que había transitado una senda parecida a la suya: a medida que se ahondaba su afición por el alcohol y la cocaína, sus discos decaían, y solo trabajaba de "exbeatle"; ya nadie quería al artista Ringo Starr porque no existía. Un día despertó en el suelo y encontró a su mujer ensangrentada: un bastardo la había molido a palos. Ringo clamó venganza, pero el bastardo era él. No recordaba esa paliza. Junto con su mujer, compañera en el desastre tóxico, buscaron ayuda, la encontraron, se aferraron a ella, y los dos se recuperaron. Ringo estuvo un tiempo catatónico, pero después volvió a hacer buenos discos y a vivir una vida normal. Y no tomó una gota más de alcohol.

Charly después quiso saber sobre el caso de Eric Clapton. Y continué contándole ese, y el de otras estrellas del rock. Yo estudié todo lo que pude ese tema, justamente por Charly: cuando escribí el libro en los 90, busqué desesperadamente la forma de ayudarlo. Llegué a pedirle consejo a Steven Tyler de Aerosmith, que se mostró muy solidario y hasta hizo averiguaciones para ir a visitarlo después de nuestra conversación, cuando García atravesaba la segunda de sus internaciones. Charly se enteró, se excitó y le escribió una carta, la que hizo que Tyler olvidara por completo el tema. Pero en Luján, al borde de la pileta, Charly me confesó que quería saber sobre estos casos porque se preguntaba cómo sería el suyo.

—No tiene por qué ser diferente al de la mayoría: se recuperaron y no volvieron a consumir —le dije con la mayor naturalidad que pude.

—Sí, pero yo no me veo no tomando nada en el futuro —me respondió con sinceridad.

—¡Pero eso fue lo que te trajo aquí! —le exclamé.

—A mí, nunca nadie me dijo que fuera un adicto —se mantuvo firme en su posición.

El poder de la negación puede ser muy fuerte, y García es lo suficientemente inteligente como para saberlo y utilizarlo en su favor. La discusión que sobrevino no fue muy larga, porque él la zanjó zambulléndose en la pileta después de decir que "ya había escuchado demasiado". Recordé la carta que Charly le escribió a Steven Tyler que terminó por desalentarlo de su visita, y de algún modo me sentí en la misma situación. Si después de pasar por tres hospitales y dos clínicas, en un viaje que haría que el mismísimo purgatorio fuese apenas una montaña rusa, García quería seguir sin entender cuál era su verdadera situación, era evidente que nada de lo que nadie pudiera decirle o hacerle podría hacer que cambiase de opinión. Lo diferente, en esta ocasión, fue que intervino la Justicia y estableció una curatela que lo privó de libertad de movimientos, reuniones y protegió su patrimonio. De sí mismo, y de terceros. Pero eso no podía ser eterno. Ese período de férreo control es el que yo denomino *la era del hielo*: García congelado, preservado para un futuro imperfecto.

ESE PERÍODO DE FÉRREO CONTROL ES EL QUE YO DENOMINO *LA ERA DEL HIELO*: GARCÍA CONGELADO, PRESERVADO PARA UN FUTURO IMPERFECTO.

Yo también tuve mi propia *la era del hielo* con Charly. Y continúa hasta hoy. Desde mi cubículo de agua congelada observo cómo la corriente me lleva inevitablemente hacia él. Aparece alguien y me cuenta algo; por la calle me encuentro con otra persona que me completa y aumenta el relato anterior; un periodista me consulta sobre Mecha, su novia de veintitrés años, que ha pasado a jugar un papel central en esta historia. Yo la conocí en una visita a Luján, cuando ella reemplazó a la inquilina anterior. Charly siempre busca guarecerse mediante un escudo femenino; diez

años atrás, era otra chica, siempre mucho menor, que no lo acepta del todo y que se siente esclavizada, pero no con la suficiente convicción como para poner los puntos sobre las íes. Mecha, me cuentan, es diferente: es quien maneja la botonera. Es inteligente, muy ambiciosa, y no le teme a nada. Ya le dijo a la prensa que "le gustaría tener hijos con Charly". Me pregunto si habrá algún espermatozoide que haya resistido tantos años de embate. Se comenta que la renuncia del manager de Charly García, a comienzos de 2011, tuvo algo que ver con ella, y con una botella de whisky que el manager no quiso comprar. Hilda Lizarazu, su corista, también renunció, pero porque tenía una carrera propia y una hija que atender. Su reemplazante no pudo estar mejor escogida: es Rosario Ortega, la hija de Palito. Muchos fans la denostaron de entrada, pero yo la escuché en otros ámbitos y sé que tiene un talento real. Hilda misma la recomendó.

El rechazo a Rosario es simplemente uno de los tantos campos de batalla donde se dirime una guerra en torno a García, a la que él es ajeno, y que pertenece a los fans. Cuando Charly reapareció en público, las aguas se dividieron entre aquellos que celebraban su recuperación, y los que sostenían que debía volver a drogarse, porque ese ser gordo, que avanza como si se hubieran olvidado de sacarle el freno de mano, que canta como el Pato Lucas relleno de algodón para pasar por un pato disecado en la vitrina de trofeos de Elmer Food, que toca como por reflejo pavloviano, ese no es Charly García.

Recibo un mail de Joe Blaney, el productor neoyorquino que produjo algunos de sus mejores álbumes (*Clics modernos*, *Piano Bar*, *Parte de la religión*, también trabajó para Andrés Calamaro y Fito & Fitipaldis), en el que me cuenta que ha visto algún video de Charly: "He lost the sparkle", diagnostica. Es eso lo que la gente extraña; hoy García tiene una banda que suena bien en serio, él puede terminar los shows, ya no hay desmanes y todo parece bajo control. Pero no se puede disimular la falta de esa chispa genial que hace de Charly un artista genial, aun en la peor de las situaciones. Y todo el mundo piensa que es la droga. Una que lo atonta y otra que parece darle filo, locura, pero al mismo tiempo le pulveriza el talento.

Entonces, existe un problema. Si Charly drogado es una amenaza pública, y Charly sano es un artista sin brillo, ¿qué hacer? ¿Y por qué todos me miran a mí como si tuviera alguna respuesta? Mi *era del hielo* prosigue. Comenzó hace un año y medio, cuando hubo un desaire. Al acercarse su show reaparición en el estadio de Vélez, en Buenos Aires, García comenzó a otorgar entrevistas de promoción a los diferentes medios. Yo estaba en la sala cuando llegó el periodista de *Clarín*. Estuve sentado al lado del director de la *Rolling Stone* de Argentina en otro ensayo. Al ver el movimiento, decidí ponerme en

la fila como uno más, y solicité una entrevista para el diario *Crítica*, de alcance nacional. Me dijeron que no. El manager afirmó que Charly no quería. ¿Verdad o mentira? ¿Por qué no querría el manager darme esa nota, si él mismo fue el que me convocó para que volviera a acercarme? ¿Por qué no querría Charly dialogar conmigo durante una hora, si estaba conversando con extraños, que no lo han visto en pelotas y exaltado aullándole a la luna como yo? ¿Por qué no, si soy el que más lo ha protegido y lo ha hecho quedar bien en reportajes cuando lo suyo era un balbuceo ininteligible? Eran tiempos de ensayos para la vuelta. ¿Quién había armado una lista tentativa para el show? ¿Quién había grabado todas esas canciones para que los músicos las aprendieran? ¿Quién se había tomado la molestia de ir a Luján, para quedarse cuatro horas mirando el History Channel, o para darle charla en la pileta esos domingos en que todos se tomaban franco de él? Y no cobré ni un penique: lo hice por cariño.

Mis sospechas se iniciaron el día en que entregué esos CD con el repertorio de Charly. El manager no pudo venir y mandó un auto a recogerlos. El auto venía con Charly adentro. Fue incapaz de bajar a saludar, de dar gracias siquiera, de mover su culo ancestral acostumbrado a que el mundo vaya hacia él. Pero uno piensa, "pobre... esas pastillas lo tienen apabullado", y elude al chofer que intenta cumplir el trámite por él, va al auto, le da un beso y los CD, y lo deja partir sin demorarlo, salvo por ese microsegundo en el que le veo la culpa en los ojos. Después, vino la negativa por esa nota. No pedí ningún privilegio: tan solo ser tratado como un periodista profesional. Ni siquiera como su biógrafo, o como su amigo. Decidí alejarme: él no iba a notarlo. Pero tenía que avisarle a los fans, y lo hice desde mi blog. No conté pormenores, pero se armó un lío de órdago (restringido, mayormente, a internet). El manager me demandó explicaciones, se las dí en un Starbucks, pero le dije que ya no me interesaba volver a verlo, ni hacer la puta entrevista, ni nada. Solo pedí entradas para ese show, el veintitrés de octubre de 2009, conocido como "el concierto subacuático". Me invitaron a otros shows posteriores. No fui.

Y la marea que insiste, insiste, insiste... Pocas noches atrás pesqué un link con su último show, el veinticuatro de febrero de 2011, en la "Fiesta del Sol" de la provincia de San Juan. Lo vi mejor, menos abotagado, más dinámico, más caótico también, divagando y haciendo chistes repetidos, sin gracia, ni *timing*. Al igual que en un show anterior en Punta del Este, los medios comentaron "su energía". La banda suena con gran oficio. Rosario todavía no le encuentra bien la vuelta a los coros de las canciones, pero es algo normal y se corrige con el tiempo y los shows. A Charly en cambio, se lo ve animado, pero todavía como sedado. La *era del hielo* suya parece haber terminado y se percibe claramente el derretimiento de sus facultades aletargadas; si en Punta del Este se lo ve "despierto", en el show de San Juan hasta canta bien. Todavía le falta, pero parece ir por buen camino. Me alegro por él y también por mí: cuando está bien, yo disfruto.

> LA *ERA DEL HIELO* SUYA PARECE HABER TERMINADO Y SE PERCIBE CLARAMENTE EL DERRETIMIENTO DE SUS FACULTADES ALETARGADAS.

Recibo un mail de un fan que me cuenta una situación en Punta del Este. Menciona un nombre que no estaba en el entorno desde hacía mucho: no pudo haberlo inventado. En una reunión alguien confirma lo que el mail me informaba. Y no existe la menor conexión entre ambas fuentes, por lo que deduzco que es verdad. Me viene una letra de Charly a la cabeza: "Yo no sé bien qué es, vos dirás, son intuiciones: verdaderas alertas". Hoy recibo la invitación de un fotógrafo de un medio muy popular a una muestra que hará sobre Charly García. "Yo no voy a correr ni a escapar de mi destino": otro fragmento que atraviesa mi mente. Recuerdo el mail, la reunión, el dinamismo recuperado, el hielo derretido y ato cabos. "Lo que fue hermoso será horrible después", me sale al camino otra canción. Decido ir a esa muestra fotográfica.

¿Y si me encuentro con Charly? Le cantaré una de sus canciones: "No tengo nada que decirte, solo: hola, ¿cómo estás? Yo se que nada va a pasarme: solo el viento". Espero que eso no afecte mi *era del hielo*.

Por mi bien.

La juventud de ahora ya no compra discos y casetes, ¿o todavía sí?

Te acordás que cuando éramos chicos había gente que menospreciaba a Charly diciendo que era puto? —dice Chiri— La gente grande veía muy mal, por ejemplo, que se vistiera de rosa, que tuviera el bigote de dos colores y que pusiera caritas a la cámara cuando cantaba.

¡LE ESTÁS SACANDO LA COMIDA DE LA BOCA A MUCHA GENTE DE LA INDUSTRIA MUSICAL!

¿Qué época rara, no?

—Pero lo del bigote nunca fue adrede. Creo haber leído algo de una crisis de ansiedad. ¿Vos sabés esa historia?

—Sí —me dice Chiri—. Charly tiene una enfermedad en la piel que se llama vitíligo, que tiene que ver con mala pigmentación. Marchi lo cuenta en su libro *No digas nada*. Dice que a finales de los años cincuenta los padres de Charly se fueron a Europa sin él, y al pequeño Carlitos la historia le pegó de abandono. Tuvo una crisis nerviosa y eso le provocó vitíligo. De ahí el bigote bicolor.

—No leí el libro todavía. Marchi me dijo por mail que me lo iba a mandar.

—¿Sabías que se hizo un libro de psicoanálisis sobre la biografía de Marchi? El autor se llama Marcelo Mazzuca. Una de las hipótesis de su trabajo es que Charly necesitaba escribirse, porque su identidad estaba empezando a difuminarse. Por eso en los noventa García le pide a Marchi que escriba su biografía completa.

—¿Cómo se llama el libro?

—*Una voz que se hace letra. Una lectura psicoanalítica de la biografía de Charly García.*

—¡Me encantan los títulos largos! Un día voy a escribir un libro con un título larguísimo, y me voy a sentir poderoso.

—*La máquina de hacer pájaros* es el nombre más largo de una banda de García —me dice Chiri.

—¿Sabés de dónde sacó ese nombre? —le digo— De una historieta de Crist, el ilustrador del primer texto de este número de Orsai. "García y la máquina de hacer pájaros" era una historieta que aparecía en *Hortensia*, en los sesenta.

—Qué lindo —dice Chiri—, cómo se entrecruzan los autores de este número. En YouTube hay una entrevista del año noventa y tres a Charly, después del famoso recital de Ferro. Charly está vestido de rosa…

—¡Yo vi ese reportaje! —grito, porque muy pocas veces vi algo de lo que Chiri me cuenta— Me acuerdo que en un momento mi abuela Chola se acercó al televisor y me preguntó: "¿quién es el mariposón ese?".

—Es alucinante escucharlo hablar en esa entrevista. Está lúcido, tenía su carrera totalmente enfocada. Recién había cumplido treinta y dos años. Casi me había olvidado de ese Charly.

—Lo que pasa es que el Charly de los noventa fue tan potente que se terminó devorando a los otros. Imposible no pensar ahora en el Charly que cae del noveno piso, por ejemplo.

—¿Conocés el backstage de esa historia?

—Algo. Sé que fue en un hotel de Mendoza, y que ese día había una conferencia de prensa de un ministro…

—Del ministro Flamarique.

—¿Por qué te acordás de esos detalles? —me enojo.

—Porque soy flaco. Los flacos nos acordamos más cosas que los gordos.

—Eso no es verdad —le digo—. ¿De qué

El botón que copia los tomates

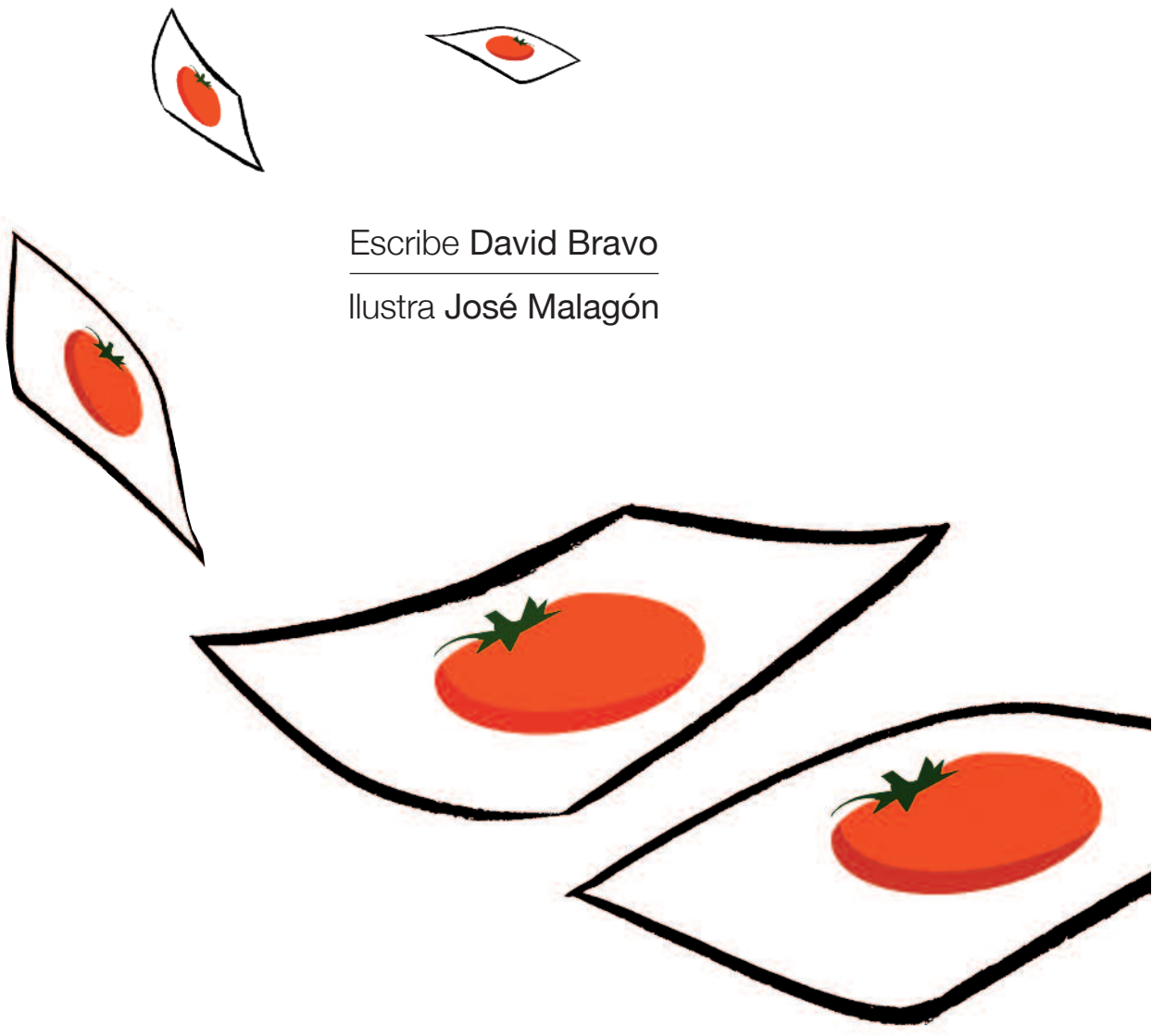
por David Bravo

estábamos hablando antes de todo esto?
—Del salto de Charly a la pileta. La conferencia era en el segundo piso. Flamarique hablaba con los periodistas frente a una ventana grande. En un momento frena el discurso y dice: "Muchachos, acaba de pasar volando Charly García". Los periodistas dejaron al ministro y se fueron corriendo a la pileta. Pensaban que iban a encontrar a Charly muerto, pero lo encuentran nadando tranquilamente. "¿Qué sentís cuando te tirás? ¿Libertad?", le pregunta un imbécil. "No: vacío, y después agua mojada", le dice Charly, con los pelos pegados a la cara.
—¿Había alguien con él cuando se tiró?
—¿Del Entornus? Ni idea, habría que preguntarle eso a Sergio Marchi.
—¿Pero por qué todos miramos a Marchi como si él tuviera alguna respuesta?
—No lo sé, pobre Marchi —dice Chiri.
—¿Sabías que Pipo Cipolatti, un clásico del Entornus, estuvo en la tercera fila del *Adiós Sui Generis* en el Luna Park? Un fan que llegó a ser amigo del ídolo.
—¿Tiene pruebas?
—Según él —le cuento—, no sólo aparece en la contratapa del volumen dos del *Adiós*, en vinilo, sino que también se lo puede ver en tres ocasiones en la película que hizo el Bebe Kamin sobre el recital: pelando una mandarina, discutiendo con un vecino de fila y cantando "Blues del levante" en situación alocada. Es palabra textual.
—Qué lindos esos discos en vivo, los del *Adiós*.
—Esos discos están en Mercedes. Todos los discos que nos compramos de Charly solista, de Serú, de La Máquina y de Sui Generis, todos, están en Mercedes.
—Era una bestialidad cómo comprábamos discos en esa época —dice Chiri—. La juventud de ahora ya no compra discos, ¿o sí? ¿Somos los grandes los que descargamos música, o los pendejitos también?
—Yo me compré *Piano bar* en disco de vinilo en el 85. *Piano bar* en casete en el 89. *Piano bar* en compact disc en el 98. Es decir, lo compré tres veces. Hace cuatro años, cuando el compact disc murió, me descargué *Piano bar* de internet.
—Sos un maldito pirata hijo de puta —me dice Chiri—. Ojalá te metan preso a vos y a toda tu familia. ¡Le estás sacando la comida de la boca a mucha gente de la industria!
—Si un día me meten preso lo llamo a David Bravo para que me defienda. ¿Lo conocés personalmente a Bravo?
—No. Solamente por fotos.
—Es el mejor abogado español, el que más entiende sobre el tema de descargas ilegales, piratería, todos estos temas que están ahora tan en la palestra. Yo lo vi personalmente un par de veces: es una cabeza gigante en un cuerpo muy chiquito. Una inteligencia pura. Nadie le puede ganar una discusión sobre nada.
—¿Es para tanto?
—Sí. Es increíble. Una lucidez un poco rara, lateral. Está a años luz de toda la gente de corbata que sospecha que entiende sobre copyright. A veces hay debates en televisión sobre los temas de derechos, y me da un poco de pena los que debaten contra él. Se los come crudos, parecen pajaritos mojados.
—¿Por eso lo llamaste para que escriba en el número dos? —me pregunta Chiri.
—Por eso.
—¿No era que estabas en contra de los abogados?
—De todos, menos de este.
Chiri me mira fijamente a los ojos. Yo no pestañeo.
—Ok —dice—. No hay más preguntas.

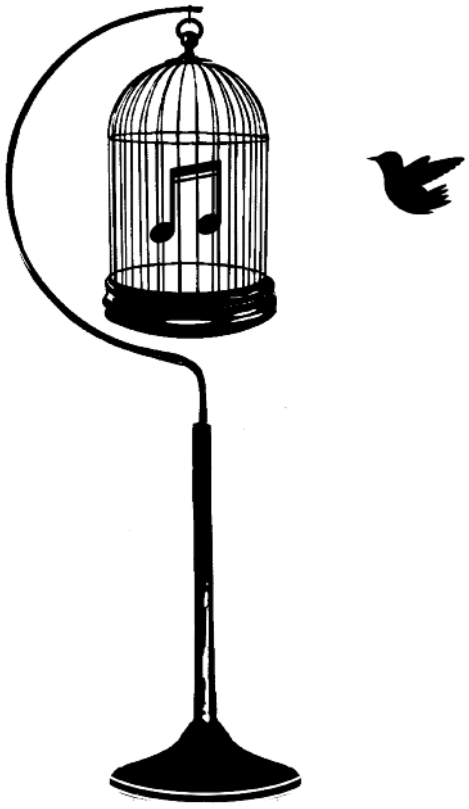
EL BOTÓN QUE COPIA LOS TOMATES

Escribe **David Bravo**

Ilustra **José Malagón**



Tras el rechazo en el Congreso de España de la conocida como Ley Sinde o Ley Antidescargas, el actor Javier Bardem publicó en el periódico *El País* un artículo muy agresivo en el que sostenía que "ya no hay ley que proteja al que se le ha robado" y que ahora se "abraza al ladrón". Comenzaba el actor proponiendo una analogía en la que nos pedía que imagináramos un mundo donde con un simple botón pudiéramos hacer una copia perfecta de un tomate, con la consiguiente injusticia que eso supondría para el que lo cultivó. En el mundo propuesto por Bardem los alimentos serían infinitamente clonables gracias a un invento que, según nos sugiere, lejos de ser digno de celebración habría de ser temido. En la leyenda de la multiplicación de los panes y los peces, Javier Bardem era el pescadero que negaba con la cabeza y arrugaba la nariz.



Del mismo modo que le sucedería al vendedor de tomates de Javier Bardem si ese maravilloso invento existiera, la industria de los contenidos persigue sombras. Los gigantes levantan la mano a los millones de ciudadanos que intercambian entre sí música, películas y libros, y no se explican por qué tras una década de enseñar los dientes todavía nadie ha huido despavorido. Estos gigantes, que se convierten en niños de pecho en cuanto se conectan a internet para perseguir internautas, llevan todo este tiempo buscando solución a un problema irresoluble. Incapaces de hallar respuestas porque equivocan la pregunta, la industria sigue golpeándose el pecho exigiendo su derecho a apropiarse y a excluir a terceros del uso de sus obras. Que las nuevas tecnologías hayan convertido la propiedad intelectual en algo inaprensible e infinitamente clonable y, con ello, impidan de facto que ese derecho pueda ejercerse, no parece ser motivo suficiente para cambiar la perspectiva y buscar soluciones allí donde realmente pueda haberlas.

La aparición de las nuevas tecnologías, que eliminan la dependencia del soporte físico para la fijación y distribución de las obras, ha convertido los bienes culturales susceptibles de ser digitalizados en un puñado de unos y ceros. La industria, que todavía no se ha dado cuenta de que lo que ha cambiado es la propia naturaleza de su producto, ahora tan apto de ser poseído y controlado como el vapor, exige leyes que le reconozcan el irrealizable derecho de frenar con las manos el agua que atraviesa la canasta de baloncesto. Pese a que las leyes de todo el mundo se pliegan a los deseos de la industria y les conceden en teoría lo que la práctica les negará, todos los intentos por detener ese flujo de bits han sido delirios y todas las inversiones realizadas en costes de exclusión, derroches.

Los costes de exclusión son aquellos desembolsos económicos necesarios para mantener a terceros fuera del uso de nuestra propiedad. En la propiedad tradicional como, por ejemplo, una casa, esos costes los soportan individualmente los propietarios. Por lo general una puerta de mediana calidad, paredes y un cerrojo suelen ser suficientes para evitar que alguien entre en tu vivienda. En esos casos, el Estado solo actúa en los supuestos excepcionales en los que todo lo demás falla.

Pero ¿qué sucede cuando la industria de los contenidos se empeña en proteger como una propiedad lo que es etéreo e inapropiable? Lo que sucede es que los costes de exclusión se disparan. De nada sirve una cerradura para mantener a terceros fuera del uso de algo como la música. Se necesita algo diferente y mucho más caro. Para hacer frente a esos costes se echa mano de importantes inversiones privadas y públicas para intentar controlar que millones de personas no entren en un lugar que carece de paredes, puertas y ventanas.

Las campañas de concienciación que habitualmente vemos en cines y televisión, los cursos en colegios impartidos por empresas titulares de derechos para modelar al futuro consumidor, los cambios legislativos impulsados por lobbies de presión, el desarrollo de sistemas anticopia y las acciones legales, no son más que ejemplos de inversión en costes de exclusión realizados para que la industria pueda decidir quién y a cambio de qué accede a su propiedad intelectual. Tras el fracaso, queda por preguntarse si no será que simplemente el titular de una propiedad intelectual, por la propia naturaleza de esta, no tiene ya ninguna posibilidad de apropiación y exclusión. Queda por preguntarse entonces, si no será que la propiedad intelectual, simplemente, no es una propiedad. Se trata de un

cambio de paradigma obligado por la transformación de la propia naturaleza del bien, que nos invita a buscar soluciones que encajen con la nueva realidad que nos ha tocado vivir. Siguiendo el ejemplo de Javier Bardem y los tomates, quizás debemos simplemente limitarnos a celebrar ese importantísimo invento, ponerlo al alcance de todos para que copien cuanto más mejor y centrarnos únicamente en la cuestión de cómo podemos sostener entre todos al que cultiva los tomates, no ya por una razón de equidad o justicia, sino por nuestro mero interés particular en que los siga produciendo para tener así algo que copiar.

Acciones legales

La industria discográfica y cinematográfica está invirtiendo todas sus energías en frenar el intercambio de obras intelectuales entre particulares. La beligerancia de los titulares de los derechos contra el uso de nuevas herramientas de difusión de sus productos y contra la herramienta misma, viene de antiguo. El gramófono, la radio, la televisión, las cintas de vídeo y las de casete han sido combatidos por la industria de diversos modos y, en ocasiones, con acciones legales. Se trata, por lo tanto, de una batalla que no es novedosa, sino que se viene librando desde hace varias décadas y aumentando su virulencia conforme los nuevos avances tecnológicos han ido acentuando, con su sofisticación y bajo coste, la ingobernabilidad de las obras intelectuales.

En numerosos países europeos, un conflicto anterior y de semejantes características al que suscita internet —el de la grabación de música entre particulares usando cintas de casete— se resolvió con la legalización de esa actividad siguiendo el viejo axioma de que no se puede prohibir lo que en la práctica no se puede frenar. Esa convalidación legal de los actos de miles de personas se vio acompañada de la introducción de un canon que gravaba el ejercicio de esa actividad y dirigido a los titulares de los derechos, sistema de remuneración que quedó desfasado y devino en arbitrario cuando saltó al soporte digital.

Sin embargo, actualmente la situación está muy lejos de una solución de semejantes características. Las leyes de todos los países se están decantando por endurecer considerablemente las responsabilidades por infracción de propiedad intelectual, sin que hasta la fecha esa estrategia haya conseguido los efectos disuasorios pretendidos. Por su parte, la industria ha judicializado el conflicto, ejerciendo acciones, tanto penales como civiles, contra todos los actores que intervienen en el intercambio de archivos vía P2P, incluidos los propios usuarios de estos programas.

En Estados Unidos la industria ha demandado a decenas de miles de ciudadanos. Los manotazos torpes del dinosaurio agonizante en que se ha convertido la industria discográfica se lo lleva todo por delante sin demasiado miramiento. Un análisis somero de los miles de demandados refleja que las descargas no son cosa de jóvenes con acné, sino que se trata de una realidad social que toca a todos los sectores. Han sido demandados desde niños de doce años hasta ancianas de ochenta y tres, como sucedió con Gertrude Walton, acusada —por personas con un número estándar de cromosomas— de descargar, bajo el seudónimo en inglés de "gatita golpeada", más de setecientas canciones de rap, pop y rock. Es tan amplia la masa social a demandar que los coletazos se realizan con un rigor discutible. Gertrude Walton no solo "rechazó siempre tener un solo ordenador en casa", como explicó su hija, sino que además estaba muerta, lo que como coartada es de las mejores. Según el periódico *El País*, el trasfondo que subyace al caso es que "la imposibilidad de seguir el rastro a todas las conexiones hace que, a veces, se persiga a usuarios inocentes o incluso fallecidos".

En España se han interpuesto acciones legales contra todos los actores involucrados en el intercambio de archivos en redes P2P, incluidos los usuarios de estas redes. J.M., denunciado por la patronal de las discográficas PROMUSICAE y por ADESE, y del que únicamente pudo probarse que había descargado música y películas de internet, sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies cuando supo que el fiscal del caso pedía para él dos años de prisión y la acusación particular le solicitaba tres. Tras varios años de procedimiento y de tortillas de ansiolíticos, la jueza del caso dictó sentencia absolutoria declarando que la descarga de música y películas sin ánimo de lucro no es una actividad delictiva. Al enterarse de la noticia, el presidente de Sony España hizo una reflexión serena y sosegada de la sentencia y declaró en la *Gaceta de los Negocios* que "se puede ser juez e imbécil".

Reformas legales

Se llama "etapa prelegislativa" a aquella fase en la que se procura constatar la aparición de una disfunción social que merece una reforma legal. No se requiere que esa disfunción sea real, sino que basta con que lo parezca. A pesar de que el intercambio de obras intelectuales es algo que preocupa a un concreto sector empresarial, su presencia en los medios de comunicación es tan elevada que parece un problema nacional más que la inquietud de un interés privado.

La industria musical y cinematográfica, acudiendo generalmente a comparaciones desmesuradas, procura sugerir al legislador que estamos en un estado de emergencia que precisa de su intervención urgente. Basta escuchar las declaraciones habituales de los lobbies de la propiedad intelectual para detectar con total claridad el panorama desolador que se le dibuja al Poder Legislativo para justificar que se convierta en una actividad perseguible toda conducta que involucre el intercambio gratuito de obras intelectuales. Como los cambios legales que se solicitan no son poca cosa —que usuarios "que piratean en internet tengan las mismas penas que las redes mafiosas", como publicó el diario español *La Provincia—,* el panorama que traslada la industria a través de sus informes y de los medios de comunicación es tan disparatado como las reformas legales que pretenden.

En la búsqueda de ese clima de alerta, en los tiempos en los que el Tsunami había dejado miles de muertos, la Federación Antipiratería dijo que internet es "como un gran tsunami". FEDICINE ha dicho que la piratería es como "el SIDA del sector". Por su parte, el director de la OMPI ha dicho que grabar discos compactos "es un asunto de vida o muerte" y que es "como el terrorismo". Julio Fernández, director de Filmax, ha dicho que contra los que descargan música hay que luchar "con los mismos medios que con los que se lucha contra pederastas y terroristas".

Los legisladores de todo el mundo se han puesto manos a la obra y redactan leyes que parecen dictadas por los propios lobbies que las reclaman. Así, en Francia e Inglaterra se han decantado por el corte de la conexión de los que descargan obras intelectuales sin autorización. El éxito de la iniciativa se podría calificar de entre escaso y nulo. Un estudio de la Universidad de Rennes de marzo de 2010 reveló que tras la aprobación de la Ley Hadopi en Francia las descargas no solo no habían disminuido sino que habían aumentado un tres por ciento. Desde Napster y hasta la fecha, cada iniciativa legal de persecución de las descargas de internet ha demostrado ser el más eficaz estímulo para que los usuarios las sofistiquen y anonimicen.

LOS LEGISLADORES SE HAN PUESTO MANOS A LA OBRA Y REDACTAN LEYES QUE PARECEN DICTADAS POR LOS PROPIOS LOBBIES QUE LAS RECLAMAN.

Según la encuesta de ZDNet.fr, el cuarenta y siete por ciento de los franceses cree que la Ley Hadopi no sirve para nada y solo el catorce por ciento le concede algún efecto disuasorio. Paradójicamente el principal beneficiado de la Ley no ha sido la industria discográfica o cinematográfica, para la que todo sigue igual, sino el servicio de alojamiento de datos Megaupload que, según *Le Figaro*, ha aumentado un treinta y cinco por ciento el número de visitas.

España y la Ley Sinde

En 2006 se produjo en España la que según los medios de comunicación era la operación más importante contra la piratería en toda Europa. En la redada fueron detenidas quince personas por administrar páginas de enlaces a redes P2P. Poco después, en una intervención en la Biblioteca Nacional, Carmen Calvo, la por entonces ministra de Cultura, señalaría esta operación como una de las más importantes actuaciones contra la piratería realizadas durante su cargo.

La industria de los contenidos, que creía haber asestado un golpe mortal, celebró con euforia nada contenida las detenciones y llamó a todos los medios de comunicación para que se unieran a la fiesta. Así, las detenciones de aquella operación policial fueron tratadas por los medios como si de sentencias condenatorias se tratase. Sirva de ejemplo el editorial publicado al día siguiente de la operación en numerosos periódicos de un mismo grupo y titulado "Piratas

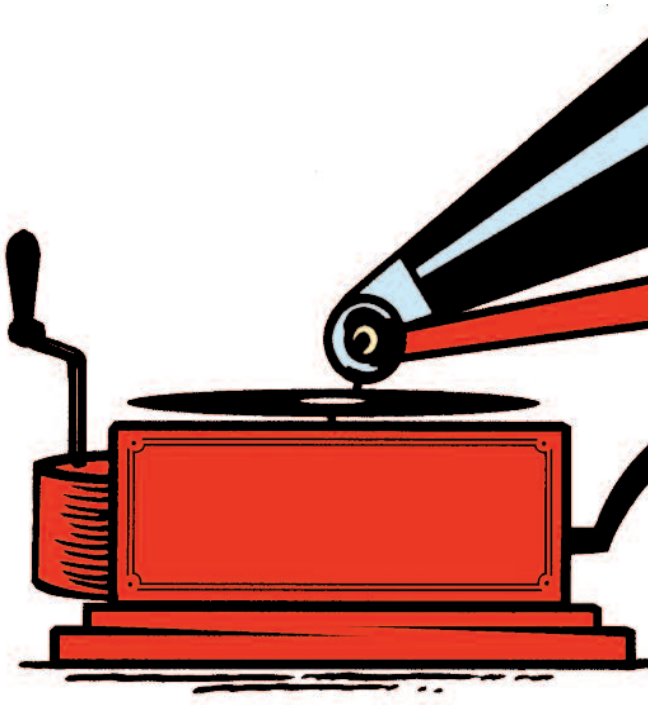
en la Red", en el que se decía que "los quince detenidos (...) formaban parte de la mayor organización clandestina europea de redes P2P".

El jarro de agua fría llegó solo un año después, cuando la primera resolución que estudió el caso de una de las páginas denunciadas, el de la web Sharemula.com, declaró que la página no cometía delito alguno por no alojar contenidos protegidos, más allá de meros enlaces, actividad no considerada infractora por la ley española. Tras esta resolución se generó un efecto dominó que la industria no pudo parar. Uno a uno fueron archivándose los casos que perseguían a la "mayor organización clandestina europea de redes P2P". No solo los medios apenas dieron cobertura a estas resoluciones ni aprovecharon para pedir disculpas por haber llamado piratas a quienes los jueces absolvieron, sino que llegaron a considerar que, simplemente, aquellos casos "se habían saldado con la victoria de la piratería".

Los anteriores enemigos públicos predilectos, las páginas de enlaces a contenidos, dejaron de ser el objeto principal de queja de la industria para ser sustituidos ahora por los propios jueces que los dejaban escapar vivos de los procedimientos en los que habían sido sepultados. La Coalición de Creadores, lobby de presión que engloba a la industria de los contenidos en España, dijo que la resolución Sharemula era un ejemplo de la "ignorancia" que hay en este país sobre propiedad intelectual. En ese mismo sentido, la International Intellectual Property Alliance (IIPA), coalición que engloba a las multinacionales estadounidenses de la industria del copyright, ha incluido tres años consecutivos a España en su informe 301 declarándola como país donde no se respetan adecuadamente los derechos de autor. El informe cita expresamente a la resolución Sharemula, a la que considera el mayor ejemplo de la "frustración" que siente la industria con los "procesos judiciales en España".

El Ejecutivo acabó por la vía rápida con esa frustración, aprobando una serie de reformas conocidas conjuntamente como Ley Sinde o Ley Antidescargas que eliminaban a los jueces de la ecuación. Mediante las modificaciones planteadas, a partir de la entrada en vigor de la Ley ya no serían los jueces los que se encargarían de resolver asuntos como los que acabaron con los administradores de webs como Sharemula brindando con champán, sino que ahora sería una comisión del propio Ministerio de Cultura, que apoyó y aplaudió sus detenciones, la que se encargaría de decidir qué es una infracción de propiedad intelectual.

Pese a que el Gobierno no lo dijo nunca de forma expresa por razones obvias, en ocasiones algunos de los actores involucrados en este conflicto han puesto negro sobre blanco el motivo del futuro nacimiento de ese órgano administrativo y de las funciones que tendrá atribuidas. El secretario sectorial de Comunicación Social, Cultura y Deporte de UGT, Carlos Ponce, al ser preguntado por la última sentencia que manifestaba que las páginas de enlaces no vulneran derechos de propiedad intelectual, mostró su indignación declarando que confiaba que se aprobara la Ley Sinde para "detener las sentencias que puedan atentar contra los derechos de propiedad intelectual". Marisa Castelo, abogada de la industria de los contenidos, dijo que "la necesidad de esta



reforma surge sencillamente de que no se está aplicando el Código Penal de manera correcta".

Todos aquellos que se opusieron a la ignominia que supone que el Ejecutivo pueda sustituir a los jueces porque sus resoluciones no son del agrado de un sector privado fueron calificados por casi unanimidad por los medios de comunicación como piratas amantes del todo gratis. "Ganan los piratas" tituló en portada el periódico *La Razón* el día que la Ley Sinde tuvo su primer traspiés antes de su aprobación definitiva en el Congreso.

Por su parte, Álex de la Iglesia, presidente de la Academia de Cine y firme defensor de la Ley Antidescargas, se despertó una mañana con una crisis de fe. Después de oír a varios opositores a la Ley, que sostenían que con ella se permitía el cierre de páginas web por el Gobierno y sin intervención judicial, decidió reunirse con ellos para escuchar sus tesis en persona. La Junta Directiva de la Academia le consintió el capricho e incluso publicó en su página web algunos comentarios sobre esa reunión, que demostraba el carácter abierto y

dialogante de la institución. Estaba terminando la charla cuando uno de los convocados le preguntó a De la Iglesia si después de lo explicado su perspectiva sobre la Ley Sinde había cambiado. Él nos contestó: "completamente". Probablemente era esta última posibilidad la que no barajaba la Junta Directiva de la Academia cuando ofreció su sede para lo que creían sería la representación teatral de un diálogo.

Álex de la Iglesia no mentía cuando nos reconoció en aquella reunión que su postura había cambiado "completamente" y, el día que la Ley Antidescargas dio en el Senado un paso definitivo para su aprobación, anunció que tras la gala de los premios Goya dimitiría en señal de protesta. A esa Ley, la misma que él mismo había defendido antes de contar con otro punto de vista, la consideraba absolutamente inadmisible. De la Iglesia, en la gala de los Goya y en su último discurso como presidente de la Academia, dijo ante un auditorio hasta entonces acostumbrado a escuchar como réplica el eco de sus propias voces, que eran ellos, la propia industria, la que tenía que aceptar que las cosas han cambiado, proponer soluciones imaginativas y sobre todo recordar que los internautas no son un sector aparte sino que son ciudadanos, gracias a los cuales ellos pueden hacer cine. "Les debemos respeto y agradecimiento", dijo ante una ministra de Cultura con sonrisa de muñeco de cera.

La vicepresidenta de la Academia, Icíar Bollaín, aseguró que desde la Junta Directiva habían reprochado a Álex de la Iglesia que hubiera dejado de "ser neutral", requisito indispensable para presidir esa institución. Los mismos que jaleaban al director cuando su postura era la de apoyar una ley que le pasaba la mano por la cara a los jueces, exigen ahora neutralidad en cuanto el discurso se convierte en el opuesto. "Tiene el Síndrome de Estocolmo de los internautas", explicó el productor y director Gerardo Herrero, que, expresándose como lo haría cualquier fanático, es incapaz de concebir que un peso pesado de la industria cambie de opinión sin que padezca la patología propia de un secuestrado a punta de pistola.

ÁLEX DE LA IGLESIA NO MENTÍA CUANDO NOS RECONOCIÓ EN AQUELLA REUNIÓN QUE SU POSTURA HABÍA CAMBIADO "COMPLETAMENTE".

Campañas de concienciación

Uno de los costes de exclusión que más inversiones recibe es el de las llamadas campañas de concienciación. Las industrias titulares de los derechos de propiedad intelectual y entidades gestoras invierten grandes cantidades en campañas que pretenden convencer a los ciudadanos de que no accedan gratuitamente a la música, películas y libros que fluyen libremente por internet. La propaganda de la industria, que presenta su punto de vista basado en la represión como única alternativa posible, tiene como denominador común que carece de toda autocrítica y se limita a insultar y señalar con el dedo a sus propios clientes. Pensando que podrían volver a meter a los melómanos en las tiendas levantándoles la mano, las campañas auguran penas de prisión para los que descargan música y películas, actos que comparan con el robo de un bolso o un coche.

Según el periódico *El Mundo* en su edición del diecisiete de noviembre de 2000, la campaña de aquel año de SGAE, sociedad de gestión de derechos española, "compara a las personas que copian ilegalmente CDs con camellos o violadores". Más de una década después, el nivel de imaginación no ha aumentado especialmente. La campaña del Ministerio de Cultura titulada "*Si eres legal, eres legal*", y cuyo eslogan fue escogido por personas con plena capacidad de obrar, comparaba a alguien que descarga música con un conductor que se salta un paso de peatones por donde pasa una pareja con un bebé al que está a punto de aplastar.

En su misión evangélica, la industria de los contenidos eleva su postura a dogma de fe y se atribuye la misión de educar a los ciudadanos. Chris Morrison, de CMO, confía en que "se puede educar a la gente". César Antonio Molina, exministro de Cultura español, y que también habla de la sociedad como si fuera un sector aparte al que él no pertenece, cree que es necesario "concienciar al ciudadano". Sin

embargo, las campañas no solo no han conseguido que los ciudadanos dejen de descargar, sino que de tanto insulto y amenaza han logrado convertirlo en un acto de pura militancia. Millones de ciudadanos, criados en su mayoría con una dieta enclenque de cultura obligada por los precios impuestos por los mismos que ahora les piden el favor de no descargar música, siguen a lo suyo y se toman las campañas como broma de mal gusto.

Aunque la palabra "educación" es la más repetida, se trata de mero adoctrinamiento, como se reconoce de forma casi pacífica en las memorias que describen los métodos utilizados por las campañas de los organismos públicos que las subvencionan. En la memoria de 2006 de la Comisión Antipiratería del Ministerio de Cultura español, se decía que la campaña "Defiende tu Cultura" tenía "el fin de propiciar un cambio de actitudes mediante la interiorización de ese mensaje" y, más adelante, sin demasiado pudor, reconocían que "se trata de un mensaje que debe mantenerse durante largo tiempo para que pueda ser interiorizado por los ciudadanos" y que "el Plan de medios de la campaña tenía como objetivo llegar al mayor número de personas un número de veces adecuado para que calara el mensaje". Cuando se sostiene que un mensaje debe repetirse cuantas veces se necesite para que termine por ser aceptado, nos alejamos definitivamente de lo que conocemos como educación y nos introducimos de lleno en el terreno de la mera propaganda.

La televisión, para la que la biblioteca universal que supone internet supone la misma amenaza que para McDonald's la buena comida, son proclives a difundir en sus propios espacios aquellos mensajes que sirvan para demonizar el intercambio de música, películas y libros que tantos espectadores les roba. Como explicaba la memoria antes citada, la campaña de adoctrinamiento preveía también introducir los mensajes mediante "la guionización de series de éxito" y hacer menciones específicas y reiteradas en programas televisivos de gran audiencia.

Pese a todos los esfuerzos, la industria de los contenidos ha terminado por llamar a los que rondan entre los veinte y los treinta y cinco años como la "generación perdida". Se trata de personas que han crecido con internet y para los que intercambiar música, películas y libros es tan cotidiano como el desayuno. Toda campaña que hable de inhibirse por propia voluntad de realizar estos actos es percibida como una ingenuidad. Los jóvenes de la generación perdida siguen a lo suyo y los avisos de que las descargas les dejarán ciegos o les llenarán la cara de granos generan más risa que miedo.

El foco se centra ahora en los colegios, único modo de conseguir que la nueva generación actúe de forma diferente a "sus hermanos mayores". Así apareció en Canadá el *Capitán Copyright*, un cómic en el que un superhéroe enseñaba a los más pequeños que debían ser buenos y respetar la propiedad intelectual. Las protestas de los padres, que veían en el cómic un nada sutil intento de lavado de cerebro, y el hecho de que los propios niños se aburrían como monas con un superhéroe que no partía ni un mísero hueso a nadie, precipitó el fin del *Capitán Copyright* de forma abrupta solo nueve meses después de su nacimiento.

En España tenemos a *Educar para Crear*, campaña "educativa" impartida en colegios e institutos y promovida por Microsoft, NBC Universal, Telefónica y la Motion Picture Association of America. Tal y como ellos mismos anuncian, pretenden educar a los niños y adolescentes sobre lo que significa la propiedad intelectual, enseñándoles, entre otros asuntos semejantes, lo malo que es descargar música y películas de internet. No hace falta explicar los recelos que despierta que empresas como las señaladas estén involucradas en un proyecto educativo dirigido, fundamentalmente, a niños. Además, los vídeos del proyecto piloto, en los que aparecen obras de teatro con niños recitando de memoria pasajes que parecen escritos desde algún despacho de una discográfica cualquiera, no ayudan a ver la campaña con mejores ojos.

Según la propia web de *Educar para Crear*, gracias a este proyecto han observado "cómo los estudiantes y el profesorado han ido cambiando sus ideas sobre la propiedad intelectual". El proyecto se ha revelado, por tanto, muy útil para "formar ciudadanos concienciados y con opiniones propias, pero bien fundamentadas". Es decir, antes, alumnos y profesores, quizás tenían opiniones propias sobre el asunto, pero estaban mal fundamentadas. Ahora, gracias a Universal y Microsoft, conocidas ONG sin ningún interés particular en el asunto, tendrán otras opiniones, también propias, pero, esta vez, "bien fundamentadas" y que, por pura casualidad, coincidirán fundamentalmente con la de las mercantiles promotoras de la campaña.

Sosteniendo al vendedor de tomates

Si algo ha demostrado la ineficacia de los intentos de exclusión pese a la enorme inversión económica realizada en sus costes durante la última década, es que resulta imposible evitar la libre circulación de obras intelectuales a través de internet. Las nuevas tecnologías han convertido en una aspiración imposible todo intento por parte de la industria de decidir quién puede acceder a sus contenidos.

Enlazando con lo dicho al inicio sobre el ejemplo de Javier Bardem con su vendedor de tomates y la máquina que los copia, parece razonable aceptar dos premisas básicas. La primera de ellas es que el invento es digno de fiesta, perspectiva no muy común entre quienes miden todo avance tecnológico en función de su impacto en el mercado y no en el del simple y llano beneficio social. La segunda de las cuestiones es que la sociedad, del mismo modo que necesita la máquina de copiar tomates, necesita a quienes los cultivan, por lo que, y derivado de su propio interés, habrá de remunerarse al agricultor para que siga trabajando y aporte lo que después se copiará. Se trata, en definitiva de la idea que subyace a todo impuesto y que se resume en que lo que es aprovechado por todos debe ser sostenido por todos.

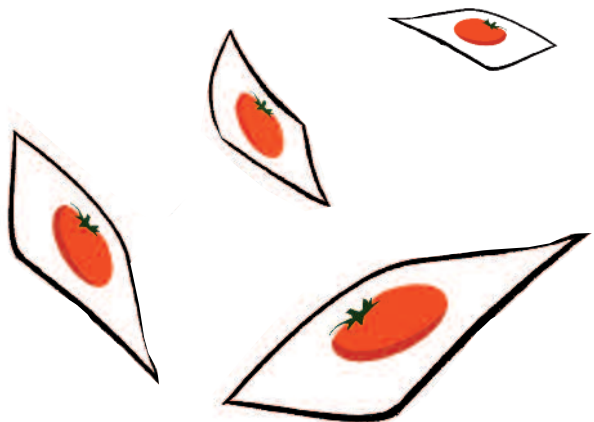
En este sentido, en Francia estuvo a punto de aprobarse la llamada Licencia General Opcional (LGO) un sistema de impuestos que tenía como objeto la convalidación legal de todas las descargas realizadas por los ciudadanos a través de internet. Tendría como ventaja, además, que se trataría de un sistema no arbitrario, como el actual sistema de canon vigente en la mayor parte de Europa.

William Fisher, profesor de Harvard, plantea otro modo de remuneración muy semejante para las descargas. Tal y como lo enuncia Lawrence Lessig en *Free Culture*: "Fisher sugiere una forma muy ingeniosa para esquivar el callejón sin salida en el que se halla internet. De acuerdo con su plan, todos los contenidos susceptibles de transmitirse digitalmente serían (1) marcados con una huella digital (no importa lo fácil que es evitar estas marcas; ya veremos que no hay incentivos para hacerlo). Una vez que los contenidos han sido marcados, los empresarios desarrollarán (2) sistemas que controlen cuántos ejemplares de cada contenido se distribuyeron. A partir de estos números (3) después se compensará a los artistas. La compensación sería pagada por un (4) impuesto al efecto [...] La propuesta de Fisher es muy similar a la propuesta de Richard Stallman para DAT. A diferencia de la de Fisher, la propuesta de Stallman es pagar a los artistas de un modo directamente proporcional, aunque los artistas más populares recibirían más que los menos populares. Como es típico en Stallman, su propuesta se adelanta al debate actual en algo así como una década".

Los sistemas indicados pueden y deben combinarse además con el cambio en los modelos de negocio. Spotify, que permite el acceso libre y gratuito a un amplísimo catálogo musical, es un buen ejemplo de ello. Sin ir más lejos, esta revista que tiene usted en sus manos es otro.

Se trata, en definitiva, de que la industria, enferma de melancolía de tiempos que no volverán, acepte de una vez que todo ha cambiado. Flaco favor le hace Bardem al cultivador de tomates si le convence de que volverá a ganarse la vida vendiendo lo que se puede y —por el bien de todos— se debe copiar.

Las entidades de gestión y la industria de los contenidos, hasta ahora, no han hecho otra labor que la de ser las grandes defensoras de un modelo de negocio moribundo. Paradójicamente, su dedicación está siendo perjudicial para el propio paciente que tratan y al que han conseguido persuadir de que lo mejor para quitarse el frío no es abrigarse sino quedarse desnudo en la calle protestando por el lamentable hecho natural de que el frío exista. Mientras la industria espera el milagro, el tiempo va pasando y sus posibilidades de adaptación disminuyen. El tipo que protesta desnudo en la calle por un hecho inevitable morirá víctima de su propia estupidez. Sus manotazos inútiles y desesperados están causando tantos daños que nadie lo lamentará.



El Hombre Corbata, el falso, el ruin, ya está en franca decadencia

Hay muchísima información en el texto de David Bravo —le digo a Chiri—, pero si tuviera que quedarme con una sola idea, me quedo con esta: “la posibilidad que nos dan las nuevas tecnologías de compartir e intercambiar cultura es un invento digno de fiesta”. No lo había pensado nunca de ese modo. Tenés que ver los debates en YouTube de David Bravo contra los dinosaurios, son imperdibles. Por más que Bravo les diga y les explique que es imposible frenar la circulación de cultura, ellos siguen dale que dale.

—Porque se les está acabando el negocio. Para ellos la cultura libre debe ser como la langosta bíblica, o como un tsunami… Es decir, un castigo.

—Es muy extraño que siempre se ponga la metáfora de duplicar tomates, o naranjas, o manzanas, siendo que son productos imposibles de duplicar. Una canción, una película, sí se puede copiar. Un tomate no. Es extraño que no se les haya ocurrido la metáfora de los yogures.

—¿Los yogures? —pregunta Chiri.

—Sí. No sé si te acordás que, en los ochenta, se puso de moda entre las madres la máquina de hacer yogur.

—¡Sí, qué asco! Mi vieja se compró una.

—Mi mamá también. Necesitabas un yogur comprado, para hacer seis.

—Me imagino a los fabricantes de yogur poniendo el grito en el cielo en esa época, intentando que la máquina de yogures no se popularizara.

—Sí —le digo—. Seguramente intentaron algo. Finalmente el invento no funcionó porque los yogures de la máquina eran horribles. Pero cada vez que alguien usa la metáfora de los tomates duplicados, yo pienso que debería usarse la metáfora del yogur.

—Está bueno lo que hizo Radiohead.

—¿Qué es Radiohead?

—Es una banda inglesa —me explica Chiri.

—¿Qué hizo?

—Puso a la venta en la web su último disco, *The King of Limbs*. Vos entrás a la tienda virtual de la banda y decidís cómo lo vas a descargar, si en formato MP3 o WAV. Además, el video del primer tema (“Lotus Flower”) lo presentaron en YouTube, sin compañías ni tiendas ni intermediarios.

—¡Mandaron a todos a cagar!

—Hace unos años hicieron lo mismo con *In Rainbows*, con la diferencia de que vos decidías a qué precio lo descargabas. Incluso tenías la posibilidad de bajarlo gratis.

—¿Cuántos casetes habrán copiado los músicos de Radiohead de chicos? —me pregunto— ¿A cuántas de esas cintas vírgenes le deberán parte de lo que son?

—Justicia poética. Eso mismo se pregunta David Bravo en *Copia este libro* (un libro que obviamente te podés descargar en PDF). Dice que la mayoría de los creadores no serían lo que son si antes no hubiera existido lo que ahora se llama piratería.

—Tiene razón. Yo me robé la *Obra Poética* de Borges de la biblioteca del colegio, cuando estábamos en tercer año, ¿te acordás?

—Sí. Y yo te la robé a vos —me dice Chiri—. Y en la Escuela Normal Superior de Mercedes todavía te están buscando para que devuelvas ese libro.

YO NO ENTIENDO MUCHO DE POLÍTICA, PERO ENTIENDO BASTANTE DE INDUMENTARIA.

Mujica, el presidente imposible

por Josefina Licitra

¿Vos sabías que la bibliotecaria te busca?
—Sí, sabía —le digo—. Pero ahora tengo a David Bravo para que me defienda.
—David Bravo, en su libro, cita una anécdota del libro *Gerardo Masana y la fundación de Les Luthiers*, de Daniel Samper Pizano.
—¡Qué casualidad! ¿Y qué dice?
—Dice que la primera vez que Samper escuchó a Les Luthiers fue en 1975, gracias a una mano misericordiosa que le dio un casete que alguien había copiado de otro casete, que a su vez alguien había copiado de otro, y así…
—…hasta el infinito y más allá.
—Gracias a esa mano misericordiosa (que es la mano pirata de hoy, te dice David) Samper escribió años después ese hermoso libro que se llama *Les Luthiers de la L a la S*, que nosotros leímos recopilado en *Mafalda, Mastropiero y otros gremios paralelos*.
—El que nos recomendó Cristina Canata en 1987... Mirá vos. El mundo es un pañuelo. Todo cierra, Christian Gustavo.
—Menos las estadísticas —me dice Chiri—. Las estadísticas no tienen en cuenta a las obras que nacen gracias a ese pasamanos que, para muchos, está matando la cultura.
—Yo soy optimista —le digo—. Creo de verdad que las cosas están cambiando. Y me parece que, por primera vez, están cambiando con naturalidad.
—No entiendo.
—Antes las revoluciones eran muy esforzadas —le digo a Chiri—. El Hombre Corbata era demasiado invencible. Los pueblos sojuzgados hacían pequeñas revoluciones pero no pasaba nada realmente. Desde el Renacimiento, la cultura fue de los ricos, de los mecenas. Las guerras, de los poderosos. Las personas corrientes siempre fuimos monedas de cambio. Y ahora, de repente, hay comunicación de base, pero de verdad. El Hombre Corbata intenta controlar, pero ya le cuesta, ya no puede como antes. ¿No te da esa impresión?
—Sí, pero no soy tan optimista como vos —me dice Chiri—: el diablo también usa Twitter. No solamente el pueblo. Los presidentes siguen dándose la mano durante treinta segundos, y fingiendo sonrisa, y hablando en secreto. El final del texto de Escolar me pone la piel de gallina: “la gente ya sabe la verdad, pero la guerra eterna no terminó”.
—¡Pero la gente ya sabe la verdad! —le digo— Y eso es la primera vez que ocurre, en toda la historia humana. El Hombre Corbata está en decadencia. El careta, el falso, el ruin. Ya no tiene todo el horizonte para hacer sus trapicheos.
—Los presidentes de los países siguen siendo Hombres Corbata —me pelea Chiri, muy testarudo—. ¿No los ves por la televisión?
—Hay algunos que ya no usan corbata —le digo.
—Son los menos.
—Pero son. En Latinoamérica hubo un ritmo frenético de bota y corbata durante todo el siglo veinte. Bota, corbata; bota, corbata. Y ahora, de a poquito, aparece gente como Lula, Evo, Kirchner, Mujica, Chávez... Yo no entiendo mucho de política, pero sí entiendo de indumentaria. Y me tranquiliza bastante que esta gente use chaqueta, campera o chaleco. Que se escapen del protocolo, que vuelvan locos a los guardaespaldas.
—El caso más contundente es el de Mujica, el presidente de Uruguay —me dice Chiri—: le tiene tirria a la corbata, no hay dios que le obligue a ponerse una.
—Yo siempre, de chiquito, quise ser uruguayo —le confieso—, pero desde que está Mujica de presidente, todavía más. ¡Cómo me gustaría vivir al amparo de un presidente como el Pepe!

MUJICA, EL PRESIDENTE IMPOSIBLE

Escribe **Josefina Licitra**

Fotos de **Leonardo Barizzoni**

© Leo Barizzoni & Galería de Busqueda

Acá.

José Mujica, presidente de la República Oriental del Uruguay, vive acá.

En la entrada del rancho hay una cuerda donde cuelgan las ropas de un niño —pobre—; una casucha de ladrillo gris a medio hacer —pobre—; un desmadre de plantas: juncos, pastos crecidos, yuyos; una hectárea de tierra recién surcada; y perros, muchos perros. Chuchos que circulan con el paso lerdo de los animales viejos y que cada tanto buscan esquinas de sombra allá en el fondo, pasando unos arbustos, en la casa de José Mujica.

Allá. José Mujica, presidente de la República Oriental del Uruguay, descansa allá: en cuatro ambientes de paredes desconchadas donde hay una cocina, un sillón rojo, una perra de tres patas —la mascota de Mujica es tullida— y una estufa a leña. Desde ese bajofondo austero, casi marcial, este hombre emergió infinitas veces —primero como legislador nacional, luego como candidato presidencial— a recibir a la prensa.

Y *recibir*, en el planeta de Mujica, es un verbo imperfecto. Mujica ha recibido periodistas recién bajado del tractor, sin la dentadura puesta, con el pantalón arremangado hasta las rodillas y con una gota de sudor colgando de la nariz.

Mujica ha recibido periodistas con un afectuoso cachetazo y con esta frase: "Cortala con el bla bla y andá a laburar, que es lo que necesita el país".

Mujica ha recibido periodistas en días preelectorales, con alpargatas pero sin dientes —bueno, ha dado conferencias de prensa enteras sin dientes—, jugando con su perra manca y haciéndose cortar el pelo por un desconocido que había ido a pedirle trabajo.

Mujica ha recibido periodistas la mañana misma de los comicios presidenciales y los ha recibido en pijama, con la barba crecida y con las encías rumiando esta única frase: "A pesar del ruido, el mundo hoy no va a cambiar".

Era, ese entonces, la mañana del veintinueve de noviembre de 2009. Y aunque el mundo no cambió, ese día el Uruguay torció su propio rumbo: con el cincuenta y dos por ciento de los votos —ganados a Luis Alberto Lacalle en un ballotage— Mujica se convirtió en el presidente más impensado del Uruguay y probablemente de la tierra. No solo por su austeridad llevada hasta el paroxismo sino por su pasado, que no es otra cosa que el origen de todo lo demás.

Mujica militó en el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), una guerrilla que nació y se fortaleció al calor de la revolución cubana; estuvo dos veces preso en una cárcel que hoy —maravillas de la globalización— es un shopping; huyó de ese penal en uno de los escapes más espectaculares que tiene la historia carcelaria universal; vio demasiados amigos morir y esperó demasiadas

veces la muerte propia; estuvo diez años aislado en un pozo durante la dictadura militar de 1973, donde sobrevivió a la posibilidad de la locura; y llegada la democracia festejó esa sobrevida del único modo posible: arando y militando. Esta vez, desde un marco legal.

En 1995, Mujica devino el primer tupamaro en ocupar un puesto como diputado nacional. Luego fue senador. Después fue ministro. Y a fines de 2009 se transformó en el primer "exguerrillero" en llegar a la presidencia del Uruguay y en completarle el sentido a una lucha ideológica por la que se inmoló buena parte de América Latina.

—El Pepe llegó, primero, porque sobrevivió —dirá días después José López Mercao, compañero de Mujica en la cárcel de Punta Carretas—. Segundo, porque el movimiento armado salió muy honrado frente a la población: siempre estuvo esa idea de que los tupamaros eran buena gente. Y por último, porque Pepe siempre fue un tipo muy humano, muy enamorado, muy zorro y muy austero.

Hoy, Mujica se traslada en un Chevrolet Corsa más bien viejo. No usa corbata. No tiene celular. No tiene tarjeta de crédito. Prohíbe a los empleados de gobierno usar Facebook o Twitter o cualquier cosa parecida. Tiene una esposa —la senadora Lucía Topolansky— tan asceta como él. Y no vive en la residencia presidencial sino en esta chacra de huesos flacos en Rincón del Cerro: un páramo rural a veinte minutos de Montevideo, donde el campo es más un esfuerzo que un vergel.

Mujica pasa aquí sus días desde mediados de la década de 1980, cuando salió del pozo carcelario con la certeza de que —todo junto— volvería a la política y se compraría una granja. Lo acompañan Lucía Topolansky, también tupamara, y tercera en la cadena de mando de Uruguay; Micaela, su perra de tres patas; dos familias que, por no tener lugar mejor donde caerse muertas, fueron a hablar con Mujica y recibieron a cambio un pedazo de tierra dentro de esta misma estancia (por eso la construcción gris a medio hacer; por eso las ropas de niño colgando de una cuerda); y dos hombres uniformados que ahora se interponen en la entrada y dicen, amablemente, lo que vinieron a decir: "Pida una entrevista en la torre presidencial".

Desde que asumió su cargo, Mujica —famoso hasta entonces por su disponibilidad mediática— dio solo tres entrevistas y todas fueron a un único medio. La razón: sus jefes de prensa saben que Mujica habla del mismo modo en que vive —sin cortesías y con la casa en construcción— y, ahora que es un mandatario, quieren cuidarlo. Para eso ponen infinitos filtros y para eso, entre otras cosas, está esta guardia: dos tipos de pecho hundido, acompañados por un perro labrador que se tira panza arriba y recibe mis caricias.

—Esta es la casa del presidente —dice uno.

—Además el presidente no está —dice el otro.

—Ah —digo yo.

Nos miramos en silencio.

Atrás de estos dos hombres se ve la ropa gastada pendiendo de una soga, la casa a medio hacer, los juguetes de niño entre los pastizales. Pero lo que no se ve es lo otro: el inmenso cúmulo de duda que se yergue sobre este escenario de insólita simpleza.

Porque José Mujica vive acá, eso está claro. La pregunta es cómo eso es posible. La pregunta es por qué.

—Yo no quería que Pepe fuera presidente.

Julio Marenales es uno de los líderes históricos del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros y es visto por Mujica como "un hermano". Militaron juntos, juntos cayeron en el penal de Punta Carretas, juntos también se fugaron, y juntos, aunque separados en distintos establecimientos, padecieron diez años de encierro en los pozos cuartelarios. La distancia entre Marenales y Mujica llegó recién en este último tiempo: Mujica fue avanzando en el terreno político, mientras que Marenales, si bien respalda a Mujica, se quedó en la organización. Hoy representa el ala radical y se ha transformado en una suerte de guardián de la pureza ideológica del Movimiento.

—El Pepe no puede hacer una presidencia con las ideas que tenía como tupamaro. Ha tenido que adaptarse. Se amoldó al pensamiento general del Frente Amplio, que es una fuerza donde hay trabajadores pero también empresarios, y a los empresarios les gusta el sistema capitalista. Por tanto las ideas que sustentó el compañero Mujica años atrás las tiene, supongo, en el congelador. Es decir: el Pepe no va a hacer la revolución. Lo que no quita que este sea, por lejos, el mejor gobierno que tuvo este país.

Marenales sonríe: tampoco tiene demasiados dientes. Algo pasa con los tupamaros y sus dientes. Quizás sea el paso del tiempo, pero

tampoco: el tiempo se ha vuelto una forma cortés de explicar las cosas. A Marenales, en cualquier caso, siempre le dijeron El Viejo. Ahora tiene ochenta y un años pero arrastra ese apodo desde que tenía treinta y tantos. En ese entonces, junto a Raúl Sendic (máximo líder de la organización, ya muerto y hoy mítico) fundó el Movimiento que luego albergó a Mujica y a buena parte de la cúpula que hoy gobierna el Uruguay.

Una historia muy breve, puerilmente breve, del MLN-T sería más o menos así: los tupamaros surgieron públicamente en 1966 en apoyo a una revuelta de cañeros de azúcar (los asalariados más pobres del Uruguay) y en un contexto de presión social fuerte: el fin de la posguerra europea había traído aparejado una mayor producción industrial en el Primer Mundo, y eso significaba que América Latina había empezado a llenarse de productos importados y a ver la debacle de su industria nacional. Hacia 1968, Uruguay dejó de ser "la Suiza de América" y se metió de lleno en el fango latinoamericano: empezó a tener despidos, problemas gremiales, militarización de los espacios de trabajo y un endurecimiento del Estado que hacía flamear el fantasma de un golpe militar.

En ese contexto surgió el MLN-T: una organización armada que —alentada por el triunfo de Fidel Castro en Cuba— creía que la revolución era un destino posible y cercano, y que en cuestión de meses logró crear su propia mística. Cada vez más gente simpatizaba con el MLN-T. Esto se debe a que los tupamaros no tenían el gatillo fácil y a que empezaron a emprender maniobras delictivas que muchas veces favorecían a las clases bajas. Además de los procedimientos estándar (robo de armas, de bancos, vaciamiento de financieras, secuestro de algún embajador, etcétera) cada tanto detenían un camión de mercadería y la repartían entre los asentamientos de la zona.

Esa propaganda hizo que la organización creciera de un modo exponencial. Hacia 1971, el Movimiento, que había nacido con doscientos miembros, llegó a tener cinco mil integrantes activos, con un radio de influencia de treinta mil personas, y eso lo transformó en el fenómeno de más rápida acumulación de fuerzas en la historia de cualquier asociación política. Fue ese crecimiento —y lo dicen ellos mismos— lo que los arruinó. A más gente, empezó a haber también más errores. Para el momento en que llegó la dictadura militar —que en Uruguay sucedió entre 1973 y 1985, con el golpe de estado de Juan María Bordaberry— el Movimiento estaba débil, con demasiadas muertes a cuestas, propias y ajenas, y con muchos miembros en la cárcel. La cúpula militar aprovechó esa flaqueza y le asestó el mayor golpe a la organización: identificó a los nueve cabecillas del MLN-T y los confinó durante diez años en calabozos subterráneos ubicados ya no en cárceles, sino en cuarteles. A esos hombres se los llamó "los nueve rehenes"; eran el recurso que tenían los estrategas de la dictadura para asegurarse de que el MLN-T no siguiera accionando: cualquier movimiento en falso y les mataban un líder.

Los nueve rehenes fueron Mauricio Rosencof (escritor, actual director de la división de Cultura de la Intendencia de Montevideo), Eleuterio Fernández Huidobro (hoy senador), Raúl Sendic (muerto en París en 1989), Henry Engler (experto en neurociencias), Adolfo Wassen (muerto de un cáncer de columna meses antes de salir en libertad), Jorge Zabalza (hoy distanciado del Movimiento), Jorge Manera (también distanciado), Julio Marenales y José Mujica.

De todos ellos, se dice que Henry Engler y José Mujica fueron quienes salieron más perturbados. Engler, hoy establecido en Suecia, fue candidato al Nobel de Medicina y protagonizó un documental —*El Círculo*— que cuenta su proceso de locura en el encierro. Y Mujica, bueno, él dice que llegó a hablar con ranas y hormigas. Marenales tiene una explicación para esto: "Si pasás doce años en un espacio de un metro cuadrado, las experiencias son tan limitadas que tenés que hacer un gran esfuerzo por distinguir si las cosas las pensaste, las viviste o las soñaste. Todo el movimiento se hace con la mente y eso es peligroso. Todo, en un punto, puede volverse ficción".

Marenales jadea cuando habla: es apenas una aspiración de más, el comienzo de una asfixia que luego se apaga. Sus manos son grandes —ha sido carpintero— pero el resto de su cuerpo se ve pequeño, delgado, incluso joven. Los años de confinamiento deben significar algo en el aspecto de este hombre: hay un tiempo muerto en el rostro de Marenales; un velo invulnerable.

La última vez que lo detuvieron, en 1972, Marenales arrojó sobre su captor una granada que no explotó. En respuesta recibió catorce tiros de metralla.

—Sobreviví de milagro —dice—. Todos —agrega— han sobrevivido de milagro.

A unos metros de distancia, un ventilador echa aire sobre una bandera de los tupamaros. La casa huele a papeles viejos. Todo acá parece más viejo que sus años. Este lugar existe desde 1986, cuando terminó la dictadura. Y ya en 1989 se decidió que el MLN-T seguiría funcionando y mantendría este local, pero se integraría al sistema político con otro nombre, el Movimiento de Participación Popular (MPP), al que Mujica pertenece. El MPP, a su vez, pasó a integrar el Frente Amplio: la coalición de partidos de izquierda que desde hace dos períodos —primero con Tabaré Vázquez y ahora con Mujica— gobierna el Uruguay.

En un rincón de la sala principal hay un cesto de basura forrado con un afiche de Mujica. Se lo ve peinado, limpio: presidenciable.

—Lo bañaron para esa foto —bromeará después Eleuterio Fernández Huidobro.

—Al Pepe lo pusimos nosotros —dice ahora Marenales—. Siempre trabajamos como colectivo. Más allá de las características personales de cada compañero, nosotros no creemos que la historia avance sobre la base de hombres brillantes.

—¿Pero por qué eligieron a Mujica y no a otro?

Marenales se acomoda la montura de los lentes —dorados— sobre los huesos —finos—, se reclina hacia delante, habla:

—Porque el Pepe tenía una ventaja. A nosotros en el Frente Amplio no nos querían mucho. Decían que éramos unos palurdos. Pero Pepe tenía tres apoyos: el de nuestras espaldas, porque en el Movimiento lo hemos sostenido como hemos podido. El de su propia historia, porque Pepe viene de trabajar la tierra y nunca sintió la bota del patrón arriba, siempre trabajó más o menos por cuenta propia. Y el de los de abajo. Fueron ellos los que lo llevaron a la presidencia. Por eso el Pepe tiene un gran compromiso con la gente humilde. Y tenemos que ayudarlo a que lo cumpla. Porque no lo está cumpliendo.

Marenales no ha querido ocupar cargos en el Gobierno. Hay quienes dicen que esta negativa responde a que está clínicamente loco —un oportuno sinónimo de "inadaptado"—, pero quizás exista otra forma de verlo: para que haya un Mujica dirigiendo el país, debe haber un Marenales diciéndole al oído: no olvides.

—No olvides lo que alguna vez fuimos. No olvides el objetivo. Eso le digo. Lo que pasa es que lo veo cada vez menos.

En las casi inexistentes fotos de esa época, hay una imagen que lo tiene a Marenales de perfil. Es 1968, lo están llevando preso a Punta Carretas, y lo que se ve es un hombre de nariz recta, pelo renegrido, ceño fruncido y rostro hermético. El hombre sólido que Marenales fue y sigue siendo. Un hombre planeando, en ese mismo instante, su fuga.

"Shopping Punta Carretas": eso se lee en la entrada. El nombre está tallado sobre el ingreso al centro comercial, en un frontis de principios de siglo XX, en el mismo lugar donde antes decía "Cárcel de Punta Carretas". Antes todo esto era gris, pero ahora tiene el color que la imaginación neoliberal reserva para estos casos: beige. Todas estas mierdas siempre son beige.

A la izquierda del ingreso hay un Mc Café, a la derecha un restaurante que dice Johnny Walker, y al fondo está el shopping, que es igual a todos los shopping de la tierra: pisos relucientes, bolsas con moño y el vapor de una música que no llega a ser fea: es fría.

Cuesta imaginar en qué parte de este lugar habrá estado Mujica; en qué parte estos tipos habrán tramado su fuga. ¿En el local de Lacoste? ¿En el de medias Sylvana? Ahora hay un techo de vidrio y se puede ver el cielo, ¿pero antes? ¿Qué tamaño tenía el cielo de antes? En la sede del MLN-T, a espaldas de Julio Marenales, había una maqueta de la cárcel: se veía, en corte transversal, un penal de casi cuatrocientas celdas divididas en dos planchadas de cuatro pisos cada una, separadas por un patio central.

Allí —aquí—, en 1970, llegó Mujica con el cuerpo cosido a balazos, luego de haber pasado tres meses en el Hospital Militar. El derrotero había empezado tiempo atrás en el bar La Vía, el lugar al que había acudido Mujica —junto a otros tupamaros— para planificar el robo a una familia millonaria de apellido Mailhos. Esa noche un policía reconoció a Mujica acodado en la barra y llamó para pedir refuerzos. Cuando llegaron, Mujica ayudó a escapar a sus compañeros pero no pudo zafar. Un policía lo encañonó; estaba nervioso. "Ojo, que se te puede escapar un tiro", le dijo Mujica.Y el tiro se escapó.

Mujica llegó al Hospital Militar con seis balas en el cuerpo. Pero vivo. Y tres meses después fue enviado a Punta Carretas: un lugar que —en comparación con lo que vendría después— se parecía bastante a una escuela de adolescentes pupilos.

Allí —¿aquí? ¿se puede seguir diciendo "aquí"?— los militantes formaban nuevos compañeros (delincuentes comunes que terminaron sumándose al Movimiento) y entrenaban su costado estoico para hacer la revolución: sus celdas estaban limpias, sus cuerpos eran atléticos, y sus cabezas, en fin, a esta altura se entiende cómo trabajaban las cabezas de estos tipos.

—Yo daba cursos de táctica y enseñaba a hacer explosivos —contó Marenales en la sede del MLN-T—. El nivel de exactitud de los dibujos era muy alto. Si en una parte había que hacer un tornillo y el compañero dibujaba un redondel, entonces yo le decía: esto no es un tornillo. Es un clavo. El tornillo tiene una ranura para el destornillador. A ese nivel de detalle. Había que ser prolijos. Con los explosivos te equivocás y es la única vez que te equivocás.

Cada vez más presos comunes empezaron a ver en los tupamaros un grupo admirable, y algunos ladrones sumaron su conocimiento a la

© Leo Barizzoni & Galería de Busqueda

causa: enseñaron, por caso, a hacer un boquete en la pared en apenas un minuto, trabajando ya no sobre los ladrillos sino sobre la mezcla que los une. Gracias a eso, todos los muros del penal, e incluso algunos techos, tenían su agujero y todas las celdas estaban secretamente conectadas entre sí. Esa ingeniería permitió la histórica huida del seis de septiembre de 1971.

—Queríamos armar un plan de fuga que no solo significara volver a la libertad, sino que fuera un duro golpe para el gobierno —dijo Marenales—. Queríamos abochornarlos.

El trece de agosto de 1971, a las siete de la mañana, tras el primer control de presos en las celdas, los internos empezaron a cavar debajo de una cama. Metían la tierra en bolsas confeccionadas previamente con las sábanas del penal, y esas bolsas iban debajo de la cucheta. Cuando esa superficie se llenaba, se abría el boquete que conectaba las celdas y se pasaba las nuevas bolsas a la cama del cuarto de al lado. Así, en absoluto silencio, dos pisos del penal se saturaron de escombros. La requisa de pisos sucedía cada veintitrés días, y es por eso que los tupamaros tenían poco más de tres semanas para hacer cuarenta metros de túnel.

José López Mercao, celda contigua a la de Mujica, luego recordará esta anécdota:

—Una vez el Pepe agarra y dice: "¡Rápido! Tapen todo que el penado de arriba que es terrible

ortiva está golpeando y dice que hay ruido acá abajo, ¡tapen que se nos cae todo!". Nos pusimos locos. Metimos escombros, encajamos yeso, lo pintamos arriba, le pusimos secante y después nos quedamos esperando; nunca en mi vida hice algo tan rápido. Y cuando terminamos ese viejo hijo de puta nos dijo: "No, era pa'ver qué tiempo llevaba tapar todo nomás".

Luego de trabajar más de quinientas horas sin parar —y de atrasarse un día—, en la noche del seis de septiembre de 1971, ciento once hombres (ciento seis guerrilleros y cinco presos comunes) se dieron a la fuga en un operativo que ellos mismos denominaron "el abuso".

—El abuso —dirá López Mercao— porque lo que hicimos fue un abuso.

Los uruguayos tienen ese humor.

—El abuso se le ocurrió a Mujica. Había varios planes de fuga, pero la más famosa nació en una idea de Pepe. Él tuvo la idea de perforar todas las paredes. Y luego esa idea era como la invención de la rueda: abría varios planes de fuga; servía para muchas cosas más.

Eleuterio Fernández Huidobro es, aparte de senador nacional, el otro tupamaro al que Mujica denomina "hermano".

—Pepe siempre fue pragmático. Estaban los teóricos, que para hacer una cosa la complican, y estaba Pepe, que venía de trabajar la tierra. Como dice el aforismo, el Pepe piensa como Aristóteles pero habla como Juan Pueblo.

Huidobro está acodado sobre una mesa de bar. Su forma de mirar —esquiva— sumada a la gordura y el cansancio de su rostro —flojo— hacen pensar que este hombre alguna vez estuvo más entero. Hay años que duran para siempre: tal vez sea eso.

Hay años que no terminan nunca.

Al igual que Mujica, Huidobro estuvo en Punta Carretas, salió con "el abuso", pasó por la Cárcel de Libertad (insólitamente ubicada en un pueblo llamado Libertad) y terminó en los cuarteles: sótanos con celdas de 1,80 x 0,60 donde los nueve rehenes debieron pasar diez años de su vida. Esa última etapa fue brutalmente distinta de las anteriores: los rehenes eran separados en grupos de tres —cada terna iba a un cuartel distinto—; los presos estaban completamente aislados entre sí; prácticamente no percibían comida ni bebida; no los dejaban ir al baño; y menos aún recibían cartas o visitas.

Huidobro compartió cuartel con Mauricio Rosencof y Mujica. Apenas podían

© Leo Barizzoni & Galería de Búsqueda

comunicarse, pero a lo largo de los años lograron ponerse de acuerdo en un punto: no había que enloquecer.

Rosencof empezó a escribir mentalmente: eran poemas de versos cortos, a veces de una única palabra, para que fueran más fáciles de memorizar: *Yo / no / estoy / loco, / digo. / ¿Por qué / me miras? / Yo / no / estoy / loco, / digo. / Ronda / el cuervo, / dice. / Miro / su nido.*

Cosas así escribía Rosencof, quien consiguió entablar largos diálogos con su calzado y al salir del penal publicó su bello, inolvidable libro de poemas *Conversaciones con la alpargata*. Huidobro, por su parte, pasó años enteros imaginando que corría por la playa y meaba en cualquier lado. Y Mujica se hizo amigo de nueve ranas y comprobó que las hormigas, si se las oye de cerca, se comunican a gritos.

En *Mujica*, la completa biografía escrita por Miguel Ángel Campodónico, Mujica sintetiza de este modo su paso por los cuarteles: "Yo no soy afecto a hablar de la tortura y de lo mal que lo pasé. Incluso, me da un poco de bronca porque he visto que a veces ha habido una especie de carrera medida con un 'torturómetro'. Gente que se complace en repetir 'ah, qué mal la pasé'. Y lo que yo digo es que la pasé mal por falta de velocidad, por eso me agarraron. En definitiva, la vida biológica está llena de trampas tan inconmensurables, tan trágicas, tan dolorosas, que lo que me pasó a mí fue una pavada".

Y lo dice: una pavada.

A partir del tercer año de encierro, los nueve rehenes empezaron a recibir material de lectura. No había permiso para ciencias sociales o novelas, pero daba igual: todas las palabras a esa altura eran ficción. Mujica se dedicó a las matemáticas y a la revista Chacra.

—Después, el Pepe me ponía al tanto de sus lecturas y me hablaba de la Pampa húmeda —dice Huidobro. Pero cuando dice "hablar" en realidad se refiere a otra cosa: con el paso del tiempo, Rosencof, Huidobro y Mujica idearon un sistema de diálogo mediante golpes en la pared. De acuerdo con este modelo, las letras del abecedario estaban divididas en grupos de cinco. El primer golpe identificaba el grupo, y el segundo golpe daba el orden de la letra dentro de ese grupo.

—Cuando le tomábamos la mano, hablábamos hasta por los codos. Es como un segundo lenguaje que te queda para siempre.

—¿De qué hablaban con Mujica?

—Él generalmente me hablaba de agro, de cómo mejorar la productividad del campo. Igual, cuando tenés mucha hambre, hambre por años, no hay comunicación que no empiece o termine en comida. Con Pepe hablábamos de boniatos, chanchos, vacas, pero en realidad estábamos hablando de chuletas.

Por falta de bebida y alimento, Mujica se enfermó gravemente de la vejiga y los riñones. No queda claro qué tenía, pero sí se sabe que necesitaba ir seguido al baño, que no lo dejaban salir de su celda y que hoy tiene un solo riñón. Para curarse debía tomar dos litros de agua por día. Pero en las buenas rachas los militares apenas le daban una taza. Con esa taza Mujica terminó haciendo lo único posible: recicló sus propias existencias. Bebió su pis. Todos allí bebieron su pis.

Años después, cuando en los cuarteles advirtieron que la situación de Mujica era clínicamente grave, los carceleros empezaron a hidratarlo con una cuchara de té y permitieron que su madre, Lucy Cordano, le llevara una pelela.

Era una pelela rosa.

Desde ese momento, Mujica llevó su pelela bajo el brazo cada vez que lo cambiaron de cuartel —eso sucedía cada seis meses—, y también lo hizo en 1983, cuando las presiones de organismos internacionales lograron que los nueve rehenes fueran trasladados al Penal de Libertad.

—Cuando después de diez años nos devolvieron a Libertad, asunto por el cual peleábamos, para nosotros fue un paraíso —dice Huidobro—. Nosotros éramos felices, a los más altos niveles de felicidad que tú te puedas imaginar, porque teníamos medio paquete de cigarros y un lugar donde ir a mear.

En Libertad había media hora de recreo por día, los reos discutían de política y hasta se jugaban partidos de fútbol. Pero Mujica no mejoraba. Nada lo sacaba de su propio encierro. Finalmente lo vio un médico y se tomó la decisión: Mujica trabajaría en el cantero floral del penal.

Algo volvió a Mujica, cuando Mujica volvió a la tierra.

—He dicho por ahí que soy casi panteísta —dijo en la biografía de Miguel Ángel Campodónico—. Y cuando digo que hablo con

las plantas, por supuesto que no estoy diciendo que realmente hable con ellas, sino que trato de interpretarlas. Hay una multitud de lenguajes, de señales, que naturalmente a partir del momento que los conozco me despiertan admiración. Son todas formas organizadas por la naturaleza para mantener la lucha por la vida. Un terrón debe ser un laboratorio entero, tan complicado que el hombre no está ni en condiciones de remedarlo. Se puede ser religioso por analfabeto. Pero también se puede tener una actitud religiosa cuando se empieza a saber y se comprende que no se sabe nada.

El catorce de marzo de 1985, cuando cayó la dictadura y Julio María Sanguinetti asumió la presidencia de Uruguay, los nueve rehenes fueron amnistiados y puestos en libertad.

Mujica salió del penal con la pelela en la mano, florecida de caléndulas.

Un hombre llega en moto Vespa al Parlamento. Tiene el pelo alborotado por el viento, un pantalón de jean, campera negra, bigote. Deja la moto estacionada en la entrada.

—¿Cuánto piensa quedarse? —le dice el guardia.

—Si no me rajan antes, cinco años —contesta el hombre.

Esto —dice una leyenda que nadie niega con mucho énfasis— habría sucedido el primer día en que José Mujica, primer tupamaro diputado, llegó al Parlamento. Era 1995 y en esa misma jornada —transmitida por cadena nacional— tomaba juramento como presidente por segunda vez Julio María Sanguinetti, por lo que el precinto estaba lleno de embajadores, mandatarios invitados, jerarquías de la iglesia y solemnidades varias.

Pero Mujica entró así: pelos revueltos, jeans, ninguna corbata.

—Yo pensé: van a creer que es una maniobra publicitaria —dijo Huidobro en el bar, días atrás—. Ellos no saben, como yo sé, que la campera es nueva. Que el vaquero es nuevo. Que se peinó. Y que nunca más volverá a estar tan arreglado. Como le decía Sancho al Quijote: "Cada quien es como Dios lo hizo, y aún peor muchas veces". Aún peor.

La llegada de Mujica al Congreso significó un cambio para la política uruguaya. Primero, porque se modificaron los usos y costumbres de la Cámara —por ejemplo, llegó el mate a las sesiones legislativas—, y en segundo lugar

© Leo Barizzoni & Galería de Busqueda

porque esa formalidad arrastraba una modificación de fondo: Mujica usó su banca para recorrer el país e incorporar a sus discursos lo que ya tenía, desde chico, incorporado a su vida: la presencia de los sectores rurales.

Mujica —hijo de una floricultora y de un padre ganadero que se fundió y se murió pronto— dio su primera disertación en el Palacio Legislativo sobre el tema del pasto.

Y del pasto pasó a la vaca que se comía al pasto. Y de la vaca pasó al país ganadero.

—Los que creían que el Pepe era un problema de comunicación pasajero, un producto efímero, erraron —dijo Huidobro—. Pepe fue uno de los mejores diputados de esa legislatura, un brillante orador. Él le ha dado voz a todo el interior uruguayo y ha tenido una especie de noviazgo entrañable con el público.

La llegada a Diputados fue solo el comienzo. Cinco años después, Mujica fue electo senador. Y en 2004 su figura resultó clave para que la izquierda, comandada por el moderado Tabaré Vázquez, llegara por primera vez al poder. Mujica participó del gobierno de Vázquez como ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca, y emergió airoso de ese cargo. Tanto que en el 2009 ganó por paliza las internas del Frente Amplio para ser candidato presidencial, y encaró las elecciones nacionales con propuestas impensables para cualquier candidato del siglo XXI.

Mujica propuso discutir la propiedad privada de las grandes extensiones de tierra, levantar el secreto bancario, "importar" campesinos de Perú, Bolivia, Paraguay y Ecuador para que trabajen las zonas rurales "porque los montevideanos pobres acá no lo hacen" y resolver el tema de la drogadicción "agarrando a los adictos del forro del culo y metiéndolos p'adentro de una chacra".

Propuso, en fin, tomar el toro por las astas. Lo que traía dudas operativas —¿cómo se haría?— y dilemas coyunturales. Conforme Mujica empezó a hablar, se entendió que el mayor contrincante no estaba en otro partido, ni siquiera en otro cuerpo: el mayor peligro de Mujica era, en parte, su mayor capital político: su desusada franqueza. La honestidad de Mujica llegó a su punto cúlmine en octubre —a días del ballotage que definiría la presidencia a favor suyo o del liberal Luis Alberto Lacalle— cuando salió a la venta el libro *Pepe Coloquios*: una extensa entrevista donde Mujica —solo por dar un puñado de ejemplos— dice que la Argentina "no es un país de cuarta, no es una república bananera", pero tiene "reacciones de histérico, de loco, de paranoico"; que "en Argentina tenés que ir a hablar con los delincuentes peronistas, que son los reyes"; que "los porteños tienen la manía de venir a bañarse acá y les gusta, porque es un paisito parecido al de ellos, pero más suave, más decente"; y que "los radicales son tipos muy buenos, pero son unos nabos".

Es decir: Mujica no dijo nada que nadie piense. Pero el mundo de la política impone sus cortesías y así fue que Mujica relativizó la mayor parte de sus dichos, salió a pedir disculpas de inmediato, bajó drásticamente sus encuentros con la prensa —una medida que aún se mantiene— y logró ganar el ballotage con un 52,53% de los votos.

"Este mundo es puro maquillaje: que esto no se puede decir, aquello tampoco... ¡La libertad está hipotecada! Una de las ventajas que tiene ser viejo es decir lo que uno piensa. Pero eso parece armar un revuelo de la puta madre que lo parió." Eso dijo Mujica días antes de la primera vuelta electoral, en una entrevista con la revista mexicana *Gatopardo*, cuando ya se estaba hablando del desastre del *Pepe Coloquios*.

Serán, entonces, las ventajas de ser viejo. El próximo veinte de mayo, Mujica cumplirá setenta y seis años.

—Cómo le va, Rosencof, estoy en Montevideo. ¿Se acuerda que habíamos quedado en vernos?

—Nena…

—…

—Vos sabés que estoy en el hospital. Se me desacomodó el marcapasos, no sé qué lío de cables hicieron estos tipos…

—…

—…

—¿Está internado entonces?

—Sí, nena, esto… estamos en la era de la ortopedia. Me estoy desintegrando.

Renguea. Caminando por el pasillo del Palacio Legislativo, Lucía Topolansky, sesenta y seis años, la senadora más votada del Parlamento, tercera en la línea de sucesión a la Presidencia, tupamara, compañera —ella no dice "esposa", no dice "mujer", dice "compañera"— de José Mujica, avanza con un moderado desacomodo en la cadera.

El Parlamento está desierto; es febrero. Los pasos resuenan de otro modo.

—Entrá —dice Topolansky. La sigo. Su despacho es pequeño: nueve metros cuadrados donde hay algunas carpetas, una ventana, un escritorio. Sobre la mesa de trabajo hay papeles, una caja con té de uña de gato y una pequeña tortuga de madera verde que mueve la cabeza como diciendo "sí". Topolansky —cabello corto, blanco, discreto— acaricia suavemente la tortuga.

—Decime —dice. Y le digo. Le hablo de la revista. De nuestras buenas intenciones. Topolansky escucha con una sonrisa que viene acompañada de algo más: de una amable escenificación de la distancia. Todo el mundo dice que esta mujer es dura. En tiempos de militancia clandestina la apodaban "la tronca" por lo macizo de su cuerpo, y probablemente no solo del cuerpo.

Entre 1970 y 1985, Topolansky estuvo presa casi todo el tiempo. Cree que ese encierro fue necesario.

—El pueblo apreció mucho que los dirigentes del MLN no se exilaran, se quedaran en Uruguay jugando la suerte de su pueblo. Toda nuestra dirigencia estuvo presa y eso a la gente le cayó bien. Esos hechos generaron prestigio. Puede parecer muy *sujetivo*, pero son esas razones del alma que quedan grabadas en la gente.

Topolansky es hija de una familia de clase media acomodada del barrio Pocitos y estudió en el Sacre Coeur, una escuela de monjas que se hizo conocida —entre otras cosas— por su insigne caligrafía conocida como "letra Sacre Coeur". De ahí que no quede claro por qué dice "*sujetivo*". Ni por qué más adelante dirá "*produto*" o "*adatarse*". Hay quienes dicen que podría tratarse de una pose, pero esa hipótesis anula —o deja en un segundo plano— la posibilidad de la culpa.

Lo cierto es que Topolansky —pantalón color crema, camisa de gasa blanca— dice "*sujetivo*" y después, a diferencia de cualquier sindicalista argentino, se aguanta vivir del modo en el que habla. Y eso sucede desde hace mucho.

Y eso, quizás, deba ser suficiente.

Topolansky se alistó en el MLN-T a los veinte años, y desde el comienzo dio muestras de un carácter. Era 1969 y en ese entonces trabajaba en Monty: una financiera que, descubrió Topolansky, llevaba la contabilidad en negro de prácticamente todo el gabinete de ministros y de los capitostes de la oligarquía uruguaya. Cuando supo la verdad, Topolansky se preguntó qué grado de complicidad tenía con eso y qué debía hacer: si irse o denunciarlos.

Tomó las dos opciones. Se enroló en el MLN-T con su información privilegiada y junto con el Movimiento logró que todas las fotocopias de los libros contables terminaran en la puerta de la casa de un juez y desataran un escándalo político que se llevó puesto a un ministro de Hacienda. Además, claro, se fue de su trabajo.

—Cuando sos una gurisa pensás las cosas con otra cabeza. De repente, a la edad que tengo ahora le hubiera puesto más reflexión al asunto. Pero pertenezco a la generación sobre la que impactó la revolución cubana y las cosas hay que verlas en ese contexto. Estábamos convencidos de que podíamos hacer la revolución. Convencidos. Y cuando tú estás motivado, obviamente el riesgo se ve de otra manera.

En esos tiempos, en alguna de las tantas reuniones clandestinas, Topolansky —dicen que era hermosa— conoció a José Mujica. Estuvieron juntos unos meses, pero luego ambos terminaron en la cárcel: ella en Punta Rieles (desde donde se fugó, aunque luego volvió a caer presa) y él en Libertad y luego en los cuarteles. Más allá de alguna carta en los primeros tiempos, el resto del noviazgo estuvo marcado por un largo, interminable silencio.

También a eso sobrevivieron.

Cuando habla de su compañera —en el libro de Campodónico— Mujica lo hace de esta forma: "Como los dos andábamos solos terminamos juntándonos. En la formación de nuestra pareja hubo un factor de necesidad, fue una especie de mutuo refugio. Nos reencontramos en una época bastante particular, bien diferente a la que habíamos dejado atrás. Creo que alguna vez se lo dije en una carta: cuando uno se aproxima a los cincuenta años piensa que una compañera debe ser una buena cocinera. El amor tiene entonces mucho de amistad, de cosas que faciliten la convivencia. Y creo que todo eso es lo que nos ha mantenido juntos, encajamos fenómeno".

Una necesidad, un refugio: el amor para ellos era esto.

—En aquellos años en que andábamos a las corridas todo era *ya* —dice Lucía Topolansky—. Era muy difícil el después. Todo era hoy, ya, porque mañana no sé si voy a estar, y

toda relación humana quedaba atravesada por esa urgencia.

—¿Pero no había flechazo?

Algo se ablanda —se aclara— en el rostro de Topolansky.

—Por supuesto que existe la afinidad, el amor, el flechazo, la química o ponele el nombre que quieras.

—O sea que podía existir, entre militantes, un pensamiento como "qué lindos ojos tiene".

—Claro. Eso es lo único que te sostiene. Te aferrás a esas cosas. La relación con Pepe pasó por tres etapas: la de los ojos lindos, luego una larga etapa de separación donde el recuerdo de eso te sirve como un oxígeno, y después una etapa que es esta, en la que logramos reencontrarnos y reconstruir todo.

En 2005, Topolansky y Mujica se casaron en la cocina de su chacra. Los testigos fueron los vecinos —unos que viven en el mismo terreno, y otros que tienen un quincho en la esquina— y el evento duró poco más de una hora. Esa misma noche, el ocho de octubre, Pepe fue a un acto del MPP y mostró la libreta.

—Sí. Un día a Pepe se le ocurrió casarse y nos casamos.

—¿Pero te gustó la idea?

—Ehh… psé… en realidad en concreto no me varió en nada, ¿no? Yo siempre fui medio anarquista desde chica, veía cómo mis tías y mis primas se complicaban la vida para casarse, así que siempre tomé opciones de andar *media* libre. Sin ninguna atadura. Y bueno, yo no tuve ataduras de ningún tipo.

Silencio.

—No sé qué habría pasado si hubiera tenido un hijo en esa época. Pero no tuvimos.

Ni en esa época ni en ninguna otra. Mujica y Topolansky no han tenido hijos. Les duele.

Este es el quincho de la esquina. Acá celebró José Mujica cuando ganó las elecciones. Acá reunió a su gabinete de ministros. Acá trajo al venezolano Hugo Chávez cuando quiso agasajarlo, en 2007. Y acá, en tiempos preelectorales, montó su despacho. El lugar se llama "El quincho de Varela", queda a cien metros de la chacra de Mujica y consiste en una construcción rectangular, con techo de paja y paredes de ladrillo, ubicada frente a un campo recién arado.

El lugar pertenece a Sergio "El Gordo" Varela, también apodado "el mugriento": un comerciante mayorista de alimentos que no da declaraciones a la prensa y que durante la campaña se encargó de comunicarse con distintas empresas del Centro de Almaceneros para pedirles fondos que financiaran el acto de cambio de mando.

El interior del quincho de Varela luce así: hay un piso de layota desgastado, un techo del que cuelgan dos banderas —una del Frente Amplio, otra del Uruguay—; varias imágenes del Che,

Neruda, Allende y Chávez, mesas hechas con tablones donde alguien pintó "*Pepe presidente*", un puñado de perros astrosos, y juguetes de niño tirados por el suelo.

Una mujer gruesa y de ropas desteñidas se acerca, espanta los perros, se limpia el sudor de la frente y dice:

—Bueno, esto se arregla un poquito más cuando vienen ellos.

Los funcionarios del gobierno que pertenecen al Movimiento de Participación Popular (MPP) tienen tope salarial. Lo máximo que pueden ganar son treinta y siete mil pesos (mil novecientos dólares), y eso significa que la mayoría —entre ellos Huidobro, Mujica, Topolansky y el ministro Eduardo Bonomi— cobra en mano apenas el treinta y cinco por ciento de su sueldo. Los excedentes van al Fondo Raúl Sendic (donde se otorgan microcréditos a proyectos —en su mayoría cooperativos—, sin tasas de interés, sin papeles firmados y sin la exigencia de pertenecer al Movimiento) y a un Fondo Solidario con el que se auxilia a los militantes del MPP que estén pasando por una urgencia económica.

En su despacho, Eduardo Bonomi, ministro del Interior, considerado la mano derecha de Mujica en el gobierno, explica el tope salarial de esta manera:

—Es muy fácil dar lo que te sobra. La cuestión es dar lo que no te sobra.

—¿Pero nunca te da ganas de comprarte un televisor de plasma?

Bonomi se masajea el labio inferior.

—Eh… Yo vivo en una cooperativa de viviendas. A esta altura terminamos de pagar la cuota entonces solo pagamos los gastos

comunes. Tenemos un auto del 94… A ver: la austeridad de Pepe es única, pero que Pepe haya llegado no es casual.

—¿Nada cambió en Mujica?

—Operativamente Pepe tiene más responsabilidad. Pero es la misma persona. Sigue levantándose y haciéndose el mate y escuchando los pajaritos. Pero casi todos somos así. Yo me levanto a las seis, escucho las noticias...

—¿Pero no hay ninguna pose por parte de Mujica?

—No, es así. Es así. Él es así. Qué pose. La vida del Pepe es muy sencilla y pasa por la tierra. Cuando uno sale de licencia y se va al monte o a la playa, Pepe se va a trabajar la tierra. Y los domingos, mientras todos descansamos, él madruga para trabajar la tierra. Si no hace eso, no descansa. La tierra es el lugar donde Pepe ordena sus ideas. Cada cual es como es.

Otra vez se toca: su labio inferior es —se ve— mullido.

—El problema es que Pepe tiene una cultura mucho más alta y grande de lo que representa su forma de hablar.

El despacho de Bonomi es ministerial pero austero: hay maderas lustrosas, muebles fuertes, sillones y cortinas de pana. Si cruzara la puerta de su oficina, Bonomi saldría a la galería del ministerio y vería un edificio igualmente fuerte y medido: apenas cuatro pisos balconeando sobre un patio central, y en el medio un obelisco con la inscripción "Homenaje a los caídos". Dispuestas sobre el monumento, distintas placas de bronce recuerdan el nombre de los agentes policiales muertos en servicio.

Alguien tiene que haberse reído de todo esto.

Bonomi fue acusado hace veinte años de matar a un policía. El veintisiete de enero de 1972, el Inspector Rodolfo Leoncino, jefe de seguridad del penal de Punta Carretas, esperaba el colectivo cuando recibió un fogonazo de disparos. La orden, dicen las acusaciones, la habrían ejecutado cuatro tupamaros, entre ellos Bonomi. Pero la habrían dado, desde la cárcel, tres militantes entre los que estaba José Mujica.

—Cuando salí en libertad, amnistiado, fui a parar con unos jueces y lo primero que me preguntaron fue si tal día a tal hora había hecho tal cosa, y respondí: "Me siento políticamente responsable de todos los hechos realizados por el MLN". "Pero no le estamos preguntando eso, sino si tal día a tal hora…" "Bueno: yo le estoy respondiendo que me siento políticamente responsable de todos los hechos realizados por el MLN." Cinco veces preguntaron y dije lo mismo.

El labio. Vuelve a tocarse el labio.

—Y cada vez que me preguntan respondo: me siento políticamente responsable de todos los hechos realizados por el MLN.

Bonomi —saco azul, pantalón gris, corbata— tiene lentes, una barba espesa y una voz profunda: todos estos tipos tienen la voz honda, encallada en algo que debe ser el pasado y su aspereza.

—Cuando durante la campaña de Mujica se rumoreaba que, de ganar, yo sería ministro del Interior, por acá circulaban mails acusándome de esto y de cosas nuevas también. Así que cuando asumí, en la Escuela de Policía, me tocó hablar y dije que yo sabía que habían circulado mails y que no me quería hacer el bobo y que entendía que los votos que había tenido el Frente Amplio no eran un apoyo a eso que se acusaba sino mirando el futuro con un modelo de Nación con participación de los trabajadores, los productores y los intelectuales. Y les cayó bárbaro.

Bonomi vuelve a masajearse el labio.

Treinta años atrás, un tiro le partió la mandíbula y hoy no puede abrirla demasiado.

Costumbres de la época: cuando José López Mercao se resistió a un arresto, los militares le metieron cinco tiros y lo remataron en el suelo con un sexto balazo que le atravesó la boca. Lo creyeron muerto pero no murió: los médicos navales lo encontraron y lo llevaron al Hospital Militar. Allí recibió cuatro litros de sangre y se enteró de la presencia de Mujica: el cuadro político del que solo conocía el nombre.

Era mayo de 1970.

—Me acuerdo que un día vino un médico con el uniforme militar puesto y me dijo: "Qué huevos que tiene Mujica, se afirmaba en la camilla y decía 'no me dejen morir, yo soy un combatiente'. Le dimos trece litros de sangre, que huevos tiene".

López Mercao recuerda y sonríe: tiene un rostro macizo, oliváceo, y una sonrisa por la que asoman dos dientes levemente recortados en su vértice interno: López Mercao sonríe —cuando sonríe— como un niño. A su lado está Isabel Fernández, su compañera, y por la casa rondan sus dos hijas. Todos viven en un departamento muy austero de El Cilindro, un barrio de clase trabajadora de Montevideo. En las paredes hay

reproducciones de Modigliani y Van Gogh. En los rincones hay grandes ceniceros que acunan los cigarros fumados. En el living hay muebles de caña y una computadora culona. En los aparadores hay fotos recientes tomadas con una sencilla cámara de rollo: hasta las fotos nuevas parecen viejas.

López Mercao, quien alguna vez se pensó que sería el jefe de prensa de Mujica —finalmente no fue— hace el relato de toda la historia que se cuenta en estas páginas: habla de Punta Carretas, del abuso, del Penal de Libertad, de la incertidumbre de los nueve rehenes, de la llegada al poder como un baño de sentido. Y lo cuenta con un hablar grave y pausado: el Negro —le dicen "el Negro"— tiene la voz endurecida por el humo.

—¿Y vos has soñado con todo esto? ¿Te han llegado estos recuerdos en sueños?

—No —dice—. Yo no sueño.

Afuera está oscuro y llueve; suenan los grillos. Una de las hijas se acerca y busca música en la computadora del living.

—Bueno —dice Isabel—, cada vez que él da alguna nota o se reúne con compañeros en un asado y recuerdan cosas, yo después lo noto distinto. Con los años la cosa se fue apaciguando pero yo noto que te quedás mal, Negro. Yo noto que te quedás como triste. Noto que soñás.

La hija —Evelina— pone un tema de la banda uruguaya *Cuarteto de Nos*. El tema se llama "El día que Artigas se emborrachó", hace alusión al primer libertador uruguayo —mítico héroe nacional que murió exiliado en Paraguay— y termina con esta estrofa: "*Se emborrachó, porque la guerra perdió / y se emborrachó, porque alguien lo traicionó / se emborrachó, y la patria se lo agradeció / ¡Whisky para los vencidos!*"

En términos generales la letra es graciosa y encima aquí hay cerveza, así que todos reímos. Pero el Negro, a través de sus lentes de montura fina, con el codo en la rodilla, cavila.

—La historia uruguaya es rarísima, los héroes históricos son todos derrotados con honor —dice—. Para la historia ser un triunfador no trae réditos. Miralos a Artigas, Aparicio Saravia, Leandro Gómez, Batlle Ordóñez. En general, vos vencés acá y cagaste. Pero te transformás en ídolo. Miralo al Pepe si no. Poné la otra que me gusta a mí.

Evelina obedece y pone otra. Afuera la lluvia sigue y en algún momento el Negro se levanta, tira una colilla por la ventana y se va a buscar el auto para llevarme al hotel.

—Yo te quiero contar algo, porque él nunca lo cuenta —murmura Isabel cuando su marido se va. Y luego dice esto: que al Negro le llegó una indemnización por veinte mil dólares. A los muy heridos parece que les llega, y el Negro y su mandíbula tienen puntaje suficiente para entrar en ese club. Pensando en el futuro —en sus hijas, en las operaciones maxilares— el hombre mandó los datos. Y desde que los envió empezó a dormir mal.

Una noche, Isabel encontró a su marido diciendo "no puedo".

—No puede aceptar ese dinero. Me dijo: si lo aceptara, si buscara una compensación, sería como arrepentirme. Y yo le dije Negro, es tu cuerpo, son tus huesos, la mandíbula rota es tuya. Yo no puedo meterme en eso. No aceptes la plata si no querés aceptar la plata. Y ahí se habrá sentido liberado, porque se puso a llorar.

Isabel tiene cuarenta y seis años, ojos celestes, cabello rubio: si cada edad iluminara con una luz propia, podría decirse que a esta mujer la alumbra una luz de veinte años. En eso pienso —en la nobleza de su rostro— cuando el Negro toca el timbre para avisar que está en la entrada, esperando en el auto.

El regreso al hotel es en silencio.

La avenida 18 de julio, el asfalto mojado, el ritmo menguante de las calles céntricas: la ciudad parece una película muda; solo se oyen los neumáticos.

—Bueno —el Negro detiene el coche—. Lo último que puedo decir es que fueron los años más lindos de la vida nuestra. No especulamos con nada. Lo dimos todo. Y ahora vivimos en un ejercicio de interpelación periódica con aquel gurís que fuimos a los veinte años. Yo no quiero hacer a los sesenta cosas que me hubieran avergonzado a los veinte. Quiero irme de la vida sin amputar partes de mí. Quizás a los otros compañeros le pase lo mismo.

Eso es lo último que dice el Negro antes de despedirse con un ademán seco —apenas una palmada— y de dejar abierta una pregunta: si esta historia debía ser sobre José Mujica, o sobre la maravilla colectiva que permitió que exista, con sencillez absoluta, José Mujica.

Este texto es, de algún modo, una larga respuesta.

Una Latinoamérica propia, mezclada y genuina

Qué cagada que el presidente de Uruguay sea reacio a las nuevas tecnologías. ¿Te imaginás al Pepe Mujica con su propia cuenta en Twitter? —fantasea Chiri.

—Sería un tremendo dolor de cabeza para la gente de prensa de su gobierno, me imagino… Pero ya hay presidentes latinoamericanos dándole a los deditos con la Blackberry.

—Me imagino que Lula fue pionero.

—Sí —le digo a Chiri—, @presidente_lula fue el primero, pero lo siguieron otros que están en el poder ahora mismo: @FelipeCalderon, @Sebastian Pinera, @AlvaroUribeVel, @Chavezcandanga y, por supuesto, @CFKArgentina.

—¿Y conversan entre ellos?

—Nadie sabe a ciencia cierta si en realidad son ellos, o gente del entorno —le digo—. Yo, personalmente, creo que Chávez es él mismo, y que muchas veces Cristina Fernández también es ella misma. Hay una conversación entre Chávez y Cristina en la que te das cuenta que sí son ellos, sin duda.

—¿Y Mujica, no?

—Mujica no quiere saber nada ni con corbatas ni con twitters. Hace un programa de radio, todas las tardes. Pero no usa las redes sociales.

—Para mí es un tremendo desperdicio que Mujica no esté en la nube —se queja Chiri—. No estamos perdiendo algo muy bueno. Escuchá frases suyas: "A pesar del ruido, el mundo hoy no va a cambiar". Otra: "Los pobres no piden mucho, piden algo, sobre todo que no los jodan". Y una más: "A la burguesía yo la quiero ordeñar". ¿Cuántos caracteres hay en esas frases?

—Para Twitter, alcanza y sobra —le digo.

—En los viejos tiempos Mujica habría hecho maravillas con las redes sociales. Probablemente la historia de Tupamaros sería distinta.

—*Probablemente* no: seguro.

—Pero en el fondo lo entiendo, no es una herramienta natural para él. Yo lo conocía un poco, pero el perfil de Josefina es tan hermoso, tan objetivo también, que me dio una visión muy íntima del personaje.

LOS POBRES NO PIDEN MUCHO, PIDEN ALGO, SOBRE TODO QUE NO LOS JODAN

—Es un perfil impecable —le digo—. A Josefina le pedí, como a todos, un texto de cuatro mil palabras. Y cuando volvió de Montevideo y se puso a escribir, me mandó un primer borrador de ocho mil. Pero era tan bueno, tan contundente, que no hubo manera de cortarlo.

—¿Cómo vas a cortar semejante texto? —dice Chiri—. Es la crónica más larga de la revista, pero es imprescindible. Te muestra al Pepe como es: un hombre de la tierra, un botánico amateur que habla con las plantas... ¿Será cierto eso? ¿Que habla con las plantas?

—Cien por cien —le digo—. Pero no habla con las plantas como Chichita o como esas viejas que tienen un jardín al frente… Mujica conversa con los vegetales de igual a igual. Cuenta que un simple yuyito, por su color, le dice si hay nitrógeno o algún otro mineral en sus tallos…

—¡Qué hombre hermoso! Tiene mucho sentido que haya sido ministro de agricultura en Uruguay, ¿no?

—Y ahora, que es presidente, tiene mucho sentido que siga siendo chacarero —le digo.

—¿Qué pasa con los mandatarios uruguayos? Tabaré Vázquez tampoco dejó de ejercer como

médico cuando fue presidente del paisito.
—Seguirá siendo como antes —recito—: "Un país donde los presidentes andaban sin capangas", como dice Mario Benedetti en "Hombre preso que mira a su hijo".
—¡Qué lindo poema ese! ¿Viste que Josefina nombra al ruso Mauricio Rosencof?
—Sí —le respondo.
—Rosencof escribió *La Margarita*, el libro de poemas al que le puso música Jaime Roos.
—Me encanta ese disco. Lo escuchás de un tirón y es una película entera, una historia de amor alucinante.
—Vos sos un gordito maricón…
—No. Si yo fuera macho también me emocionaría ese disco. La última canción, esa que dice "¿qué puede pasar?", te juro, me sigue poniendo los pelos de punta cada vez que la escucho…
—Es cierto. Más si te ponés a pensar que Rosencof escribió todos los sonetos de *La Margarita* mientras estuvo preso, en papeles de cigarrillo y con el tubo finito de una Bic sin carcasa. Los poemas se salvaron entre los dobladillos de la ropa sucia.
—Esa es otra película —le digo a Chiri—. Como la de los ciento once presos escapándose por un túnel en Punta Carretas.
—Hay un documental de History Channel que se llama *Tupamaros: la fuga de Punta Carretas*, que está muy bueno —me cuenta Chiri—. Pero película, que yo sepa, no. Y están los dos tomos de *La fuga de Punta Carretas*, de Eleuterio Fernández Huidobro. Él y Rosencof también escribieron *Memorias del calabozo.*
—Qué gente interesante, los uruguayos —digo—. Cuando éramos adolescentes y estábamos fascinados por toda aquella literatura latinoamericana del realismo mágico, yo me sentía más cómodo con Felisberto Hernández y con Juan Carlos Onetti, y también con la revista *Marcha* de Carlos Quijano... ¿Vos te acordás? Nuestro verdadero contacto con Latinoamérica siempre empezó por Montevideo, por sintonizar canal 12 en las noches sin tormenta, y por leer textos orientales de cuando no habíamos nacido.
—Es que en realidad —me dice Chiri— estábamos más cerca de esa literatura que de, por ejemplo, *Pedro Páramo* o esa novela gorda de Lezama Lima que nunca pudimos terminar de leer.
—*Paradiso*.
—Esa.
—Es muy diferente la Latinoamérica de cuando nosotros éramos chicos a esta de ahora —le digo a Chiri—. O por lo menos tengo otra sensación. Antes solíamos tener una mirada muy argentina, como ausente y europea de todo aquello, y ahora parece todo más mezclado y genuino.
—Es la mirada de las fotos de Marcos López —me dice Chiri—. La América profunda del siglo XXI, colorida, llena de mística, pero al mismo tiempo pulmonar y loca.
—Desde el primer día que empezamos a pensar en la revista —le confieso a Chiri—, quise llamar a Marcos López para pedirle un fotorreportaje. Sobre lo que él quisiera. Pero nunca me animé, lo vi siempre como inalcanzable. Fue muy loco que él haya llegado a nosotros, y no al revés.
—Sí. Y además con textos propios. Un lujito. Marcos López nos había mandado un mail cuando este número dos ya estaba en marcha. Un mail humilde, corto y generoso: "Hola, felicitaciones por la publicación. Tengo un texto que, si les interesa, se puede publicar con algunas fotos mías".
—Fue muy raro que alguien que para nosotros era inalcanzable haya sido tan cercano.

APUNTES DE VIAJE DE

MARCOS LÓPEZ

América Latina es mi propio cuerpo. En trance. Poseído por el espíritu de mis propios muertos y por las almas azoradas de las princesas vírgenes ofrecidas en sacrificio a los dioses Incas.
Mojado por la transpiración de la entrepierna de las mulatas dominicanas cuando bailan merengue. Embriagado por el olor a alcohol que exuda el cuerpo de sus machos, de sus chulos, de sus amantes.

La energía sube por las piernas con la fuerza de un volcán en erupción, da vueltas por el estómago, el bajo vientre, anuda los intestinos, corta la respiración, raspa en la garganta, da vueltas por la cabeza, molesta en la zona de la nuca y en toda la espalda, y luego se instala justo en el medio del plexo solar. En el corazón. Se queda allí, y comienza a expandirse.

A mí me gusta exagerar. En función de lograr la máxima contundencia del relato no tengo problemas en mentir. Pero la verdad es que en esos momentos parece realmente que el cuerpo va a explotar.

Desorden, duda, inseguridad, alegría, miedo, alquimia emocional, y en un estado que puede definirse como trance chamánico, los recuerdos infantiles se transforman en imágenes.

Los duelos, en gritos desesperados que luego se transforman en plegarias, luego en perdón y mas luego en reconciliación. El resentimiento toma la forma de observación tranquila. A veces humor. Erotismo. Sexo. Lucha libre. Insurrección obrera.

Bar 23 de enero, Caracas. 2006

Suite Bolivariana, Buenos Aires. 2009

El cuerpo se transforma en la América toda. El altiplano. Los salares del norte de Chile. El sertão del nordeste brasilero. La Amazonia. Yo mismo reencarnado en las señoras que venden frutas, legumbres, ropa usada en los mercados de Bolivia. En los travestis que deambulan por las calles laterales de Plaza Constitución, al costado de la estación de trenes, en Buenos Aires, a cuatro cuadras de mi casa.

Soy hombre y soy mujer. Soy tigresa. Soy perro de la calle. Niño, marica, gaucho, malevo, madre y padre. El tamboril de los negros que tocan candombe en el Puerto de Montevideo. Soy el cacique de todos los indios que habitaban la Patagonia. Soy Sicario. Narco. *Table dancer* del bar mas oscuro del DF.

Familia sastres, La Paz. 2010

Esquina de Barracas, Buenos Aires. 2005

El cuarto rosa, Buenos Aires. 2007

Por un instante, por un glorioso-divino-ansiado instante, no tengo ética, moral, sexo, juicio, piedad, perdón, ni lágrimas. Algo parecido al canto primitivo. Tribal.

Después de ese borbotón de sensaciones corporales, aparece la idea. No me queda bien claro si sube desde la tierra o baja desde el cielo. No importa. Lo que sí importa es descartar. Quedarse con las imágenes que tienen peso.

Luego viene una cuestión puramente técnica. El oficio de hacer las fotos y que tengan cierta gracia. Que deslumbren. Encontrar el equilibrio exacto entre forma, contenido, color, figura y fondo.

Comida rápida, Buenos Aires. 2007

Terraza, Buenos Aires. 2009

Luchador - Arena, México DF. 2008

Peluquería, La Paz. 2010

Autopsia, Buenos Aires. 2005

Enseguida después, hay un estado parecido a la calma que sigue a la batalla. Placer por el deber cumplido: haber logrado materializar una emoción, que es al mismo tiempo una opinión socio-política, una crónica y un documento.

El problema es que pasa el tiempo y las imágenes se transforman nuevamente en recuerdo. No queda nada. Viene la ola, y deshace el dibujo hecho con un palito en la arena mojada de la orilla de mar.

En ese momento hay que respirar hondo. Quedarse quieto. Tratar de instalarse en el espacio que hay entre un pesamiento y otro. La angustia no se quita, pero disminuye bastante. Se vuelve tolerable.

Chica en la ducha, Buenos Aires. 2005

Algo pasa en Costa Rica y necesitamos saber qué es

María está alucinando con las fotos que mandó la gente para las retiraciones de tapa y contratapa —me dice Chiri, refiriéndose a su mujer, que es además la diseñadora de esta revista—. Ayer, mientras armaba esas páginas, me decía que la emocionaba ver cada foto. La del matrimonio con la revista en la cama; la de la madre con ruleros rodeada de los cinco nenes en la cocina de su casa; la de un pibe leyendo solo en La Paloma; la de una chica que se nota que es muy tímida... "Todos están dando algo", me decía, "todas las fotos tienen su energía. Cada celdita que abrís, cada foto que importás, es una historia distinta".

—Claro, todas las fotos cuentan una historia. Como en *Blow up*, ¿no? O mejor dicho como en "Las babas del diablo" de Cortázar. Por eso creo que nos gusta tanto lo que hace Marcos López, porque en el fondo Marcos es un narrador de historias.

–Y él lo sabe —me dice Chiri.

—Habla de las cosas que tiene cerca, de Argentina y de Latinoamérica; de Retiro, de Atacama, de Arequipa… Pero sobre todo habla de él mismo —sospecho en voz alta—. Dice que le gusta creer que está haciendo una crónica sociopolítica, aunque en el fondo esté pensando en el olor de su maestra de primer grado.

—Lo que está claro es que, más allá de todo, tiene una tremenda necesidad de comunicarse.

—Y lo hace de la forma que sea... Ahora, por ejemplo, está preparando una película sobre Ramón Ayala, un músico del litoral argentino, de Misiones… El trailer se puede ver en su página web.

—Lo vi —me dice Chiri—. Está buenísimo. ¿Sabías que Marcos estudió cine en la escuela de García Márquez, en San Antonio de los Baños?

—No sabía.

—Hay un libro del Gabo que se llama *Cómo se cuenta un cuento*, en el que Marcos aparece. Es un lindo librito; desgrabaciones del taller de guión de García Márquez, ejercicios para contar historias en grupo.

—¿Y Marcos está ahí? ¡Qué loco!

—Es uno de los alumnos del taller —me cuenta Chiri—. Lo que me gustó de ese libro es el tema de la creación colectiva. Está bueno ver cómo trabajan muchas cabezas juntas, entre ellas la de García Márquez como una cabeza más.

—Hablando de López y de creación grupal, ¿viste alguna vez trabajos del Colectivo Mondongo?

—¿Son los que hicieron a Walt Disney en plastilina?

—Esos mismos —le digo—. Pienso en ellos porque así como Marcos trabaja con la mezcla de elementos (*La Última Cena* de Leonardo y el *Asado en Mendiolaza*, por decir algo) los Mondongo hacen obras de arte con migas de pan, chicles, caramelos y comida para perros; con fiambres ahumados y escarbadientes...

—También pintaron a la familia real española con espejitos de colores…

—Es cierto.

Yo esto no lo sabía, pero algunas veces le digo a Chiri "es cierto" para que dé la impresión de que

LA REVISTA SE VENDIÓ MUY BIEN ALLÍ Y EL INGRESO Y DISTRIBUCIÓN DE LOS PACKS NO SUFRIÓ NINGÚN PERCANCE, COMO SÍ OCURRIÓ EN OTRAS PARTES.

Un país de la mente

por Luis Chaves

soy una persona que lee libros y diarios. Eventualmente, también pongo algunas caras interesantes.

—Trabajaron para la corona —le digo después—, como sus viejos colegas, pero ellos se cagan literalmente en eso. Hacen su camino, igual que Marcos López.

—Hay una anécdota sobre Miguel Ángel que está buena —me dice Chiri, y se toma un tiempo para prender un cigarro; yo me doy cuenta enseguida que hoy tiene muchas ganas de hacerse el conocedor de cosas—. Dicen que al pintor le importaba tres carajos el protocolo que había que seguir con el Papa Julio II, que era su apoderado. Por eso, cuando estaban juntos, el Papa tenía que sentarse muy rápido para que Miguel Ángel no se sentara más rápido que él.

—¡Claro! ¿Quién va a tocarle el culo al tipo que pintó los frescos de la Capilla Sixtina?

—Me cae bien la gente que no se deja engatusar por el brillo aparente de las cosas —me dice—. En este número de la revista hay un caso así.

—El de Luis.

— Sí —se ríe Chiri—. Qué hijo de puta: cómo nos dio vuelta un tema precioso.

Yo también me reí. La anécdota que recordábamos es simple: cuando imprimimos y distribuimos el número uno de Orsai, nos dimos cuenta que pasaba algo raro en Costa Rica. Se vendieron muchas revistas en ese país, en comparación con el número de habitantes. Es decir: si lo medíamos en densidad de población, se vendieron más revistas en Costa Rica que en Argentina. Y no solo eso. Costa Rica resultó el único país de Centroamérica que no tuvo problemas de distribución, ni tampoco impuestos raros. Las revistas llegaron con una normalidad muy distinta a otros países de la región. A raíz de ese asunto, empezamos a investigar. Chiri me dijo, una tarde de hace unas semanas:

—Che, estoy leyendo que Costa Rica es un país perfecto para ir a vivir. Le dicen la Suiza de América Central, no tiene ejército, paisajes paradisíacos...

—Pidámosle a un escritor de allí que nos explique qué pasa en Costa Rica. Y si nos convence, nos vamos todo a vivir allá —le dije.

Pusimos manos a la obra para buscar un buen narrador costarricense. Una tarde Chiri estaba tomando unas cervezas con Pedro Mairal y Fabián Casas, y ambos le recomendaron a Luis Chaves. Chiri le puso un mail al autor:

“Luis: nos llama mucho la atención Costa Rica. Es un país del que sabemos más bien poco, más allá de que no tiene ejército, que es un lugar muy pacífico y que sus habitantes poseen una altísima calidad de vida. Como si esto fuera poco, la revista se vendió muy bien allí y el ingreso y distribución de los packs no sufrió ningún percance, como sí ocurrió en otras partes. ¿Qué pasa en Costa Rica? Nos gustaría que nos cuentes tu país (básicamente a Hernán y a mí), desde tu primera persona subjetivísima. Porque si nos gusta lo que nos contás, hacemos la valija y nos vamos a vivir ahí, tan pronto como en España vuelva a ganar la derecha. Un saludo, Chiri”.

La respuesta de Luis Chaves, velocísima, no se hizo esperar.

Nos escribió diciendo que odia Costa Rica, y que si fuera por él se iría ya mismo de ese lugar.

Pero lo contó con tanta gracia en su mail, que nos dejamos de textos turísticos y le pedimos cuatro mil palabras sobre el porqué de su hostilidad hacia ese lugar tan paradisíaco que, de lejos, parece un sitio en el que cualquiera quisiera vivir.

UN PAÍS DE LA

MENTE

Escribe **Luis Chaves**

Ilustra **Wen Hsu**

Lo esperaba con el motor encendido, frente al portón de su apartamento. Bajó del segundo piso, abrió y cerró candados y entró al carro seguido por un latigazo de lavanda.

—¡Mae, te fumigaste!

—Qué va, es colonia barata, ahorita se va el olor.

Se había uniformado con el saco azul, la camisa cuello de tortuga, jeans aplanchados y zapatos de vestir negros. Esa era la combinación semiformal. A partir del cambio de una sola de esas prendas, tenía otras dos: la casual y la de gala. Y pare de contar. Sauma es inmune al oleaje de la moda, anótese esto en la columna de los activos. Su magnetismo legendario, comprobado científicamente por varias generaciones, es pura actitud, nada de accesorios.

DESPUÉS DE UN 2010 DE TERROR, EL AÑO QUE APENAS EMPEZABA TRAÍA BUENA PINTA.

Arranqué cuando Sauma, acomodándose en el asiento, apenas cerraba la puerta. Como si fuéramos tarde, como si alguien nos esperara en algún lugar.

Es una noche de semana y lo que podría parecer un plan con objetivos y misión definida se planeó hace veinte minutos con un breve cruce de llamadas telegráficas y un mensaje de texto tipo “mae_stoy_afuera_jale_x_unas_birras”.

Vamos a tomar algo a la Buenos Aires, bar vieja-escuela en la frontera del barrio Aranjuez. Nada de media luz, ni sillones violeta, ni cocina fusión, ni música programada, ni bartenders de revista. Aquí es fluorescentes de sala de cirugía, sillas de comedor público, boca de papa con chorizo y, por música, el chirrido de los ventiladores. Detrás de la barra atiende Cheo, el dueño sexagenario.

Cientos de noches empiezan como la de hoy. Dos amigos separados por décadas (nací en el sesenta y nueve, Sauma en el cuarenta y nueve) y reunidos por la causalidad, repitiendo cervezas en un bar en el que hay un televisor en el lugar donde antes se incrustaban las miradas perdidas.

Pero no se engañen, esto no va para ningún lado. Consumiremos varias birras mientras repasamos, resignados, la política local, regional y mundial, los temas de siempre y luego volveremos cada uno a su casa. Esto lo hace cualquier grupo de amigos en cualquier lugar del mundo. Sauma tendrá gran carisma, pero en este preciso momento no nos sirve de nada. Ni él ni yo tenemos nada importante para contar. Ya para la última cerveza clavamos la mirada en el televisor.

Gracias a la generosidad de un amigo, a finales de enero fui con mi esposa y mis hijas a los canales de Tortuguero. Una red de canales y lagunas fluviales paralelas a la costa atlántica del país. Es un destino preferido por turistas pensionados y por familias con hijos pequeños. Nadar en esta franja de mar es aparecer flotando en las Antillas arrastrado por las fuertes corrientes. Un chapuzón en cualquiera de los brazos del río termina en las fauces de un cocodrilo. Pero —precauciones observadas— las vacaciones en esta zona consisten en paseos tranquilos a bordo de lanchas bien equipadas que atraviesan la selva tropical.

Una tarde, mientras las tres mujeres descansaban en la habitación del lodge, fui a revisar el email en la computadora de la recepción. Cuatro dólares la media hora, recuerden que estamos en la jungla. Casi arrepentido por ver que ningún correo ameritaba haber pagado esa suma, vi la misiva de los muchachos de Orsai, firmada por Christian Chiri Basilis. Después de una presentación breve en la que contaba que Mairal y Casas me habían recomendado y que eso les bastaba para pedirme un texto, acotaba: “El tema es el siguiente: nos llama mucho la atención Costa Rica. Es un país del que sabemos más bien poco, más allá de que no tiene ejército, que es un lugar muy pacífico (lo primero obviamente debe ser consecuencia de lo segundo) y que sus habitantes poseen una altísima calidad de vida. Como si esto fuera poco, la revista se vendió muy bien allí (teniendo en cuenta la cantidad de habitantes y haciendo una ecuación proporcional con el resto de los países) y el ingreso y distribución de los packs no sufrió ningún percance, como sí ocurrió en otras partes. ¿Qué pasa en Costa Rica?”

Le contesté eufórico y halagado. Después de un 2010 de terror, el año que apenas empezaba traía buena pinta. Disfrutaba con las chicas de unas vacaciones fuera de nuestras posibilidades y el email de Chiri me daba la oportunidad de

escribir en una revista que me parecía para otra gente, para escritores de primer orden. En correos siguientes afinamos detalles, fechas de entrega y se puso énfasis en que mi tema era contar cómo es este país.

Con los días que se sucedían empezó a crecer la ansiedad. ¿Cómo —cuando acepté la oferta— me olvidé de este detalle medular? No es un buen momento para hablar de Costa Rica. Ni hoy, ni la semana pasada, ni lo fue el 2010, ni el cambio de milenio, ni siquiera un mes de la década entera del 90. Y ahora que me pusieron a pensar, la calculadora dice que llevo más de veinticinco años de sentirme envenenado cada vez que hojeo el periódico, me subo a un taxi o escucho una conversación en el bus. No soy la persona indicada para opinar sobre este lugar. Cada vez que lo hago avergüenzo a mi familia, a los vecinos, a los de la mesa de al lado, gano enemigos, me invitan —sin escatimar en vituperios— a cruzar alguna de las fronteras, si no te gusta por qué no te vas, hijueputa.

¿Qué puedo decirle a extranjeros de un país que siento hostil? ¿Cómo explicarlo sin que parezca un berrinche de adolescente? ¿Cómo distanciarme del rencor y escribir con elegancia, serenidad y justa medida? Es fácil disparar contra el país propio cuando uno lo hace entre los suyos porque se parte de referencias comunes, hechos y nombres propios conocidos por todos. Pero necesitaría pies de página para escribir aquí algo como "es mejor morir por asfixia que ir a tomar unas Pilsen a Cartago" [1].

El karma costarricense haciendo lo suyo. Se abre una puerta y quien me recibe es el fantasma de la —llamada con gran orgullo por los patriotas— Suiza centroamericana. Nadie le pide eso a un colaborador mexicano o chileno o argentino. Esto pasa por ser tico. Esto es dos tazas de sopa.

Por otra parte, es señal de temple y carácter mirar el lado bueno de la desgracia. Es febrero, la vegetación tropical palpita en el corazón del verano, las sombras giran lentamente bajo los árboles mecidos por la brisa fresca de la época. Entrémosle a esto con actitud positiva, con filosofía:

Costa Rica da cáncer. Para empezar por algo, es uno de los pocos países que siguen aferrados con uñas y dientes al Estado confesional. En el artículo 75 de la Constitución Política se define como un Estado Católico, Apostólico y Romano.

¿QUÉ PUEDO DECIRLE A EXTRANJEROS DE UN PAÍS QUE SIENTO HOSTIL, SIN QUE PAREZCA UN BERRINCHE ADOLESCENTE?

¡Romano! ¡WTF!

Y créanme, nada sucede dentro de estos cincuenta y un mil kilómetros cuadrados que no pase por el tamiz de la moral cristiana. Nada.

A Osvaldo Sauma lo conocí en 1995. Una sobrina suya me dio el teléfono cuando se enteró de que tenía algunos manuscritos que no le había enseñado a nadie. Mi tío Osvaldo es escritor, llamalo. Eso hice y me citó justamente en la Buenos Aires. El bar no ha cambiado mucho desde entonces, el barrio —clase media acomodada desde su fundación hace cien años— ha ido perdiendo casas de habitación y ganando oficinas, restaurantes vegetarianos, universidades privadas, tienditas de diseño y ONG —esos mutantes modernos que son la sumatoria de todas las anteriores—. Desde la noche que se llevó mis papeles en un sobre de manila hasta la fecha, Sauma se fue convirtiendo en una mezcla de mentor, amigo, hermano mayor y *consigliere*.

A estas alturas, el planeta de 1995 parece de otro sistema solar. Sauma se hizo abuelo triple, yo me reproduje dos veces. En medio de aquella galaxia muy lejana y el efecto dominó de la reproducción, hay miles de polaroids mentales, reuniones con amigos en salas enrarecidas por el humo de la memoria y la mota jamaiquina, viajes y encuentros en otros países. Y está la noche, pasaditas las dos de la madrugada, cuando, para acortar camino, cruzamos en diagonal geométrica la plaza (cancha) Roosevelt y nos detuvimos de súbito en el corazón del círculo central de una cancha abierta en medio de San Pedro, el cantón donde creció Sauma y al que regresó hace casi quince años. Un terreno reservado para el deporte

[1] *Cartago, antigua capital de Costa Rica, es la provincia cuna, bastión y símbolo del espíritu puritano, hipócrita, conservador y genuflexo (ante todo lo que se le presente como autoridad) de este país. / Pilsen, cerveza de los campeones.*

en otra época y ahora rodeado por asfalto, oficinas y comercio, y con una gradiente visible de norte a sur. Parados en la mitad exacta de la cancha, debajo de un cielo púrpura, dos cabezas fugazmente iluminadas por la llama de butano con que encendimos la tocola. Fumamos sin hablar, convertidos en otra zona de las sombras. También sin hablar supimos al mismo tiempo cuándo continuar nuestro camino.

EL NUEVO BANANO DE ESTE PAÍS ES EL TURISMO, "LA INDUSTRIA SIN HUMO", COMO LE LLAMAN LOS ADEPTOS AL NACIONALISMO ECOLÓGICO-TURÍSTICO.

Mariajo, mi esposa, dice que lo mío es un problema biliar. Que viviría atormentado igual aunque hubiera nacido en Suecia. Puede ser. Pero eso no resuelve nada. Me dice que aquí no pasa nada que no suceda en otros lugares, que en todo lado es lo mismo y que más bien esta república bananera ha visto a la distancia el terrorismo de Estado que han sufrido decenas de países en este y otros continentes. Es cierto, pero tampoco soluciona la punzada hepática cada vez que compruebo el nivel de vulgaridad de la política, la prensa y la población económicamente activa, el tic santurrón del noventa y cinco por ciento de los compatriotas que meten a su Dios en todo, gracias a Dios, si Dios quiere, Dios mediante, bendiciones. Cosas así.

El nuevo banano de este país es el turismo, "la industria sin humo", como le llaman los adeptos a una mitosis del sentimiento patrio: el nacionalismo ecológico-turístico. Esa gente que se siente orgullosa de los accidentes geológicos y topográficos. Me siento orgulloso del volcán Poás. Me jacto de la Isla del Coco. Forzando ese razonamiento solo un poco más se llega al me-vanaglorio-de-ser-terrícola. Hay que ser tarado. Es además un nacionalismo que no defiende siquiera a la naturaleza misma, sino a una naturaleza que está ahí para ser apreciada por turistas.

Gracias al turismo que viene a ver el 4,5% de la biodiversidad conocida, playas tropicales en los dos mares y el 15% del territorio tico protegido en parques nacionales, la clase media quedó excluida automáticamente ya no del sueño de un terrenito cerca de la playa o en la sierra, sino del de unas pinches vacaciones de tres días con los chamacos. Todo tiene precio para extranjeros. La tierra, los alquileres, la comida. Felices fiestas, suecos.

Osvaldo vive en un apartamento pequeño, a pocas cuadras del campus de la Universidad de Costa Rica, una de las cuatro universidades públicas. Se accede a su casa después de abrir dos portones de rejas y subir las gradas. Uno toca el timbre (es decir, grita debajo de su ventana) y, si está, entra por un café o un trago, se sienta a conversar. Nunca es un trámite. Si tuviera que bautizarlo, el apartamento de Sauma es la sobremesa.

Del 95 para acá he pasado cientos de tardes y veladas en ese domicilio. Está prácticamente igual. Tiene una mesa redonda que, arrinconada contra un esquina, se redujo a dos plazas. Una refrigeradora anterior al anti-frost, demasiado amplia para un hombre soltero de su edad. Hace quince años le ayudé a cargar los ladrillos y tablones con los que armó la biblioteca. Por decoración tiene una mesa ratona con base de bronce y sobre de vidrio, como teletransportada desde la casa de una tía abuela. Allí hay una foto de su padre, cubano-libanés ya fallecido[2], y otras de sus hijos y nietos.

Pero los traje hasta su casa para contarles dos cosas en particular. Arriba de esa mesa, en la pared, flanqueado por unas máscaras artesanales de algún país colega del Tercer Mundo, hay un cuadro, una pintura que le regaló un artista amigo suyo hace mil años. Es un óleo o un acrílico, no sé distinguirlos. El cuadro tiene dos planos, el mar y el cielo. Solamente. Pero es el mar visto de cerca, como si lo pintara alguien sentado en un bote pequeño, en alta mar. En mitad del agua salada, justo en el centro, un agujero de bala de alto calibre (desconozco olímpicamente el mundo de las armas pero imagino que podría ser una escopeta). La bala viene de adentro del mar, se sabe porque en el cuadro, alrededor del agujero, se ve la forma como de metal reventado, retorcido. Un proyectil desde lo profundo del océano.

[2] *El poema "Viejo niño padre mío" dedicado a su padre en el libro* Bitácora del iluso *es, sin duda, uno de los momentos altos en la poesía costarricense.*

La otra es que, antes de pasar a la tecnología de punta del discman en 2008, Sauma tenía una radio con casetera. Para subir el volumen había que usar el borde de una moneda, una liga de hule sostenía el casete en su lugar. Una noche, hace ya bastante tiempo, puso un TDK prestado por una de sus alumnas y debajo de las voces del grupo al que se seguía sumando gente, escuché por primera vez la versión que hace Milton Nascimento del tema original de Leo Masliah, "Biromes y servilletas". Es una canción que habla sobre los poetas en Montevideo. La letra no recurre a ninguno de los clichés que uno esperaría de una canción así. No quiere parecer poesía y por eso lo es. Más allá de mis opiniones sobre ese género literario, quería decir que esa pieza, en la voz de Milton Nascimento (nunca he escuchado la de su autor) se convirtió no en "la canción de Osvaldo", sino en algo menos sencillo. Esa canción es Sauma. Tendría que explicarlo mejor pero no sé bien cómo.

En 1989, o por ahí, Milton Nascimento grabó la canción "Coração civil", la compuso después de una visita anterior a Costa Rica. Entiendo que es un homenaje a lo que vio en este país. En portugués *brasileiro* todo suena bien, dice cosas como "Quiero que la justicia reine en mi país / Quiero la libertad, quiero el vino y el pan / Quiero ser amistad, quiero amor, placer / Quiero que nuestra ciudad esté siempre soleada / A los

niños y al pueblo en el poder yo quiero ver / San José de Costa Rica, corazón civil / Inspira mi sueño de amor, Brasil (...) Sin policía, ni milicos, ni hechizos, ¿dónde el poder?

Concedo que Nascimento, tremendo artista, tendrá sus razones. Sin embargo, voy a decir dos cosas, para mí esa canción tendría que escribirla un grupo de death metal o cuando menos la versión local de Marilyn Manson. Y la otra, esencial: Milton, querido, se sabe que sí, Brasil es un país complicado, pero guardando las distancias y proporciones, este también. Y Brasil ¡tiene al Scratch du Oro! ¡Brasil es pentacampeón! No me jodás. En Costa Rica cada vez que juega la Selección, la Sele, es como que todo un país se instale frente al televisor para apoyar al Atlético de Madrid. La Sele, nuestro Atleti.

¿COSTA RICA MEJOR QUE BRASIL? ¡BRASIL TIENE AL SCRATCH DU ORO Y ES PENTACAMPEÓN! NO ME JODÁS.

En agosto pasado vinieron a visitarnos Carlos y Mariajesús. Dos amigos españoles, viven en Madrid. Mariajesús es pintora y Carlos escritor y ex skater. Se alojaron en nuestra casa que es más bien pequeña pero donde caben cuatro caben seis. Dormían en el sofá-cama en la sala, zona de tránsito agitado. Pobres, aquí el día empieza antes de las seis de la madrugada, hay bebé y niña y mascotas.

Les armamos un itinerario por playas del Caribe y, desde los mails previos a que llegaran hasta los días que viajamos juntos, no fui exactamente porrista del Instituto Costarricense de Turismo. Por el contrario, tengo que reconocer que hablé mal y con revanchismo. Parecía un agente encubierto del Gobierno de Nicaragua.

Primero creyeron que no quería verlos, luego con los días me fueron comprendiendo un poco. Salvo un par de excepciones, sintieron que no había relación entre precios y servicios, mejor dicho, que los estafaron en todo lado, descubrieron el dulzón falso en el trato, no descifraron una sola dirección (aquí no hay nombres ni números de calle) y nunca entendieron por qué usamos el bus, el taxi o el carro para todo lo que quede a más de cuatro cuadras de distancia (esto es como Miami, pero en pobre).

Los acompañamos un par de días a Puerto Viejo, destino obligado en la costa caribeña. Desayunamos juntos en una pequeña soda (fonda) acompañados por el "Buffalo Soldier" de Bob Marley. Al almuerzo, comimos pescado entero y *rice-and-beans*, un plato gozoso de la zona, y debajo de lo que hablábamos se escuchaba el "taken from Africa / brought to America / fighting an arrival / fighting for survival". De noche, salimos a un barcito frente a la playa. Era un salón amplio y sin paredes, un poco más adentro de la línea que divide el mar del continente flotaban dos botes pequeños, apenas bamboleándose, apenas rozándose. En el salón, los surfers gringos bailaban con las locales. Carlos y Mariajesús se levantaron a bailar y justo terminaba una canción y empezaba otra. "Buffalo soldier / dreadlock rasta." ¡Joder! —dispara Carlos— ¡Hasta los huevos de Bob Marley! ¿No tienen calipso o música de aquí?

Cuando Ari tenía la edad de Julia hoy, diez meses, fui en calidad de acompañante de Paula, mi hermana elegida, a la boda de Lilly y Armando, otros amigos. Entonces yo no era aún pareja de la madre de Ari y la tenía conmigo la mitad de la semana. La boda se celebró en una especie de quinta acondicionada para eventos de este tipo. Había un toldo amplio (aquí llueve diez meses al año), mesas con manteles blancos y arreglos florales, ambiente de festejo. Después de servida y consumida la cena, el novio y varios de sus secuaces y familiares decidieron armar una fogata. Pero no una fogata como la armaría cualquier hijo de vecino. Estos maes fueron a buscar madera seca no sé dónde y volvieron con los restos de algún bosque secundario. El resultado fue una superestructura de madera maciza bajo el cielo de una noche inesperadamente despejada para la época. Parecía una torre de varios metros construida por boy scouts corpulentos y drogados. La encendieron con pichingas de combustible fósil y en cuestión de segundos aquello parecía un aquelarre bueno, un incendio sin víctimas, un fuego artificial estático.

Más atrás, bajo el toldo, amenizaba la fiesta una banda amateur de rock, Los Flying Borracho

Brothers. La gente se fue acercando en grupos al fuego, en parejas y tríos, tarareando las canciones, llevando el ritmo con guitarras y baterías invisibles.

EN COSTA RICA, UN PAÍS DE HABITANTES REMILGADOS Y DE DERECHA, GOLPEAR LA MESA ES SÍNTOMA DE DEBILIDAD.

Yo regresaba del parqueo de cambiarle el pañal a Ari, una maniobra complicadísima en el asiento delantero de un carro prestado. La traía en brazos porque todavía no sabía caminar. Las llamas se alzaban a varios metros de altura y desde el lugar de Los Flying Borracho Brothers sonó ese disparo inconfundible seguido de los acordes de "Like a Rolling Stone". Bailé, canté y disfruté ese hit atemporal con mi compañera de baile que, a sus diez meses, reía con dos dientes y estaba concentrada en ese lugar móvil en que las llamas se convertían en explosión de pavesas que ascendían como confeti radioactivo, como átomos incandescentes.

Esto sucedió en Alajuela, una provincia al lado de San José, un veintisiete de mayo de 2006.

No quiero terminar sin referirme a otra característica definitoria de este país, uno de su rasgos más determinantes. En Costa Rica, un país de habitantes típicamente insulares, remilgados y de derecha (disculpen la sinonimia), se considera debilidad golpear la mesa, patear el tablero, plantarse, alzar la voz. Uno de los dichos preferidos por la ciudadanía en general es "el que se enoja, pierde". Dicho lo anterior, queda claro cuál es el lugar de quienes creen que indignarse, alterarse y demostrarlo no solo es un derecho sino una práctica más saludable que el yoga. Losers cámara acción.

A esta altura ya no hay nada que hacer. Costa Rica es un país con el que nunca me voy a entender, desde diferencias políticas y estéticas hasta municipales y deportivas. La pasaría mejor si enfrentara mi realidad con otra actitud, pienso cada tanto. Que es como decir el mundo sería mejor lugar si hubiera justicia y equidad. Un pensamiento desaprovechado. Las neuronas en modo inútil.

Pero nunca sugerí siquiera que destaco por mi buen juicio. No bien empezaba el año decidí que por primera vez en décadas iba a perseguir un objetivo claro, dignificante, profundo. Nada de esas trivialidades tipo bajar de peso o parar la bebida. Reuní a la familia en la sala, nos siguieron la perra vieja y la gata joven. Se sentaron en el sofá, las tres mujeres y las dos animales. Chicas, les dije de pie frente a ellas, este año voy a cambiar de actitud, no será fácil pero valdrá la pena el esfuerzo, voy a hacer las paces con este país, a ganar calidad de vida, tener buena cara. Papá, te veo más gordo, dijo Ari. Es la cerveza, contribuyó mi esposa con Julia enchufada a la teta. Los animales no opinaron.

Me desvié de lo que quería decir, de la idea central sobre la que esperaba sostener mis argumentos. Una vez más seguí la ruta de la ira y el rencor que me genera este lugar. Pensaba citar y adherir par-cial-men-te el poema de José Emilio Pacheco, inevitable en este tema, "Alta traición"[3]. Y luego, contestada así la pregunta de los editores de esta revista, contar anécdotas sobre la gente cercana y querida, esas pruebas caminantes de que el país no es un lugar si no las personas que uno elige, dondequiera que estén. La idea era pasar lista, como en la escuela pero sin necesidad de orden alfabético: Chaves, Ariana. Chaves, Julia. Gavilán, Mariajosé. Gómez, Mariajesús. Pardo, Carlos. Piedra, Paula. Casas, Fabián. Mairal, Pedro. Sauma, Osvaldo. Presente. Presente. Presente.

Recitar esos nombres sin mayor aclaración, pasarlos entre los dedos como las cuentas de un rosario, como si rezara. Si fuera posible, una oración terrenal, atea, pagana. Una plegaria que no pide nada.

Y si lograron seguirme hasta aquí, estarán esperando un cierre, un telón que baja, formas que se terminan de definir. Confieso que yo también, di tantas vueltas buscando la distancia más corta entre lo que quería decir y lo que me permitían mis posibilidades. Como en ese poema que más parece tratado filosófico del dominicano Homero Pumarol, llegué hasta aquí buscando otra cosa[4].

Hay poco o nada de lo que esperábamos encontrar. Colonia barata, el sonido de ventiladores oxidados, un sexagenario atendiendo detrás de la barra, una mesa de tía abuela en el apartamento de un hombre soltero, una moneda para subir el volumen, unas llamas que se elevan sobre la música repetida hasta el cansancio.

Osvaldo quedó menos abandonado que suspendido en mitad de este texto. Allí está, debajo de su ventana hay un carro con el motor encendido, esperando que salga. En el punto central de una cancha inclinada, en plena noche, se ve su cara un segundo, iluminada por las minúsculas explosiones eléctricas del cerebro, una detonación desde el fondo del mar.

Está aquel mail de Carlos y Mariajesús, enviado a su regreso a Madrid, odiamos vuestro país pero qué bonito es, se os echa de menos. Pedro y Fabián, a quienes no veo desde hace más de tres años, hablando bien a mis espaldas en un bar a cinco mil kilómetros de aquí. Y están las mujeres de esta casa, como un cable a tierra, como pararrayos involuntarios. Cada vez que me amargo o me pongo solemne con este país (con este puto país), hay un pañal para cambiar, una fecha encerrada con pilot en el calendario, una banda amateur sacándonos con resorte de la silla.

CADA VEZ QUE ME AMARGO O ME PONGO SOLEMNE CON ESTE PAÍS (CON ESTE PUTO PAÍS), HAY UN PAÑAL PARA CAMBIAR.

Mejor pidan otra opinión sobre Costa Rica. El mío es un país de la mente.

[3] *No amo mi patria. / Su fulgor abstracto / es inasible. / Pero (aunque suene mal) / daría la vida / por diez lugares suyos, / cierta gente, / puertos, bosques de pinos, / fortalezas, / una ciudad deshecha, / gris, monstruosa, / varias figuras de su historia, / montañas / -y tres o cuatro ríos.*

[4] Este poema. *De vez en cuando vuelvo a leer este poema. / Me gusta, es corto y fácil de olvidar. / No tiene asunto, anda rápido, no tiene tiempo. / Uno llega al final buscando otra cosa.*

Miles y miles de personas van a un lugar donde no hay nada

Luis se acerca a Sauma como un discípulo y terminan siendo amigos —le digo a Chiri—. Una amistad tranquila, con espacio para la conversación; una larga sobremesa sin interrupciones.

—Me gustó que nos haya llevado a la casa de Sauma: abrir con él los portones de rejas, subir los escalones de entrada, conocer al maestro…

EMPEZAMOS A BUSCAR INFORMACIÓN EN INTERNET, Y ENTONCES EL PROYECTO BURNING MAN NOS PARECIÓ ALUCINANTE.

—Coincido con lo que piensa de "Birromes y servilletas", es una canción que no quiere parecer poesía…

—Y que por eso lo es.

—Diego Papic dice en su blog que él hubiera entregado un brazo a cambio de haber escrito esa canción.

Chiri empieza a cantar el principio de esa canción: "En Montevideo hay poetas / que sin bombos ni trompetas / van saliendo de recónditos altillos / de paredes de silencios de redonda con puntillo. / Salen de agujeros mal tapados / y proyectos no alcanzados / que regresan en fantasmas de colores / a pintarte las ojeras y pedirte que no llores".

—Qué hermoso es Masliah, con esos bigotes y esa voz tan rara —me dice Chiri—. Pero cuidado, que Luis Chaves es un gran poeta, también.

—En su texto para la revista hay una imagen que me quedó grabada. Cuando cuenta que él y Sauma cruzan en diagonal geométrica la plaza Roosevelt y se paran de golpe en el círculo central, y dice, Luis: "Dos cabezas fugazmente iluminadas por la llama de butano con que encendimos la tocola". ¿Qué será la tocola?

—Tocola sería nuestra "tuca", el final del porro —me dice Chiri—. Linda imagen esa.

—¿Sabés realmente que tocola es tuca, o te lo estás inventando para que te admire?

—No, boludo —me dice—. Le pregunté a Luis un par de cosas sobre el argot de Costa Rica. ¿Sabés qué significa "mae", por ejemplo?

—No tengo la menor idea.

—Es algo parecido a nuestro "che", pero de uso más amplio. Hace cincuenta años solo se usaba entre hombres; ahora lo usan las chicas también. Pero es informal.

—Es decir que un presentador del noticiero no diría nunca "mae".

—No. Y averigüé otras cosas. Por ejemplo que la palabra "playo" —algo que no le pienso contar a José— quiere decir puto. "Güila" significa nene, pendejo, hijo, novia o novio (depende el contexto); "wata", agua; "zaguate", perro de la calle; "carajillo", alguien joven; "tuanis", algo buenísimo (ahora medio demodé). Y "meneca": una mujer muy muy linda.

—Qué falto de información que estoy —le confieso a Chiri—. Yo solamente sabía que los "ticos" eran los habitantes de Costa Rica; y que los "nicas", sus vecinos pobres de Nicaragua.

—¿Y sabías que entre los dos hay bronca?

—Como todos buenos vecinos que se odian...

—Lo que pasa es que ahora ticos y nicas tienen un conflicto más complicado. Están discutiendo por un río en Isla Portillos, que está en el medio de los dos países. Hace unos días los nicas le metieron el ejército en la isla.

—¡No! —me espanto— ¿Y los ticos qué hicieron? ¿O qué van a hacer, si no tienen ejército?

Postales de Burning Man

por Gustavo Faigenbaum

¿A quiénes van a mandar a pelear a la frontera? ¡Ojalá que Luis tenga una escopeta para defenderse de verdad!, no como la escopeta del abuelo de Garcés…

—¿Pero será verdad todo esto? —pregunta Chiri— ¿Existirá realmente Costa Rica? ¿No será un país que solo está en la mente de Luis Chaves?

—Cuando nació internet —le digo— mucha gente se dio cuenta que el juego de crear países imaginarios era más habitual de lo que se suponía. Hay páginas enteras ahora de amigos (generalmente drogados) que crearon países con sus banderas, sus himnos, sus estampillas, sus mapas, sus guías de teléfono...

—O sea que no éramos solamente nosotros —me dice Chiri, recordando que en los noventa creamos una isla ficticia que se llamó Mao Sempsacional.

—No —le digo—. La tara era global, lo que pasa es que no había internet para compartirlo. Ahora en cambio, si buscás “Imaginary Country” en la Wikipedia, vas a ver la cantidad de monguis y pichones de arquitectos que encontrás.

—Burning Man es algo así —me dice Chiri—, pero mucho más palpable.

—¡Ah, Burning Man! ¡Qué ganas más grandes tengo de ir en septiembre!

Escuché por primera vez la historia de Burning Man hace muy poco, cuando estuve en Buenos Aires para supervisar la distribución de la revista. Mis socios logísticos en Argentina, los que se encargan de que Orsai llegue a la casa de los lectores, son Gustavo Faigenbaum y Gerry Garbulsky. Ellos me contaron la historia, increíble, de una ciudad que se crea cada año en el desierto de California.

Miles y miles de personas van a un lugar en donde no hay nada, pero nada, y construyen allí una ciudad temporal. Ocurre en septiembre, y la entrada es libre y gratuita, porque no hay vigilantes ni autoridades. Un día llegan autos, casas rodantes, camiones, motos, gente, familias con hijos, herramientas, grúas, y durante una semana de locura se arma allí una ciudad semicircular. En medio, la estatua de un hombre gigantesco que quemarán el último día.

Se parece un poco a la algarabía de San Juan que cuenta Serrat en “Fiesta”: un sitio en donde el noble y el villano, el prohombre y el gusano, bailan y se dan la mano sin importarles la facha. Pero con menos aires españoles y más locura norteamericana.

Cuando le conté esto a Chiri, ya de regreso en casa, empezamos a buscar información en internet, y entonces Burning Man nos pareció alucinante.

—Mirá —me decía Chiri—. Está prohibido usar dinero durante toda esa semana. Se usa el trueque.

—Además cualquier droga está permitida, y sin embargo nunca hubo incidentes, y ya van más de veinte ediciones. La idea empezó en 1986.

Gustavo y Gerry estuvieron allí más de una vez, y lo que me contaron en la sobremesa de Buenos Aires me dio muchísimas ganas de que estuviera en la revista. Entonces les pedí una crónica del evento, las sensaciones íntimas, los detalles. Y por supuesto, las fotos que habían sacado en la última edición de Burning Man.

Lo que yo no sabía es que Gustavo Faigembaum escribía tan bien, y eso fue una yapa a la historia. Cuando recibimos la crónica de Burning Man nos maravilló todavía más que antes, e incluso pensamos —después de leerla— que el mundo tiene detalles que no están nada mal. Que todavía hay esperanza de que surjan países y pueblos imaginarios en el medio de la nada.

Y que sean mejores que los que ya tenemos.

POSTALES

DE BURNING MAN

Escribe **Gustavo Faigenbaum**

Fotos de **Gerry Garbulsky**

Postales de Burning Man

Tengo en mis manos un vaso de absenta, una bebida alcohólica de sabor similar al anís que estuvo de moda en Francia a finales del siglo XIX y principios del XX. La absenta fue especialmente popular entre quienes militaban en el movimiento surrealista, quizás a causa de los efectos alucinógenos que provoca cuando se consume en exceso. La bebida está prohibida en Estados Unidos; sin embargo es allí donde me encuentro: en un bar de la ciudad de Black Rock, ubicada en el medio del desierto del mismo nombre, al norte del estado de Nevada.

El precario bar está construido con cañas, tablones de madera y papel; el piso es de arena. Solamente se sirve absenta casera fabricada por los responsables del establecimiento, nada más. El líquido que llena mi vaso es de un color lila claro, que no guarda relación con el supuesto sabor albahaca que declaró la moza. El menú, escrito en una pizarra, incluye otras coloridas opciones: durazno, kiwi, leche, sandía, perejil y apio.

Hay mucha gente y la conversación es animada. Acabo de terminar de discutir sobre Hegel con un chico que va al college en California. Cuando entran clientes, la moza pregunta "are you thirsty?" y llena los recipientes sin esperar respuesta. Muchos parroquianos traen sus propios vasos y jarritos; otros usan las pequeñas copas de vidrio que ofrece el bar. La absenta se regala a todo aquel que cruza la puerta, ya que en esta ciudad de diseño circular y cuarenta mil habitantes fundada hace tres días no se admite el uso de dinero, sino que impera una economía del don: los bienes y servicios circulan gratuita y generosamente. Django Reinhart suena en los parlantes. El bar queda en la intersección de las calles Anxious y 7:30.

Ahora estoy hablando copa en mano con una hermosa mujer norteamericana, pecosa, morocha y de pelo lacio, vestida con un atuendo del siglo XVIII. Tras enterarse de que vengo de Argentina, me cuenta que es sobrina del almirante Massera. El trago se me sube a la cabeza y le digo algo así como: si los torturadores cayeran desde un helicóptero en un mar de absenta, antes de ahogarse podrían unir sus lenguas bífidas en una

gran ronda eléctrica, entrar en fase y enterarse de que sus cuerpos son banderines de papel. Ella tira mi vaso al piso, me abraza y me besa. Cierro los ojos durante ese beso largo y húmedo, y entiendo que me besa para mostrarme que el mar de absenta está en su boca, y me entretengo nadando un rato entre la marejada. Afuera es de noche, es el desierto, y hay una tormenta de polvo seco y negro, y yo soy un extranjero, pero adentro todo es cálido y húmedo. Me parece bien que me abracen; me están consolando de una tristeza que no sé de dónde viene.

En 1986, un grupo de amigos se reunió en Baker Beach, San Francisco, para tallar en madera una escultura de un hombre de casi dos metros y medio de altura; una vez completada la obra, la quemaron. Los muchachos la pasaron bomba y decidieron repetir el evento todos los años. Con cada nuevo encuentro fue creciendo el número de asistentes así como la altura del hombre de madera, que en 1990 llegó a los doce metros. Ese año, la fiesta adoptó oficialmente el nombre de "Burning Man", se trasladó al desierto de Black Rock, en el estado de Nevada y asistieron unas cien personas.

La Sociedad de la Cacofonía, integrada por artistas e intelectuales de San Francisco, ayudó a publicitar el evento, que también empezó a difundirse de boca en boca y a través de la incipiente internet. En 1995 asistieron cuatro mil personas y en 2010, llegaron a cincuenta mil. Ese año, el hombre de madera tuvo treinta y dos metros de altura.

Y así es que cada doce meses y durante una semana, una multitud se da cita en el desierto de Black Rock con el objeto de edificar una urbe consagrada a diez principios fundamentales:

1. Inclusión: todos pueden participar.

2. Economía del don: los participantes de Burning Man se dedican a regalar generosamente lo que tienen a los demás sin esperar nada a cambio.

3. Desmercantilización: el evento no tiene patrocinadores y no se admite publicidad. Si llevás una remera que tiene un loguito de Nike, te piden que lo cubras.

4. Supervivencia: aguantar una semana en el desierto no es fácil. Hay que tener algo de estado físico y poder prescindir de unas cuantas comodidades.

5. Auto-expresión radical: cada uno muestra a los demás las cosas que le gustan y sabe hacer. Así, mientras uno recorre las calles de Black Rock City es invitado a presenciar shows de magia, recitales de poesía y conciertos de piano. También puede recibir clases de matemática avanzada o de capoeira, y disfrutar de un buen masaje o de un enema de café (en este último caso se solicita al beneficiario traer su propio equipo "enemático", por una cuestión de higiene).

6. Esfuerzo colectivo: en Burning Man cada uno está colgado de su propia palmera, pero todos ponen su granito de arena para cuidar la fiesta. En cada campamento, la gente se pone de acuerdo para cocinar y para lavar los platos; si hay un escultor que necesita ayuda para completar su obra no faltan manos que colaboran; siempre aparecen los voluntarios cuando hay que limpiar un campamento o levantar una estructura.

7. Responsabilidad cívica: ilustramos este punto mencionando que todos cuidan los baños químicos para que puedan ser usados durante los siete días de la fiesta. Nadie tira basura al piso. No hay robos ni violencia. Esto contradice el sentido común de cualquier periodista de telediario, ya que el público consume alcohol y drogas, y hay pocos agentes del orden. Burning Man es un prodigio de amor, buena onda y tolerancia.

8. No dejar rastros (*leave no trace*): de un modo obsesivo y fanático se apunta a que, cuando se desarme la última carpa, el desierto quede exactamente igual que antes del festival. Ni un papelito volando por ahí, ni una mínima mancha de aceite en el piso.

9. Participación: no vale ser espectador, hay que jugarse y meterse en las actividades.

10. Inmediatez: para vivirla hay que estar. Estar en el medio de una serpiente de metal gigante que arroja fuego por la boca; estar en una marcha a favor de los conejos (*bunny power*) o en una reconstrucción exacta de una batalla de *La Guerra de las Galaxias*.

Entonces, ¿qué es Burning Man? Quienes hemos estado ahí sabemos que no es fácil explicar de qué se trata todo esto. Hay tantas versiones de esta fiesta como *burners* o visitantes.

La ciudad tiene un diseño circular con avenidas concéntricas. Hay distintos barrios, y dentro de ellos cientos de campamentos

organizados por afinidades temáticas. Uno de mis favoritos es el "Barbie Death Camp & Wine Bistro", un campamento que funciona también como campo de exterminio de barbies. Las muñecas están por todos lados, mutiladas, sangrantes, ahorcadas, colgando todavía de las sogas. Como asistí al festival con mi esposa y mi hija de dos años y medio, levantamos nuestra carpa en Kids Ville, el barrio donde paran las familias con chicos. Allí me hice amigo de algunos personajes interesantes: David, un exitoso ingeniero de software en Oracle, que a los cuarenta años decidió que en realidad le interesaba el Derecho y largó todo para estudiar abogacía. Llevó a Burning Man unos tubos de gas de dentista para compartir; Rita, una cantante de ópera que nos deleitó con su interpretación de *Tannhäuser*, de Wagner; Nick, psiquiatra de San Francisco que practica terapias con drogas psicodélicas, quien también se mostró generoso a la hora de convidar a sus vecinos algunos cócteles especialmente diseñados para el festival; Laura, una lesbiana algo excedida de peso, que vino con su pareja y sus hijas. Solía pasearse desnuda por el campamento, con su cuerpo totalmente pintado de violeta. Su carpa era una especie de jardín de infantes, organizaba juegos y les contaba cuentos a los chicos de los vecinos; Rob, que se subía al capó de su camioneta para declamar poesía sufí, desnudo, y regalaba porciones de arroz con mango a quienes pasaban por su lado; y John, escritor de guiones de películas para Hollywood. Ya vendió cinco, pero los estudios solo compran el derecho de filmarlas, para luego decidir si se embarcan en el proyecto. Hasta ahora, ninguna de sus películas ha visto la luz. A mí me parece el trabajo ideal, sin embargo él se siente frustrado con la perspectiva de que su público esté compuesto exclusivamente por los miembros del *board* de Universal o Miramax.

En la mitad del Kids Ville había una gran cama elástica redonda, rodeada de tules y disfraces para los pibes, que mi hija gastó durante horas. A mi mujer y a mí nos hacía mucha gracia la normalidad con la que nuestra hija se tomaba todo ese universo delirante. Después de todo, la gente era cordial y las otras nenas la invitaban a jugar. Las personas desnudas o las esculturas gigantes no le llamaban la atención, pero de pronto podía detenerse fascinada frente a una señora con un vestido de lentejuelas, que sí ameritaba un "*wow!*" de su parte.

En las comedias románticas gringas, cuando el galán se va con otra, la chica aguanta la depresión clavándose medio kilo de helado mientras llora y ve películas viejas en la tele. El

helado siempre es de la afamada marca Ben & Jerry's. Ben y Jerry son los fundadores de la fábrica, unos señores que comenzaron a vender helados en 1977 luego de haber aprendido el oficio a través de un curso por correspondencia. Ellos han sido empresarios muy exitosos a la vez que hippies impenitentes, y siempre se han situado a la izquierda del espectro ideológico yanqui; son dueños de un imperio y militantes progres que sistemáticamente pusieron a diversas causas sociales y ambientales por encima de sus negocios.

Un día de mucho calor en el desierto de Black Rock se corrió la voz de que en Central Camp alguien estaba regalando helado. Fuimos de inmediato. Seis personas habían venido con un par de vans, habían puesto unos tachos de helado sobre tablones, y estaban convidando cucuruchos a la multitud. No eran patrocinadores, no estaban haciendo marketing, no había nada que delatara la marca del helado. Repartieron doce mil bochas; la mía fue de chocolate. Después me contaron que el viejo gordito que me sirvió mi cucurucho era Ben.

En Burning Man un día te levantás y consultás las actividades programadas en una guía enorme que te dieron al registrarte. También revisás la *Black Rock Gazette*, un diario que se edita durante los siete días del festival. Hay miles de opciones; marcás con un lápiz los eventos que llaman tu atención. Seleccionás un par para la mañana, otros tres para la tarde. Desayunás y empezás a caminar por la ciudad. No importa lo que hayas programado: por suerte, no vas a llegar a destino. Algo más interesante que los eventos elegidos va a desviar tu atención.

A la noche, después de haber conocido mucha gente y haber estado metido en muchas situaciones extrañas, te sentás en un sillón rojo bien acolchadito. Corre una brisa fresca del desierto. Enfrente tuyo hay una escultura gigante de un corazón. En el pecho te pusieron un micrófono que amplifica los sonidos de tus latidos. El equipo posee unos bajos de puta madre; el bombeo resuena como los pasos de un gigante atravesando un corredor vacío, o como los martillazos de Víctor en *El hombre de al lado*. Los latidos también activan un sistema de antorchas que reciben cargas de combustible, en sincronía con tus latidos y con otro mecanismo que hace vibrar tu sillón. Estás dentro de tu propio corazón. Lo percibís a través del oído, la vista (las luces de las antorchas), y el tacto (la vibración del sillón, el calor del fuego).

No querés irte a dormir todavía, así que te trasladás a otro sector de la ciudad en algún vehículo mutante, diseñado por algún grupo de

artistas plásticos, porque sí. Por ejemplo, te tomás el barco pirata que recorre el desierto sobre ruedas, impulsado principalmente por el viento que pega en sus velas. O quizás te invitan a pasear en un autito eléctrico de chasis redondo, camuflado de torta de chocolate, o en un camión que parece salido de una escena de *Blade Runner* y lleva a cincuenta personas bailando adentro.

Llegás a una de las tantas discos construidas para durar una semana; todas serán desarmadas o destruidas luego del evento. Estás invitado a todas; en ninguna cobran entrada; en todas alguien te convida un trago. Flasheás con una que tiene música japonesa y rayos láser. La gente despilfarra sus fortunas personales en construir esos boliches fantásticos en la mitad del desierto, solo porque son hermosos, solo para celebrar. O, quizás, decidís visitar una vez más tu bar favorito, en el que solo se sirve absenta.

El cuarto día del festival nos tocaba a los habitantes de Kids Ville ofrecer un espectáculo en el escenario central. Por suerte no había mucha gente mirando. Yo me había ofrecido a cantar un tema de Wilco; lo había practicado el último par de días con una guitarra prestada. Pero no estaba convencido de lo que iba a hacer, y tenía miedo de desafinar. Una nena de unos diez años, de la única familia negra de Kids Ville, abrió nuestro segmento y nos hizo quedar más que bien: se calzó la guitarra y tocó el blues "Stray Cat Strutt", de los Stray Cats. La descosió y fue ovacionada. Después arrancó con *Here*, uno de mis temas favoritos de Pavement, que empieza diciendo (traduzco): *"Estaba vestido para triunfar / pero el éxito nunca llega. / Y soy el único que se ríe / de tus chistes, cuando son malos. / Y tus chistes son siempre malos. / Pero no tan malos como esto. / Vení, unite a esta plegaria. / Estaremos esperándote donde todo termina: acá. / Gastemos los últimos veinticinco centavos al azar. / Bajemos al outlet una vez más"*. La canción presagiaba mi fracaso, revelaba que yo estaba vestido para triunfar pero iba a hacer un mal chiste, un papelón. No iba a cantar el tema de Wilco. Me metí la mano en el bolsillo. Allí encontré una lista de compras para Burning Man, manuscrita en un papel del trabajo. Del otro lado estaba impreso un listado de localidades de la provincia de Buenos Aires. Eran todas femeninas y de pronto me parecieron hermosas. Cuando me llamaron al escenario rechacé la guitarra y declamé lo siguiente:

"La Amistad, La Amorilla, La Angelita, La Armonía, La Aurora, La Azotea, La Azotea Grande, La Azucena, La Barquita, La Barrancosa, La Beba, La Bicha, La Blanca, La Bolsa, La Brava, La Calabria, La California Argentina, La Campana (Saladillo), La Carlota, La Carreta, La Catalina, La Cautiva, La Central, La Colmena, La Colorada Chica, La Colorada (Azul) —acá me tenté pero me mordí los labios y seguí—, La Constancia, La Copeta, La Cotorra, La Dorita, La Dulce —a esta le puse énfasis—, La Emilia —acá me aburrí del orden alfabético y salteé algunas hasta llegar a otras que me gustaban especialmente—, La Fortuna, La Gloria, La Gracielita, La Herminia, La Lucila, La Lucila del Mar, La Negra, La Nélida, La Nevada, La Nueva Hermosura, La Pochola, La Querencia, La Rabia, La Razón, La Reja, La Yesca, Las Cuatro Hermanas, Las Cuatro Puertas".

Me detuve. Hubo algunos tímidos aplausos. Me bajé del escenario sintiendo que había salvado mi dignidad. Todavía guardo ese papel.

La mugre (sudor y polvo) se acumulaba sobre mi piel, que empezaba a picarme. Tenía que bañarme, y el agua de nuestro campamento no alcanzaba. Junté coraje y fui al "Human Carcass Wash". El mecanismo era el siguiente: primero te sacabas la ropa (toda) y la dejabas en un piloncito. Después te ubicabas en una de las dos filas paralelas formadas por los "lavadores" (de ambos sexos y de todas las edades). Por el pasillito que quedaba en el medio iban avanzando lentamente los "lavados". A los lavadores nos tocaba primero enjuagar con mangueras y regaderas a los lavados, que estaban ya egresando del mecanismo. Al rato ascendíamos un puesto (avanzábamos en la fila, en mi caso hacia la derecha) y nos daban jabones y esponjas para que laváramos pies y piernas; luego lavábamos caderas, ingles y torsos, finalmente lavábamos brazos y cabezas. Así llegábamos al final de la fila de lavadores y, cumplido nuestro deber, íbamos ingresando de a uno en la fila central, la de los lavados. El orden se invertía: ahora nos lavaban a nosotros la cabeza y comenzábamos a avanzar posiciones en sentido contrario, mientras el jabón descendía por el cuerpo, hasta ser eyectados, limpitos y perfumados.

La experiencia resultó increíblemente natural. No se cumplieron ninguna de las fantasías: ni excitación, ni asco, ni vergüenza. Salí relajado, impecable.

Había escuchado hablar de Burning Man en 2001 y desde entonces deseaba ir. Yo siempre fui entusiasta de los proyectos utópicos. De chico diseñaba ciudades ideales (¡que también eran circulares!). De un lado de la hoja hacía el plano y del otro anotaba las leyes que regirían la polis. Durante otra etapa de mi vida me dediqué a crear un país perfecto que planeaba instaurar en la Península de Valdés. Aún guardo planos detallados de esa quimera.

A los diecisiete años pude vivir un mes en un *kibbutz* y ser testigo de un experimento socialista en pequeña escala y del ejercicio de la democracia directa. También me hice fanático del videojuego Simcity ya en su primera versión, creando metrópolis con grandes espacios verdes, y con zonas comerciales, industriales y residenciales bien distribuidas. A medida que aprendía los trucos del juego subía mi índice de popularidad. Una vez casi pierdo un vuelo New York-Buenos Aires por no abandonar un partido.

Y, finalmente, me atrapó la filosofía: la República de Platón, el Estado de Hegel, el marxismo, lecturas que ayudaban en mis balbucientes intentos por encontrar la fórmula de la sociedad perfecta.

Como además me gusta ver minas en tetas, no podía ser indiferente a una propuesta como Burning Man.

Desconfío de los estereotipos con que los argentinos solemos desvalorizarnos. No creo que seamos los campeones de la chantada, ni los únicos que gritan o que no respetan las normas de tránsito.

Una tarde nos detuvimos con mi mujer y mi hija para sacarnos unas fotos frente a unas esculturas sorprendentes, una especie de animales fantásticos y multicolores. Y entonces nos habló una persona que había reconocido nuestro acento: "*Papá*, correte un cacho, que acá estábamos nosotros primero sacando fotos, y me las estás arruinando". No pude evitar responder con la misma retórica mediocre: "Bueno, *hermano*... mirá que es grande el desierto, eh, ¿por qué no sacás la foto apuntando para otro lado?". "Nananá", me respondió. "Acá estábamos nosotros primero y ustedes pueden sacarse sus fotos cuando terminemos nosotros, ¿ok?"

El conflicto no pasó a mayores pero me amargó un poco la semana constatar que la única

interacción patotera, canchera y amarreta hubiera sido con un compatriota.

Mientras uno se prepara para Burning Man debe conseguir equipo de camping y mascarillas que hagan tolerables las tormentas de polvo volcánico del desierto, comida y agua para una semana, ropa apropiada para los cuarenta grados del mediodía y las temperaturas bajo cero de la noche, linterna, bicicleta y un medio de transporte hasta Black Rock City (que está en el medio de la nada, a tres horas en auto desde la deprimente ciudad de Reno, una copia trucha de la ya trucha Las Vegas). Pero también hay que involucrarse con un campamento o una tribu, preparar el personaje y elegir los regalos que uno va a llevar. Porque nadie llega con las manos vacías. En nuestro caso, armamos unos simpáticos "mate-sets" con una calabacita, bombilla, medio kilo de yerba y un manualcito en inglés sobre cómo tomar mate. Llevamos treinta y cinco.

Todo se regala. Los seminarios, los tragos, las fiestas, los shows, la comida. Todo es gratis. En Burning Man, uno da lo que tiene y recibe de otros; uno es lo que ofrece. Cuanto mayor es el desprendimiento con el que damos, más fuertes son las reacciones emocionales que generamos en los demás. Es el *potlatch*. Mi hija lo entendió rápidamente y aprendió a pedir golosinas (*candy!*) a cada persona que conocíamos. Recibió demasiadas. Una chica que no tenía caramelos que donar le fabricó la caña de pescar: un cartelito que decía "My name is Lola and I want candy" y que mi hija se colgó del cuello. Los resultados fueron óptimos.

Alguna vez leí que Black Rock City tiene las mismas cosas que cualquier otra ciudad (museos, boliches, estudios de yoga), apenas con un par de diferencias: está en el medio del desierto, no se usa dinero y rebosa de creatividad. Burning Man es una versión posible del paraíso que misteriosamente funciona. Pero no nos equivoquemos: la economía del regalo que el festival instaura no es el futuro, no es la superación del capitalismo. Tampoco es el retorno nostálgico a un supuesto pasado de inocencia. La propuesta, en mi opinión, consiste en tomarnos vacaciones de la sociedad real (a la que los *burners* llaman "the default world"). Apenas llegás a Black Rock City descubrís que no hay patovicas en la puerta, sino unos voluntarios muy simpáticos que te piden la entrada y te dan la bienvenida y un abrazo. A partir de ese momento, tu estadía en Burning Man es como un tratamiento de desintoxicación: te vas liberando de a poco del tic de sospechar "¿qué me quieren sacar?" ante cada gesto amistoso, te vas sumergiendo en el disfrute del intercambio de objetos, gestos y abrazos, del contacto y el reconocimiento. Empezás a tener ganas de dar lo mejor de vos.

Burning Man te transforma. Hay mucha gente que toma decisiones radicales en ese contexto: cambiar de carrera, de pareja, de país, de forma de vida. La experiencia es liberadora porque cuestiona nuestros hábitos, el modo en que nos acostumbramos a vivir, y a la vez nos revela nuevas posibilidades. Si alguien pudo construir el bellísimo templo gigante por el que estás caminando, totalmente hecho con teclados de

computadoras obsoletas y diskettes, por el solo placer de construir algo ¿cuáles son los límites? La libertad te obliga a preguntarte quién sos.

Hay que decir, también, que Burning Man es administrado por Black Rock LLC. En otros términos, la dueña de la fiesta es una compañía que pretende ser rentable. No son monjes budistas ni hippies de San Marcos Sierra. Esa empresa es responsable de proteger el espíritu de lo que sucede en la fiesta, pero también debe tomar decisiones comerciales por las que ha sido criticada muchas veces.

Adentro de este universo paralelo, todo funciona... por ahora. Porque siempre está el peligro de que la fiesta se comercialice demasiado, que los organizadores se vuelvan codiciosos, que el exceso de asistentes termine por desnaturalizar el espíritu comunitario. No hay garantías.

El arte es uno de los protagonistas del festival. Es muy interesante encontrarse con esculturas e instalaciones en este contexto. Hay cientos de obras, muchas de ellas subsidiadas por la Black Rock Arts Foundation. En ese desierto infinito, las piezas se vuelven más cercanas. Las obras están ahí para ser tocadas. Mi hija se hizo experta trepadora de artefactos extraños. Es lo contrario de lo que sucede en el ambiente claustrofóbico de los museos, donde un guardia y una soga son la zanja que nos separa de la obra intocable, sin contexto, incrustada sin más en nuestro presente.

Lo que pasa con los aparatos pasa también con la gente. Uno puede hablar con quien quiera. Todos te responden, todos tienen tiempo y están de buen ánimo. Y, como ya lo mencioné, se ven muchas minas en tetas. Eso también suma alegría, pero hay un límite: las tetas no están ahí para ser tocadas. No sin consentimiento.

La última noche quemamos todo. El ritual comenzó con la danza frenética de ochocientos bailarines con antorchas acompañados por cuatrocientos percusionistas. Después hubo fuegos artificiales; y después se incendió, como todos los años, la figura de unos treinta metros de alto de un hombre, ubicada en el centro exacto de la ciudad. Finalmente, ardieron los templos y las esculturas. Fue la culminación de la catarsis.

Al día siguiente emprendimos la retirada, más livianos, más felices. Transformados.

Desde ese glorioso día le tenemos respeto al pueblo yanqui

Te acordás de Uqbar? ¿Y de su región ficticia, Tlön? ¿Ese universo alternativo del que habla Borges, que termina por invadir el mundo y reemplazarlo por otra realidad?

—Como el universo paralelo de Fringe —propongo.

—Algo así —me dice Chiri—, pero mucho más

¿SABÉS CUÁL FUE EL MINUTO DE MAYOR ENCENDIDO DE TELEVISIÓN EN ESTADOS UNIDOS, DE TODOS LOS TIEMPOS?

complejo y documentado. Y hasta posible, te diría.

—¿No será ese el propósito secreto de Burning Man, su objetivo final?

—¿Cuál?

—Expandirse lentamente, como una mancha de aceite sobre el mantel, hasta arrasar con todo…

—No me molestaría que Burning Man se convierta en un planeta total —dice Chiri, y busca en el libro de Borges la página justa—: "con sus arquitecturas y barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego".

—Con sus mujeres en tetas y drogas de diseño —digo yo, poniéndome de pie—, y fiestas tecno-rave y alquimistas que multiplican helados… ¡La tierra que habitamos es un error, querido Christian Gustavo, una incompetente parodia!

—Por suerte existe Burning Man, al menos una vez por año y durante siete días... ¿No será la utopía de la que hablaba Tomás Moro?

—Puede ser —le digo—. Todo lo que Moro quería de la vida pasa en ese lugar: buena onda, bienestar para todo el mundo, intercambio despreocupado de bienes. El reverso de lo que mostró Fritz Lang en Metrópoli. Lástima que Burning Man dure tan poquito…

—Pero a lo mejor, para que tenga sentido, tiene que ser así, como dice Hakim Bey en *Temporary Autonomous Zone*.

—¿Eso qué es? —le pregunto.

—Un ensayo escrito en los noventa que te podés bajar en PDF.

—¿Pero quién es Hakim Bey?

—Es un viejo jipón de barba blanca, que en realidad se llama Peter Lamborn Wilson; Hakim Bey es un seudónimo. Algunos dicen que es el padre ideológico de los hackers. Él se define como un anarquista ontológico y sufí.

—¡Qué cosa más rara! ¿Y qué dice?

—Propone el concepto de Zonas Temporalmente Autónomas, lugares que se construyen fuera de la estructura social y que no quieren perdurar en el tiempo, porque eso haría que las cosas se vuelvan rígidas y estructuradas. También piensa que esas zonas tienen que ser discretas, no tienen que llamar la atención del Estado.

—Por eso en Burning Man levantan campamento temprano…

—No sé si será por eso o porque, después del descontrol y la liberación, al otro día todo el mundo tiene que volver a laburar…

—¿Eso es una ironía? —le pregunto— ¿Vos querés decir que nada va a cambiar? ¿Qué la gente ya sabe la verdad pero que el mundo choto sigue existiendo igual, como dice Nacho en la nota de Wikileaks?

—No: yo creo que hay esperanzas —me dice Chiri—. Hakim también habló de Zonas Temporales Permanentes, o más o menos permanentes.

La sonrisa burlona

por Diego Papic

De algunas aldeas y comunidades que experimentan, por ejemplo, con técnicas de permacultura, ese tipo de cosas, y que ya están dando algunos resultados interesantes, aunque sin cantar victoria.

—¿Sabés que creo? —le digo— Creo que tendríamos que hacer nuestro propio Burning Man, acá, en los prados de Cataluña. Pero que sea un lugar permanente, como esto último que dice Hakim. ¿No te parece?

—¿Por qué no? Armenos un mundo alternativo, y vayámonos todos a vivir ahí.

—Estados Unidos es un país muy raro —le digo—. Por un lado tienen las leyes de Texas, a los imbéciles de Bush, padre e hijo, a esos gordos que no hacen otra cosa que comer hamburguesas y mirar béisbol... y por el otro lado tienen Burning Man, o el blues...

—O Edgar Allan Poe —me dice Chiri.

—O las mejores series de televisión del mundo —le digo, para que vea que yo también pienso cosas.

—Bueno —matiza Chiri—, pero también tienen series como *Beverly Hills 90210*, o *Glee*, o cagaditas así.

—Pero a la hora de la verdad, lo hacen bien —le digo—. ¿Sabés cuál fue el minuto de mayor encendido de televisión en Estados Unidos, de todos los tiempos?

—La llegada del hombre a la luna —me dice Chiri.

—No. Te hablo de ficción. El día que más yanquis al mismo tiempo estaban viendo la tele a la misma hora y en el mismo canal.

—Ni idea.

—Fue el catorce de mayo de 1998 —le digo, haciendo gala de mi fanatismo cronológico—. Record absoluto de audiencia. Se emitía el capítulo final de la comedia *Seinfeld*.

—Qué loco.

—Yo vivía con mi abuelo Marcos, que me tenía encerrado en su casa.

—Dejá de decir esa mentira, no seas hijo de puta.

—No, es verdad —le digo—. Fueron épocas duras, lo cuento mejor en un texto de Orsai que se llama "Don Marcos". Me encerraba a la noche, para que no me fuera a drogar a otra parte. Entonces yo me quedaba mirando series del canal Sony. Adoraba *Seinfeld*, no podía creer que hubiera, en ninguna parte del mundo, cuatro personajes que pensaran tan parecido a mí sobre el mundo, que fueran tan desesperadamente malas personas... Yo me reía mucho, y era de madrugada. Y una vez mi abuelo vino y se quedó mirando *Seinfeld* conmigo. Y no entendió una sola palabra.

—Pobre... ¿Cómo iba a entender?

—Yo creo que se dio cuenta que, para mí, ver *Seinfeld* era peor que drogarme. O que por lo menos me dejaba la cabeza igual de idiota.

—Lo más probable.

—Pero me acuerdo bien de ese catorce de mayo. Vi el capítulo doble final en directo, sin subtítulos, de pura ansiedad. Fue un hecho histórico, que posiblemente se escriba en los libros de Historia dentro de muchos años.

—Estás exagerando un poco —me dice Chiri.

—No. *Seinfeld* cambió el mundo, lo digo en serio. Y a mí me cambió la visión pragmática de los Estados Unidos de América.

—¿Por?

—Es increíble que un país a primeras luces tan estúpido, se detenga en masa para ver la mayor obra de arte de la comedia mundial. Desde ese día yo le tengo un cierto respeto al pueblo yanqui. Si inventaron *Seinfeld*, y además lo vieron con pasión, no pueden ser tan pavos.

LA SONRISA BURLONA

Escribe

Diego Papic

En el año noventa y ocho yo tenía veintiún años, estudiaba letras y periodismo y me pasaba las tardes en el Politeama de la avenida Corrientes leyendo a Julio Cortázar y fumando como fumaban sus personajes y él mismo en la foto de la solapa de sus libros. Después apuraba mi cortado y me metía en la Lugones para ver algún clásico: Fassbinder, Tarkovski, algo por el estilo. En televisión veía solamente programas políticos y *Cha Cha Cha*, que había sido cancelado el año anterior por bajo rating. La televisión de afuera no me interesaba: nunca fui fan de *Los Simpsons*, nunca me interesó *Friends*.

Quizás por eso el catorce de mayo de ese año transcurrió sin pena ni gloria para mí. Ese día hubo un acontecimiento mundial que me pasó de largo: *Seinfeld* emitió su último episodio. Tan importante era lo que estaba pasando, que en Argentina se emitió en simultáneo, sin subtítulos, algo inédito incluso ahora y en una época en la que ni soñábamos con Cuevana.

Sabía de su existencia por un tipo que la recomendaba en la radio. Era el que hablaba de espectáculos en el programa de la mañana. Me acuerdo que insistía bastante con el tema, a cuento de nada, ante la indiferencia de sus compañeros de micrófono y la mía también. La describía como una serie en la que cuatro amigos neoyorquinos hablaban boludeces en un bar; cuatro malas personas, egoístas y traicioneras, que recorrían la ciudad haciéndole daño a sus semejantes.

Y el tipo, después de esa sinopsis feroz, se veía obligado a aclarar: "pero es genial, ¿eh?".

Probablemente sabía que se dirigía a una audiencia progre que veía al egoísmo de los noventa —y su correlato autóctono: el menemismo— como el auténtico mal de la época. Hablo por mí: me iba de campamento a la Patagonia y leía con bronca *Las venas abiertas de América Latina*, era lógico que cuatro amigos neoyorquinos —que probablemente pensaran que la capital de Argentina era Río de Janeiro— no serían personas a las que quisiera ver haciendo sus gracias.

Y fue el tipo de la radio quien me hizo oír el nombre de *Seinfeld* por primera vez, y fue el último episodio en directo que no vi pero del que me enteré leyendo los diarios, lo que me convenció para sintonizar Sony alguna noche cualquiera y ver qué me había perdido.

Chistes de nazis

Me resulta imposible reconstruir hoy lo que sentí cuando vi *Seinfeld* por primera vez, porque fue un episodio que volví a ver miles de veces. Es, además, uno de los guiones atípicos, como aquel del restaurante chino o el del garaje del shopping o el del subte: este era el del neonazi en la limusina.

El que lo conoce ya está con una sonrisa en la cara y verá con buenos ojos que cuente el argumento para aquél que nunca tuvo el placer: George va a buscar a Jerry al aeropuerto pero se le rompe el auto en el camino, entonces deciden —con su inmadurez característica— tomar una limusina ajena cuyo chofer está esperando a un tal O'Brien. El problema es que este tipo resulta ser el líder de la Unión Aria, y el chofer tiene las instrucciones de recoger a otros dos neonazis y llevarlos a todos al Madison Square Garden en donde O'Brien tiene que dar un discurso racista y antisemita.

Supongo que en ese momento me habré reído mucho con el humor judío. Cuando George, excitado por la travesura, llama a su mamá y le dice: "Adiviná dónde estoy. En una limusina. No, no se murió nadie". O cuando empieza a silbar *If I were a Rich Man* frente a los dos neonazis armados. Seguro me habré reído cuando Jerry se indigna con la calentura de George: "Es una nazi, George. ¡Una nazi!", y George le contesta: "Ya sé, ya sé. Pero una nazi bastante linda". Quiero decir: si un judío, nieto de sobrevivientes del Holocausto, no se ríe con esos chistes, debería recibir un reimplante de prepucio.

Pero hay algo en *Seinfeld* que la eleva por sobre las demás y que uno descubre recién después de ver unos cuantos episodios. Hoy veo "The Limo" sin la inocencia de la primera vez y me sigo riendo con esos chistes de nazis —igual que en el episodio de "Schindler's List", o en el de "Marathon Man"—, pero prefiero detenerme en otro momento que hoy me parece clave: cuando la nazi saca un arma y Jerry la mira y le dice "Nice looking Luger" ("Linda Luger"). El chiste es bastante malo, pero Jerry lo dice sonriendo, ajeno a la situación que se desarrolla dentro de la historia. La comicidad no surge solamente del chiste en sí, sino de la distancia que pone Jerry: es como si el personaje supiera que es un personaje de una sitcom, supiera que esa arma es de plástico y su misión fuera hacer chistes sobre eso.

Podemos llamarla autoconciencia, y no es nueva como instrumento para hacer reír. Los *Monty Python* tenían un militar que desalojaba el set cuando había chistes inconvenientes, y las cámaras mostraban a los técnicos abandonando el lugar. Alberto Olmedo, en Argentina, rompía escenografías y corría al que estaba detrás de cámara. Pero Seinfeld es autoconsciente desde la premisa "un comediante neoyorquino de stand up y sus amigos" y esto se va a profundizar hasta alcanzar una complejidad que no ha sido igualada y probablemente no lo será.

ME RESULTA IMPOSIBLE RECONSTRUIR HOY LO QUE SENTÍ CUANDO VI LA COMEDIA *SEINFELD* POR PRIMERA VEZ.

Citizen *Seinfeld*

Seinfeld es como *Citizen Kane* y no solo por tener palco vitalicio en la cima de todos los rankings. Las dos se desmarcan del resto inaugurando una era de reflexión sobre el propio medio. *Citizen Kane* no narra la biografía de Charles Foster Kane, sino la investigación de esa biografía. El corto periodístico que se proyecta al principio es una versión posible de la película que estamos viendo, y los periodistas que debaten sobre ese corto dicen cosas que podrían aplicarse, también, a esa película. Este juego de alusiones dentro de la ficción a esta ficción que estamos viendo es parte de la premisa de *Seinfeld*.

Veamos: Jerry Seinfeld es un comediante de stand up que vive en Nueva York, tiene un considerable éxito en clubes de comedia y hasta tuvo un par de apariciones rutilantes en el programa de Johnny Carson. Un día se acercan dos ejecutivos de la NBC y le ofrecen "hacer algo", le piden una propuesta. Jerry nunca escribió para televisión, entonces llama a Larry David, un amigo suyo que también hace stand up. Larry es menos conocido, una especie de comediante de culto (se lo describe como un "comediante de comediantes") y todo su currículo en televisión habían sido unos meses como guionista de *Saturday Night Live* sin demasiado éxito.

La propuesta de Seinfeld y David fue una sitcom en donde Jerry Seinfeld fuera Jerry Seinfeld, un comediante de stand up que viviera en Nueva York y tuviera un considerable éxito en clubes de comedia. La consecuencia natural de esa premisa llevada al extremo fue la que dio comienzo a la cuarta temporada y a la explosión del fenómeno: en la ficción, se le acercan a Jerry dos ejecutivos de la NBC y le ofrecen "hacer algo". Y claro, Jerry nunca escribió para televisión, entonces llama a su amigo George Costanza.

LARRY DAVID TENÍA ALGO MUY CLARO: NO QUERÍA HACER LO MISMO QUE OTRAS SITCOMS.

El juego constante de *Seinfeld* con las diferencias y similitudes entre el Jerry real y el ficcional es lo que eleva a la serie por sobre cualquier otra sitcom. No es difícil hacer reír. *Friends* era graciosa. *Mad About You* también. *The Big Bang Theory* y *30 Rock* están muy bien escritas. Pero esas series son insignificantes al lado de *Seinfeld*, porque su comicidad es más profunda y más completa: nos hace reír y a la vez nos hace reír de lo que nos estamos riendo.

Un laberinto sin centro

Ya pasaron más de diez años y esa perplejidad inicial se transformó en fanatismo. Soy de esa clase de fanático que me avergüenza ser. Si tuviera el mismo nivel de fanatismo con *Star Trek* sería un experto traductor de Klingon. Y *Seinfeld* de algún modo tiene su Klingon: "close talker", "in the vault", "bad breaker-upper", "re-gifter", "sponge worthy", "dating loophole". Como las grandes obras épicas, *Seinfeld* creó su mundo y también su lenguaje, pero ese mundo no fue la Tierra Media ni la Federación Interplanetaria, sino una ciudad que es y no es Nueva York, poblada por personajes que son y no son los reales.

Kramer está inspirado en un vecino de Larry David llamado Kenny Kramer. Cuando finalmente llegó el éxito de *Seinfeld*, Kenny vio el negocio y organizó el "Kenny Kramer's Reality Tour", un paseo en bus por Nueva York de la mano del "verdadero" Kramer. Esto inspiró el episodio "The Muffin Tops", en el que Kramer organiza el "Peterman Reality Tour". La realidad alimenta a la ficción, que alimenta a la realidad, que alimenta a la ficción (que, a su vez, ¿habrá alimentado a la realidad? Me habría gustado tomar el "Kenny Kramer's Reality Tour" después de la emisión de "The Muffin Tops").

Estos juegos entre la realidad y la ficción podrían incluso extenderse a *Curb Your Enthusiasm*, la continuadora y profundizadora, en donde Larry David hace de un Larry David post-*Seinfeld* y en la séptima temporada reúne a los actores de la serie para hacer un especial. Vuelve Jerry Seinfeld a hacer de Jerry Seinfeld haciendo de Jerry Seinfeld. "Un laberinto sin centro", como describió Borges a *Citizen Kane*.

El bautismo

Entré a ese laberinto a través de "The Limo", por azar, y al principio mucho no entendí, como todos. Es como si los ciento ochenta episodios formaran una figura enorme y uno tuviera que alejarse y abarcar con la mirada la mayor cantidad posible para entender el dibujo que se forma y disfrutar, entonces, más plenamente de cada una de las partes.

Por eso, en aquellos días de hace doce años, veía mis primeros episodios de *Seinfeld*, me reía, pero en el fondo no captaba de qué se trataba todo eso. Cada vez que aquellas notas de bajo marcaban el final de un capítulo, yo me quedaba con una sonrisa en los labios y una pregunta en la cabeza: "¿qué es esto que acabo de ver?" "¡Es un show acerca de nada!", me contestó pronto la serie, cuando el azar de las repeticiones me deparó el genial "The Pitch".

Es el principio de la cuarta temporada, la del despegue definitivo, la del piloto. En "The Pitch" unos ejecutivos de la NBC se acercan a Jerry para ofrecerle hacer un programa. Jerry se junta con George para pensar una propuesta. Y ahí, en la cafetería Monk's tienen la misma charla que tuvieron tres años antes Jerry y Larry, pero en un almacén de la First Avenue:

George: —¿Ves? Esto debería ser el show.
Jerry: —¿Qué?
George: —Esto. Hablar nomás.
Jerry: —Sí, claro.
George: —Hablo en serio. Creo que es una buena idea.

Jerry: —¿Hablar nomás? ¿Sobre qué es el show?

George: —Es acerca de nada.

El diálogo que sigue es el ejemplo más claro de humor autoconsciente: George empieza a proponer una sitcom que es la sitcom que estamos viendo. "¿Te acordás cuando esperábamos mesa en el restaurante chino aquella vez? Ese podría ser un episodio", dice George, y el diálogo va a la velocidad de dos japoneses jugando ping-pong. Todavía hoy veo ese momento con una enorme sonrisa idiota, sin atinar siquiera a la carcajada.

Durante ese diálogo ocurre también algo fundamental: la serie se bautiza, se define. A partir de ese episodio, *Seinfeld* fue para todo el mundo un "show acerca de nada", un programa donde los personajes se sentaban en un bar, comían hamburguesas y hablaban boludeces. Pero no hay que dejarse engañar: *Seinfeld* no es un show acerca de nada ("even nothing is something", "hasta la Nada es Algo"). Al contrario, a la serie no le debe haber quedado tema sin tocar: béisbol, inmigrantes ilegales, masturbación (masculina y femenina), impotencia, aborto, eutanasia, cáncer, bulimia, comunismo, listas negras, el asesinato de Kennedy, sexo oral, piratería de películas, suicidio, orgías y muerte. Y su manera de abordarlos me cambió la vida para siempre.

La risa se basa en la Verdad

Larry David tenía algo muy claro: no quería hacer lo mismo que otras sitcoms. Una de las consecuencias de esta intención explícita de desmarcarse de sus colegas fue una de las reglas de oro que tenían que seguir los guionistas y los actores: *no hugging, no learning* (sin abrazos ni aprendizaje). Es decir: no habría escenas sentimentales, y los personajes no aprenderían lecciones morales ni mejorarían con el correr de los capítulos. Tan fundamental era el *no hugging* que Jerry Seinfeld ha confesado su deseo de borrar la única escena sentimental de toda la serie: cuando Kramer le da el poema de Yates a Elaine por su cumpleaños. Tan fundamental era el *no learning* que el último gag de la serie es el mismo que el primero (el del botón de la camisa).

El *no hugging-no learning* contribuye a darle un tono cínico a *Seinfeld*, pero también es

fundamental para abordar cada tema desde un ángulo original, con ojo clínico y desapasionado. Como los monólogos de Jerry, esos que empiezan con un "¿has notado que?", *Seinfeld* pone la mirada en algo y lo disecciona sin piedad ni preconceptos. Hablemos, por ejemplo, del aborto.

En "The Couch", Elaine cuenta que se niega a comer en una pizzería cuyos dueños contribuyen a grupos antiabortistas. A Jerry le sorprende esa actitud militante (ella representa la conciencia progre, él es un nihilista) y la obliga a preguntarle a su novio qué opina del aborto. La enfrenta con la realidad: ese chico tan lindo, del que podría enamorarse tranquilamente, está en contra del aborto.

¿Pero qué opina la serie acerca del aborto? Lo sabemos gracias a la metáfora de la pizza. Kramer se asocia con Poppie para poner un restaurante en el que el cliente arme su propia pizza. Durante la prueba, Kramer hace una con pepinos. Poppie dice que una pizza no puede llevar pepinos y Kramer dice que la gracia justamente está en que cada uno haga su propia pizza. "Sí, ¡pero no podemos darle a la gente el derecho de elegir el ingrediente que quiera!", se indigna Poppie y da lugar a este diálogo memorable:

Kramer: —¿Qué te da el derecho a decirme cómo hacer mi propia pizza?
Poppie: —¡Porque es una pizza!
Kramer: —¡No es una pizza hasta que no sale del horno!
Poppie: —¡Es una pizza desde el momento en que ponés los puños en la masa!
Kramer: —¡No lo es!
Poppie: —¡Sí lo es!

Sin nombrar al aborto, la serie plantea la discusión primera: ¿una persona es tal desde el momento mismo de la fecundación, o recién después de nacida? La metáfora de la pizza, con Poppie y Kramer gritándose "¡No lo es! ¡Sí lo es!" hasta el infinito es uno de los momentos más altos de la serie. Lejos de adoptar una postura moral (de izquierda o de derecha, progresista o conservadora) *Seinfeld* pone sobre la mesa dos concepciones irreconciliables y sugiere que la elección de una o de la otra es más bien arbitraria.

Elaine tiene una posición militante —progresista, pro *choice*—, y Jerry, que es un nihilista, se burla de eso. Años antes, George

Carlin decía, con candidez hippie, que "la mayoría de los que están en contra del aborto es gente que de todas formas no te cogerías". *Seinfeld* actualiza el chiste y lo lleva a un terreno más cercano a la honestidad brutal, a la Verdad: hay antiabortistas a los que uno sí querría cogerse, así de complejo y fascinante es el mundo.

Michael Richards dice en alguno de los extras del DVD que "la risa se basa en la Verdad".

El episodio al que hace alusión es "The Nose Job", un gran ejemplo de esa honestidad que puede ser confundida con cinismo. George está de novio con Audrey, una chica encantadora que tiene un solo defecto: una nariz un poco grande. Es un solo defecto pero está ahí, en el medio de la cara. Y a George, que es gordito, petiso, pelado y bastante idiota, le molesta muchísimo esa nariz, no hace otra cosa que pensar en esa nariz. Durante una cena en la casa de Jerry, mientras comen pizza y conversan amablemente, Kramer lanza la Verdad que todos callan: le dice a Audrey que es muy linda pero que necesita una cirugía en la nariz. No nos estamos riendo de la nariz de Audrey sino de la sinceridad de Kramer. Y *Seinfeld* (la serie) se pone del lado de Kramer: él se queda con la chica, y ella se opera la nariz y queda divina.

Igual que en "The Couch", en donde dos líneas argumentales encaran un mismo tema desde ángulos diferentes —Elaine y los antiabortistas, y la metáfora de la pizza—, en "The Nose Job" hay otra historia que también reflexiona sobre la belleza física: Jerry tiene una relación con Isabel, una chica muy linda, con la que hay muy buen sexo, pero tan tonta que llega a ser insoportable. Podría decirse que la nariz grande de Isabel es su estupidez. Y que, igual que George, Jerry no la puede aguantar.

La situación esencialmente es la misma y finalmente Jerry y George dejan a sus novias. Claro que la estupidez de Isabel no se arregla tan fácil como la nariz de Audrey.

Seinfeld no te va a mentir. El gordo que está desnudo en el subte lanza el lugar común: "No me avergüenza mi cuerpo", y Jerry le contesta: "Debería". George es pelado pero no está dispuesto a tener una relación con una mujer que también sea pelada. Un chico enfermo, confinado a una burbuja que lo aísle de los gérmenes, puede ser también un pendejo insoportable. Un enano puede ser mala persona. Y hay un diálogo memorable que va en esa dirección, cuando George se queja porque la NBC le va a pagar por el piloto mucho menos que a Ted Danson:

George: —Perdón, pero no puedo vivir sabiendo que Ted Danson gana tanto más que yo. ¿Quién es él?

Jerry: —Es alguien.

George: —¿Y yo qué soy?
Jerry: —Vos no sos nadie.
George: —¿Por qué él? ¿Por qué no yo?
Jerry: —Él es bueno, vos no.
George: —Yo soy mejor que él.
Jerry: —Sos peor, mucho mucho peor.

Y esa última línea Jerry la dice con esa sonrisa que ya sabemos, la sonrisa "Nice looking Luger". Hay maldad en él al decir eso, pero con esa sonrisa no se está riendo de George. Se está riendo con la escena, desde afuera, multiplicando hasta el infinito la ironía de que *Seinfeld* empezó a despegar en los ratings recién cuando la NBC la programó para los jueves, al término de la exitosísima *Cheers*, protagonizada por Ted Danson.

Jogo bonito

Seinfeld empezó tímidamente allá por el año ochenta y nueve y tardó por lo menos tres años en alcanzar el éxito. Recién en la tercera temporada la cosa empezó a funcionar, y fue en la cuarta cuando todo explotó. Con el público adentro, se dedicaron a ser geniales. Y llegó un momento en que hacían lo que querían. No solo porque la NBC empezó a decir que sí a todo, sino porque fueron capaces de hacer magia. Esos años fueron como los de Maradona en la cima: tenían un dominio total de la pelota, hacían con ella lo que querían.

Entonces fueron capaces de escribir "The Comeback", un episodio sobre la eutanasia (pero, ¿no era una serie acerca de nada?) en el que juegan con las dos posibles acepciones de la palabra "comeback". Por un lado, el despertar de alguien después de estar en coma. Por otro lado, la réplica más o menos ingeniosa a un insulto. Al final, con el "George, su mujer está en coma", se unen las dos historias como dos ladrillos que ante nuestros ojos se transforman en uno solo, envuelto en una nube de estrellitas mágicas.

En "The Race", Elaine entra en la lista negra de los restaurantes chinos. La parodia al macarthismo se completa con su novio comunista y Kramer siendo explotado en un shopping, disfrazado de Papá Noel. En "The Raincoats", todo el mundo se indigna cuando lo descubren a Jerry besando apasionadamente a su novia

durante una proyección de *Schindler's List* y el final incluye una parodia al famoso monólogo de Oskar Schindler, a cargo de Aaron, el novio de Elaine. ("Este anillo, este anillo es una cena más a la que los podría haber invitado.") Ni que hablar de "The Betrayal", el famoso episodio narrado de atrás para adelante, tres años antes de *Memento* y con referencias a Harold Pinter.

El milagro neoyorquino

Como Los Beatles, el éxito desmedido no ató a *Seinfeld* a la repetición de una fórmula, sino que los lanzó a la libertad creativa y, con ella, a la genialidad. Fue un milagro. Dos *outsiders* como Jerry Seinfeld y Larry David, sin experiencia en televisión, se unieron a tres actores que merecen tanto crédito como ellos: es imposible pensar en George sin Jason Alexander, nunca pudo haber habido otra Elaine que Julia Louis-Dreyfus, y ni hablar del Kramer de Michael Richards, ese prodigio de humor físico.

Pero *Seinfeld* también fue un milagro gracias a la respuesta del público. Si millones de televidentes no hubieran sintonizado la NBC aquel invierno del noventa y dos, la serie no habría continuado. Igual que Los Beatles, al revés que Orson Welles, se dio una feliz coincidencia entre innovación y éxito. Ya es célebre la anécdota: hasta Nancy Sinatra se quedó viendo el final de *Seinfeld* la misma noche que una ambulancia llevaba a su padre moribundo al hospital a través de las avenidas desiertas de Beverly Hills.

Y mientras moría Frank Sinatra, mientras Jerry, George, Elaine y Kramer afrontaban un juicio por violar la Ley del Buen Samaritano, mientras *Seinfeld* "entraba en la inmortalidad", en el otro hemisferio yo atravesaba mis últimos momentos de inocencia. Una parte importante del viaje de los veinte a los treinta años supone desaprender ciertas certezas. Ese viaje lo emprendí con la compañía de *Seinfeld*. Y aunque hoy sigo creyendo que la pizza no es una pizza hasta que no sale del horno, también sé que George Carlin está equivocado y que alguien que piensa lo contrario también puede ser encantador. Pero eso es lo que hace de este mundo un lugar tan atractivo y complejo, tan digno de ser observado con una sonrisa burlona.

Nunca había visto a nadie leer tanto como en esa semana

Hace tres o cuatro años empecé a tener una adicción bastante peligrosa a las series de televisión. Empecé con dos o tres muy puntuales, y de a poco me descubrí viendo doce a la semana. No me asusté en absoluto, porque creí que lo podía controlar. Cuando fueron quince series semanales sí me preocupé un poco, y cuando llegué a veinte la que se preocupó mucho fue mi mujer. Entonces decidí trabajar como crítico de televisión durante un tiempo, para que esas horas muertas representaran, al menos, un ingreso económico.

YO ME ACUERDO QUE GONZALO ALUCINABA CON LA TELEVISIÓN, LE PARECÍA ALGO FUERA DE LO COMÚN.

En esos tiempos, en que escribía un blog llamado Espoiler para el diario *El País*, llegué a ver veinticinco series semanales, y algunas veces las miraba dormido. Ahora ya no trabajo de ver televisión, pero todavía me dura la deformación profesional de sentarme en un sofá, prender la tele, y no poder levantarme para ir a dormir.

—¿A vos también te pasa? —le pregunto a Chiri— Estás tirado en el sofá viendo la tele, medio dormido, y pensás que te tendrías que ir a la cama ya mismo.

—¡Pero no te vas!

—Exacto: seguís ahí sin moverte, con el control remoto en la mano, los ojos chinos, mientras que con la otra mano te rascás las bolas… Y encima hacés fuerza para que el sueño no te gane de mano. ¿A vos también te pasa, entonces?

—¡Milimétricamente! —me dice—. Yo pensé que era una cosa que solamente me pasaba a mí.

—No: yo creo que es un regalo del progreso, es algo que desde hace unos años nos pasa a todos los mortales. Una nueva capacidad que tiene el hombre moderno, así, de repente.

—¿Por qué pasará?

—Yo también me lo preguntaba, querido amigo, hasta que vino Seinfeld y me mostró la verdad: esto sucede porque el dedo que aprieta los botones del control remoto es la última parte del cuerpo en quedarse dormida.

—Cuánta razón —exclama Chiri.

—Seinfeld siempre tiene razón. Y además nunca te va a mentir, como dice Papic.

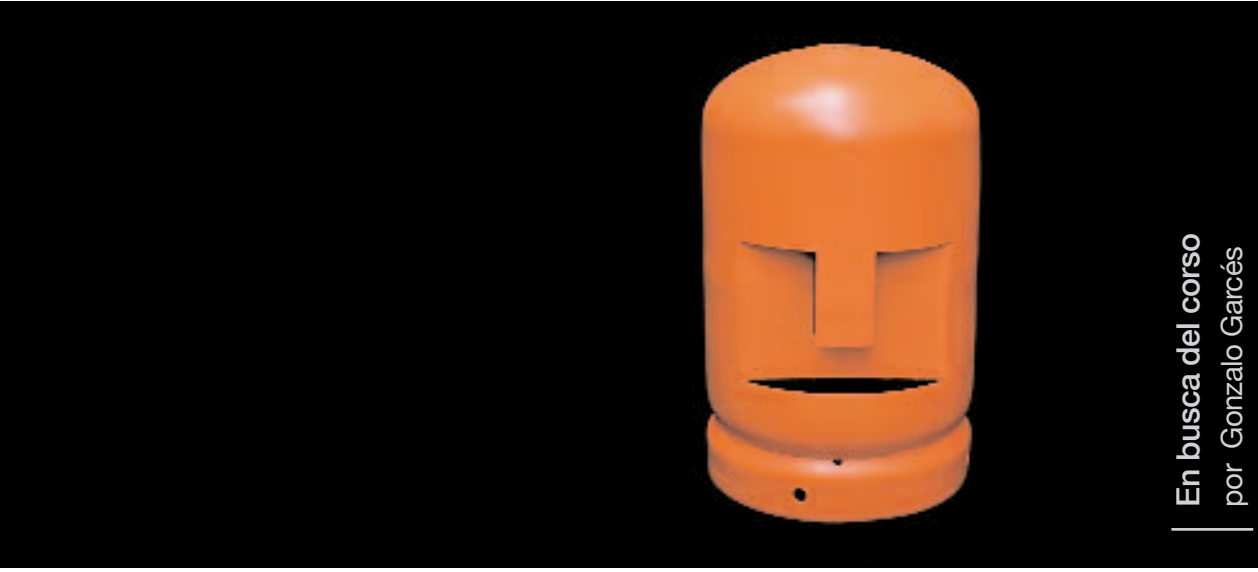
—Y Larry tampoco.

—Larry David mucho menos, porque el pelado no está programado para mentir. No sabe. Y eso, precisamente, lo hace tan querible.

—¿Será pura casualidad que *Seinfeld* y *Twin Peaks*, las dos series que cambiaron la televisión para siempre, se hayan estrenado el mismo año? Una historia lisérgica y extraña, y una sitcom sobre nada… David Lynch por un lado, Larry y Jerry por el otro. Dos clásicos de la pantalla.

—Y del papel —le digo—. Hay una web en donde están todos los guiones de *Seinfeld*, en inglés. Se llama Seinfeld Scripts. Las nueve temporadas completas, a razón de veinte episodios por temporada, a razón de treinta páginas por episodio. Si te imprimís las nueve temporadas, te queda un libro de cinco mil páginas que te cuenta, mejor que casi todos los libros de la época, lo que nos pasaba en el fin de siglo.

—Una obra monumental escrita por dos outsiders, como dice Papic.



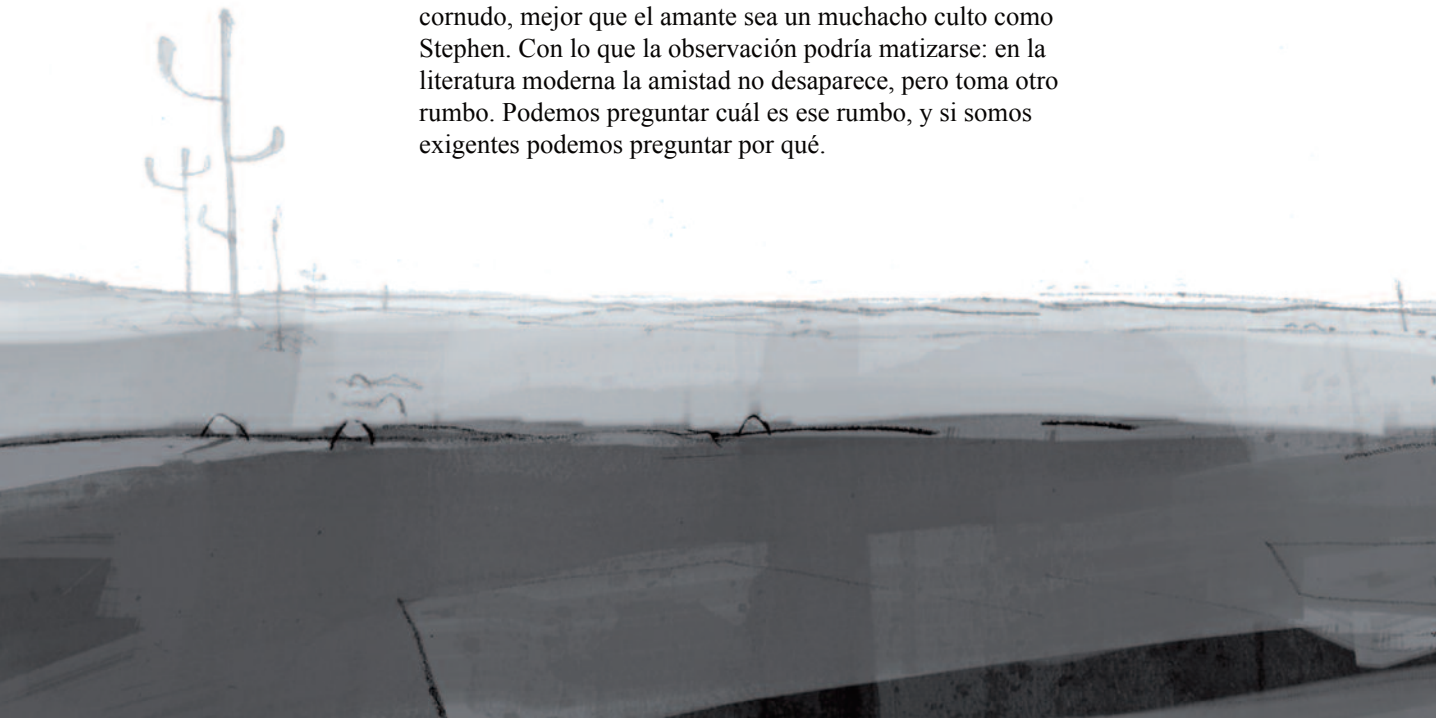
En busca del corso
por Gonzalo Garcés

—Y eso es lo bueno. El pelado, por ejemplo, antes de revolucionar la televisión, vivió un tiempo de arreglar televisores. Fue una de las cosas que hizo, además de manejar un taxi y vender corpiños calados en una boutique.
—Mirá vos…
—Parece que ya estaba predestinado a meter las manos en ese aparato inútil y tratar de recomponerlo, pieza por pieza. Eso es empezar desde abajo.
—¿Y ahora qué pasa, eh? —se pregunta Chiri— Yo no veo mucha innovación en la tele…
—Tenés *Mad Men*, tenés *Breaking Bad*, la nueva de Scorsese está muy bien, en unos meses llegará Dustin Hoffman con una serie sobre adictos a las carreras de caballos, también hay alguna que otra buena comedia, pero es verdad: no hay nadie que esté revolucionándolo todo, como hizo Jerry Seinfeld en su momento. Aunque quizá sea demasiado pedirle a la historia de la tele otro Jerry Seinfeld.
—¿Mirás alguna vez la televisión verdadera? —me pregunta Chiri— La televisión de antena, quiero decir, la que ven las viejas.
—No. Solamente veo cosas que me bajo de la computadora y fútbol. Si no fuera por el fútbol ni siquiera tendría antena.
—Todavía hay intelectuales que creen que es inteligente no tener televisión en la casa —dice Chiri.
—A mí me parece que confunden "televisión" con "televisor". Lo que no hay que tener es antena, pero el artefacto televisor es maravilloso. Podés ver a Scorsese haciendo cine o a Iniesta poniéndole un pase en vertical a Messi. Eso no puede ser malo.
—¿Cómo es posible entender el mundo sin televisor?
—Ojo —le digo—. El verdadero intelectual lee libros como nosotros vemos tele, con la misma pasión. Yo no me olvido más de una semana de 2003, o 2004, en que Gonzalo Garcés estuvo parando en casa. Él vivía en París, y tenía gira de prensa en Barcelona, y lo invité a quedarse para que no estuviera solo en un hotel. Gonzalo no ve tele, ni sabe que existe. Es un devorador de libros. En el tiempo que estuvo en casa, Cristina y yo éramos fanáticos de *Gran Hermano*. Cenábamos viendo eso, porque todavía era algo un poco novedoso. Yo me acuerdo que Gonzalo alucinaba con la televisión, le parecía algo fuera de lo común. No era uno de estos tirifilos que fingen que no les importa la tele. Realmente no sabía lo que pasaba en esos monitores. Y yo creo que descubrió un mundo.
—¿Lee mucho, Garcés?
—Es una bestia peluda —le digo—. Yo nunca había visto a un tipo leer tanto como en esa semana que estuvo en casa. Se iba a La Central, que es la mejor librería de Barcelona, y volvía todos los días con cinco libros nuevos. Se metía en el baño a cagar y se los leía a todos. Salía sonriente, se sentaba y me empezaba a hablar de lo que había leído. A veces paraba para poner canciones de Charly García y bailar. Usaba el escobillón de micrófono y se miraba en el reflejo de las ventanas.
—Es una amistad muy extraña la de ustedes —me dice Chiri—. Porque él es un señor muy elegante, muy leído, un tipo de mundo, mientras que vos sos un gordo desastroso que siempre anda en piyama y no sale de su casa.
—En realidad nos vimos muy pocas veces en la vida —le explico a Chiri—. Pero siempre con ese cariño profundo de la gente que se ha conocido de un modo especial. Vos estabas esa noche.
—Claro —me dice Chiri—. ¿Puede ser que hayan pasado veinte años de todo eso?

EN BUSCA

Escribe Gonzalo Garcés
Ilustra Patricio Betteo

Una observación banal: en la literatura moderna la amistad es más bien rara. Además de banal es incompleta, porque si contamos el cine, la historieta y la televisión, la amistad, al contrario, es el tema por excelencia, desde Batman y Robin hasta *Easy Rider*, y sin olvidar a Juan Salvo y Franco, a Carozo y Narizota, a las amigas suicidas Thelma y Louise y a esos encantadores y aborrecibles amigos que se llaman Rachel, Ross, Phoebe, Monica, Chandler y Joey, que terminan suicidándose, al menos en cuanto espectáculo, a fuerza de no hacer amigos nuevos. Pero es un hecho que en la literatura del canon la amistad es un problema. Proust escribe que Swann era amigo de Charlus, pero lo que a Swann le interesa de Charlus, realmente, es que es homosexual y no se va a acostar con su novia. En el *Ulises*, Bloom se hace amigo de Stephen, pero es una amistad interesada: la mujer de Bloom se está acostando con otro y Bloom piensa que, puesto a ser cornudo, mejor que el amante sea un muchacho culto como Stephen. Con lo que la observación podría matizarse: en la literatura moderna la amistad no desaparece, pero toma otro rumbo. Podemos preguntar cuál es ese rumbo, y si somos exigentes podemos preguntar por qué.



DEL CORSO

La literatura es un corso

Pero antes de contestar, o intentar contestar a cosas tan serias tengo que hacer un desvío personal, como para que se entienda desde dónde habla uno. En lo que me concierne, la relación entre literatura y amistad empieza en un corso. Lo cual de entrada era poco auspicioso, porque siempre me rompieron mucho las bolas los corsos, los carnavales, los bailes de máscaras, las carrozas temáticas y las caretas de todo tipo, aunque sean venecianas. Me jode esa alegría obligatoria, esa manera abyecta de ponerse cosas brillantes justamente para confundirse con el resto, ese desorden tan pautado me parece de borregos, y la única vez que unos nenitos me mojaron con un pomo los perseguí seis cuadras con un palo. No me sorprendió saber, con el tiempo, que el carnaval tiene su origen en el último día antes de la cuaresma, período durante el cual los cristianos, se supone, deben ayunar y abstenerse de contactos carnales, de manera que el día antes se comían todo lo que había y se cogían todo lo que se movía, y quien come y coge es probable que beba, y cuando se bebe en abundancia no es raro ponerse alguna boludez en la cara y salir a gritar a la calle. A mi exmujer, lo digo de paso, el carnaval le da miedo y por eso lo detesta también, de hecho puede haber sido la primera coincidencia que nos acercó cuando nos conocimos, eso y la conversación sobre libros, claro, pero el odio al carnaval fue una coincidencia sorprendente, sobre todo porque nos conocimos durante el carnaval en París, que es comparativamente manso, aunque no por eso deja de ser deplorable.

Pero a lo que iba: muchos años antes de casarme, muchos años antes de irme a vivir a París, cuando tenía dieciocho años y vivía en Buenos Aires, mis amigos no tenían el menor interés en la literatura. Tenían interés en otras cosas que me gustaban, en la música, en el sexo, en los viajes, pero en lo referente a la literatura yo me quedaba un poco solo. Pero un día apareció un amigo, o un amigo posible, a quien sí le interesaba la literatura, un amigo que, apenas cambié tres palabras con él por teléfono, me pareció que vivía adentro de la literatura, de una manera medio campechana y medio feroz, y me invitó a un corso. Resulta que yo había participado en un concurso de cuento y el cuento ganó y el premio era integrar una antología de jóvenes cuentistas argentinos. Antes de que saliera el libro hubo una reunión de los editores y los jóvenes cuentistas argentinos, esto fue en el departamento de alguien, y yo fui, pero aunque más tarde Casciari me lo iba a recordar, en su momento se me olvidó de inmediato la reunión y lo que dijeron los jóvenes cuentistas argentinos y el brevísimo intercambio que, al parecer, Casciari y yo tuvimos al bajar en el ascensor. Y por eso no reconocí para nada la voz que, un par de meses después, me llamó por teléfono y me dijo que era Casciari y que le había gustado mi cuento. Pero yo tampoco estaba para reconocer voces. Era febrero, me acababa de separar de mi novia, hacía un calor bestial, y yo estaba muy mal, muy angustiado. Mis viejos se habían ido de vacaciones, yo cuidaba la casa solo, y a la noche, por miedo a que entrara alguien, yo me sentaba en el sofá del living y leía la *Antología de la poesía surrealista*, compilada por Aldo Pellegrini, con el rifle de mi abuelo descansando en mis rodillas. Lo peor era que al rifle le faltaba el gatillo, además del cargador y el percutor y las balas. Pero yo calculaba que entre tener un rifle inservible, que no había disparado un tiro desde 1948, como argumento de disuasión, y no tener nada, era preferible lo primero. Entonces, una mañana, yo estoy tratando de despertarme después de una noche de esas, y llama Casciari y me dice aquello. Tenés que venir a Mercedes, me dijo, yo te explico cómo llegar, estamos a dos horas de capital, vamos a hablar de literatura, venite y tomamos unos vinos y vemos el corso. Yo estuve por decir que no, estuve por decirle que me había separado de mi novia y que en esas circunstancias no me importaba vivir, mucho menos tomar vino con un desconocido y ver un corso de mierda, pero de repente me escuché decir que sí. Quizá la voz de Casciari me pareció varonil, quizá pensé que con ese muchacho, en Mercedes, que de repente visualicé como un prado parecido al prado en el que pasta la vaca violeta de Milka, tachonado de casitas pintadas de blanco y con techitos rojos, yo de cualquier manera iba a estar más seguro que en Buenos Aires con el puto rifle sin gatillo. Craso error. Y ahora una confesión: antes de cortar, estuve a punto de decirle algo y no lo dije por pudor; que a ninguno de mis amigos le interesaba la literatura, pensé decirle, y que estaba un poco solo.

La literatura es una mariconada

Aunque la verdad, si yo hubiera estado en condiciones de percibir toda la verdad, lo cual por supuesto es imposible porque requeriría no solo recordar el pasado sino también ver el futuro, es que aquello no era cierto. Unos meses antes yo había empezado a visitar, a veces asistiendo a su taller de noctámbulos, a veces dejándome caer por su casa después del colegio, a un escritor, y si de golpe se hubiera abierto el aire y un túnel de visión telescópica me hubiera permitido ver los siguientes veinte años, quizá igual yo no me habría decidido a llamar a ese escritor mi amigo, primero porque una diferencia de edad de cuarenta años vuelve un poco incongruente la noción de amistad, y segundo porque ese escritor es uno de los mejores de la literatura argentina. Y sin embargo Abelardo Castillo, además de un mentor, además de un modelo, además de un maestro de una indulgencia difícil de explicar, en los hechos ha sido, durante diecinueve años, el amigo que cualquiera, en las trincheras, en una oficina estatal, en la selva o en el mundo lento y a veces angustiante de los libros, querría tener. Dije que Casciari parecía vivir en la literatura, pero Castillo era la literatura. Más de una o dos veces no lo vi fuera de su casa; la amistad de Castillo, para mí, será siempre estar sentado yo en una hermosa silla española, con el codo apoyado en un tablero de ajedrez, mientras Castillo vuelve a cargar su pipa, con una pierna enroscada en la otra, y habla. Recuerdo algunas proezas: una noche entera, desde las siete y media de la tarde hasta las ocho del día siguiente, hablando de Arlt. O cuando en 1995 me despedí porque me iba a vivir a Francia y dejamos sin terminar una charla sobre Balzac. Volví tres años después y fui a la casa de Castillo, que me abrió, se sentó, cargó la pipa y dijo: "Por lo demás, habrás notado que Eugenia Grandet no es su mejor novela". Y yo sentí que tenía razón, que todo lo que había pasado entretanto no existía, solo existía esa conversación. Acá tendría que incluir la amistad con Sylvia Iparraguirre, su mujer, y una escritora que no me enseñó menos, pero menciono a Castillo porque, justamente, hay un costado de su obra que para mí echa luz sobre esa dificultad o lateralidad un poco misteriosa de la amistad en la literatura moderna.

Hay dos casos de amistad en la obra de Castillo, de amistad problemática, digamos, que me parecen emblemáticos de ese corrimiento de la amistad en la narrativa del siglo XX hacia otras regiones más resbaladizas. El primero está en *Crónica de un Iniciado*. Ahí el protagonista, Esteban Espósito, llega a Córdoba y enseguida se hace amigo de Santiago, un tipo aindiado, manso, discretamente torturado, que se le parece como un reflejo y que de algún modo encarna lo que Espósito podría llegar a ser, pero no será. Espósito es escritor, es joven, lo aterra la posibilidad del fracaso, está dispuesto a pactar con lo peor de sí mismo, es alcohólico incipiente y soltero. Santiago es escritor, no tan joven, fracasado, alcohólico endurecido, casado y con hijos, y más que decidirse a serlo, se ha resignado a ser un hombre bueno. Espósito confía en Santiago, sabe que no debe perderse una palabra de lo que Santiago diga, pero de algún modo sabe que en cierto momento su camino y el de Santiago se van a bifurcar, y también de algún modo la espera de ese momento, el estudio atento de los pasos que van a llevar a esa separación, es lo que alimenta su amistad. El otro caso está en el cuento "El Marica", uno de los primeros de Castillo. "Escuchame, César, yo no sé por dónde andarás ahora pero cómo me gustaría que leyeras esto." Así empieza, no lo tengo a mano pero estoy seguro de no citar mal, es un comienzo que no se olvida fácil y de entrada nos instala en el dominio de la amistad, salvo que también instala implícitamente a la amistad como problema, como un equilibrio roto que solo la revelación de una verdad que hasta entonces estaba escondida —que César lea lo que está por decirse— puede restaurar. El cuento es simple y brutal. César es un chico afeminado, pero es el mejor amigo del

narrador. Los ven juntos y les gritan algo, entonces el narrador le rompe la cara a alguien y por la reacción mujeril de César entiende que algo tiene que hacer. Lo fuerza a ir a un prostíbulo con los amigos para que se haga hombre, pero César se escapa, y el narrador lo insulta. Y ahora, tanto tiempo después, le confiesa que esa noche él tampoco pudo. ¿Qué hay que entender? ¿Que no pudo porque no se le paró, como le puede pasar a cualquier pibe virgen? ¿O que no pudo porque él también es marica? Muchos han elogiado la ambigüedad de ese final; lo que yo quiero hacer notar es que terminar la historia de una amistad con un interrogante también es indicador de que algo cambió en la literatura.

NO RECUERDO QUE HAYAMOS HABLADO DE MANUEL PUIG, ESA TARDE EN MERCEDES, AUNQUE SÍ HABLAMOS MUCHO DE CASTILLO.

Lo problemático de esa amistad no es una cuestión de ser homosexual o no. Estamos muy lejos acá de la amistad entre Michel de Montaigne y Étienne de la Boétie, que sin embargo eran bastante bujarrones y no falta quien diga que además de ser amigos entrañables se daban con todo. Pero en esa amistad renacentista no hay desequilibrios: la concepción que la sostiene es estable, o implica la estabilidad, no hay nada nuevo que averiguar, no hay movimiento hacia adelante ni ansiedades, porque la naturaleza de los dos amigos ha quedado planteada de una vez y para siempre. En cambio, y para no salir de momento de la literatura argentina, si nos fijamos en *El beso de la mujer araña* nos encontramos con otra amistad que, para ser amistad, tiene que ser también algo más. Dos tipos en la cárcel, uno por puto, otro por revolucionario. Uno, claramente, quiere cogerse al otro. Pero ¿por qué se lo quiere coger? Que no se diga que es solo porque el revolucionario está bueno o porque no tiene otra cosa a mano. Ni siquiera porque Molina se enamora de su bondad. Quien diga eso leyó mal a Puig. No, si algo queda claro en esa novela es que Molina necesita saber algo sobre Valentín, necesita aprender algo de él, pero sobre todo necesita saber qué clase de tipo es Valentín, y esa ansiedad por saber está íntimamente ligada a su ansiedad por culeárselo. Y eso es lo que tienen en común la amistad entre Espósito y Santiago, entre el narrador de "El Marica" y César, y entre Valentín y Molina. Hay algo dinámico, vamos a decir, en esos lazos, algo que tiene que avanzar a marcha forzada hacia cierta forma de conocimiento que no está en modo alguno garantizado que sea posible alcanzar, pero aunque Puig no lo dice con todas las letras, y tampoco lo hace Castillo, ellos saben, y algunos de nosotros sabemos, que hay cosas de otro ser humano que es imposible saber, o tener la esperanza de llegar a saber, si no es introduciéndoles algo en algún agujero, o para decirlo de manera más elegante, pero también más precisa: si no se invoca, como vehículo de conocimiento, la ayuda de Eros.

La literatura es una cocina

Pero, para volver a mi relato: no recuerdo que hayamos hablado de Manuel Puig, esa tarde en Mercedes, aunque sí hablamos mucho de Castillo. Estoy seguro de que la conversación se demoró en *Crónica de un Iniciado*, novela que Casciari consideraba, y espero que siga considerando, exactamente como la novela que un tipo de dieciocho años y otro de veinte, en ese verano de 1992, necesitaban leer. Si no recuerdo exactamente lo que dijimos se debe, en parte, a que mientras hablábamos yo estaba intentando entender, más bien con desesperación que con curiosidad, qué clase de tipo era Casciari. No quiero insinuar lo que podría parecer, no quiero decir que sentí la necesidad de cogerme a Casciari, porque la curiosidad tiene sus límites y además, ya lo dije, yo tenía el corazón roto, pero sí que Casciari claramente tenía las de ganar, estaba en posición ventajosa, por así decir, y yo necesitaba saber si esa ventaja representaba o no un peligro. Para empezar, no había aparecido para buscarme, como había prometido, en la estación de micros. Cuando salí de la estación y vi el camino de tierra pelado, se me vino el alma al piso. Me vi a mí mismo, en un relámpago, pasando el resto de mi vida en Mercedes, en lóbrega soledad, pastando en un prado, pintado de violeta, arrasado por la amargura. Y cuando finalmente Casciari apareció, aduciendo no sé

qué excusa, lo hizo de una manera que me consternó. Vino en una bicicleta de nena. Pintada de rosa, y con rueditas de esas para aprender a andar. Parece inventado pero fue así. Casciari podía ser un pedófilo que le había birlado la bicicleta a una niña después de violarla, podía ser un padre desconsiderado, posibilidad remota pero no desechable, que le sacaba la bici a su hija para ir al encuentro de un posible colega, incluso podía habérsela comprado. Y no parecía mostrar el menor pudor por eso. Casciari parecía, no diré un tipo feliz, pero sí un tipo seguro de lo que quería.

Ese fue el primer enigma que me hizo sentir que Casciari sabía algo sobre la vida que yo no sabía. Lo segundo fue que después, en su casa, entre charla y charla, me leyó un cuento suyo que me descompensó el cerebro. Además de ser un potencial pedófilo, ese tipo escribía desde una zona de desesperación, y de aceptación de la desesperación, como pasa a veces en los sueños, que a mí se me escapaba por completo. Hablaba como un paisano, decía "¿Sabé, vo, que en este país hay chicos que se mueren de hambre?", decía "Yo un día quiero tener un hijo pá jugá". En uno o dos momentos me miró de una manera un poco temible, con una sonrisa que podía ser la de tu mejor amigo o la de un asesino a sueldo acostumbrado a métodos de descuartizamiento especialmente sañudos, la sonrisa de Robert de Niro en *Taxi Driver*, ahora que lo pienso, cómo puede ser que nadie haya notado hasta ahora que Casciari y De Niro son hermanitos que se separaron durante una excursión a la Pampa, pero que un día se van a juntar de nuevo. Esas cosas reforzaron mi certeza de que Casciari se guardaba unas cartas importantes en la manga. Y la tercera confirmación fue la chica. Cuando llevábamos un rato tomando mate en la cocina, llegó una chica, saludó a Casciari con un beso en la mejilla, y se sentó a charlar con nosotros. No puedo recordar si era linda, pero sé que me pareció bellísima, algo entre delicado y campestre, como una princesa enferma de tuberculosis que hubiera crecido en Albania. Y recuerdo un gesto, mientras Casciari leía su cuento, de asentir y al mismo tiempo ponerle la mano en el brazo, que me sugirió que habían sido novios, pero ya no. Y sin embargo, era evidente, esa chica lo quería. ¿Y cómo puede ser, pensaba yo? ¿Cómo se hace para perder el amor y conservar un lazo que, a juzgar por ese gesto, de alguna manera está por encima y más al fondo que el amor? Después Casciari comentó que su amigo de siempre, el Chiri, debería haber venido también, pero quién sabe dónde andaba. Yo entonces bostecé, y Casciari me mostró el lugar donde yo iba a dormir esa noche. Me dijo que él iba a dormir en otro lado, así que yo podía usar su pieza, que daba a la calle, me dijo medio disculpándose que en verano era imposible dormir salvo dejando la ventana abierta, pero que no me preocupara porque nadie me iba a molestar, y me aconsejó que me durmiera una siestita. "Así estás descansado, después, para el corso", dijo. ¡El corso! ¿Pero cómo alguien que escribía así, y que compartía un secreto tan crucial con una mujer, podía darle tanta importancia a un puto corso? En ese momento decidí, como se deciden las cosas a cierta edad, que si Casciari iba a convertirse en algo así como un amigo, si yo iba a entender qué clase de tipo era, tenía que entender cuál era el asunto con el corso.

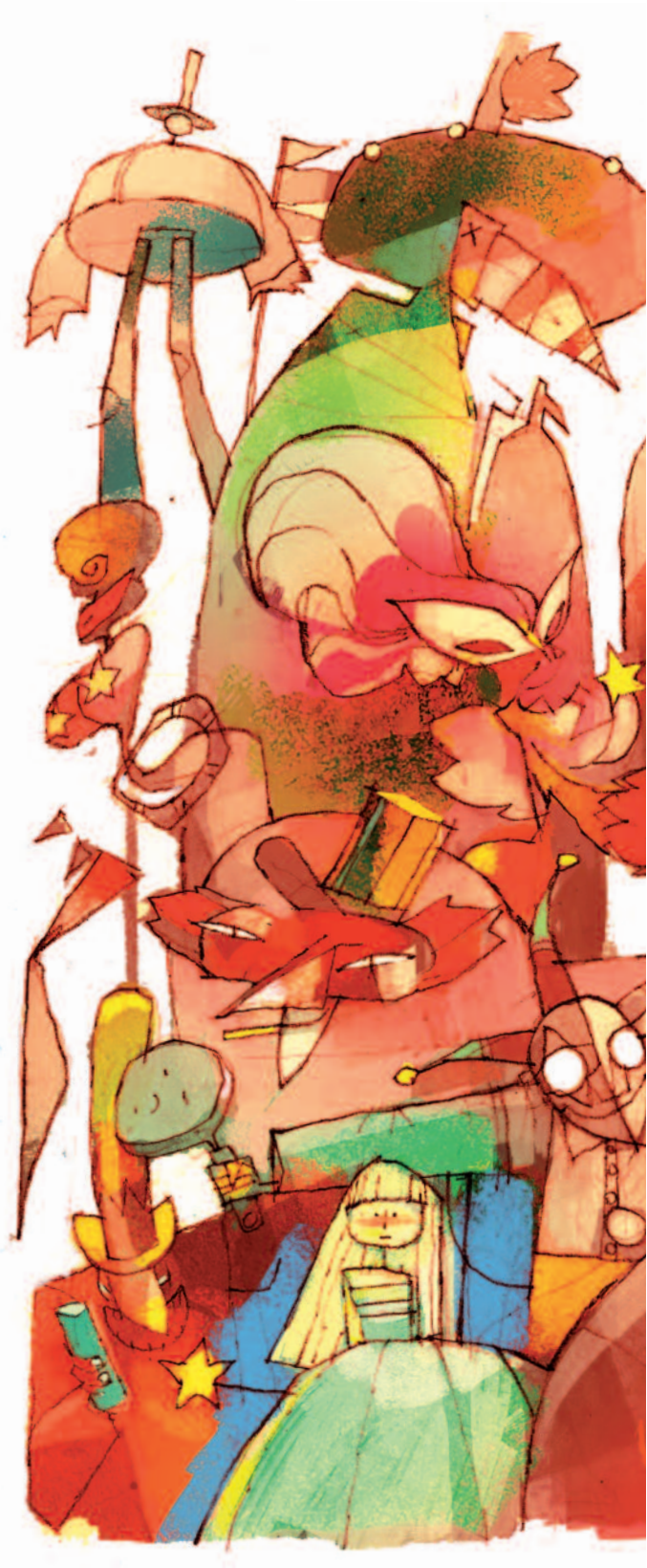
La literatura es el desierto

Y en este punto tengo que hacer otra digresión, no hay más remedio, aunque parezca que nos vamos por las ramas y que nada va a terminar por anudarse, de hecho para que algo tenga la posibilidad de anudarse, o de empezar a anudarse, y no solo en esta crónica sino también fuera de ella, tengo que explicar también que este texto me fue encargado en circunstancias especiales. Hace seis meses me separé de mi mujer. Una separación de manual, con dolor, con pesadillas, con gestos de confianza que de golpe se convierten en odio, con esos paisajes de ruinas que en los manuales se explican tan bien. Anduve loco, viajé, volví, y un día en Buenos Aires me encuentro con Hernán Casciari, el célebre bloguero y aguerrido editor, que me dice que están por cumplirse veinte años desde aquel corso en Mercedes y que por qué no me voy a Rio de Janeiro y me escribo una crónica sobre el carnaval, para conmemorarlo. Yo acepto encantado. Pero entonces empiezan los problemas, las dudas. Mi exmujer, que es francesa, decide regresar a Francia con nuestros hijos. Yo decido irme a vivir a Barcelona. Pero antes, por un trabajo, me voy a Iowa, y estando ahí me doy cuenta de que viajar desde ahí a Río y después a Barcelona puede ser un infierno. Así se lo comunico por mail a Casciari, y entonces a él se le ocurre que en vez de Río puedo viajar a

En busca del corso

Nueva Orleans, a cubrir el Mardi Gras, que si se quiere es un carnaval con más pedigrí, más literario, también más triste, además de quedar más cerca, en fin, todas ventajas. Muy contento reservo una habitación en un hotel para los primeros días de marzo, y un pasaje para ir desde Iowa City a Nueva Orleans, ida y vuelta. Cristina, la mujer de Casciari, eficaz y encantadora, me manda por Western Union lo necesario para cubrir esos gastos. Yo empiezo a leer bibliografía sobre Mardi Gras. Pero de nuevo interviene el dios de los divorciados o el remolino de los boludos que se quedaron sin domicilio fijo, surge un imprevisto que me obliga a dejar Iowa y volar a Bordeaux, donde está instalada mi exmujer, lejos de Mardi Gras y de todos los carnavales de los que yo tenga noticia. La búsqueda de un carnaval que resuene con aquel corso se está convirtiendo en una travesía del desierto.

Ahora bien, leer acerca del carnaval, cuando no se tiene tiempo o ánimos para hacerlo, puede ser una tortura, pero hay torturas que son como un lenguaje, y si se presta atención, en ese lenguaje algo o alguien está queriendo decirte algo. Y es verdad que hay ideas que no quieren irse. Cierto, el carnaval tiene su origen en un acto bien simple, estamos por pasar un mes sin comer ni beber ni hacer el amor, así que hagamos todo eso al máximo y en un solo día, hagámoslo como si no lo fuéramos a hacer nunca de nuevo, porque ese puede ser realmente el caso. Quiero decir que se percibe algo, en esas láminas que muestran carnavales antiguos, carnavales del siglo XI después de Cristo que algún monje tuvo la idea de dibujar torpemente, y donde se ven figurines que levantan copas, ninguna máscara todavía pero sí una especie de desesperación hierática, y de aceptación de esa desesperación, o carnavales mantuanos del siglo XVI donde sí hay algo así como disfraces, pero curiosamente todos incluyen atributos del Demonio, acá unos cuernos de carnero, allá una capucha negra, en la mano de alguien una gallina muerta, como si fuera una misa negra, pero no lo es: lo que sucede es que la cuaresma conmemora los días que Jesús pasó en el desierto, y en ese desierto hubo un diálogo entre Jesús y el Demonio, diálogo que llamamos tentaciones y que, en efecto, pertenece de manera inconfundible al orbe de la seducción. Convierte estas piedras en pan, y alivia tu hambre. Salta a ese abismo y confía en que los ángeles te sostendrán. Inclínate



ante mí y adórame y a cambio te daré el reino de este mundo. Y Jesús a todo dice que no, pero ¿quién de nosotros estuvo realmente ahí, quién nos asegura que entre tanto renunciamiento y tanta aridez y el peligro de morirse de hambre y de sed en cualquier momento, no hubo también algo de risa entre esos dos, de vino sacado de las piedras, de complicidad, de amistad incluso? Lo que conmemoramos, lo que en secreto y aunque no lo sepa celebra cada boludo que se pone una careta en carnaval, no es la travesía del desierto sino la incertidumbre, el hecho de que a veces seducimos y otras veces somos seducidos y los papeles pueden intercambiarse y nunca sabemos qué va a durar o qué promesas o qué seducciones pueden cumplirse o mantenerse, en qué país estaremos la semana que viene, quién será un amigo y quién tu enemigo jurado, quién tu amor y quién algo que puede ser cualquier cosa, incapacidad de saber, de ver el futuro además de recordar el pasado, que está como resumida y perfectamente cifrada en la imagen del desierto. Solo así tiene sentido el carnaval, como recordatorio de que el desierto no es mañana ni pasado mañana, sino que jamás hemos salido del desierto.

¿NO TE DAS CUENTA DE QUE ME CAGO EN EL ESPEJO QUE ME ESTÁS TENDIENDO? ESO NO EXISTE MÁS.

La literatura son las mujeres

La noción de amistad en la literatura moderna, la que empieza más o menos con Stendhal y se afirma más o menos a comienzos del siglo XX con J. K. Huysmans, Thomas Mann, James Joyce, Marcel Proust y Franz Kafka, cambia porque la noción de lo que es un hombre cambia, pero sobre todo porque la noción de lo que es el tiempo cambia. Montaigne, ya lo mencioné antes, podía decir que su amigo le era tan querido porque, siendo sus almas idénticas, estar con él era como estar consigo mismo. ¿Pero quién era él mismo? Cuando Proust intenta contestar esa pregunta, se encuentra con un espejo que cada día le muestra algo diferente: ni siquiera una cara sino gestos, expresiones inconstantes, a veces una palabra, a veces la cara de otro, a veces el recuerdo de la cara que creyó que era la suya, pero ya no lo es. La identidad es soluble en el tiempo, y por lo tanto la amistad también. El intento de recuperarla ya no puede darse bajo las premisas de la amistad tradicional. Recuerdo ahora una novela reciente, muy menor, de Milan Kundera, que se llama justamente *La identidad*, en la que un amigo trata de recordarle a otro qué cosas hicieron y dijeron cuando tenían dieciocho años. ¿No te acordás?, le pregunta. ¿No te acordás que decías que te resultaba asqueroso ver un párpado de cerca, la forma en que el párpado humecta el ojo? Y el protagonista piensa: no te das cuenta de que me cago en el espejo que me estás tendiendo, todo eso no existe más, no significa nada. No es raro que en el lugar donde estaba la amistad en la ficción —la amistad como ejercicio de autoconocimiento; la amistad con Sancho que le permite al Quijote recordar siempre quién es, la amistad de Utterson que le permite a Enfield recordar siempre quien es, aunque ya ande por ahí mister Hyde para borronear las certidumbres— los escritores pongan el erotismo. Solo se puede amar lo que es desconocido, lo que se nos escapa, escribió Choderlos de Laclos. Basta dar vuelta la ecuación y leer que todo lo desconocido y todo lo que se nos escapa tarde o temprano se nos presenta bajo la imagen, asume la forma, se articula con el lenguaje del amor. Para mí es Kafka quien encuentra la imagen definitiva para la búsqueda que el erotismo esencialmente es: un hombre que escarba la tierra, como un perro, para ver si vuelve a encontrar el hueso que le parece haber enterrado alguna vez.

La literatura, por supuesto, no es un arco ni una evolución continua en la que ciertos desarrollos culminan, en otros escritores, en ciertos resultados, ni un razonamiento que se prolonga de una década a otra; pero no deja de resultar sugestivo constatar que, así como el tema de las relaciones eróticas que suplantan las relaciones amistosas marca de algún modo el siglo XX, al filo del siglo siguiente empezamos a encontrar un tema que parece una posdata o una vuelta de tuerca de aquél: lo que sucede después del amor, el vínculo que queda después de que la furia erótica se ha agotado. El ejemplo más ilustre es *Corazón tan blanco*, de Javier Marías, una de las mejores novelas que se han escrito en español, y en la que se habla mucho de

búsquedas febriles, de la incertidumbre sobre la propia identidad, de manos extendidas como garras hacia un amante, pero también de algo más delicado y mucho menos usual. El protagonista, Juan, tiene una amiga, Berta. Hace tiempo vivieron juntos. Ella tiene una pierna ligeramente más corta que la otra, resultado de un accidente de autos, y aunque es capaz de llevar tacos altos "con garbo", cierta discreta cojera la acompaña siempre. De ese accidente le quedan también ciertas cicatrices que Juan recuerda haber besado muchas veces, aunque ahora ya no. Ahora son amigos; y la amistad entre ellos es de una clase que sería impensable, al menos para algunos de nosotros, si no hubiera pasado por ahí la segadora del sexo. Juan la visita en su casa de Nueva York, se aloja con ella, y aunque no duermen juntos, y justo por eso, la vida erótica de Berta, sus deseos, la continuación de su proyectarse hacia adelante en la busca de la propia identidad —lo que Juan llama "no haber desistido todavía"—, la propia incertidumbre, en fin, pueden ser aceptados. Schopenhauer reflexionó que la amistad es imposible porque el amigo es una cosa fugitiva, en constante formación, imposible de conocer por entero, salvo después de la muerte, cuando la identidad aparece por fin, convertida en la suma de todos los deseos y todas las caras sucesivas que el amigo ha tenido. Pero la experiencia de Juan en *Corazón tan blanco*, justamente, de algún modo plantea la posibilidad de un más allá de la muerte, es decir la muerte de la relación amorosa, en la que los examantes se convierten en testigos no interesados, y serenamente solidarios, del devenir erótico del otro. Por eso Juan puede ser amigo de Berta cuando esta, afiliada a un club de encuentros o citas a ciegas, intercambia videos con un personaje siniestro que le habla en cada cinta enfundado en una bata y con la cabeza fuera del cuadro, y puede a su vez filmarla a ella, desnuda, haciendo cabriolas para excitar al personaje siniestro, y entonces, detrás del ojo de la cámara, por un momento Juan la ve en forma simultánea como el enigma a develar que alguna vez ella fue, y como la mujer, sin más, que es ahora. En esa doble mirada, para mí, se cifra la amistad entre los que han sido amantes, y si me apuran la amistad y punto.

No costaría mucho imaginar una novela de amistad posterótica en la que el protagonista, digamos un joven que se interesa por la literatura, se hace amigo de una chica a quien, además de otras cosas, como la música, como el sexo, como los viajes, le interesa lo mismo. Pongamos que estudian juntos en alguna capital europea. Son inseparables. Se ríen de las mismas cosas y se indignan de las mismas cosas. Un día se ponen a vivir juntos y tiempo después se casan. Sucede, como dice Paul Simon en una canción desoladora, "la habitual cosa matrimonial". Con los años ya no se ríen tanto. Tienen hijos. Se mudan de país. Después se mudan otra vez de país. Recorren Europa y Latinoamérica. Él tiene sus cosas y ella tiene sus cosas. Como no puede ser menos, pasados poco más de diez años se separan. Ella se vuelve a vivir a su país, él resuelve instalarse en un país cercano. El arreglo es civilizado, cordial, todo lo mejor que pueda desearse dadas las circunstancias. Pero un día él entiende, de golpe, que es necesario que la amistad del principio, pasada la segadora del sexo, vuelva a aparecer. Transfigurada, marcada a fuego, no importa, debe reaparecer, cueste lo que cueste, para que la travesía del desierto haya tenido un sentido.

CÓMO ME GUSTARÍA PODER DECIR QUE ESA NOCHE, EN EL CORSO, ENCONTRÉ LAS RESPUESTAS QUE BUSCABA.

La literatura es un borracho de mierda

Cómo me gustaría poder decir que esa noche, en el corso, encontré las respuestas que buscaba. Cómo me gustaría poder decir que entendí lo que necesitaba entender sobre el gordo Casciari y sobre la amistad. No fue así. Recuerdo haber salido a la tardecita, creo que Casciari llevaba una cámara, tal vez llevara también una libreta de apuntes o un grabador. La chica iba tomada de su brazo. Tengo la imagen de una calle iluminada vagamente de naranja, luces mortecinas de pueblo de la provincia de Buenos Aires que, sin necesidad de caretas, ya alcanzan para que la escena sea un corso. Recuerdo muchos chicos, eso sí, nenes tomados de la mano, entre ellos y a la vez de la mano de la madre, o el padre. Otros andaban solos. Y otros eran parejas jóvenes que

andaban tomados de la mano. Lo que no recuerdo, y no sé por qué, son las carrozas, si las hubo. Y las cornetas y el papel picado, si lo hubo. Lo que sí recuerdo, y lo que más se acercó a la iluminación o al significado que yo había salido a buscar, aunque en realidad fue nada más que una pregunta o una expresión de perplejidad, fue a la mañana siguiente. Yo me había ido a acostar muy tarde, por supuesto, y más me había costado dormirme, pensando en mi novia perdida, en la chica tomada del brazo de Casciari, en la luz anaranjada y las familias. Cuando ya había sol afuera escuché unos ruidos y me sobresalté. Abrí los ojos y ahí estaba. En la ventana. Una cara, la cara de un borracho de caerse, que no había visto nunca. Era el tipo que Casciari había dicho que venía después, el Chiri. Al parecer me había estado increpando desde hacía un rato. Un tipo flaco y alto al que nunca vi después de ese día, pero que, justo antes de tirarse a dormir la mona al pie mismo de la ventana, me apuntó con un dedo vagamente acusador, aunque en el fondo tolerante, como si el amigo de Casciari también supiera cosas sobre la vida que a mí se me escapaban, y dijo la única cosa indudable que supe en Mercedes, y casi la única indudable que sé ahora: "Pero", dijo el borracho, consternado, "vos no sos el gordo."

La literatura es una posdata

Ayer, después de dar por terminada esta crónica, salí a caminar por Bordeaux. Había almorzado con mi exmujer y los chicos, y la charla, por primera vez en mucho tiempo, había sido amena. Le hablé de la crónica y de mi decepción por no haber podido estar en un carnaval que sirviera como eco, o como espejo, del corso de Mercedes. Ella me citó carnavales de películas o de libros: el Mardi Gras de *Easy Rider*, el de la serie *Treme*, el carnaval egipcio en *El Cuarteto de Alejandría*. Le dije que pensaba escribir una ficción, fingir que había estado ahí, ella argumentó que la ficción está sobrevalorada, que ya casi no lee novelas porque todo ahí es más simple y menos complejo que en los relatos reales, y cuando me quise dar cuenta estábamos enfrascados en una conversación acalorada sobre literatura, casi como las que teníamos antes de separarnos. Me fui con la panza llena y una sensación agridulce.

Caminé por esta ciudad que no conozco, pero donde mis hijos van a vivir. Anduve por la Place des Quinconces, tomé el Cours de Tournon que lleva, según me había explicado ella, hasta la Place de Tourny. Me hizo gracia ver a una nena vestida de hada, con la típica varita mágica berreta hecha por la madre con papel glacé. No soy observador y en estos días tampoco soy perspicaz. No fue hasta que vi dos, y después tres chicos disfrazados que empecé a entender que algo pasaba. Y doblando la esquina de algo que se llama Cours de l'Intendance me encontré en medio de una multitud. Las caretas seguían, avenida abajo, hasta donde llegaba la vista. Había ruido de tambores y cacharros, una batucada. Vi una bandera con la calavera y las tibias cruzadas, de pirata. Vi (y después vi la carroza sobre la que venía) una enorme cabeza de carnero, y una especie de incensario, como si fuera una misa negra, pero no era eso. Y la batucada no paró. Vi negros y blancos y sobre todo chicos, algunos vestidos de colores, otros no, y algunos iban de la mano y otros de la mano de la madre, o del padre, o de la madre y el padre juntos. Vi una muñeca alta como una casa, una especie de matrona negra que saludaba con lentos movimientos de gigante que hacían contrapunto con el ritmo rápido de los tambores. Y otros eran parejas jóvenes, ella tomada del brazo de él, como si hubieran estado juntos pero ya no. Vi una carroza cargada de dioses célticos, vi otra carroza desde donde saludaba una señora mayor con anteojos vestida de esposa del jefe Abraracurcix, y ella también tenía un chico de la mano. Y la carroza que avanzó después era de dioses precolombinos, cachuzos dioses con plumas pintadas y remeras recortadas con tijera, y cornetas y pitos, porque el carnaval en Bordeaux no es sofisticado ni magnífico, es casi tan modesto como un corso de pueblo de la provincia de Buenos Aires, pero igual todos afuera, a la calle, dispuestos a atravesar otra vez el desierto, porque es necesario recordar una vez más que del desierto no hemos salido nunca. Y yo me metí entre una carroza cargada de odaliscas y una con algo que parecían playmobiles gigantes, unos playmobiles que al mismo tiempo fueran vikingos, y caminé con ellos aunque estuviera seguro de que iba a terminar por perderme en esta ciudad que no conozco, pero donde mis hijos van a vivir. Y después unos nenitos me mojaron con un pomo, y los perseguí seis cuadras con un palo.

Santiago, Iowa, Barcelona, Bordeaux. 2011.

EN LA LITERATU
AMISTAD

Hay algo en la ficción pura que empieza a aburrir

A Garcés lo conocí cuando teníamos menos de veinte años —le digo a Chiri—, y lo primero que me acuerdo de él ocurre en un ascensor. Él me dice que me parezco a Roberto Arlt, yo le digo que no me parece para nada, y él me responde que mi voz es igual a la de Arlt. ¿Cómo puede saber cómo era la voz de Arlt?

EN ESTOS TIEMPOS EN LOS QUE INTERNET NOS OFRECE CINCUENTA HISTORIAS REALES POR DÍA, PENSAR EN LA OPCIÓN DE LEER UN LIBRO DE FICCIÓN CADA VEZ ME CUESTA MÁS.

—En los noventa eras parecido al actor Roberto Antier —me dice Chiri—, no sé si te acordás, pero de ningún modo a Roberto Arlt ni tampoco a Robert De Niro, como dice Gonzalo en el cuento. A lo mejor, bajo las bombitas de colores del carnaval mercedino, dabas ese efecto; pero lo dudo.
—Los amigos del barrio le decían a De Niro "Bobby leche" (Bobby Milk, que suena mejor), porque de chico era blanco como un papel.
—Vos también eras bastante pálido en esa época.
—Pero en carnaval, en verano, viraba al amarillo. No sé qué habrá visto Garcés…
—A veces también te ponías naranja.
—Eso era cuando me bajaba la presión.
—Garcés habla de una calle vagamente iluminada de naranja, que para mí debe ser la calle treinta y dos, la que pasa por la esquina de tu casa.
—"Luces mortecinas de pueblo de provincia", también dice.
—Lo debe haber sentido realmente así, como lo cuenta: una expedición muy extraña a los extramuros del oeste de la provincia.
—Totalmente —le digo a Chiri—. Incluso creo que debe haber sentido miedo caminando con nosotros para el corso. El clima enrarecido, bombos lejanos, bocinas de cancha… Gente que nunca viste en tu vida, que aparece solo en carnaval; todo el pueblo en la calle, sin necesidad de caretas… Para peor, en el tenebroso pueblo donde nacieron Videla y Agosti.
—Y que se vanagloria de ser Capital Nacional del Salame.
—¿Eso es porque vos naciste ahí?
—Pobre Garcés —se desentiende Chiri—, se queja de que no fuiste a buscarlo y que después te le apareciste en una bici de nena…
—¡Eso no es verdad! Cuanto mucho habré caído en una motito Zanella de mujer, la de Chichita. Lo que ocurre es que en el blog yo cuento que vos te lo culiaste cuando él estaba dormido, y se quiso vengar poniéndome en una bicicleta de mujer.
—También dice que se imaginó pasando el resto de su vida en Mercedes, en lóbrega soledad…
—¿Y si en una de esas sigue allá? —fantaseo— ¿Qué pasa si hay un Garcés envejeciendo en Mercedes? Al otro Garcés, como dice Borges, es a quien le ocurren las cosas...
—¿Te parece?
—¿Por qué no? Lo veo viviendo en una casa modesta, con un jardincito descuidado delante, asomando la cabeza de vez en cuando: para charlar de libros con Andrés Monferrand o bajando al centro únicamente las noches de corso; un castigo de los dioses del carnaval por menospreciar el ritual.
—Y por haber corrido a un inocente niño con un palo… Me acuerdo de Emilio Gauna, el personaje de la novela de Bioy.

Radowitzky en el fin del mundo

por César Calero

—*El sueño de los héroes*.
—Esa —me dice Chiri—. Me acuerdo de todo lo que le pasa durante esa tercera noche del carnaval de 1927…
—Yo cada vez que pienso en *El sueño de los héroes* me acuerdo del tango "Siga el corso". Porque las dos obras cuentan una historia parecida, ¿no? Un carnaval, una noche pintoresca, una mujer misteriosa detrás de un antifaz…
—Me gustó mucho la crónica de Garcés —me dice Chiri—, aunque no haya podido ir a Nueva Orleans.
—Él estaba triste por eso —le digo—. Tuvo algunos inconvenientes familiares, pero siempre fue una excusa: Río de Janeiro, el Mardi Gras, Venecia. Cualquier carnaval estaba bien después de veinte años. Incluso pensó en escribir una ficción, estuvo a punto, pero no…
—Por suerte. Ese final en el corso de Bordeaux, imprevisto, me parece alucinante. ¿Fue así de verdad?
—Absolutamente —le digo—. Me contó por teléfono que se encontró de golpe atravesando aquel corso sencillo, de pueblo: un espejo deformado del corso mercedino. Nunca se hubiera imaginado un final así para la crónica. Fue algo raro... A mí también me gustó muchísimo.
—¿Será por eso que ya casi nadie lee novelas? ¿Porque en la ficción todo es más simple y menos complejo que en las historias reales?
—No tengo la más puta idea —confieso—. Pero yo también, desde hace bastante tiempo, prefiero las historias reales. Hace unos meses, cuando en el blog pusimos la opción de que los lectores nos mandaran cuentos o crónicas narrativas para poner en la revista, recibimos más ficción que relatos periodísticos. Pocas crónicas, mucho cuento... No me acuerdo cuántos, vos llevabas la cuenta.
—Recibimos en total trescientos cuarenta archivos —me dice Chiri—. El setenta por ciento eran cuentos y el treinta, crónicas.
—A lo que iba —le digo, retomando—. Después de leer todo, lo que más nos terminó gustando fue una crónica narrativa que, creo yo, tiene mucho de cuento literario.
—La crónica de Radowitzky —me dice Chiri.
—Hay algo ahí —le digo—. Cuando me la diste a leer, no me importó mucho si de verdad el autor había estado en Tierra del Fuego, o si de verdad su abuelo entrevistó al anarquista ruso a principios del siglo veinte.
—Cuidado —me dice Chiri—, porque César Calero me mandó fotos suyas en Ushuaia.
—Sí, pero no me importa. El relato es inteligente y es emocionante. Y, sobre todo, es probable. Hay algo en la ficción que nos está empezando a aburrir, y es la improbabilidad. En estos tiempos en los que internet nos ofrece cincuenta historias reales por día, pensar en la opción de leer un libro de ficción que sale de la cabeza de un tipo, no sé, a mí cada vez me cuesta más.
—Yo miro más documentales que películas, casi —me dice Chiri.
—¿Será la edad? Nuestra edad, quiero decir, esto de cumplir cuarenta años. ¿O serán los tiempos?
—No sé. Pero la crónica de César Calero sobre Radowitzky tiene muchas de las características de los textos que, ahora, prefiero leer.
—¿Le preguntaste a Calero cuánto hay de verdad en todo lo que cuenta?
—Le pregunté, claro —me dice Chiri.
—¿Y, qué te dijo?
Chiri sonríe a lo Robert De Niro:
—Me dijo, en otras palabras, que a él tampoco le gusta leer ficciones puras.

MFM
Museo del
Fin del Mundo

RADOWITZKY EN EL FIN DEL MUNDO

Escribe
César Calero

Hay una imagen que me ha obsesionado siempre, desde que era un crío, como una sombra inquietante. Es una fotografía en blanco y negro en la que se ve a un hombre flanqueado por unos carceleros. Es el veintidós de abril de 1930. Simón Radowitzky viste traje cruzado, corbata y sombrero orión. Tiene la expresión contenida, el porte sereno. Nadie diría, al verlo en esa imagen congelada en la que está bajando las escalinatas de la entrada principal de la prisión de Ushuaia, que ese hombre ha estado encerrado casi veinte años en el penal del Fin del Mundo. La imagen se asemeja a un cuadro de época. Detrás del preso liberado hay un par de guardias con gorra de plato; uno con aire altivo, el otro, con la mirada extraviada. Más atrás, a un costado, casi fuera de foco, un hombre vestido de civil, gorra calada, observa con indiferencia la histórica escena de la salida del prisionero anarquista, como si aquello, la libertad recobrada, fuera el pan de cada día. Hay un figurante más en el cuadro, aquel que otorga equilibrio e intriga a la composición. Unos peldaños más abajo de Radowitzky, un guardia con bigote poblado extiende el brazo y con el dedo índice, mirada al frente, le indica algo al exconvicto. Por su expresión ceñuda parece darle una última orden: “El infierno por allá, Radowitzky”.

Pero no. No le ordena nada. El guardia solo le está informando que entre los curiosos que se agolpan para ver la atracción circense del día hay un periodista gallego esperándolo desde hace horas para hablar con él.

Como si se tratara de un penado, una copia de esa fotografía desleída por el paso del tiempo estuvo siempre guardada en un cajón de mi casa paterna. Solo mi abuelo la rescataba de vez en cuando de su reclusión para explicarme por enésima vez a quién señalaba el guardián bigotudo, quién era ese gallego que llevaba horas allí esperando al preso anarquista más célebre del mundo, el ruso Simón Radowitzky, el vengador, el mártir de la Idea, el hombre que a sus dieciocho años le había arrojado una bomba casera al sanguinario coronel Falcón en plena Recoleta porteña.

Cuando Radowitzky baja las escaleras, Jacinto Calero levanta la mano y el guardián cabreado extiende el brazo. Mi abuelo lleva ya varios días en Ushuaia. Lo ha enviado su periódico. No es un medio de comunicación al uso, no es lo que se entendería hoy por un periódico generalista, pero llegará a superar los doscientos mil ejemplares de tirada, más que cualquier periódico generalista de la época. *Solidaridad Obrera* es el órgano de expresión del movimiento anarcosindicalista del mismo nombre, germen de la CNT, la "organización", a la que llegarán a estar afiliados casi dos millones de trabajadores, una red social equiparable hoy en día en términos relativos a cerca de la mitad de los usuarios de Facebook en España. Aunque en abril de 1930 la "*Soli*" estaba proscrita (la dictadura de Primo de Rivera prohibió su divulgación entre 1924 y agosto de 1930), calentaba ya motores para una inminente reaparición pública.

Cuando mi abuelo murió, en los años setenta, la fotografía pasó de su cuarto al mío. Fue una expropiación en toda regla, aunque en esos años yo todavía no tenía una noción clara de lo que era una expropiación. Solo pensaba que me correspondía a mí mismo, y a nadie más, custodiar un objeto que ejercía una extraña atracción sobre mí. Un día, mi madre encontró la fotografía en uno de mis cuadernos escolares. Y, claro, la requisó. Algo atroz debía de esconder esa maldita imagen prohibida. Cuando cumplí quince años, mis padres consideraron que era el momento de contarme, por una sola vez, la historia que había detrás de esa imagen.

Mi abuelo nunca fue un periodista profesional, era electricista y se había ganado un puesto como redactor en *Solidaridad Obrera* por su afilada pluma; no en vano, se pasaba la vida en los ateneos libertarios leyendo todo lo que caía en sus manos. El sindicato había tomado buena nota del impacto que había tenido en la campaña para la liberación de Radowitzky una entrevista que le había hecho un reportero del diario argentino *Crítica* en enero de 1930. Y decidió que la experiencia del anarquista ruso en prisión debía leerse con todo detalle en *Solidaridad Obrera*, voz de los desposeídos.

Jacinto Calero está pues en Ushuaia el veintidós de abril de 1930 con una misión: entrevistar a Radowitzky. Hasta ahí, mi abuelo es un héroe, el privilegiado militante plumilla que ha surcado el Atlántico para contarle a los obreros de Cataluña cómo es la vida de un preso libertario en el Fin del Mundo. Pero la heroicidad llega hasta ahí, ni un metro más. A partir de ese momento, la figura del abuelo se desmorona. ¿Por qué? En una noche de alcohol, y por una sola vez, mi abuelo se confesaría ante mis padres.

Entusiasmado por la idea de que *Solidaridad Obrera* vaya a publicar su historia, Radowitzky se explaya con mi abuelo durante varios días antes de embarcarse rumbo a Buenos Aires. El ruso le relatará en varias sesiones sus recuerdos de su paso por la cárcel de Ushuaia. A la velocidad de la luz, Jacinto Calero va tomando notas de las torturas infligidas a los presos, de la crueldad de algunos guardias y también de la conmiseración de unos pocos; de las huelgas de hambre, las campañas de los reclusos para exigir mejores condiciones carcelarias y, cómo no, de la fuga protagonizada por Radowitzky en 1918, tan audaz como accidentada.

Mi abuelo tenía tres pasiones en la vida: los libros, la revolución y las mujeres. El orden de prioridad variaba según las condiciones objetivas; la hora del día, principalmente. Por la mañana le gustaba leer. Devoraba con el mismo fervor los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós y los escritos de Malatesta. Por la tarde redactaba artículos incendiarios contra curas, militares y patronos. Y a la noche inventaba cualquier excusa para no dormir en el lecho conyugal. Jacinto Calero pudo haber sido un héroe pero le perdió la tercera de sus pasiones.

Mi capacidad para retener información siempre fue limitada. Por eso me hice periodista, supongo, para tratar de superar una tara, como a quien le regalan un perro para que le pierda el miedo a los animales. No recuerdo al pie de la letra todos los detalles que me contó mi padre,

una única vez, sobre el viaje del abuelo a la ciudad más austral del mundo. Retuve que el azar quiso que Jacinto Calero se encontrara una noche con uno de los guardias a los que había visitado con Radowitzky, uno de los contados funcionarios de la prisión que había tratado correctamente al recluso 155 y a quien este, en agradecimiento, había querido agasajar llevándole unos juguetes para sus hijos. Retuve que el abuelo y el carcelero frecuentaron durante varias noches algo parecido a una casa de citas clandestina, un precario *meublé* austral donde el abuelo, putañero incorregible, se sintió como pez en el agua. Retuve que en esos encuentros el abuelo le había ido leyendo a su inopinado compañero de aventuras nocturnas algunos fragmentos de la entrevista con Radowitzky. Y retuve también —cómo olvidarlo— que allí, entregado a las caricias de alguna beldad polar, el abuelo se dejó olvidado una noche su cuaderno de notas. El relato de mi padre, o el recuerdo que yo tengo de su relato, se difumina a partir de ese momento. Parece que al abuelo el alcohol y las putas le dejaron la mente totalmente en blanco. Trató en vano de hallar su cuaderno y luego intentó rehacer la entrevista mentalmente, pero su capacidad de retener información siempre fue limitada. De Radowitzky se había despedido dos días antes. Su única salvación era encontrarse con el ruso en Buenos Aires. Pero el presidente Yrigoyen se interpondría en los planes de mi abuelo. Sin que Radowitzky lo supiera, el Gobierno argentino le negaría el desembarco en Buenos Aires y lo deportaría directamente a Montevideo. El abuelo cayó en una de sus frecuentes depresiones y no tuvo fuerzas para seguir a su entrevistado hasta Uruguay. Cuando regresó a Barcelona, sin exclusiva alguna en el capacho, se sinceró ante sus compañeros. Su confesión le valió la expulsión del sindicato y de *Solidaridad Obrera*. Haber pifiado el encargo podía perdonársele pero irse de putas con un carcelero no era la conducta que se esperaba de un revolucionario. Radowitzky se había quedado sin sus quince minutos de gloria en la red social libertaria más seguida del momento. Simón, hay que decirlo ya, nunca tuvo mucha suerte en la vida.

El nadador 155

Para lanzarse al agua en el estrecho de Magallanes hay que ser muy audaz o estar desesperado. O ambas cosas a la vez. Cuando el nadador 155 se zambulle en esas frías aguas, la mañana del diez de noviembre de 1918, solo piensa en su celda del penal de Ushuaia. Antes de saltar echa una última mirada a la escampavía *Yáñez* de la Armada chilena que se aproxima a toda máquina hacia su barco. Doscientos metros lo separan de un paraje conocido como Aguas Frías, en la costa de la península de Brunswick, tierra chilena. La audacia y la desesperación se funden. El nadador 155 se despide de la tripulación del *Sokolo* y en especial de Apolonio Barrera, el compañero del diario *La Protesta* que ha ido a rescatarlo al Fin del Mundo en una goleta. Luego salta y se encomienda a su suerte. Mal negocio.

Simón Radowitzky no es un nadador profesional. No puede serlo. Por muy diestro que haya sido con las olas en sus años mozos, lleva al menos nueve años sin ejercitarse en el mar. Pero el rugido del barco chileno lo espolea. Da una, dos, tres brazadas y siente que avanza. Levanta la cabeza y divisa una línea de tierra movediza. Si ha logrado escaparse del penal de Ushuaia, una fortaleza concebida a prueba de fugas, si ha sobrevivido a torturas y a celdas de castigo, si ha superado la humillación diaria de sus carceleros, ganar la costa se le antoja pan comido. El nadador 155 bracea sin descanso, sin mirar atrás. La línea de tierra se agranda. ¿No hay prueba que se le resista a este ruso porfiado? Han pasado ya cuatro días desde que se fugara de la prisión más inhumana de la Argentina; cuatro días lleva Simón Radowitzky respirando aire puro en el estrecho de Magallanes. Al cuarto día de libertad, cuando se tira al mar, vuelve a pensar en esos tres números grabados a fuego en su cerebro: uno-cinco-cinco.

¿Quién va a tener las agallas de escaparse del presidio de Ushuaia y salir luego ileso del Fin del Mundo?, piensan los ingenieros que diseñan el penal. El preso 155 hallará respuesta a esa pregunta en la Biblia, uno de los pocos libros que los carceleros le dejan recibir del exterior. En las Sagradas Escrituras encontrará Radowitzky las coordenadas del plan de fuga marcadas por los anarquistas de *La Protesta*: el compañero que lo irá a buscar, el lugar desde el que zarparán rumbo

a la libertad… Un preso liberado del penal será el correo humano con el que el santo laico de Ushuaia anunciará a sus cómplices en el exterior la fecha aproximada de una fuga que tiene todos los condimentos de una de esas prodigiosas fábulas del Antiguo Testamento.

Temprano en la mañana del siete de noviembre de 1918, el preso 155 de la cárcel de Ushuaia se dispone a trabajar en el taller mecánico. Su cabeza es un avispero. Repasa una y otra vez el plan. Cuando encuentra la ocasión, va al baño y allí se enfunda el uniforme de guardiacárcel que ha ido armando con retales sobrantes. Será su salvoconducto cuando cruce el taller de hojalatería y enfile hacia la salida sin levantar sospechas. Si ha recibido ayuda en el interior de la prisión será un secreto que nunca desvelará.

LA PRESA ES DE ALTURA: EL CORONEL RAMÓN FALCÓN, JEFE DE LA POLICÍA PORTEÑA, LÁTIGO DE LOS MOVIMIENTOS OBREROS, VERDUGO DEL PRIMERO DE MAYO.

El nadador 155 alcanza tierra firme. Está exhausto, respira aceleradamente, siente que va a morir congelado, pero logra refugiarse entre los matorrales hasta que los barcos se alejan. El nadador 155 se transforma en el corredor 155. Una, dos, tres zancadas. Corre Simón, las ropas empapadas, el corazón embalado, hacia Punta Arenas, meta volante de su libertad. Sabe que solo le queda eso: correr, correr, correr… Como aquella mañana de noviembre de 1909 que ahora no logra borrar de su mente mientras se adentra en el bosque de lengas. Las imágenes se suceden a toda prisa. Un joven nervioso aguarda el paso de un carruaje en la calle Quintana de Buenos Aires. Lleva un paquetito en la mano. Hace año y medio que ha llegado a la Argentina. Esa mañana ha salido temprano del conventillo de la calle Andes donde duerme. No le dice a nadie (¿a nadie?) adónde se dirige. Va directo al martirologio. La presa es de altura: el coronel Ramón Falcón, jefe de la policía porteña, látigo de los movimientos obreros, verdugo del Primero de Mayo. Un espadón envalentonado que no lleva escolta porque no cree que haya nacido el hombre que le sostenga la mirada. Esa mañana del catorce de noviembre de 1909, Falcón se acerca al cementerio de la Recoleta para darle el último adiós a su amigo Antonio Ballvé, excomisario de la penitenciaría nacional. Le acompaña su secretario personal, Alberto Lartigau, que también va a morir ese día. A la salida del cementerio, el milord tirado por caballos sigue la ruta esperada. Avanza por Quintana y dobla por Callao. A la carrera, el joven ruso alcanza el carruaje y arroja la bomba casera que ha fabricado en los talleres Zamboni donde trabaja. Cuando Simón lanza el paquete vengador está hipotecando su vida. Lo sabe pero no le importa. Todo sea por la memoria de los muertos del Primero de Mayo. ¡Boom! ¡Hasta nunca, Falcón! ¡Viva la anarquía! A Simón solo le queda ahora ponerse a salvo. Correr, correr, correr… Y como no concibe encomendarse a ningún Dios, se encomienda a su suerte. Mal negocio.

Perseguido por varios testigos que han presenciado el atentado, Simón Radowitzky acelera todo lo que puede su carrera. La venganza se ha consumado. Pero se sabe acorralado. Es hora del martirologio. En plena carrera, saca un revólver y se pega un tiro. Es Simón un vengador certero y un mártir chapucero. Apenas se ha hecho una herida en la tetilla derecha. Sus perseguidores le dan caza. "Vas a morir, ruso de mierda", oye mientras se pregunta por qué diablos no está ya en el otro barrio. Su propia voz le confirma que está todavía en el reino de los vivos: "Tengo una bomba para cada uno de ustedes", saluda a sus captores. Este Angiolillo imberbe no se arredra ante nadie. Perpetrado el atentado, se decreta el estado de guerra en todo el país. Y la represión cae como una maldición sobre todas las asociaciones anarquistas de la ciudad. Surge una vez más el eterno debate. ¿Es la violencia política un arma legítima para las reivindicaciones de la

clase obrera? Cuando Simón Radowitzky toma el tranvía hasta Quintana y Callao se cree un revolucionario justiciero, no un asesino. El joven ruso ha estado en la plaza Lorea unos meses atrás, ese Primero de Mayo en que Buenos Aires ha presenciado una de las mayores concentraciones anarquistas que se recuerden en la ciudad. Treinta mil militantes se congregan en la plaza Lorea. Cuando la columna más combativa llega a la plaza, Ramón Falcón se aprieta los machos. Está ahí, en su particular frente de guerra, pergeñando ya la táctica de combate. Basta una chispa para que prenda la llama. Las primeras detenciones irritan a los manifestantes. Hay carreras y tiros. Una batalla campal, dirán algunos, pero los muertos los pone solo un bando: el de los obreros. Satisfecho, Falcón se acaricia las puntas de los bigotes. Ha vuelto a derrotar a esa chusma de rusos, italianos y españoles que quieren apoderarse de la patria de Roca. Esa carga de la caballería le recuerda a Radowitzky la represión ejercida por los cosacos del zar en su tierra ucraniana natal. Cuando meses después arroja la bomba casera al carruaje del coronel Falcón, Simón está vengando no solo a los trabajadores de la plaza Lorea. Está ajustando cuentas con su propio pasado. Su minoría de edad, demostrada in extremis por la partida de nacimiento que presenta ante las autoridades su primo Moisés, lo salvará del pelotón de fusilamiento. Le espera un destino más cruel: la vida en una celda de castigo en el penal de Ushuaia.

CUANDO SIMÓN LANZA EL PAQUETE VENGADOR ESTÁ HIPOTECANDO SU VIDA. LO SABE PERO NO LE IMPORTA. TODO SEA POR LA MEMORIA DE LOS MUERTOS DEL PRIMERO DE MAYO. ¡BOOM! ¡HASTA NUNCA, FALCÓN!

NO HAY TREGUA PARA SIMÓN RADOWITZKY. PENARÁ DOCE AÑOS MÁS EN EL FIN DEL MUNDO, HASTA 1930.
LOS DOS PRIMEROS AÑOS POSTERIORES A SU FUGA LOS PASARÁ EN UNA CELDA DE CASTIGO, A MEDIA RACIÓN.

El corredor 155 ya está a punto de alcanzar la meta. Punta Arenas está a tiro de piedra. Le queda poco para consumar con éxito la fuga. Pero los tripulantes del *Sokolo* no han podido mantenerse callados en los interrogatorios. Enterada del lugar exacto donde se escapó Simón, la policía chilena bate la zona a conciencia hasta que localiza al fugitivo. El corredor 155 cierra los ojos y maldice su suerte.

No hay tregua para Simón Radowitzky. Penará doce años más en el Fin del Mundo, hasta 1930. Los dos primeros años posteriores a su fuga los pasará en una celda de castigo, a media ración. Cada mes de noviembre, sus carceleros le recordarán el precio de su rebeldía. Cuando salga de prisión, nunca volverá a pisar tierra argentina. En Uruguay sentirá de nuevo la humedad de una celda. Tendrá que seguir huyendo. Le espera la convulsa España de la Guerra Civil. Llegará a Cataluña en mayo de 1937, justo cuando el sueño anarquista empieza ya a declinar ante el empuje comunista. La República se desangra también en su retaguardia. Qué mala suerte, Simón. No hay lugar donde esconderse en Europa. Como tantos otros exiliados republicanos, a partir de 1939 buscará refugio en México y allí se transformará, hasta su muerte en 1956, en Raúl Gómez Saavedra, un humilde trabajador de una fábrica de juguetes.

Versiones de la vida en el Fin del Mundo

El vuelo de Aerolíneas Argentinas aterrizó puntual en el aeropuerto de Ushuaia el veintiuno de enero de 2011. Yo llegaba con décadas de retraso a Tierra del Fuego. ¡Cuántas veces me había quedado absorto delante del mapamundi al ver ese pedazo de tierra desgajado del continente americano! Y, sin embargo, nunca hasta ahora había tenido el valor de emprender el viaje que más de una vez había recreado en mi mente, una travesía reparadora con la que cicatrizarían todas las obsesiones de mi infancia.

Desde que me instalé en Buenos Aires hace tres años estuve buscando descendientes de los guardias que trabajaron en la prisión del Fin del Mundo. He de confesar que no fui constante en mi investigación. Cada vez que descartaba a algún descendiente, transcurrían varios meses sin que emprendiera la búsqueda del siguiente. La primera criba pasaba necesariamente por lo que podríamos llamar la conexión Radowitzky. El descendiente debía guardar algún recuerdo familiar sobre el célebre recluso. Durante mucho tiempo solo me llegaron respuestas negativas. Hasta que un día recibí un correo electrónico de un tal Marcelo Silva, nieto de un guardiacárcel del penal que, al parecer, había tratado a Radowitzky. Le escribí enseguida explicándole el porqué de mi interés y presentándome ya como el nieto del periodista español que había viajado a Ushuaia en 1930 para entrevistar al anarquista ruso. Su respuesta me dejó helado: "Tengo información de primera mano sobre lo que está buscando. Si viene por Ushuaia, podemos arreglar". Le contesté enseguida. Quería más detalles sobre esa información "de primera mano" que decía tener en su poder. ¿Conservaba Silva el cuaderno de mi abuelo con la entrevista a Radowitzky? Quería saberlo todo. Pero mi interlocutor no dio más señales de vida.

El Fin del Mundo está de moda. Encontrar una cama libre en Ushuaia en enero es una tarea titánica. Miles de turistas se agolpan en la ciudad más austral del planeta para capturar con sus cámaras digitales atardeceres imposibles, cerros con nieves perpetuas, aguas transparentes, pingüinos aturdidos, centollas a la parmesana…

Después de muchos intentos fallidos encontré un cuarto libre. Conecté el ordenador y le envié un mensaje a Marcelo Silva: "Estoy en Ushuaia. Hostería Los Lagos. Llámeme, por favor". Luego me fui directamente al museo del presidio, antes conocido como la prisión del Fin del Mundo, felizmente clausurada en 1947. Le había propuesto a una revista de viajes un reportaje sobre la célebre cárcel-museo, uno de los lugares más frecuentados por los turistas.

La visita guiada acababa de comenzar. En una de las galerías una joven explicaba a un nutrido grupo de visitantes las correrías de un personaje patibulario, Cayetano Santos Godino, más conocido como el Petiso Orejudo. Considerado el primer criminal en serie de la Argentina, el enano orejón era un matón de barrio con tan solo siete años. El joven matarife fue arrestado en 1912, con dieciséis años, cuando cargaba ya a sus espaldas cuatro asesinatos de menores y otros siete intentos frustrados. Confinado en Ushuaia en 1915, pasaría el resto de sus días en el Fin del Mundo. El Petiso Orejudo coincidió en la cárcel con Simón Radowitzky, al que ahora la guía dedicaba unos minutos de su exposición. Los presos políticos y los criminales despiadados eran, para las

autoridades de la época, merecedores de habitar el mismo infierno. Mientras la guía narraba la atribulada vida de Simón, me entretuve un rato en la "instalación" que decora la celda dedicada al preso 155. Ahí estaba mi obsesión infantil hecha cartón: una representación en tamaño natural de la salida de prisión de Radowitzky. Tomé varias fotografías de la celda para mi reportaje; una de ellas, desde el ángulo de visión de los figurantes. Ahí enfrente debería estar Jacinto Calero, pensé mientras disparaba. Pero en lugar del turbador vacío que yo esperaba retratar, se colaron en el cuadro dos japoneses que acababan de irrumpir en la celda. Como no cesaban de entrar turistas en esa y otras "instalaciones" de la galería, emprendí la retirada. Sería mejor volver al museo en un horario menos concurrido.

En el hotel, el recepcionista me entregó un mensaje. Marcelo Silva me esperaba a medianoche en el flamante Casino Club, una mole de cemento inaugurada hacía solo unas semanas. Antes de la cita, me di un garbeo por el centro. Me llamó la atención la cantidad de puticlubs abiertos en una ciudad con aspecto todavía de poblacho a medio hacer. Tropicana, Red and White, Sheik, Candilejas… No tuve dudas: de haber llegado unas décadas más tarde, Jacinto Calero habría echado raíces en Ushuaia.

Marcelo Silva me esperaba en la entrada del casino. Era un grandullón de unos cuarenta años, ojos saltones y frente amplia. "Estamos de suerte, amigo, esta noche tocan los Súper Ratones, los Beach Boys argentinos", me dijo nada más saludarnos. Al ver el inmenso vestíbulo semivacío con hileras interminables de máquinas tragaperras, pensé que tal vez hubiera sido mejor encontrarme con Silva en el Tropicana o en el Candilejas. El remake habría sido insuperable. Pero ya era demasiado tarde. Pedimos dos vodkas con naranja y Silva abordó enseguida el asunto que nos había convocado. Su abuelo Ciriaco había llegado de España sin un peso en el bolsillo y había aceptado el trabajo de guardiacárcel para salir de la miseria. Nunca fue despiadado con los reclusos, me contó; al contrario, casi todos lo apreciaban por su cortesía, inusual en un carcelero. Radowitzky no lo olvidó y visitó a Ciriaco a su salida de prisión. Lo acompañaba un gallego locuaz e irreverente. Con algunos matices, el relato continuaba por los mismos derroteros que el de mi padre. Cuando Silva llevaba más de media hora hablando, le interrumpí abruptamente.

—¿Y qué hay del cuaderno de mi abuelo, Marcelo?

Silva no se tomó a mal mi brusquedad. Me miró fijamente, pidió otros dos vodkas con naranja y sacó del bolsillo de la chaqueta una cuartilla doblada escrita a mano. Antes de entregármela, me contó que su abuelo llevaba un diario personal en el que escribía una o dos veces a la semana. Marcelo conservaba toda esa memoria familiar. Cuando recibió mi mensaje, revisó los cuadernos que correspondían a abril y mayo de 1930 y halló varios pasajes extensos que se referían a una entrevista realizada por un tal Jacinto Calero a Simón Radowitzky.

—Te copié acá esto para que lo leas tranquilamente; si te interesa, arreglamos con el original.

¿Eso es todo lo que puede ofrecerme Silva?, dije para mis adentros. ¿Una versión de la entrevista de mi abuelo? ¿Para eso me ha hecho viajar a Ushuaia? No lo podía creer. Silva se levantó con su copa e insistió:

—Vuelvo en un rato y arreglamos.

Las luces del casino se apagaron de golpe. Los Súper Ratones estaban saliendo a escena. En ese momento me apiadé de los músicos. La audiencia estaba en otra cosa. Los pocos parroquianos que se habían dejado caer por el casino se entretenían enchufando billetes en las ranuras de unas máquinas que ya no aceptan calderilla. Marcelo Silva al menos movía el pie al ritmo de la música mientras apretaba impulsivamente los botones mágicos de la suerte. El grupo se lanzó enseguida con *Good Vibrations*. No sé si era la banda sonora adecuada para mi lectura. Tampoco tenía la luz conveniente —una lamparilla roja encima de la mesa— ni estaba en el lugar apropiado. Pero me armé de valor y comencé a leer:

"29 de abril, 1930. He conocido hace unos días a Jacinto Calero, periodista y compañero de causa de Radowitzky. Me leyó algunos fragmentos de la entrevista que le hizo a Simón. Casi se me saltaron las lágrimas cuando escuché cómo le había relatado el ruso sus recuerdos en la celda de castigo. Le dice Radowitzky a Calero: 'Estuve entre cuatro paredes desde el 30 de noviembre de 1918 hasta el 7 de enero de 1921. En el aniversario de mi evasión, la banda estuvo tocando bajo mi ventana varias horas, por la mañana y por la tarde. Así se divertían y creían que a mí me mortificaba recordar la fecha de mi fracaso. Pero

yo me reía de esos treinta hombres, me reía de su crueldad'. Calero me dijo que Simón le contó su historia sin dramatismo, refiriéndose muchas veces a las penalidades sufridas por otros presos antes que a las suyas. Le dice Radowitzky a Calero: 'Muchos presos no pudieron resistir la crueldad de los verdugos; algunos se ahorcaron, otros murieron de anemia o tuberculosis. Quien entraba en reclusión permanente sabía que se exponía a una muerte lenta'. Calero me confesó que no se pudo resistir y le preguntó a Simón si alguna vez se le pasó por la cabeza terminar de una vez con todo ese sufrimiento. Le dice Radowitzky a Calero: 'Sí, muchas veces pensé acabar de una vez en vista del fracaso de mi fuga y de los malos tratos. Pensé en hacerme matar o en seguir el ejemplo del 122. ¿Y sabes por qué no lo hice? Para que no gozaran mis verdugos, por eso no lo hice'. El 122 se ahorcó, le interrumpí a Calero, que asintió y continuó leyendo…"

—Estas maquinitas son la perdición de cualquiera…

Con dos vodkas en las manos, Marcelo Silva me transportó de nuevo al presente: las maquinitas de la suerte, el hall alfombrado y semivacío, los Súper Ratones y sus versiones de ayer y de siempre… Nada más sentarse, sacó un cuaderno añejo de su chaqueta y lo puso encima de la mesa. Como estaba ya lo suficientemente borracho, no le costó mucho informarme de sus intenciones. Ese misterioso "podemos arreglar" se tradujo finalmente en tres mil pesos. Quinientos euros, redondeé mentalmente. Hay que estar loco de remate para pagar ese dinero por una versión de una entrevista, por muy exclusiva que fuera… ¡hace ochenta años! Pero el adelanto que me había dejado Silva me había puesto los dientes largos. El nieto de Ciriaco resultó ser todo un profesional del marketing. Estimulado por el alcohol, no dudé en cerrar el trato. Llevaba dinero suficiente previendo ya una buena dentellada del guardián de mi exclusiva. ¿No había tenido que pagar Cervantes dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo a un morisco por la traducción del original de Cide Hamete Benengeli que había comprado en la calle por medio real? Silva contó los billetes uno a uno y luego se despidió deseándome mucha suerte. Cuando se hubo marchado, me di a la lectura del cuaderno compulsivamente mientras en mi mesa se iban amontonando vasos vacíos. Leí y bebí y escuché versiones de los Beach Boys interpretadas solo para mí por una banda de roedores pop en el mismísimo Fin del Mundo.

La historia es cíclica, supongo. A la mañana siguiente de mi encuentro con Silva tenía pensado volver al museo de la prisión para continuar con mi reportaje, pero la resaca y una terrible desazón me obligaron a cambiar de planes. El cuaderno de Silva no aparecía por ningún lado. Solo tenía en mi poder la cuartilla que me había adelantado. Después de poner patas arriba la habitación, me dirigí al casino pero lo encontré cerrado a cal y canto. Pasé todo el día tratando de recordar lo que había leído en el diario de Ciriaco, la versión de la entrevista de mi abuelo. Estuve esbozando fragmentos de lo que recordaba haber leído hasta que el casino abrió sus puertas. Mis peores presentimientos se hicieron realidad. Nadie sabía nada de un cuaderno. Traté de localizar a Silva, le envié varios mails, pero no logré dar con él. Parecía que se lo había tragado la tierra. Derrotado, regresé a la hostería y seguí reconstruyendo el diario con más voluntad que acierto. La musiquilla pegadiza de los Beach Boys —de un remedo de los Beach Boys, quiero decir— no se me iba de la cabeza.

Al final, tenía la versión de una versión de la entrevista. Adelanté el vuelo de vuelta a Buenos Aires, pero antes llamé al editor de la revista de viajes y le comenté que finalmente no había hecho el reportaje sobre la cárcel-museo pero que tenía en mi poder un documento periodístico único. Me colgó el teléfono bruscamente. Entonces me pregunté si alguna revista actual habría enviado a un cronista al Fin del Mundo a rescatar una entrevista exclusiva con el preso-fetiche de los anarquistas.

Casi siempre es un tronco, pero cuidado: a veces es Finlandia

En 1906, un anarquista francés se adelantó a Twitter —me explica Chiri—. Se llamaba Félix Fénéon y publicaba artículos de ciento cuarenta caracteres en el diario *Le Matin*, bajo el título "Nouvelles en trois lignes".
—¿De qué hablaba? —le pregunto.

SI TE DICEN QUE LA ÚNICA OPCIÓN ES LA CÁRCEL DEL SONETO, HACÉ EL MEJOR SONETO DEL MUNDO. NO PIERDAS TIEMPO CON MARCHAS A FAVOR DEL VERSO LIBRE.

—De todo un poco. Cosas de actualidad: suicidios, huelgas, robos, incendios… Por ejemplo este: "Catherine Rosello, vecina de Tolón, madre de cinco hijos, quiso esquivar un tren de mercancías. La atropelló un tren de pasajeros". O este otro: "Una loca de Puéchabon (Hérault), la señora Bautiol, despertó a sus suegros a mazazos". Hace poco todos estos pequeños textos fueron publicados en castellano, en un libro de editorial Impedimenta.
—Leyendo la nota de Calero me acordé de la comuna anarquista que quiso fundar Macedonio Fernández, a finales del diecinueve.
—¿En una isla, no?
—Si, en una isla cerca de Paraguay —le digo—: Macedonio y algunos amigos, entre ellos José Ingenieros y el padre de Borges… ¿Te imaginás si hubieran llegado a fundar esa colonia utópica? ¿Qué habría sido de la vida de Borges creciendo ahí, en medio de la jungla?
—Borges habría sido Benjamin Linus, sin duda.
—Lo único que queda de ese proyecto, dice Piglia en un documental que vi el otro día en YouTube, es un libro que se llama *La nueva Argentina*, de Julio Molina y Vedia: un personaje muy interesante.
—¿Quién era? —quiere saber Chiri.
—Era un convencido total de la causa. Fue uno de los primeros ingenieros recibidos en Argentina (el número veintitrés), pero dejó la profesión porque no quería seguir colaborando con la construcción de un mundo que ya estaba condenado, decía.
—¡Qué muchacho interesante!
—Vivía en una casa desarmable, de aluminio y madera, que la llevaba en un trailer o arriba del tren, en pedazos sueltos. La instaló en Munro, y ahí vivió un tiempo. En una nota que leí, sus nietos cuentan que los chicos del barrio le tiraban piedras a la casa, porque les parecía rara, y él salía a correrlos con un sable del general de Vedia, que luchó con Roca; un sable todo oxidado. Hay un cuento de Borges, "El Congreso", sobre un tipo que quiere formar una sociedad nueva, que está inspirado en él… ¿Sabés hasta qué edad vivió?
—No.
—Hasta los noventa y nueve años… Murió en 1973.
—Algo del eco de esta gente (de Molina y Vedia, de Macedonio, de Radowitzky) tiene que haber quedado, ¿no? —se pregunta Chiri.
—Pensá en Burning Man, en el software libre, en Reclaim the Streets, en el movimiento okupa… No son cosas que hayan nacido de un repollo. En realidad —le digo a Chiri—, un poco sin querer y otro poco a propósito, en este número de Orsai nos pusimos a hablar de anarquía y de segundas oportunidades. Mundos ácratas, espíritus sin gobierno, Wikileaks, código libre, el alma de Charly García yendo de la cama a la pileta de un hotel, la

Finlandia

por Javier Olivares

fiesta irreal de Burning Man, todo eso, puede ser tranquilamente un sueño afiebrado de Radowitzky en el catre de una cárcel, en el Fin del Mundo.

—Pobre Simón, le tocaron tiempos jodidos —me dice Chiri—. A lo mejor, si hubiera nacido en nuestros noventa, ahora estaría resistiendo el desalojo de una casa, cosas menos complicadas…

—Calero cuenta que estuvo preso con el Petiso Orejudo, nuestro asesino serial más célebre.

—No te olvides de Yiya Murano (la envenenadora de Monserrat) ni de Robledo Puch…

—No me olvido —le digo—. Todavía tengo grabada las crónicas de Osvaldo Soriano sobre el "ángel rubio de la muerte". Pero lo que te iba a contar es que encontré una página muy divertida sobre el Petiso Orejudo. Se llama petisoorejudo.com.ar. Es un trabajo muy bien hecho, con buena información: desde un cuadro detallado con todos sus asesinatos hasta una indagatoria en la que el Petiso cuenta, con lujo de detalles, cómo mató a sus víctimas. Escalofriante, pero recomendable…

—Sigo pensando en el pobre Radowitzky —suspira Chiri—, preso en el culo del mundo y compartiendo la mesa con presos como el Petiso… ¿Habrá peores exilios que ese?

—Yo, cuando era chico, practicaba para mi cadena perpetua. Me imaginaba que tarde o temprano me iban a meter preso, entonces me encerraba en mi habitación con una manzana, y fantaseaba con que esa era toda mi comida. Y me queda ahí, pensando. Preso.

—Eras un enfermo desde siempre —me dice Chiri— ¿De verdad te podrías acostumbrar a una cadena perpetua?

—Siempre pensé que tengo una capacidad de adaptación gasolera. Que, si me dan tiempo, le puedo encontrar el lado bueno a cualquier cosa. Pero me tienen que dejar pensar un rato, hasta que mi esencia optimista dé con la clave. Pero estoy convencido de que en algún momento de la falta de libertad, digo: "Bueno... Esta es mi cárcel, toda la vida va a ser así, el 17.672 es un tipo interesante, cuenta anécdotas divertidas..."

—"...aquél maniático rompe el culo que es una maravilla..."

—Sí, es verdad. Y te voy a decir algo bastante grave, Christian Gustavo. Si la vida va a ser eso, si la cadena perpetua viene sin las dos horitas de hotel por semana por buena conducta, y está todo mal y ya no hay más mujeres, creo que también me podría adaptar a que me guste uno.

—Es muy duro lo que estás diciendo.

—Para vos. Yo no tendría el prejuicio de "oh, me van a romper el culo todo el tiempo"; no voy a llorar toda la vida. Creo que me va a gustar más hacer culitos, pero quién te dice que no me gusten las dos variantes... ¡Pero si es todo lo que hay! No hay más nada que eso.

—¿Querés que deje de grabar? —me consulta Chiri— No podemos poner esto en la revista.

—No, grabá —le digo—. ¿Qué problema hay? Si a vos te dicen que la única posibilidad que te queda en tu carrera poética es el soneto (la cárcel del soneto, diría Rosencof), no tenés por qué perder el tiempo de tu vida manifestando a favor del verso libre. Hay que tratar de hacer el mejor soneto del mundo, pasarse las noches intentando buenos sonetos. Sonetos que, con la experiencia que da la práctica y la pasión, puedan leerse de corrido y parezcan versos libres.

—Es una suerte que nunca te hayan metido preso por mucho tiempo —dice Chiri.

—Sí. Casi siempre ha sido un tronco, pero uno nunca sabe. A veces es Finlandia.

El 14 de noviembre de 1995 maté sin querer a la hija mayor de mi hermana, haciendo marchatrás con el auto. Entre el impacto seco, los gritos de pánico de mi familia y el descubrimiento de que en realidad había chocado contra un tronco, ocurrieron los diez segundos más intensos de mi vida.

Diez segundos durante los que me aferré al tiempo y supe que todo futuro posible sería un infierno interminable.

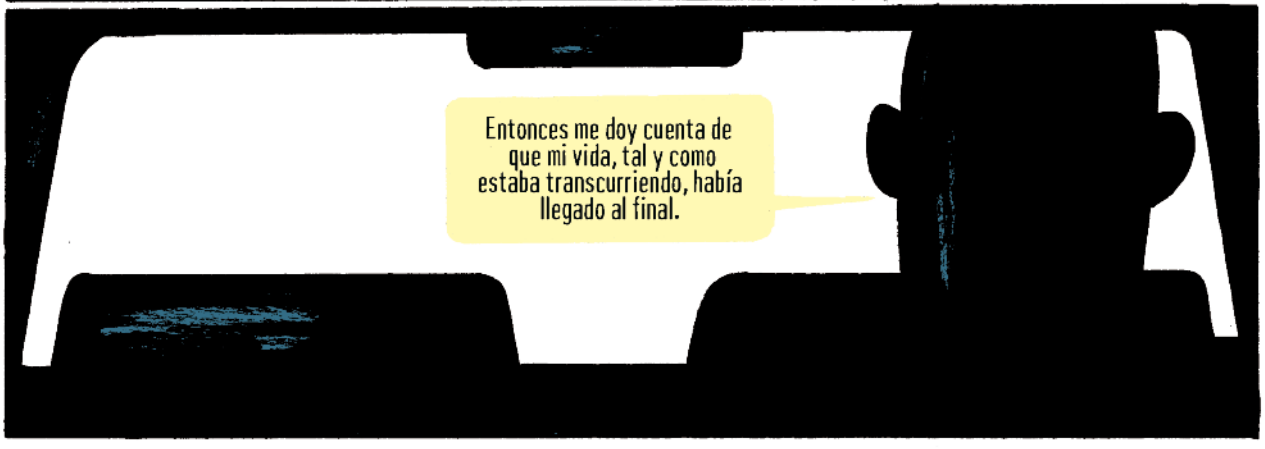
Yo vivía en Buenos Aires y había viajado a Mercedes para festejar el cumpleaños número ochenta de mi abuela paterna.
Festejábamos el aniversario de mi abuela con un asado en la quinta; ya estábamos en la sobremesa familiar.
A las tres de la tarde le pido prestado el auto a Roberto para ir hasta el diario a entregar un reportaje.

Me subo al coche, vigilo por el espejo retrovisor que no haya chicos rondando y hago marchatrás para encarar la tranquera y salir a la calle.

Entonces siento el golpe, seco contra la parte de atrás del auto,
y se detiene el mundo para siempre.

A cuarenta metros, en la mesa donde todos conversan, mi hermana se levanta aterrada y grita el nombre de su hija. Mi madre, o mi abuela, alguien, también grita:

¡LA AGARRÓ!



Entonces me doy cuenta de que mi vida, tal y como estaba transcurriendo, había llegado al final.

MI VIDA YA NO ERA
Lo supe inmediatamente. Supe que mi sobrina, de tres años, estaba detrás del auto; supe que, a causa de su altura, yo no habría podido verla por el espejo antes de hacer marchatrás; supe, por fin, que efectivamente acababa de matarla.
Diez segundos es lo que tardan todos en correr desde la mesa hasta el auto. Los veo levantarse, con el gesto desencajado.
Yo no hago nada; ni me bajo del coche, ni miro a nadie: no tengo ojos que dedicarle al mundo real.
Veo un vaso de vino interminable cayendo al suelo. Los veo a ellos, de frente, venir hasta mí.
Porque ya ha empezado mi viaje fatal en el tiempo, mi larguísimo viaje que en la superficie duraría diez segundos pero que, dentro mío, se convertirá en una eternidad pegajosa.

Lo veo todo tan claro, tan real, que solamente me queda pensar por última vez en mí antes de dejarme matar. Ojalá el Negro me mate —pienso—, ojalá sea tan grande su enajenación de padre salvaje, tan grande su rabia, que me pegue hasta matarme y no me dé la opción de tener que suicidarme yo mismo, esta noche, con mis propias manos, porque soy cobarde y no podría hacerlo,

Tenía casi veinticinco años, estaba escribiendo una novela larguísima y placentera, vivía en una casa preciosa del barrio de Villa Urquiza, con una mesa de pinpón en la terraza y toda la vida por delante, trabajaba en una revista donde me pagaban muy bien, tenía una vida social intensa, era feliz.
TCHAK
CHAS
Y entonces mato a mi ahijada de tres años y se apagan todas las luces de todas las habitaciones de todas las casas en las que podría haber sido feliz en el futuro.
Lo pienso de ese modo, desapasionadamente, porque ya no tengo ni cuerpo con el que temblar.
?!

1

En esos diez segundos, en donde el tiempo real se ha roto literalmente, en donde el cerebro trabaja durante horas para instalarse en un recipiente de diez segundos, descubro con nitidez que mis únicas opciones son las de huir...

2

...o suicidarme.

3

Podía irme a Finlandia, sí, a cualquier país lejano y frío, podía no llamar nunca más a mi familia ni a los amigos, podía convertirme en fiambrero en un supermercado de Hämeenlinna, pero ya no podría volver a escribir, ni amar a una mujer, ni pescar.

4

Me daría vergüenza la felicidad, me daría vergüenza el olvido y la distracción.

5

La culpa estaría allí involuntariamente, pero cuando comenzara la falsa calma o el olvido momentáneo, yo mismo regresaría a la culpa para seguir sufriendo.

6

La vida había terminado.
Yo debía desaparecer.

Pero si desaparecía, qué. Qué importancia podía tener darles a ellos la serenidad de no ver nunca más al asesino.
Ellos, mi familia, los que ahora corrían lentamente desde la mesa al coche para matarme o para ver el cadáver de un niño, podrían creerme exiliado, lleno de dolor y de miedo, temeroso y ruin, o agorafóbico.

7

8

Matarían a quien blasfemara mi memoria diciendo que se me ha visto reír en una ciudad finlandesa, a quien dijera que se me ha visto beber en un bar de putas, escribir un cuento, ganar dinero, seducir a una mujer o acariciar un gato. No creerían que alguien fuese capaz de semejante flaqueza, de tan penoso olvido, de matar y no llorar, de escapar y no seguir pensando en la tarde de verano en que una niña de tu sangre ha muerto bajo las ruedas del coche.

Diez segundos eternos hasta que alguien ve el tronco y todos olvidan la situación.

Nadie, ninguna de todas las personas que almorzaban aquella tarde de hace diez años en Mercedes, recuerda ahora esta anécdota. Nadie ha tenido pesadillas con estas imágenes: sólo yo me he despertado transpirado durante años enteros, cuando esos diez segundos regresan por la noche sin el final feliz del tronco; para ellos no ocurrió más que la abolladura de un guardabarros al final de la primavera.

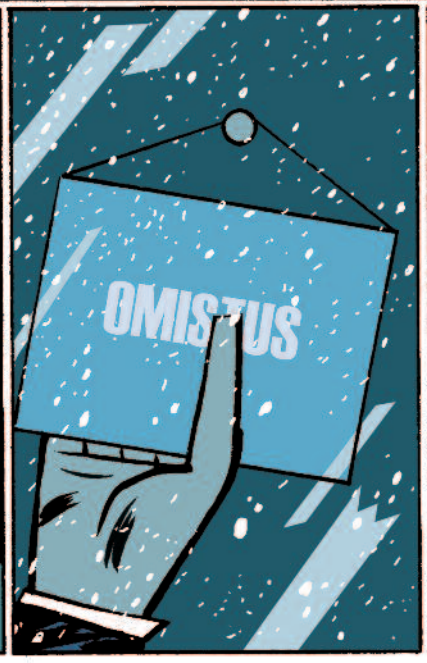
Nada malo pasó aquella tarde, ni nada malo ocurrió, antes o después, en mi vida. ¿Por qué entonces, en estos días, siento que he cumplido sólo diez, y no treinta y cinco años?

¿Por qué algunas noches me despierto y descubro que me falta el aire, y recuerdo como real el frío de una cabaña en Finlandia, y me encuentro con las hilachas de la angustia y el exilio, y me ahoga la cobardía de no haber tenido la voluntad de suicidarme?

Por suerte, casi siempre es un tronco y vivimos en paz. Pero todos sabemos, por debajo de la risa y del amor y del sexo y de las noches con amigos y de los libros y los discos, que no siempre es un tronco. A veces es

FINLANDIA

Un relato de **HERNÁN CASCIARI** adaptado por **JAVIER OLIVARES**



Los padrinos son arqueros suplentes en un Mundial

Con la mano en el corazón: si lo que atropellabas esa tarde en la quinta del tío Toto era realmente tu sobrina y no el tronco de un árbol, ¿de verdad te hubieras ido a Finlandia?
—¡Claro que me hubiera ido, si soy un cobarde! Finlandia es la metáfora de lo más lejos, lo más frío, lo más aburrido y lo más triste del mundo. Me hubiera borrado del mapa para siempre. Finlandia es un castigo personal que se me ocurrió justo después del golpe, con las manos todavía agarrando fuerte el volante del auto. Cuando no sabía que eso que había golpeado era un tronco.
—La historieta quedó buenísima —me dice Chiri.
—Alucinante. Javier Olivares le da su propia mirada al cuento, lo hace real. Lo ubica realmente en Finlandia.
—Le quita el tronco.
—Sí, me pone la piel de gallina. Son unos cuadros muy intensos —le digo—. Yo no conocía al autor. Le di el cuento a leer a Horacio Altuna para que me indicara por dónde podía ir el trazo, y él enseguida me señaló a Olivares. Me mostró cosas que tiene online, y me quedé con la boca abierta.
—Olivares te hizo más flaco de lo que sos —me dice Chiri—, porque en el número uno Jorge González te engordó un poco.
—Yo creo que Olivares me mentalizó en Finlandia: en su versión, yo ya había matado a mi sobrina y estaba pagando mi culpa. Entonces comer, esa acción gozosa, me daba un poco de vergüenza. Si yo hubiera matado a mi sobrina hace muchos años, te juro que ahora sería flaco.
—Ah —me dice Chiri—. ¿Por eso sos gordo? ¿Porque no mataste a nadie?
—Obvio.
—Si hubieras matado a tu sobrina, también podrías haber elegido el destino de Wakefield. ¿Te acordás de Wakefield?
—¡Sí! El cuento de Hawthorne. El tipo que deja a su mujer por una semana, se instala a la vuelta de su casa y se pasa escondido ahí veinte años enteros, sin volver y sin que nadie sepa nada de él.
—De vez en cuando espía su casa y a su mujer —recuerda Chiri—, siempre de lejos, y un día se la cruza por la calle, pero él está tan flaco, tan barbudo, tan cambiado, que ella no lo reconoce.
—Es verdad —le digo—. Hubiera sido mucho más cómodo para mí ser un Wakefield. Pero en ese momento pensé en Finlandia. Uno nunca sabe qué pensar en esos momentos.
—Hawthorne también pasó muchos años recluido (incluso vivió un tiempo en una comuna utópica, como la que proyectó Macedonio). En el ensayo que escribe Borges sobre Hawthorne, en *Otras inquisiciones*, dice que, para Malcolm Cowley, Wakefield es una alegoría de esa reclusión.
—Y dice también que en ese pequeño relato ve prefigurado el mundo de Kafka. Aunque Kafka, aclara, modifica y afina la lectura de Wakefield.
–¿Cuántos escritores han vuelto a esta historia? Hammett en *El halcón maltés*, Eduardo Berti en *La mujer de Wakefield,* Paul Auster en *Fantasmas*... De hecho muchas novelas de Auster parecen una reescritura de Wakefield, ¿no? Esas historias de tipos que se escapan o que directamente se

LO PRIMERO QUE HIZO PAUL AUSTER DESPUÉS DE TERMINAR UNA DE SUS NOVELAS FUE LIMPIAR EL CULO DE SU HIJA.

El padrino

por Fabián Casas

esfuman sin dejar rastros.

—Ahora me acuerdo de un librito de Hawthorne con prólogo de Auster que se llama *Veinte días con Julián y Conejito*. Es un extracto de los cuadernos de notas de Hawthorne, donde cuenta tres semanas que pasa solo con su hijo Julián, de cinco años, y con su mascota (el conejo del título), cuando su mujer y sus dos hijas se van solas a visitar a unos parientes que viven lejos. Hawthorne cuenta cosas de la vida cotidiana, nada del otro mundo, la relación con su hijo, los paseos, el conejo... Por ahí, una tarde, les cae de visita Herman Melville, porque eran vecinos.

—Qué loco —dice Chiri—, ser Hawthorne y tener de vecino a Melville. Estados Unidos es un pañuelo.

—Y no solamente eso: Melville le cuenta a Hawthorne cómo va con la escritura de *Moby Dick*, qué maravilla… *Veinte días con Julián y Conejito* es una obrita breve, muy tierna. Nada más que las observaciones que hace Hawthorne en esos días de soledad con su hijo. Notas escritas al pasar, sin ningún propósito de perdurar; pero mientras las leés estás ahí, con ellos…

—Me acuerdo de una entrevista en la que Auster cuenta una experiencia que le hizo entender la relación de los hijos con la literatura. Había alquilado una casa, y él escribía todas las mañanas mientras sus hijos jugaban en el parque. Estaba escribiendo *La música del azar*, creo. El día que escribió la última frase, prendió un cigarrillo y miró la pila de papeles sobre el escritorio. Estaba eufórico, porque sabía que por fin había escrito algo que a él mismo le parecía realmente bueno. Abrió la puerta y, mientras se repetía a sí mismo que era un genio, vio a su hija en el medio del parque, en cuclillas, totalmente desnuda, levantando con las manos un sorete que acababa de cagar. Eso fue lo primero que hizo después de terminar la novela: limpiar el culo de su hija.

—Se escribe diferente cuando se es padre.

—¿Por qué?

—En mi caso —le digo— la existencia de Nina hace que escriba con la convicción de que ella, alguna vez, leerá esas páginas. Cuando ocurrió aquella anécdota de Finlandia yo no tenía hija. Es decir, yo no era padre. La única criatura cercana que había en mi vida era Rebeca, esta sobrinita de tres años. Que para peor era la primera nieta de mis padres, la primera hija de mi hermana...

—...y tu ahijada —me recuerda Chiri.

—¡Es verdad! Además yo era, y soy, el padrino de esa chica. Ser padrino es como ser arquero suplente en un Mundial. Vos sabés muy bien que hiciste ese viaje al pedo, que no vas a ser culpable de las derrotas ni partícipe de las victorias, que solamente estás ahí por si ocurre algo malo y grave, pero tenés que estar. Tenés que ponerte los guantes, las rodilleras y sentarte en el banquito a ver los partidos. Un padrino es un padre suplente, que no sirve para nada.

—Pero ojo —dice Chiri—. Casi siempre es un tronco, pero a veces es Goycochea en Italia 90. A veces un padrino acaba siendo fundamental en la educación del ahijado.

—Fabián Casas tuvo un padrino así: de la categoría de los padres, uno de esos que dejan huella y que confirman lo que venimos hablando.

—¿De qué venimos hablando?

—De segundas oportunidades, supongo. Me parece que estamos hablando de eso desde el principio.

—Mirá vos —me dice Chiri, pensativo—. No me había dado cuenta.

EL PADRINO

Escribe **Fabián Casas**

Ilustra **Gabriel Ippóliti**

La primera vez que vi *El Padrino*, de Francis Ford Coppola, fue en un cine viejo de Avenida de Mayo. Creo que fui con un amigo de la facultad. Me gustó mucho. Después vi las dos primeras películas de la saga infinidad de veces, en videos, en el cable, en donde sea. Miré la tercera también en el cine, pero esta no me gustó tanto. La primera y la segunda son geniales. Cuando me junto con amigos y la conversación de sobremesa termina en estas películas, invariablemente me doy cuenta de que me gustan casi todas las escenas. Es extraño. No encuentro —como en algunas novelas— páginas de transición, partes que podría acelerar con el control remoto. No. Cada escena de las dos primeras me parece genial. La fiesta con la que se abre el relato y cómo cada invitado va a ver a don Corleone a su cuarto oscuro para pedirle favores, los fideos con tuco que preparan en el bunker mientras cocinan otros negocios, la visita de Robert Duvall a un mafioso en prisión para decirle —citando a los antiguos romanos— que va a tener que suicidarse o la tremenda cachetada de Michael Corleone a su mujer cuando ella le dice que abortó o va a abortar —no me acuerdo— y la locura de James Caan —Santino—, ese hermano mayor y terrible que termina cosido a balazos por no ponerse a pensar un poco, por no parar la marcha; todas esas escenas increíbles como la de Fredo pescando con su sobrino poco antes de ser asesinado por órdenes de su propio hermano. En fin, la sensación de que nacemos solos, morimos solos pero en el medio está la familia, ese grupo extraño y a la vez conocido que nos sirve para que nos paremos en el mundo pero que después, si no le ponemos cierto coto, nos puede terminar devorando.

No recuerdo cuándo vi por primera vez a mi padrino Bruno. Como la presencia del Yo, para mí siempre estuvo conmigo. Incluso hoy que, como dirían los alquimistas, abandonó la forma física, él sigue teniendo en mi vida mucha más presencia que algunas personas con las que me cruzo y trato.

Bruno Edgardo Vigano nació en Italia, en Meda, un pueblo cercano de la ciudad de Milán. Si uno llega a Milán, se toma un tren y en pocas estaciones se llega a Meda. Es una ciudad pequeña, de construcción medieval. Yo hice ese camino hace ya mucho tiempo y lo llamé a mi padrino desde un teléfono público de la estación. Él se fue de ahí a los treinta años y nunca volvió. Dejó a sus padres y a una hermana. Todos murieron después, mientras él vivía con nosotros. Nunca supimos por qué no quiso volver. Era una de sus muchas y misteriosas decisiones, esas que se toman encerrado en una pieza, lejos de los demás.

Mi padrino estudió Bellas Artes, era profesor de dibujo y siguió el oficio de tallista, con el que se destacó por su talento, es decir: trabajaba la madera, la movía a su antojo, la hacía hacer lo que él quería. Estuvo en la Segunda Guerra Mundial y cayó prisionero de los americanos justo antes de que lo mandaran a África, lo que parece ser que lo salvó. Siempre que me hablaba de la guerra, me la contaba con entusiasmo, como si hubiera sido algo intenso y edificante para él. Me contó que tenía un perro que lo seguía para todas partes, que este perro era "el perro de Bruno" y que todos los soldados lo querían y le daban de comer. Creo que por eso yo amo a los perros. Me habló de las latas de comida que le daban en el campamento, de los amigos que pelearon con él y de cómo, una tarde de calor, unos obreros sicilianos le enseñaron a preparar una ensalada hecha con roquefort, sardina, tomate y cebolla, cosa que él hacía en mi casa en los veranos y que a nosotros nos parecía deliciosa. Pero después de su muerte, cuando me puse a averiguar, descubrí que su guerra no había sido tan luminosa como él me la contaba. De hecho, su batallón había estado en el sitio de Nápoles donde la gente moría como moscas y él tuvo que defender un edificio a lo largo de varias semanas. Nápoles era una ciudad destruida, donde había peste y la gente se mataba entre sí por un pedazo de pan.

De manera que la leyenda familiar dice que mi padrino llegó a Buenos Aires para tomar la dirección artística de una fábrica de muebles, que en esa fábrica trabajaba mi viejo y que rápidamente se hicieron muy amigos. Tanto, que mi papá lo invitó a vivir a su casa para que dejara la pensión en la que dormía en el barrio de Flores. Mi padrino era un hombre hermoso, parecido a Yves Montand y, según mi viejo, muy mujeriego. Tenía unas manos gruesas de tanto pegarle a los fierros con los que tallaba la madera. Hay una foto que le sacó mi hermano Juan y que yo tengo en mi casa donde sus manos se ven en primer plano. El está en la terraza de la casa de mi viejo con una toalla al hombro y a punto de afeitarse. A mí me encantaba ver afeitarse a mi padrino. Preparaba el jabón y la brocha en una pequeña olla de metal y después se rasuraba mirándose en un espejo que colgaba en un rincón de su taller. El taller, que le construyó mi papá en el medio de uno de los dos inmensos patios de la casa, era un lugar extraordinario, repleto de bocetos de muebles en cartón, dos bancos de carpintero y herramientas de todo tipo. Tenía dos largos tubos de neón que usaba cuando se quedaba a trabajar hasta tarde o que prendía cuando el invierno acortaba los días. Mi padrino también era fanático de la radio. Recuerdo despertarme y escuchar la radio en su taller, bajar de mi pieza y, después de lavarme, ir a sentarme para charlar con él. En una época me fanaticé con Uri Geller, un tipo que decía que podía doblar los tenedores con solo mirarlos, con el poder de su mente. Le dije a mi padrino que yo también podía hacer eso, que había descubierto ese poder y le llevé un tenedor doblado. Me dijo que no lo comentara mucho, que esos poderes no le gustaban a la gente. A veces íbamos al cine. Me llevó a ver *Bamby*, *Recuerdos del futuro* y alguna película de James Bond. Le gustaba explicarme que sin duda había vida en otros planetas y también me relataba la fábula de Jesús pero como si fuera una novela de ciencia ficción. La relación que yo tuve con él, él la tuvo con su abuelo. Un día, durante la guerra, este se le apareció en un sueño y le dijo que corriera. Mi padrino se despertó y salió corriendo del cuarto donde dormía. A los minutos, una bomba cayó ahí y destruyó todo. El abuelo también había aparecido en un sueño de su madre, cuando la guerra estaba finalizando y ella no sabía nada de sus dos hijos, Ezio y Bruno. El abuelo —en el sueño— se estaba vistiendo con traje y corbata. La madre le preguntó por qué y él le dijo que era

El Padrino

para recibir a los muchachos que volvían. Ya despierta, esa tarde, la mujer escuchó en la radio que los dos estaban vivos, desmovilizados, y regresando a casa.

En la vida nos tocan seres oscuros y luminosos, aprendemos de los dos. Mi padrino fue un ser luminoso, que nunca se quejaba por nada y que vivió casi noventa años sin padecer ninguna enfermedad. No le recuerdo ni una gripe. Saltaba la soga en la terraza hasta los setenta años sin problemas y le gustaba tomar sol en una reposera que mi papá le regaló. Como solía decir mi viejo, vivió más años de argentino que de italiano. Una vez le pasé unos poemas en italiano de Pavese, para que mirara mis traducciones, pero me devolvió el libro diciéndome que no recordaba bien el idioma, que lo había perdido. A pesar de elegir vivir con nuestra familia —una familia grande, como ya no abundan, compuesta de tres hijos, una tía, mi primo y mis padres— él era un solitario. Almorzaba siempre con nosotros pero salía todas las noches. Tuvo, según mi viejo, un gran amor, una muchacha judía a la que sus padres le impidieron que la siguiera viendo. De hecho, una noche en que la estaba esperando en una esquina de Villa Crespo, se le acercaron varios hombres, lo rodearon y le tajearon la ropa con gillettes, como advertencia.

Mi padrino fue técnicamente mi padrino en mi bautismo religioso. Mis hermanos tuvieron otros padrinos pero los olvidaron rápido. Para ellos, mi padrino era su padrino. Mis amigos del barrio, que casi vivían en mi casa, no le decían Bruno, le decían “padrino”. Así que el tema del padrinazgo no era una cosa que yo iba a tomar a la ligera.

La primera ocasión de ponerme a prueba llegó, de manera inesperada, cuando trabajaba en un diario. El Mono, un gran amigo, había tenido un hijo y él y su mujer estaban muy entusiasmados con la criatura. El Mono se sentaba en el escritorio que estaba frente al mío. Tenía el pelo largo, rubio, muy fino, cortado tipo beatle. Escribía con un pucho en la boca. A veces se volvía loco cuando las cosas no le salían y le pegaba trompadas a la computadora y tiraba todo lo que tenía sobre el escritorio. Cuando nos prohibieron fumar en el diario, lo hacía en los pasillos, apoyando la pierna derecha contra la pared, como una garza en el agua. Un día me dijo que quería que yo fuera el padrino de su hijo. El

IPPOLITI

Mono tenía muchos amigos más antiguos que yo y me llamó la atención que él y su mujer me eligieran a mí. Le agradecí emocionado pero confieso que no sabía bien qué hacer. ¿Qué hace un padrino cuando no vive en la misma casa que su ahijado? Recuerdo que me agendé el día del cumpleaños del chico y que metódicamente le llevaba un regalo que compraba, después de darle muchas vueltas, en una juguetería de la calle Belgrano. Pero no lo veía seguido y no lo sacaba a pasear y no llamaba para hablar con él por teléfono. No teníamos relación de ningún tipo. Una tarde el Mono me citó en el bar de la esquina del diario y me dijo que me liberaba de la carga del padrinazgo. Por lo general, cuando pregunto sobre esta práctica, la gente me dice que no se suele quitar el padrinazgo, que más bien se olvida, se deja apagar. Pero el Mono, por mi impericia, me lo quitó.

La tercera oportunidad llegó varios años después. Yo había ido a un colegio a dar unas charlas sobre poesía y uno de los alumnos terminó siendo un gran amigo. Santiago Vega, conocido como Washington Cucurto en la literatura argentina, se casó y tuvos dos hijos, Baltasar y Morena. Cuando nació Baltasar, él y su mujer, Zunilda, quisieron que yo fuera su padrino. Estaba otra vez encerrado con un solo juguete. Pero acá la cosa se precipitó porque a Santiago le salió una beca en Alemania por un año y antes de irse, me dijo: "el nene queda en tus manos". Me acuerdo del primer día que lo fui a buscar. Baltasar tendría cinco años y yo una pesadez en el ánimo demoledora. Como cuando tuve que dar mi primer taller literario, no sabía qué hacer, me sentía abrumado. Y con todo un largo domingo por delante. Fuimos a almorzar, paseamos por la plaza, le compré unos juguetes que me pidió y terminamos comiendo helados ya bien entrada la noche. De a poco, sin que me diera cuenta, empecé a tener una relación con el nenito. Cuando no lo veía lo extrañaba y después de pasar todo un día con él me sentía como si hubiera estado en un spa. O haciendo meditación. Baltasar me hacía olvidar mis cosas. Trabajaba contra mi egoísmo. Yo lo tenía que cuidar, como me había cuidado mi padrino a mí. Pero también podía cuidarlo y disfrutar de ir de la mano, de sus charlas extrañas, de la misteriosa deriva infantil. Creo que si no hubiese sido por la relación que tuve y tengo con Baltasar, jamás me hubiera animado a tener hijos. Él no me llama por mi nombre, me dice Padrino. Baltasar me eligió y me creó. Y le dio a mis días una alegría inusual, desconocida para mí hasta ese entonces. Me preparó, también, para afrontar la muerte de mi padrino.

Una tarde, de golpe, mi padrino se empezó a sentir mal. Algo muy inusual en él. Como nunca había estado enfermo, tampoco tenía obra social ni ningún tipo de medicina prepaga. Era un estoico. Lo acompañé a un hospital que quedaba a un par de cuadras de la casa de mi viejo y lo internaron por algunos días. Lo sacamos de ese hospital y lo llevamos a otro que quedaba en el Parque Centenario. Iba a regañadientes porque no le gustaban los médicos ni estar lejos de sus cosas. Los síntomas eran de una gastritis violenta pero en los análisis también le había salido leucemia. ¿De qué muere en realidad la gente? No sé. Al final conseguimos que volviera a su habitación en la casa de mi viejo y lo monitoreábamos entre todos y con enfermeras. Una tarde subí a su pieza y me senté al lado de su cama. Salvo el cuerpo, que sufría, su mente era impecable. Como dicen los japoneses: solo el reflejo de la luna en el lago. "Padrino", le dije, "quiero que sepas que te quiero más que a nadie en el mundo. Te quiero más que a mis padres y nunca te voy a olvidar".

Mi padrino y yo habíamos tenido a lo largo de nuestras vidas muchas charlas metafísicas, para llamarlas de alguna manera. Sobre el espiritismo, sobre la posibilidad de vida en Marte y sobre la posibilidad de trascender la muerte. Una vez me llevó al Museo de Ciencias Naturales y me hizo tocar un pedazo de asteroide. "Fabito", me dijo, "esto estuvo en el espacio".

El día que le declaré mi amor incondicional, lagrimeó un poco y me abrazó. Después me dijo que había estado recordando el ruido que hacían los autos que corrían en el autódromo de Monza.

Mi padrino murió una madrugada y yo estaba a su lado. Esa noche mi viejo me llamó porque la cosa se estaba poniendo fea y salimos —a las cuatro de la mañana— en un taxi, con mi mujer, rumbo a su casa. Ni bien el taxi arrancó, hubo un apagón profundo en toda la zona y el chofer detuvo el coche. "Qué peligro", dijo. Fueron unos minutos en los que estuvimos suspendidos y en seguida volvió la luz. El taxi aceleró. Fiel a las enseñanzas, tomé ese apagón como una premonición. Le dije a Guadalupe al oído: "hoy va a morir mi padrino".

Un hombre que no sabe ser buen padre no es un hombre

Hace varios años —le cuento a Chiri— había una sección en el blog Orsai que se llamaba El Lomo.

—Me acuerdo vagamente, yo en esa época tenía una librería.

—Era una especie de blog global en el que los lectores recomendaban libros, películas y discos. Escribían reseñas y los demás comentábamos. Yo escribía poco ahí, prefería leer recomendaciones de otros. Allí una vez Xtian Rodríguez recomendó a Fabián Casas. Yo no lo conocía. Lo que recomendó, creo, fue un cuento que se llama "El bosque pulenta".

—¡Ah, qué cuento hermoso! —se excita Chiri.

—Yo quedé fascinado con esa historia, o mejor: con la narración coloquial de Fabián. El cuento empezaba así —le leo a Chiri—: "Se trata de dos chicos que salen a la vez por las puertas traseras del mismo taxi y, por miles de motivos, no se vuelven a ver más. Uno de ellos soy yo, el que cuenta la historia. El Otro es Máximo Disfrute, mi primer amigo, maestro, instructor, como se le quiera llamar. Mi mamá y su mamá trabajaban en la misma fábrica de ropa interior femenina. Lo primero que recuerdo es que estamos debajo de algo. Puede ser la mesa inmensa del dormitorio de mis viejos".

—Imposible que lo dejes de leer —dice Chiri.

—Tiene todos esos elementos de las anécdotas que se empiezan a contar en las sobremesas largas. Cuenta las cosas como dios manda, sin detalles pesados ni frases cargadas. Pone, por ejemplo "por miles de motivos", o también dice "como se le quiera llamar", y también escribe "estamos debajo de algo". Cosas que parecen fáciles de hacer, pero que son todo lo contrario. No sé si será igual cuando habla, no lo conozco personalmente.

—"Esa gente no escribía así: era así", como dice Abelardo Castillo de Kafka, de Arlt. Yo estuve una sola vez con él, cuando le pedí el texto para Orsai. Me lo presentó Pedro Mairal este verano argentino, en un bar de Conde y Lacroze. Y después de eso tuvimos un largo intercambio de correos, hasta que envió sus páginas. Es un tipo pulenta. Y sí, habla como escribe.

> EN ITALIA (Y TAMBIÉN EN PAÍSES COMO EL NUESTRO) TODOS TIENEN UN PADRINO.

—¿Estuvo a punto de escribir sobre una película, no? Una especie de diario de rodaje…

—Sí, la crónica de un rodaje de Lisandro Alonso, sobre un argumento o un guion suyo. Me dijo que se habían hecho muy amigos con Lisandro, y que tenía un montón de cosas lindas para contar.

—¿Y qué pasó?

—No sé. Tampoco me importó mucho. Y aunque me hubiera gustado leer el diario de rodaje, el texto del padrino tiene un valor increíble. Tiene el eco de algo pendiente. Me imagino a Fabián hablando en sobremesas sobre su padrino, contando la noche del apagón premonitorio, que sus amigos del barrio no le decían Bruno, sino "padrino"… Y me lo imagino diciendo, en voz alta, que alguna vez iba a contar esa historia, que iba a escribir sobre todo eso. Que lo haya hecho acá es un despelote.

—Cuando me dijiste que estaba trabajando sobre algo que se llamaba "El padrino" pensé lo más obvio: que iba a hablar sobre la película. Y me alegré por Comequechu, que cuando supiera que Casas iba a escribir sobre su trilogía favorita se iba a poner contentísimo. ¿Viste que mira la saga

Educando al extraño
por Santiago Roncagliolo

completa, como mínimo, cuatro veces al año? Cuando habla de los Corleone les dice *la familia*, pero como si él fuera un miembro más.

—Los Corleone son "La Familia", con mayúscula. Según Comequechu, en la saga de Coppola nunca se dice la palabra mafia. Me contó que antes del rodaje unos tipos con acento italiano le dijeron a Coppola y a Mario Puzo (el autor de la novela) que mejor omitieran esa palabra en el guion, y ya que estaban también otras como "cosa nostra". Que lo hicieran por el bien de ellos y de la película.

—¡Pero cuántos pruritos tenía la mafia en esa época! —le digo— Pensá en Roberto Saviano, que en su primer libro mandó al frente a toda la Camorra junta. Le faltó publicar la guía telefónica de Nápoles…

—Me encanta el libro de Saviano, Gomorra, pero me pega mal pensar que después de las amenazas se haya quedado completamente solo: sus amigos se alejaron, la novia lo abandonó, su familia se terminó de dispersar… Digamos: su vida se fue al carajo.

—¿Cuántos años tiene el famoso Saviano? —le pregunto a Chiri.

—Creo que treinta y uno. Pero vive rodeado de guardaespaldas, y cambiando de casa cada dos por tres, desde que tiene veintiséis o veintisiete. Se tuvo que hacer invisible a la fuerza. Una especie de Wakefield trágico, que después de todo lo que le pasó ya no sabe si está medio muerto o medio vivo. O si todo es un sueño demasiado real.

—Como el sueño que tuvo el padrino de Fabián, que dicho sea de paso pisó las tierras de Saviano como soldado. Y que en plena guerra soñó con su abuelo diciéndole que corra, y él se despertó y se salvó de que le cayera una bomba en la cabeza.

—Lástima que Saviano no tenga a nadie que lo despierte de esta pesadilla, por el momento. Y que los únicos padrinos con los que se topó en los últimos años, pobre Roberto, no hayan sido precisamente los mejores.

—Tiene razón Tom Hagen —le digo—, el consigliere de la Familia Corleone, cuando dice que la vida es muy dura para los italianos, y por eso no les queda otro remedio que tener dos padres para que los cuiden. Por eso, en Italia (y también en países como el nuestro) todos tienen un padrino. Y Fabián no se puede quejar, porque de yapa su padrino era italiano.

—Yo tengo tres ahijados —me cuenta Chiri—, y a uno hace muchísimo tiempo que no lo veo. Espero que no me hayan retirado mi derecho al padrinazgo, como hizo el Mono con Fabián. Tengo esperanzas de recuperarlo.

—Yo a mi primera ahijada casi la atropello con un auto y termino en Finlandia, así que no tengo mucha autoridad para opinar al respecto… A mí lo único que me preocupa, ahora mismo, es ser un buen padre.

—Será la edad —me dice Chiri—, pero a mí también es casi lo único que me importa.

—Justamente de eso hablábamos hace unos días con Roncagliolo: de ser buenos padres. Cuando le pedí que escribiera sobre ese tema para Orsai, y después lo conté en el blog, hubo algunos lectores que no estuvieron de acuerdo.

—Sí, leí a algunos decir que esos contenidos son para la revista *Ser Padres Hoy* —me dice Chiri.

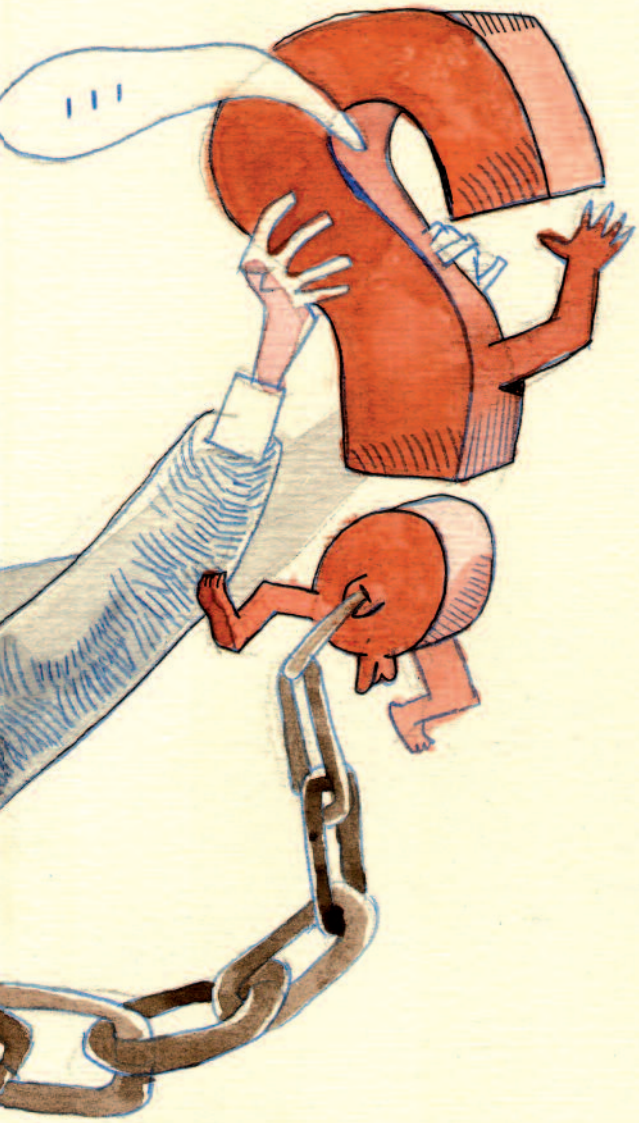
—Es muy posible que esos lectores no tengan hijos —le digo—. Pero ya tendrán. Y por ahí cuando los tengan volverán a estas páginas de Orsai y verán que nuestras preocupaciones de tipos de cuarenta años no estaban tan mal encaminadas.

—Está muy bien —dice Chiri—, que las revistas Orsai también sirvan en el futuro imperfecto. Además, se lo dijo don Vito Corleone a Johnny Fontane: "Un hombre que no sabe ser un buen padre, no es un auténtico hombre".

EDUCANDO AL EXTRAÑO

Escribe **Santiago Roncagliolo**

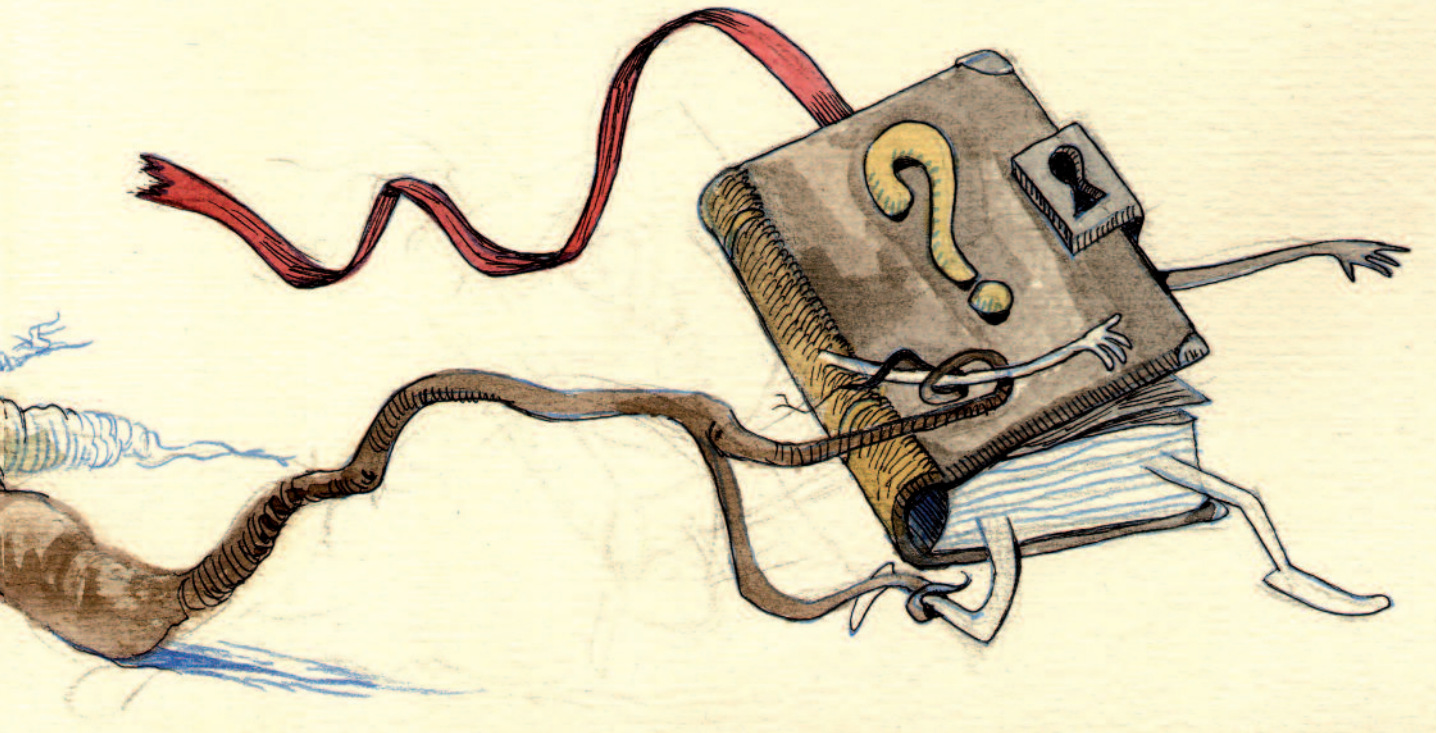
Ilustra **Pepe Farruqo**



Yo había visto las películas. Tenía previsto que al comenzar las contracciones mi esposa se pondría muy nerviosa, y yo también. Tomaríamos un taxi que se atascaría en el tráfico, y llegaríamos al hospital justo a tiempo. En la sala de partos, ella gritaría y me insultaría, y yo me desmayaría hasta que sacasen de su vientre a un bebé rollizo y rosado que contemplaríamos embelesados. Sonrisas a la cámara. Final feliz.

Fue todo lo contrario. Las contracciones se anunciaron con tiempo, desde la madrugada, y mi esposa me llamó por la mañana para reunirnos en el hospital. Ella ya estaba ahí cuando llegué, y aún pasaron unas horas más antes del parto, que se desarrolló —epidural mediante— con calma y rutina. Y por cierto, los bebés son morados y sangrientos, como los zombies.

El estrés no fue el parto. El estrés recién estaba a punto de empezar.



LLORAR ES LO NORMAL

La primera noche nos trajeron al niño a nuestro cuarto en el hospital. Yo dormía en el sofá, mi esposa en la cama, y el niño en una especie de incubadora, bajo un potente haz de luz que debía estar encendido todo el tiempo por alguna razón médica que no entendí. Para proteger sus ojos, le embutieron unas gafas oscuras que pugnaba por arrancarse con sus recién estrenadas manitas. Nuestra obligación era asegurarnos de que no se quitase las gafas ni se apartase de la luz. A pesar del sueño, vigilarlo fue fácil, porque durante nueve horas no paró de gritar.

LO ÚNICO POSITIVO, EN MEDIO DE ESOS SOMBRÍOS PENSAMIENTOS, ES QUE VALORAS MÁS A TUS PADRES.

Obviamente, lo atribuimos a la lámpara. Pensamos que nuestra idílica existencia familiar tendría que posponerse un par de días, hasta llegar a nuestro dulce hogar. Pero una vez en casa, nada cambió. Con o sin lámpara, el pequeño lloraba toda la noche, pegando alaridos. Primero tenía cólicos.

Más adelante resultó que debía aprender a dormir. Yo siempre había pensado que uno nace sabiendo eso, pero uno nace sabiendo nada. Uno nace siendo un extraño que no conoce al mundo ni a las personas con quien vive, y se ve obligado a hacer ciertas cosas en ciertas horas sin entender por qué.

Debíamos haber planeado alguna solución. Pero cuando llegaba el día estábamos demasiado agotados para pensar. Aunque hubiésemos estado más frescos, no teníamos tiempo de nada. Nuestra idea original del permiso de maternidad era un periodo de tierna convivencia. La realidad hizo pedazos nuestras previsiones.

Mi día consistía en darle personería jurídica al niño: Registro Civil, Seguridad Social, ayudas del Gobierno a la maternidad, Libro de Familia. Había que inscribirlo en miles de lugares, haciendo miles de colas, para llevar a casa miles de papeles. Pero el día de mi mujer era peor. Ella se había convertido en un restaurante abierto las veinticuatro horas. Vivía en pijama, agotada, con el cuerpo derrengado por el parto y las fuerzas absorbidas por el recién llegado. Para colmo, durante la fase de adaptación a la lactancia, el niño le lastimaba los pezones.

Pero lo más desesperante era el llanto. Un bebé no tiene ningún medio para hacerse entender. No conoce palabras, y ni siquiera tiene una paleta de matices para sus ruidos, como los gatos o los perros. Un bebé ni siquiera tiene claro qué quiere exactamente, ni cómo conseguirlo. Un bebé siente alguna necesidad, hambre, frío o dolor, y lo único que puede hacer es gritar hasta que alguien la resuelva.

En este caso, podría decirse lo mismo de sus padres. Mi familia vivía a doce mil kilómetros de nosotros, en Lima. La de mi esposa se reducía a una persona: su madre, una valenciana de setenta y cinco años, con sus propios problemas médicos, que vivía a quinientos kilómetros de Barcelona y que había criado solo a una niña en una ciudad pequeña en tiempos de Franco. No teníamos ninguna referencia sobre cómo actuar con un bebé. Si seguía llorando después del pañal y el biberón, no sabíamos qué hacer. Si tenía fiebre, lo llevábamos de inmediato al hospital. Dicen que los inmigrantes recurrimos demasiado a la Seguridad Social. A lo mejor. Pero es que *demasiado* es una palabra para familias con abuelos y tíos, equipos de asistencia médico-afectiva. Cuando eres de fuera, no tienes nada de eso.

Una vez, llevamos al niño al hospital solo porque lloraba. Llevaba seis horas sin parar, y ya no sabíamos qué hacer. Pasamos una hora más en la sala de espera hasta que nos atendió una doctora bajita de mediana edad, con cara de conocer bien la vida. Apenas miró al bebé. Le tocó la frente, le miró la lengua y sentenció:

—Es un bebé. Los bebés lloran.

—¿Todo el día? Tiene que haber una medida, un promedio ¿Qué es lo normal?

Ya de espaldas, quitándose los guantes de látex como dos condones, alejándose para revisar a otro paciente, abandonándonos a nuestra desdicha, la doctora concluyó:

—Llorar. Llorar es lo normal.

La crisis neurótica que me producía la falta de sueño tenía otras manifestaciones, algunas de ellas, francamente siniestras. La peor fue el descubrimiento de que amar a tu hijo es obligatorio. Es tu deber ser feliz. Cuando tienes un bebé, la gente se te acerca con sonrisas beatíficas y te pregunta, más bien te afirma:

—¿Qué tal la paternidad? Es un dechado de bendiciones y felicidad ¿verdad?

Y tú, que sientes que alguien ha metido tu vida en una batidora, que llevas un mes sin dormir dos horas seguidas, que dedicas cada segundo de tu existencia a una persona incapaz de agradecer nada pero infaltable para quejarse y demandar, que recuerdas con nostalgia aquella época lejana en que salías por la noche y dormías hasta medio día los fines de semana, sabes que debes callar. Exponer tu sufrimiento no resolvería tus problemas, solo te convertiría a ojos de los demás en un psicópata. Así que recoges tus ojeras, fuerzas a tus labios a dibujar una sonrisa y dices, con toda la firmeza de que eres capaz:

—Sí. Soy muy feliz.

Pregunté a otros padres si sus hijos habían llorado tanto al nacer. Todos me dijeron que no, que sus hijos habían dormido siempre de un tirón catorce horas. Que comían como caballos, de todo y sin chistar. Que cada minuto a su lado había sido una fuente de inagotable felicidad. Algunos incluso aseguraban que sus niños se comunicaban con gestos desde antes de aprender a hablar, formulando con claridad sus demandas y sugerencias.

Supongo que los seres humanos tienden a olvidar las malas noches de su pasado. Quizá se deba a un condicionamiento biológico, orientado a garantizar la reproducción de la especie. O quizá solo fingen olvidar. El caso es que, ante ese despliegue de unánime felicidad, te empiezas a preguntar si tu niño tiene algo raro. O si tú tienes algo raro. Quizá eres una mala persona. Tal vez no estás preparado para ser padre. Hay algo malo en ti, algo congénitamente equivocado, y es demasiado tarde para que te eches atrás. Acabas de cometer el peor error de tu vida, y es un error que te acompañará, en el mejor de los casos, de por vida.

Lo único positivo, en medio de esos sombríos pensamientos, es que valoras más a tus padres. Específicamente, valoras que no te hayan arrojado por la ventana mientras podían. Y no importa qué tan tirante sea tu relación con ellos, o qué conflictos hayan tenido en el pasado, empiezas a sentirte realmente agradecido por ello.

Lástima que es tarde para corregir todos tus errores de infancia y adolescencia, pero no te preocupes, la vida es cruelmente justa: también será tarde cuando tu hijo quiera corregir los suyos.

Mira quién habla

Puedo recordar el momento exacto en que todo cambió. El instante en que la vida comenzó a florecer. Ocurrió en verano, en un apartamento que mi suegra alquilaba cerca de la playa. El niño tenía cuatro meses, así que nosotros habíamos sumado ya ciento veinte noches sin dormir, un récord. Pero sus llantos eran ya una rutina. No teníamos fuerzas ni para enfadarnos. Solo tratábamos de calmarlo maquinalmente, con el entusiasmo de dos muertos en vida.

LA PATERNIDAD ES EL EJEMPLO MÁS PATENTE DE LO INÚTILES QUE SOMOS LOS HOMBRES.

Una tarde, mientras él dormía una siesta en nuestra habitación, mi esposa y yo lo oímos gritar. Intercambiamos miradas de súplica y, al final, me levanté a atenderlo yo. Conforme me acercaba a la habitación, sentí que su llanto sonaba diferente de lo normal. Era más agudo pero menos lacerante, y llegaba acompañado de gorjeos. Temí que se estuviese ahogando y me precipité hacia la cama. El niño miraba al techo con los ojos muy abiertos, como asustado, e intermitentemente producía esos extraños sonidos. Tuve que acercarme mucho para comprender lo que ocurría. Se estaba riendo.

Acababa de descubrir el sonido de su propia voz: gritaba un poco, y se escuchaba sorprendido, y eso le producía risa, algo que lo sorprendía más, así que volvía a gritar. Estaba contento. Era la primera vez que lo veía contento. A veces había estado relajado, satisfecho, incluso entretenido. Pero ahora se estaba riendo a carcajadas. Y súbitamente, yo también.

La paternidad es quizá el ejemplo más patente de lo inútiles que somos los hombres. Nuestra participación en la gestación toma cinco minutos, probablemente robados al intermedio de un partido de fútbol, después de los cuales nuestra presencia se vuelve irrelevante. Tras el nacimiento, el bebé tiene una relación física con su madre: responde a su tacto, a su olor, a su voz. Pero el padre, ese despojo de la naturaleza carente de tetas, tiene poco que ofrecerle. Su función se limita a comprar cosas en la farmacia y tratar de que la madre lo lleve lo mejor posible.

El padre va entrando en escena conforme el niño comienza a comunicarse, y sus relaciones interpersonales ya no dependen del contacto físico. La primera manifestación de respuesta a estímulos externos es la risa. Rápidamente le siguen los balbuceos, después las palabras y, al final, las estructuras gramaticales.

El límite entre estas últimas etapas es bastante difuso, y tiene más que ver con la voluntad de los padres que con los verdaderos progresos del niño. Por ejemplo, en la mayoría de las lenguas, las palabras para referirse a los padres se componen de vocales abiertas y consonantes labiales combinadas y reduplicadas, como "papá" y "mamá". Esta extraña coincidencia se debe sencillamente a que esos son los primeros sonidos que los niños articulan. Pero en todos los casos, los padres, ansiosos por ser reconocidos por sus hijos, celebran estos balbuceos efusivamente:

—¡Ha dicho mamá!

Y todo el mundo se pone feliz. Es el nombramiento oficial, el momento en que el niño admite que es *su* niño, y por lo tanto, agradece tácitamente todo lo que se hace por él.

Por supuesto, esa no es la interpretación del propio niño. Él solo comprende que cada vez que pronuncia esos sonidos las personas a su alrededor están felices y, lo más importante, le dan cosas, así que los repite una y otra vez, y va delimitando su significado. Empieza a descubrir que otros sonidos le procuran beneficios más específicos, y a darle nombres a las cosas. Ya entonces "papá" y "mamá" han dejado de ser dos balbuceos aleatorios para convertirse en dos títulos oficiales.

Conforme el niño adquiere el lenguaje, sus padres lo van perdiendo. O, al menos, pierden cualquier tema de conversación que se aparte de su hijo. En mis reuniones con viejos amigos, fui descubriendo que había quedado desfasado. La paternidad me absorbía tanta energía que ya no estaba al corriente de las noticias, ni de los lanzamientos de libros y películas, ni de más o menos ninguno de mis objetos habituales de interés (que, por otra parte, nunca habían sido muchos). Pero, además, tampoco me interesaban gran cosa esos temas. Mi mundo se había reducido drásticamente y, en un cincuenta por ciento, estaba constituido por cacas, pañales y biberones. Pronto empecé a reconocer en las caras de mis amigos la misma expresión de aburrimiento que antes había puesto yo cuando otros me informaban sobre sus propias cacas y pañales.

Cuando el niño estaba presente, su constante demanda de atención volvía imposible cualquier conversación adulta: con frecuencia manoseaba, escupía y —alguna vez— vomitaba sobre mi interlocutor. Como estaba descartado cambiar de hijo, se impuso cambiar de interlocutores. Mi vida social se desplazó de los solteros a los casados, de los solitarios a los padres de familia, de la gente que salía de noche a la gente que salía de día.

LO PEOR DE TODO ERA VOLVER A CASA Y DESCUBRIR QUE EN SOLO TRES DÍAS ÉL HABÍA APRENDIDO UNA NUEVA GRACIA.

Sin embargo, me quedaba un refugio: los viajes de trabajo. Al principio de todo esto, yo pensaba que mis compromisos fuera del país me permitirían breves paréntesis de regreso a la vida sin hijos. Los viajes solían estar sazonados de vida social y salpicados en alcohol, de modo que no tenía que renunciar por entero a mis costumbres de hombre libre.

Y sin embargo, en ese aspecto, la transformación de la paternidad fue tan radical como en los otros, pero mucho más sorprendente.

Antes de ser padre, cuando llegaba a una ciudad nueva y dejaba mis cosas en el hotel, lo primero que pensaba era:

—¡Qué bien! Ahora voy a buscar a un par de colegas para salir hasta la madrugada.

En los primeros meses de vida de mi hijo, en los pocos y breves viajes que hice, pensé siempre:

—¡Qué bien! Ahora voy a dormir doce horas.

Pero cuando el niño empezó a dormir mejor, las cosas empeoraron. Porque la falta de sueño fue sustituida por una emoción totalmente nueva y desconocida para mí: la añoranza.

Yo siempre había sido, desde el punto de vista familiar, un malnacido. Jamás llamaba a mis padres por teléfono y olvidaba sus cumpleaños. Los compromisos familiares me

tenían sin cuidado, y la manía de mi madre por saber cada detalle intrascendente de mi vida —qué has desayunado, a quién has visto, cómo ha amanecido mi hijito— me ponía nervioso, incluso irascible. Pero durante mis viajes, en los momentos más insospechados, se me venía a la mente la imagen de mi hijo jugando conmigo a los muñecos o a la cocinita. Tenía que dar charlas en público, y en vez de mi trabajo o la literatura, me apetecía hablar de lo bien que mi niño ordenaba su cuarto. Por las noches, me torturaba no tener una foto más reciente de él para verlo tal cual era. Por supuesto, cuando hablábamos por teléfono ametrallaba a su madre a preguntas —qué ha desayunado, a quién ha visto, cómo ha amanecido mi hijito— y si, por casualidad, se enfermaba durante mi ausencia, me sumía en estados de culposa depresión.

Lo peor de todo era volver a casa y descubrir que en solo tres días él había aprendido una nueva gracia, era un poco más alto, decía nuevas palabras. Se transformaba en otra persona en cuestión de horas, y con cada viaje yo me perdía la persona que había sido durante un tiempo, una persona que nunca más volvería a existir.

INTRODUCCIÓN A LA NARRATIVA

Después de adquirir el lenguaje, los seres humanos empiezan a contar historias. Es un paso lógico o, al menos, es el paso que sigues si tu padre es un narrador obsesivo compulsivo básicamente incapacitado para cualquier otra faceta de la vida real. Como yo.

Los primeros relatos que mi hijo consiguió entender eran muy simples y, en su mayoría, tenían moralejas prácticas. Eran más o menos así:

—Este era un niño que no se quería bañar. Pero le salieron piojos en la cabeza. Y los piojos se comieron su desayuno. Entonces comprendió que debía bañarse.

Es difícil explicar a un niño de un año por qué debe bañarse. O por qué debe comer. O dormir a una hora determinada. No está capacitado para entender las razones. Le resulta mucho más fácil escuchar una historia sobre alguien más como él, y descubrir qué le ocurre por ser de esa manera. Supongo que por la misma razón se venden más novelas que ensayos: las argumentaciones son abstractas, se construyen con ideas. Las historias son concretas, se construyen con hechos; además, atribuyen causas y consecuencias a las acciones,

y al hacerlo les dan un sentido. De manera natural, mi hijo empezó a pedirlas para explicarse cada pequeño hecho de la vida. Si lo llevaba al colegio, me decía:

—Cuéntame el cuento del colegio.

Y yo le contaba un cuento sobre un niño que no quería ir al colegio y se encerró en su cuarto y le crecieron hongos en las axilas. Si lo llevaba al baño, me pedía:

—Cuéntame el cuento de la caca.

Y así.

Es curioso pararse a pensar que para un niño todo es posible. El sol se acuesta por las noches, el mar le da besos a la playa y los caballos hablan. Nada en su experiencia le impide procesar esos hechos como ciertos. Conforme crecemos, vamos clasificando las cosas en "posibles" e "imposibles" y establecemos relaciones lógicas entre ellas. Los grandes pensamos que si es de día no puede ser también de noche, y que si los animales no hablan, tampoco pueden cantar. Pero para un niño, la realidad es más flexible. En cierto modo, su mundo es más amplio que el nuestro. La imaginación es la total ignorancia de los límites de la realidad, que hace que los niños siempre encuentren puntos de vista originales sobre ella.

Para muchos padres, el mayor obstáculo para establecer vínculos con sus hijos es que han perdido esa facultad: la imaginación. Sus hijos son una fuente constante de ocurrencias, invenciones y asociaciones libres, y ellos no

consiguen ponerse a la altura, razón por la cual pierden la paciencia. Mi problema es exactamente lo contrario: tengo mucha imaginación. Puedo pasarme muchas horas inventando cosas y jugando con el niño, pero me cuesta poner reglas claras y me aburro mortalmente al enfrentar la mayoría de sus necesidades prácticas. Al parecer, mi edad mental es de unos dos años y medio.

La parte buena de eso —si tiene alguna— es que puedo ahorrarme muchos berrinches, porque las fuentes de conflicto habituales —ve a bañarte, cómete tu comida, vístete— se resuelven mediante el recurso a la ficción. Si yo le doy una orden, es muy posible que se niegue. Pero si se la da Spiderman, o su tigre de peluche, o el malo de los dibujos animados, acatará sin dudar. Si el baño no es el baño sino el escenario de un combate naval, se bañará. Si su chaqueta negra no es su chaqueta sino la capa de Batman, se la pondrá. No es que no distinga entre la realidad y la ficción. Es que la ficción, al ser más colorida, más aventurera y más atractiva que la realidad, también le parece más real.

Quizá por eso mi niño es adicto a los cuentos. Todas las noches, me pide que le cuente uno. Con frecuencia recurro a un clásico, como *La Cenicienta*, *Pulgarcito* o *Hansel y Gretel*. Llevaba décadas sin leer esos cuentos, y ahora que los he redescubierto siendo ya un narrador me sorprende lo bien construidos que están. Tienen escenarios espectaculares, como bosques oscuros o casas de caramelo. Y puntos de giro sorprendentes, como la aparición de los siete enanos o la llegada del lobo. Y, lo más increíble, son políticamente incorrectísimos y muy violentos. Los padres de Pulgarcito lo abandonan en el bosque porque no pueden mantenerlo. El lobo se come a la abuela de Caperucita, y cuando llega el leñador, le abre el estómago para sacarla. Las madrastras invariablemente torturan a las hijas de sus maridos.

Los modelos de familia de los clásicos infantiles serían desaprobados por toda la pedagogía del siglo XXI. Pero esos cuentos han durado y durarán más que cualquier modelo pedagógico, e incluso pueden adaptarse a ellos (en las últimas ediciones, por ejemplo, el lobo no se come a la abuela: la guarda en el armario, porque como todos sabemos, los lobos cazan a sus presas y las guardan en sus armarios).

Algunas noches mi hijo no quiere ningún cuento clásico. Pide relatos a la carta, como el cuento "del piojo" o el "del árbol" o cualquiera que se le ocurra. En esos casos, me veo obligado a improvisar. A veces, las improvisaciones salen bien. Otras, terriblemente mal.

Puedo saberlo porque un buen cuento, como una buena droga, surte efecto: el niño se relaja, se apacigua, y no tarda mucho en dormirse. En cambio, cuando el cuento no está bien tramado, o el personaje no me queda claro, o simplemente le falta acción, el niño se revuelve inquieto en su cama, se enoja, llama a su madre. Entonces sé, como un mal actor en el escenario, que he fracasado. Porque escuchar historias es una facultad natural, como comer o dormir. Nadie le ha enseñado a hacerlo, pero él sabe cómo.

LOS MODELOS DE FAMILIA DE LOS CLÁSICOS INFANTILES SERÍAN DESAPROBADOS POR TODA LA PEDAGOGÍA DEL SIGLO XXI.

La llegada de mi hijo también cambió mi propia manera de enfrentarme a las historias. Particularmente, me volvió sensible a las escenas de crueldad contra niños. Lo descubrí viendo *Anticristo* de Lars von Trier. En la primera secuencia, asistimos al suicidio de un niño de tres años. Mientras sus padres hacen el amor en su dormitorio, él acerca una silla a la ventana del tercer piso, trepa sobre ella, y se lanza. Ante todo eso, yo sentía que se me revolvía el estómago, que me atenazaba el pánico, y por primera vez en mi vida —una vida marcada por el amor al género de terror— sentí ganas de cerrar los ojos frente a la pantalla. En *Los próximos tres días* con Russell Crowe, un niño asiste al violento arresto de su madre. Los policías allanan la casa, le gritan a todo el mundo y se llevan a la mujer frente a las lágrimas de incomprensión del pequeño. Cuando vi la escena, quise levantarme de la butaca e irme del cine.

Yo, que en una novela monté a un niño sobre el cadáver de su abuela y lo hice caminar por una cornisa. Yo, que escribí un cuento para niños en que el protagonista muere al final.

Dios, ya no soy el mismo.

EL EXTRAÑO SE PARECE A MÍ

Un día, mi hijo decidió que no quería que le diese su biberón en la mano. Quería que se lo dejase en la mesa para recogerlo personalmente.

Otro día, se negó a que le lave el pelo. La sensación del agua cayendo sobre su cabeza le resultaba insoportable.

Mientras tanto, empezó a mostrar gusto por el espectáculo: antes de salir, exigía ponerse su disfraz de Spiderman, máscara incluida. La gente por la calle lo saludaba y le sonreía. Algunos le pedían que los salvase de algún peligro imaginario. Ante el éxito del público, él volteaba y me decía:

—Mira papá, me han reconocido.

Y si yo trataba de llevarlo por una calle vacía, protestaba:

—Pero papá, en esta calle no me van a reconocer.

El siguiente disfraz fue bastante previsible: la camiseta del Fútbol Club Barcelona. La descubrió en el invierno de sus dos años, con toda la ciudad en plena fiebre Leo Messi. Ir al colegio, pasear, dormir, todas eran actividades imposibles sin la camiseta de Leo Messi. Y aunque en el exterior hiciese cero grados, el niño se negaba a cerrarse la chaqueta:

—¡No la cierres, papá —chillaba—, que no se ve mi camiseta!

Todas esas demandas configuran un nivel superior. Ya no se trata de "quiero comer" o "tengo frío". Ahora es, si se puede decir así, una cuestión de estilo.

A sus dos años, el niño decide que quiere tener una personalidad, una forma propia de vestir, jugar y hacer las cosas, una serie de actividades que le interesan y actividades que no. Para mí, lo más sorprendente es que, para bien o para mal, esa personalidad es parcialmente de mi responsabilidad. Su sentido del espectáculo es el mío. Y yo, como él, siempre tuve un vocabulario muy desarrollado —casi ridículamente desarrollado— y una gran ineptitud para las actividades físicas. Un día descubro que mi hijo no sabe pedalear en un triciclo, algo que los otros chicos ya dominan, pero que no le he enseñado porque no sé montar en bicicleta. Otro día, cuando no puedo armar un rompecabezas, él me dice:

—Papá, tranquilidad. Tienes que concentrarte.

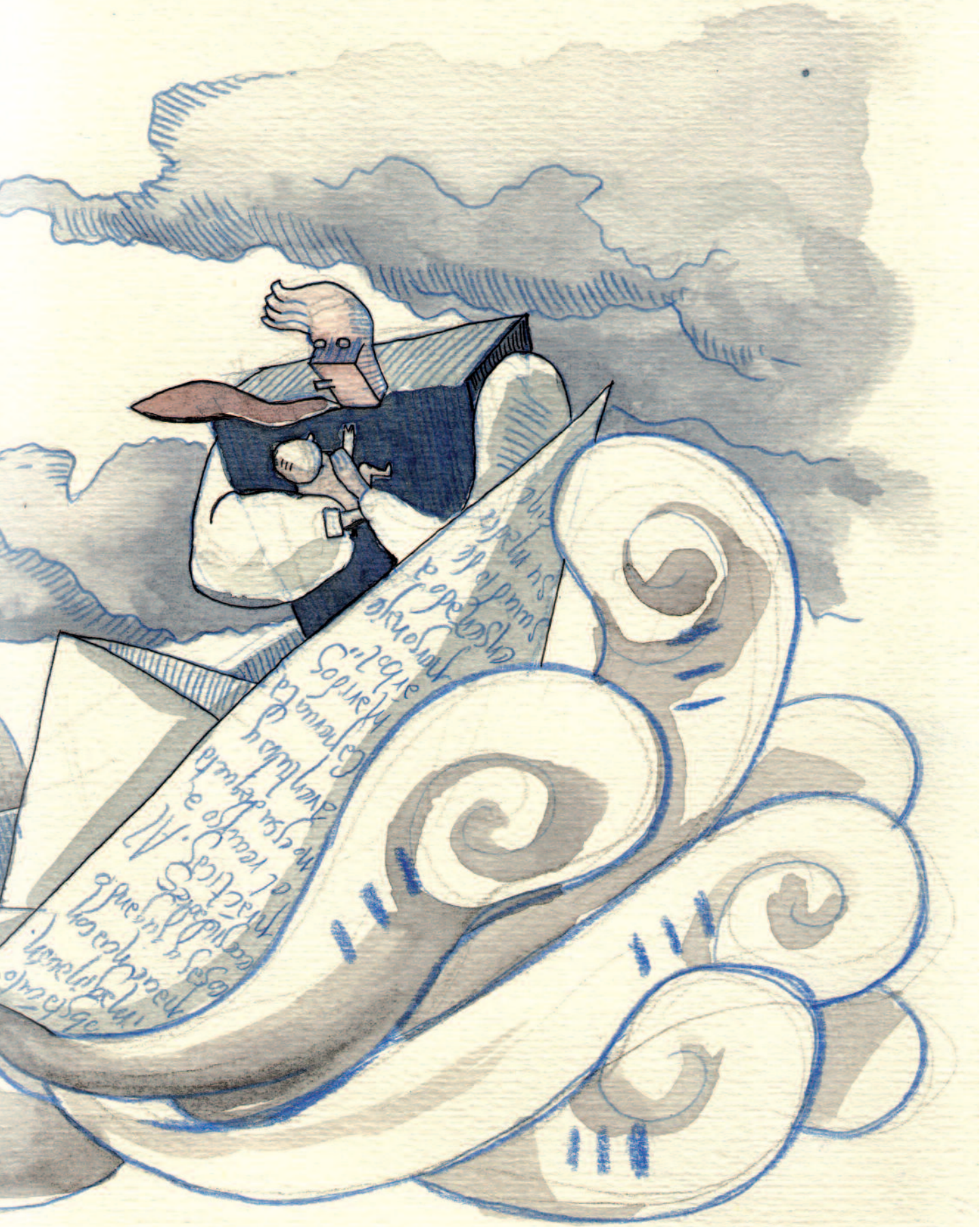
Algo que los niños de su edad no suelen decir, pero yo sí.

Como casi todos los adolescentes —quizá debería decir "todos los hombres"—, yo tuve una relación conflictiva con mi padre. Lo culpaba de todos mis problemas y peleábamos con frecuencia, incluso mucho más allá de la adolescencia. Por eso, si algo me lastimaba era constatar que yo tenía rasgos de él. Me desesperaba que nos confundiesen en el teléfono, o que alguien me dijese que teníamos el mismo sentido del humor, lo que ocurría con frecuencia. Me disgustaba ver una foto de él y reconocer mi nariz, mis orejas, mi mentón, que en realidad son su nariz, sus orejas y su mentón.

Conforme mi hijo crece, puedo adivinar qué cosas le disgustarán de sí mismo, porque me echará —con razón— la culpa de ellas. También puedo hacer apuestas sobre qué rasgos de su carácter le traerán alegrías, y cuáles le harán sufrir. En cierto sentido, yo ya he vivido muchas de esas cosas. Previsiblemente, cuando discutamos, él me dirá que no las he vivido, que su vida es suya y solo la vive él, y que yo no entiendo nada.

También en eso tendrá razón, porque conforme él se va transformando en lo que yo era, yo me transformo en otra persona. Mis rasgos de personalidad actuales no son los del niño que jugaba a los disfraces, sino los del impaciente obseso del trabajo que es un hombre agobiado de responsabilidades. Conforme mi hijo se parece a mí, yo dejo de parecerme a mí y me parezco más y más a mi padre.

Supongo que ese es el proceso natural y obvio. Lo más extraño de ser padre es que nada hay de novedoso en tus sentimientos, nada que no hayas escuchado ya miles de veces. Todas tus emociones son como un cliché de una película navideña con Meg Ryan. Lo único nuevo e irrepetible, en realidad, es ese extraño que llegó a tu casa un día pegando gritos y que se transforma a la misma velocidad que tú.



El chico que quiere hacer autostop hasta las antípodas

Con cuánta simpleza escribe Santiago lo que nos ocurre a los padres primerizos —le digo a Chiri—. Fue divertido encontrármelo, hace unas semanas. Yo no lo veía desde que los dos estábamos a punto de ser padres, y ahora él tenía un hijo de casi la misma edad que Nina. A los postres nos pusimos a hablar de ese asunto, de cómo cambian los hijos desde que nacen y hasta los cinco o seis años, de lo que cuesta educarlos, de cómo te cambian la vida, y cómo se te instalan miedos nuevos.

—Cualquiera se imagina que dos escritores hablan de otra cosa.

—No, eso es mitología —le digo—. Aunque en realidad siempre todo deriva y se convierte en literatura. Lo que me contaba Santiago era demasiado bueno para que quedara en sobremesa. Así que le pedí el texto.

—Me gusta mucho el nombre, "Educando al extraño".

—No sé por qué, a mí siempre me llaman la atención los hijos de los escritores. Hay algo en común en la mayoría.

—Qué.

—Tienen un solo hijo —le digo—. No es que haya hecho una estadística, pero en general vas a las biografías de la Wikipedia y muchos escritores muy clásicos han tenido un hijo nada más. Supongo que el asunto de los pañales no les gustó mucho, y entonces prefirieron no reincidir.

—Sean únicos o no —dice Chiri—, pobrecitos los hijos de algunos escritores... Pienso en el texto que escribió Vera Fogwill cuando murió su padre, y que publicó *Página 12*. Por ahí pensás que debió haber estado bueno ser hijo de Fogwill.

—A mí me hubiera gustado haber sido el nieto mayor de Nelly Láinez, siempre lo dije y lo confirmo.

—Eso es cierto —asiente Chiri—. Pero imaginate que tu papá Roberto, que en paz descanse, te hubiera sacado a pasear adentro de una bolsa de mercado cuando eras un bebé, como hacía Fogwill con Vera, o te hubiera llevado en moto por las calles de Mercedes a toda velocidad, o a vivir una temporada con él, los dos solos, a un barco en alta mar.

—¡Es lo que pienso hacer con la Nina!

—No, no vas a hacer eso nunca con tu hija —me dice Chiri—. Te encanta decirlo, pero cuando llega el momento te da pereza y te quedás mirando televisión. Pero imaginate que tu padre lo hubiera hecho. Que en lugar de ir los sábados a lo de Peti y Negrita, o a la Liga a jugar al tenis, Roberto te hubiera llevado a la pensión de Leonardo Favio, a la casa de Caetano Veloso, a tomar whisky con Laiseca... ¿Te imaginás?

—No suena mal.

—Sin embargo, para Vera no fue fácil ser la hija de Fogwill.

—Porque Fogwill hay uno solo, me imagino.

—Y ella lo explica muy bien. Ser la hija de Fogwill, dice, "es intentar ser actor siendo hijo de Vittorio Gassman, intentar hacer cine siendo hijo de Ozu, intentar ser meditativo siendo el hijo de Osho, intentar ser persona siendo el hijo de un animal".

> SER HIJA DE FOGWILL ES INTENTAR SER ACTOR SIENDO HIJO DE VITTORIO GASSMAN, HACER CINE SIENDO HIJO DE OZU, SER MEDITATIVO SIENDO EL HIJO DE OSHO...

La media vuelta, capítulo dos

por Víctor Correal

—Hay muchas historias de hijos de escritores atormentados —le digo a Chiri—. Pobres pibes que crecieron a la sombra de un genio y no heredaron ningún tipo de talento.
—No es, para nada, el caso de Vera; tampoco el de Rodrigo García, el hijo de García Márquez. Se puede decir que pasaron la prueba. Pero ahí tenés a la pobre Lucía Joyce, que murió completamente loca en un manicomio.
—Claro, es uno de los casos más conocidos, porque incluso se piensa que sus problemas tenían que ver con la personalidad del viejo James.
—O la hija de J. D. Salinger —me dice Chiri.
—¿Y a esa qué le pasó?
—Escribió un libro que se llama *El guardián de los sueños* —me cuenta— en el que dice cosas horribles sobre su padre.
—¡Una de esas biografías escandalosas que nunca pienso leer! No soporto a los hijos, a los nietos, a las novias, cuando sacan libros biográficos sobre las miserias de sus parientes genios. Da un poquito de asco que se suban a la calesita de esa forma... Salinger debe haber sido un personaje muy particular, seguro, pero no sabemos hasta dónde esa hija está diciendo la verdad…
—Otro de los casos célebres —me dice Chiri—, célebre por lo rebuscado de la historia, es el de los descendientes de Leopoldo Lugones.
—Otro tipo controvertido: Lugones, que según Ricardo Piglia fue uno de los más grandes escritores cómicos involuntarios de la literatura argentina. "Un humorista con el genio de Mark Twain."
—Yo creo que Piglia está exagerando un poco… El tema es que el hijo de Lugones, Polo, fue jefe de policía durante la dictadura de José Félix Uriburu en 1930, y supuestamente el que inauguró en Argentina la tortura con picana eléctrica.
—Epa...
—Y su hija, Pirí, militante de izquierda, fue secuestrada en los setenta por un "grupo de tareas" y torturada con la picana que inventó su padre.
—Una historia tremenda.
—"Soy Pirí Lugones, nieta del poeta, hija del torturador", así se presentaba. Hay padres que pueden ser muy nocivos.
—No es el caso del padre de Albert Casals —le digo a Chiri.
—¿Ya llegamos a esa parte de la revista? Se me pasó volando. ¿Qué sabemos de Albert y su viaje?
—Víctor y Adrià me contaron que Albert sigue empecinado en llegar a las antípodas de su casa, con Anna y con la silla de ruedas, para ver si el granjero de Nueva Zelanda es buena gente y le da alojamiento, etcétera, pero que en medio de todo eso escribió un libro y va a estar unos días en Barcelona para presentarlo.
—¿Y el viaje?
—El viaje sigue —le cuento—. Lo deja en punto muerto esos días, se sube a un avión, vuelve para la presentación del libro y se sube a otro avión que lo deja exactamente en el mismo punto.
—Ese chico es un crack —me dice Chiri—. No puede tener tantas ganas de hacer cosas adentro de un cuerpito tan flaco.
—Las ganas de hacer cosas no tienen nada que ver con el volumen de los cuerpos —le digo—. Si fuera así yo sería un culo inquieto, y sin embargo acá me ves.
—Deberíamos hacer más cosas —dice Chiri—. Cuando lo veo a Albert me doy cuenta que no hago nada.
—Sí que hacés —lo aliento—. Hacés esta revista.
—Esta revista se hace sola, Jorgito.
—Es la puta verdad.

LA MEDIA VUELTA

CAPÍTULO DOS

Escribe **Víctor Correal**

Fotos **Adrià Cuatrecases**

El pasado enero, cuando el número uno de la revista Orsai salió a la calle y los primeros lectores empezaban a disfrutar de sus páginas, Albert y Anna emprendieron su viaje. Era la mayor y la más extraordinaria aventura a la que nunca se habían enfrentado: dar media vuelta al planeta. Escribir *dar media vuelta al planeta* es sencillo, pero cuando lo lees y lo piensas se torna un poco más complejo. En el momento en que te dispones a dar el primer paso de este periplo, te das cuenta de la inmensa dificultad que implica. Quizás las cosas difíciles de llevar a cabo se comprenderían mejor si también fuera difícil escribirlas o leerlas. Aunque Albert y Anna no le den importancia, ellos llevan una dificultad añadida: viajan sin dinero y él va en silla de ruedas.

La media vuelta, capítulo dos

El día que nos despedimos, en una pequeña carretera secundaria en las afueras de Esparreguera, todos estábamos eufóricos. Esa excitación de bienestar que produce el inicio de un viaje es inigualable. Y nos la contagiaron. Con los nervios, les repetimos decenas de veces las últimas instrucciones sobre las cámaras y los micrófonos que les habíamos dado. Aunque lo habíamos hablado en muchas ocasiones les volvimos a explicar cómo debían enviarnos las imágenes y, sobre todo, les rogamos que nos escribieran los detalles de su aventura siempre que se encontraran con un punto de acceso a internet. Insistimos en que había, al menos, diez mil ochenta personas esperando.

Después de los abrazos y los besos, emprendieron la marcha. El sol caía (no es un recurso para embellecer el relato, de verdad, el sol caía), Adrià y yo nos quedamos plantados, en silencio, viéndolos alejarse.

No recuerdo quién lo dijo de los dos (siempre es uno o el otro el que dice primero las cosas):

—¿Cuántos kilómetros podrán recorrerse en silla de ruedas y sin dinero desde el número uno hasta el número dos de Orsai?

Ninguno de los dos supo responder. Quizá porque aquella no era la pregunta correcta. En realidad, deberíamos habernos preguntado: "¿cuánta gente se podrá conocer durante el recorrido y con cuántas historias sorprendentes podrán encontrarse?

Un inconveniente en la cabina

Puede parecer increíble, pero al día siguiente Albert y Anna ya estaban en Roma. Al autoestop Albert lo llama "sillaestop". No utiliza el método tradicional, el de toda la vida, ese en el que se aguarda en las cunetas con el pulgar levantado durante horas interminables, no. Tiene un sistema que, al menos a él, le resulta mucho más efectivo. Lo descubrió durante un viaje a Frankfurt hace ya unos años. Consiste en hablar, y se sustenta en el principio de que pasar de largo con el coche es mucho más sencillo que decir "no". El método sonará obvio, pero hasta que no pensó en ello, sus viajes en sillaestop eran igual de cargantes y complicados que los de cualquier otro autoestopista. Desde entonces Albert se planta en un área de servicio, habla con los conductores, les cae simpático, y en minutos ya está subido en sus automóviles riendo y explicándoles sus anécdotas de viaje. Y los otros encantados.

Pero durante los primeros días de este viaje Albert ha descubierto que el sillaestop es aún más factible viajando con Anna. De hecho, este ha sido el sillaestop más rápido que ha practicado en su vida. Por una misteriosa razón —que Albert no logra descifrar— el autoestop en pareja es diez veces más efectivo que en solitario. Podría parecer que el doble de pasajeros debería ser un inconveniente para algunos conductores, pero no. Albert siempre dice que no hay nada que supere el poder de la compasión (se aprovecha de ello con picardía en numerosas ocasiones) y, por lo que parece, no hay nada que supere la compasión que produce una romántica pareja de jóvenes autoestopistas; aunque también tiene sus inconvenientes. Lo comprobaron pocos días después, al salir de Roma.

En la capital italiana estuvieron casi una semana. Albert y Anna hicieron de turistas comunes, pero con la ventaja de ser guiados por amigos romanos que Albert había conocido en sus viajes anteriores. No hay mejor forma de explorar una ciudad que esa. Te permite esquivar los escenarios turísticos colocados ahí para despistar al viajero, esos que impiden meterte en las entrañas de la ciudad. Y no comprendes una ciudad hasta que no te has perdido en sus entrañas.

Albert y Anna durmieron todas las noches en un camping sin pagar ni un euro gracias a una eficaz combinación de morro, buena suerte, y una

valla excesivamente fácil de saltar. Llegó el día de emprender de nuevo el viaje y consensuaron que la dirección sería Trieste, una ciudad al norte de Italia, muy al norte, fronteriza con Eslovenia. Hicieron sillaestop, pero esta vez apareció el inconveniente.

En la primera área de servicio que pisaron a las afueras de Roma, y con la rapidez a la que estaban acostumbrados, un amable conductor de camión se prestó a llevarlos hacia el norte. Después de muchas horas de viaje y de charla hicieron la primera parada de descanso. Enternecido por la historia de los dos jóvenes, el camionero dejó claro que aquella noche deberían descansar a fondo. Les permitió quedarse a dormir y, además, les ofreció las dos camas que había en la cabina. Él dormiría en el asiento del conductor sin problemas, pero, según parece, durante la noche cambió de opinión. Un grito despertó a Albert. El susto lo catapultó un metro sobre la litera. El hasta entonces simpático conductor estaba intentando colarse en la cama de Anna, en calzoncillos. En pocos segundos recogieron sus cuatro pertenencias y huyeron, no sin antes insultar largo y tendido al camionero. Insultaron en catalán, porque cuando insultas de verdad, de corazón, siempre emerge la lengua materna. Nos pasa a todos.

La de la cabina no es una situación para bromear. Esa noche fue angustiosa y Albert y Anna lo pasaron bastante mal, pero por suerte solo quedó en eso, en un susto. Días más tarde nos tranquilizó saber que al explicarnos lo sucedido lo hicieron entre risas. A menudo, con el tiempo, el drama se convierte en comedia.

Dos jóvenes chicas

Cuando dejaron Italia, ya en Eslovenia, les tocó dormir muchas noches en la calle. Con ellos siempre viaja una pequeña tienda de campaña que procuran montar en el sitio más blandito que encuentran, habitualmente en la hierba de algún parque. En esos días su obsesión era dirigirse tan rápido como fuera posible hacia Estambul, hacia el sur. Querían escapar cuanto antes del frío intenso de diciembre y enero en el hemisferio norte. No lo saben con certeza pero sospechan que estuvieron muchos días bajo cero, o muy cerca. Los indios americanos decían que el frío es una opinión. Pues Albert y Anna opinaban que hacia un frío de cojones.

Se les hizo largo, pero finalmente consiguieron cruzar Eslovenia, Hungría, Rumanía y Bulgaria, hasta pisar Estambul.

Una de las primeras imágenes que Albert y Anna descubrieron al llegar fue el puente del Bósforo, una estructura colgante que une la parte asiática con la parte europea. Estambul es la única ciudad del mundo que se sitúa entre dos

continentes, Asia y Europa. El puente tiene más de un kilómetro de longitud y seis carriles, tres de cada lado. Al verlo, Albert se dirigió allí sin pensarlo, embobado como un niño. Debemos aclarar que una de las aficiones preferidas de Albert es subirse a los sitios. Desde que Adrià y yo lo conocemos, lo hemos visto trepar árboles, escaleras, paredes, colinas, lomas, estanterías y andamios. Nada se le resiste. Utiliza únicamente la fuerza de los dos brazos y las piernas como puntos de apoyo. No entendemos muy bien cómo lo hace, pero lo hace. ¿La razón? Porque le gusta y punto.

Albert y Anna preguntaron a un estambulita la mejor forma para llegar hasta el puente. El pobre hombre los miró extrañado y les advirtió que estaba "totalmente prohibido" atravesarlo a pie. Les explicó que está controlado las veinticuatro horas por coches patrulla de policía para evitar suicidios. La medida tomada por las autoridades de la ciudad hace unos años tampoco ha solucionado mucho el problema: ahora lo que hacen los suicidas es tirarse directamente al río con el vehículo incluido.

El hombre intentaba desanimarlos en su idea de ir hacia el puente y consiguió justo lo contrario. Cuando Albert escuchó la palabra "prohibido", su interés se multiplicó. ¿Una cosa que se puede trepar y además está prohibida? Era su día de suerte.

Anna no quiso acompañarlo en su locura y lo esperó —aburrida— en uno de los inicios del puente. Albert regresó unas horas más tarde sucio y cansado, pero sano y salvo. Le explicó a Anna que pudo recorrer un largo tramo y divisar las fabulosas vistas de la ciudad desde las alturas. Nadie lo había visto, estaba feliz. Ningún policía le había pillado durante la infracción, aunque en los días siguientes no tendrían tanta suerte en ese aspecto y Albert debería cortarse el pelo.

Cuando eres como Albert —un jovencito en silla de ruedas que viaja por el mundo con su novia y sin dinero—, despiertas la curiosidad de mucha gente y también la de la policía (aunque un poco después, porque siempre van más lentos). Si además montas tu tienda de campaña en edificios en construcción y compartes cordero a la brasa y estufa con los albañiles, en un momento u otro aparece algún policía para hacerte preguntas de policía.

La razón por la que Albert y Anna acabaron en comisaría fue que los policías querían esclarecer los motivos que impulsaban a dos *chicas* jóvenes a viajar *solas* por el mundo. Sí, *chicas jóvenes*. Costó, pero después de un rato de conversación —en inglés básico y señas—, los agentes acabaron entendiendo que Albert no era una chica y que Anna era su novia. Desde ese momento se pasaron media hora dándole codazos

a Albert y felicitándolo con los pulgares hacia arriba cada vez que Anna no miraba. Para evitar males mayores y otros futuros equívocos, Albert se rapó: le cayó simpático al barbero y el corte le salió gratis. Como siempre.

La Ley de Murphy inversa

Albert es un chico muy afortunado, él mismo lo reconoce siempre. Durante sus viajes, la suerte aparece continuamente contradiciendo la ley de las probabilidades. Siempre hay un barbero contento de cortarle gratuitamente el pelo, una familia que le ofrece un buen almuerzo, un joven que le presta una cama para pasar la noche y un amable conductor dispuesto a llevarlo justo hasta el punto al que quiere ir. Pero tal vez no sea suerte (lo cierto es que la suerte es solo una creencia, no un hecho), tal vez es que tiene una perspectiva diferente sobre las cosas. Él siempre ve el lado positivo de cualquier situación, de esa forma muy pocas cosas te pueden parecer mal.

Albert cree que el mundo no está lleno de asesinos en serie con ganas de abrirte en canal, al contrario. Sabe que el mundo está lleno de buenas personas: él las ha encontrado en todos los rincones. Cree firmemente que si algo puede salir bien, saldrá mejor. Es como agarrar al señor Edward A. Murphy de la pantorrilla y colocarlo boca bajo para siempre. Cuando te mueves con esa filosofía por la vida, todo parece más sencillo. Al menos a Albert le funciona, y muy bien.

Durante este viaje con Anna, tuvo otro ejemplo: en una de las innumerables fronteras que tuvieron que cruzar, unos policías aduaneros les dieron el alto. Habían intentado pasar disimulados pero les aseguraron que nunca cruzarían si no pagaban los cincuenta y seis dólares que marcaba la ley. Minutos más tarde Albert y Anna almorzaban un kebab invitados por los agentes. Mientras tanto, los demás funcionarios hacían una recolecta para pagar el precio de la aduana. Así es viajar con Albert.

Cinco días en Estambul les bastaron para conocer bien la ciudad. La visitaron rinconcito a rinconcito gracias a los autobuses municipales. Se colaron en ellos todas y cada una de las veces que quisieron. Sin embargo los estambulitas les habían jurado y perjurado que era completamente imposible montarse sin pagar en el transporte público y que nunca nadie lo había conseguido antes.

Después de Estambul continuaron su viaje de la manera habitual, sin planificación previa, improvisando cada día. Finalmente, el azar les llevó hasta otra ciudad de Turquía de la cual no podemos revelar su nombre por una buena razón.

Las historias están en el suelo

Si un turista común quiere viajar hacia una ciudad turca, normalmente elije el avión, a menos que sea un fanático del turismo en *roulette*. Volar tiene muchos inconvenientes: cacheos, largas esperas, pérdidas de maletas, poco espacio, incomodidad, antipáticas azafatas, y las botellitas de alcohol demasiado pequeñas. Pero hay uno que supera, y de largo, todos los otros inconvenientes. Cuando viajas en avión te pierdes las historias porque las historias están en tierra.

Unos días después de haber salido de Estambul, Albert y Anna llegaron a una ciudad en donde se encontraron con una gran historia. Una de esas por las que vale la pena haber recorrido miles de kilómetros; una de esas que no ocurren nunca en el cielo de los aviones.

Estaban paseando por una calle bastante concurrida y repleta de tiendas cuando se les acercó un joven turco. Se llamaba Basir. Era un chico completamente obsesionado con los turistas, le encantaban. Cada vez que veía alguno —no era muy habitual en su ciudad— corría hacia él con una sonrisa y de esa forma llegó hasta Albert y Anna. Buscaba turistas porque con ellos podía practicar el inglés y, sobre todo, porque era feliz mostrándoles su ciudad y descubriéndoles los mejores lugares, las entrañas. Hay gente a la que le gusta cocinar, a otros el fútbol, a otros las furgonetas Volkswagen y a otros el olor de la hierba mojada. A Bassir le gustaban los turistas.

Albert, Anna y Basir congeniaron enseguida y pasaron una deliciosa tarde. Juntos visitaron todos los lugares que el joven turco consideraba imprescindibles mientras Albert y Anna escuchaban divertidos todas las historias centenarias sobre la ciudad. Basir las explicaba con gran riqueza de detalles. Tenía un considerable dominio de la interpretación, era imposible desconectar. Las había contado centenares de veces a otros turistas y sabía perfectamente cómo hacerlas aún más fascinantes. Probablemente, para mejorar el relato, algún detalle se lo inventaba, pero qué más da.

A la hora de cenar fueron a un pequeño restaurante de unos conocidos de Basir en el casco antiguo y allí conocieron a Mesut, el verdadero protagonista de la historia que ahora nos ocupa.

Con él también conectaron en pocos minutos. Estuvieron muchas horas explicándose sus vidas, los cuatro, mientras los platos de *moussaka* y *lahmacun* venían llenos y se iban vacíos. Mesut alucinó con la vida de Albert. Estuvo toda la noche haciéndole miles de preguntas, una detrás de otra, sin parar. Envidiaba su libertad, pero eso lo descubrirían después.

Se hizo tarde y Basir dijo que tenía que marcharse porque al día siguiente se levantaba temprano. Mesut enseguida ofreció a Albert y Anna la posibilidad de dormir en su casa.

Entraron en un edificio regio. Parecía una zona adinerada de la ciudad. En el ascensor Mesut le dio al botón del último piso. El quinto. "La madre que lo parió —pensó Albert—. ¡Vive en el ático!" Salieron del ascensor y aún tuvieron que subir por unas escaleras hasta el rellano superior. "¿El sobreático?" Allí se encontraron una pequeña puerta de madera vieja cerrada con un candado. No parecía la puerta de un lujoso ático. Albert y Anna no entendían nada pero confiaban en él, no tenían miedo.

Al atravesar la puerta se encontraron con un espacio que parecía estar a medio construir. Por la inclinación del techo supieron que estaban justo debajo del tejado del edificio. Había restos de obra por el suelo y algunas columnas de madera abandonadas. Caminaron unos metros hasta llegar a un cubículo: esa era la casa que Mesut había construido con sus propias manos. Era solo una pequeña habitación de unos diez metros cuadrados, con una pequeña cama, una mesita con un ordenador, una silla, una estantería y una pizarra en la pared. Nadie sabía que vivía ahí. Ni Basir, ni los vecinos del inmueble. Era su escondite secreto.

Mesut les explicó que, de hecho, era el portero del edificio. Cada mañana, temprano, bajaba por las escaleras sin hacer ruido, vigilando que nadie lo viera. Daba un vistazo a la calle y, cuando no había ningún transeúnte, salía. Desayunaba en un local cercano y volvía otra vez hacia el edificio, como si acabara de llegar, como si hubiera pasado la noche en otra casa, lejos de aquel barrio. Nunca nadie había sospechado lo más mínimo.

Mientras Mesut explicaba su forma de vida, Albert pensó en Quasimodo, el personaje de Victor Hugo, escondido en la catedral parisina. Pero Mesut no era ni jorobado, ni ciego de un ojo, ni estaba sordo por las campanas. Ahí no había campanas. ¿Qué razón tendría para esconderse?

La carta extraviada

Desde que vivía en Turquía nunca antes había explicado esa historia a nadie. Albert y Anna fueron los primeros. Con la boca abierta, sentados en la pequeña cama de aquella minúscula habitación secreta, escuchaban su relato. Mesut había sido un soldado del ejército iraní. Dos años atrás un superior le encomendó que llevara una carta a un alto cargo que se encontraba de operaciones en un pueblo cercano. El joven soldado desconocía su contenido, pero de la manera en que recibió la orden, y por las instrucciones que le dio el superior, parecía algo importante. Mesut la dejó en el cajón de su mesita de noche y preparó su equipo para emprender el viaje a la mañana siguiente. Cuando despertó, la carta ya no estaba. Conocía bien la forma de proceder del ejército y sabía perfectamente las consecuencias que podía acarrear esa pérdida. Pero, después de pasar toda la mañana buscando y preguntando desesperadamente a los otros soldados, no tuvo más remedio que confesar y confiar en que las reprimendas no fueran terribles y que Alá fuera misericordioso.

No lo fue. Tampoco sus superiores. Consideraron el extravío como una traición; sospecharon que la había entregado a quien no debía. Durante una semana le torturaron día y noche buscando su confesión hasta dejarlo al borde de la muerte. Convencidos de que moriría pronto, lo abandonaron en casa de sus padres cuando solo le quedaba un hilito de vida.

Sin embargo, contra todo pronóstico, empezó a recuperarse. Pasaron los días hasta que una mañana recibió la visita de un compañero de división. Le preguntó por su estado. El visitante estaba incómodo, le cogió de la mano y rompió en lágrimas. Mesut no entendía nada. Al compañero le fallaron las piernas y quedó arrodillado al lado de la cama agarrando fuertemente la mano de Mesut. Apoyó su cara contra las sábanas para no mirarlo directamente a los ojos y confesó: él había cogido la carta. Aquella noche estaba bebido y necesitaba un trozo de papel para hacerse un canuto y esnifar cocaína. "¡Fill de puta!" —interrumpió Albert en su lengua materna—. La rabia dio fuerzas a Mesut para incorporarse de su lecho. Agarró a su compañero por el cuello y gritó con toda la fuerza que le quedada. Quería matarlo. El otro soldado estaba dispuesto a pagar su error y no hizo ni un gesto para defenderse, solo continuó llorando. Cuando Mesut vio los ojos lacrimosos de su víctima, dejó poco a poco de oprimir su cuello y deslizó los brazos por la espalda de su compañero. Lloraron juntos un buen rato, abrazados en medio de la habitación, y lo perdonó.

La noticia de su recuperación llegó rápidamente al ejército y Mesut tuvo que huir dejando atrás su anterior vida. Así fue como acabó escondido en aquel pequeño cubículo secreto.

Cinco mil kilómetros

Albert y Anna no olvidarán jamás la historia de Mesut. Durante los días que pasaron juntos en aquella ciudad turca forjaron una amistad que seguramente será para toda la vida. Le han prometido escribirle sobre sus aventuras a medida que avance el viaje, como a nosotros. Le explicarán que ya han recorrido cinco mil kilómetros desde que salieron de Esparreguera, que ahora quieren ir hacia Irán para evitar el frío del norte y que saben que la frontera es difícil de cruzar. El día que lleguen a Nueva Zelanda, le explicarán si han encontrado al señor de abajo de su casa, si es un granjero neozelandés, si les ha dejado entrar, si es buena gente y si tiene, también, una buena historia para contar.

Si la literatura no es todo no vale la pena perder una hora

Albert se acerca a su destino —le digo a Chiri—, lentamente, como si el mundo se abriera a su paso, y nosotros nos vamos acercando al final de esta charla trimestral.
—¿Esta es la última sobremesa? —me dice, y yo asiento—. Qué increíble, si usáramos casetes TDK para grabarlas tendríamos que comprar muchos. Por suerte se inventaron las grabadoras digitales.

DECÍA ABELARDO CASTILLO QUE LOS TALLERES LITERARIOS TIENEN SENTIDO SOLO SI UNO LOS ENTIENDE COMO SI FUERAN LA REDACCIÓN DE UNA REVISTA LITERARIA.

—¿Te acordás esa vez que Rodrigo Lara fue a hacerle un reportaje a Bioy, un poco antes de su muerte, y que cuando volvió a la redacción se dio cuenta que no le había puesto pilas a la grabadora?
—No me olvido nunca de su cara —me dice Chiri—. Se puso pálido. Yo pensé que se desmayaba.
—¿Qué le habrá dicho Bioy? Es espantoso que se haya perdido esa charla.
—Una vez llamé por teléfono a la casa de Castillo y hablamos como una hora. No lo grabé porque no tenía previsto hablar con él una hora. Fue un llamado de fan, sin ninguna expectativa...
—Éramos muy fanáticos de Abelardo, en los noventa —le digo, sonriendo.
—Yo lo había visto solo una vez en persona, en una conferencia que había dado en Buenos Aires. Y esa vez no me había animado a acercarme ni a hacerle una pregunta desde el público. Las fotos de Abelardo Castillo que aparecían en los suplementos literarios (con pipa, esa enorme biblioteca detrás y a veces un tablero de ajedrez adelante) me intimidaban un poco. Un poco no, mucho.
—¿Y para qué lo llamaste?
—Quería hablar con él. Pero nunca me imaginé que me iba a atender. Pensé que iba a escuchar un contestador, o la voz de un secretario joven, como suelen tener todos los escritores consagrados, ¿no?
—Un muchacho hindú, vestido todo de blanco.
—Sí, algo así —me dice Chiri—. Pero no. Me atendió Castillo en persona, y casi me caigo de la silla del susto. Le pregunté por su taller literario, esa era la excusa íntima de mi llamado. Porque más que ir a su taller literario, yo quería conocer a Castillo en persona, escucharlo hablar; verlo moverse, en su casa, entre sus muebles...
—Eras un groupie despreciable.
—Sí. Pero lo increíble, para mí, es que él me trató con mucha amabilidad y paciencia, me explicó cómo funcionaba su taller y después hablamos como una hora.
—¿Y de qué carajo podés hablar vos con Castillo una hora?
—Bueno, en realidad habló él. Habló Castillo. Y habló de literatura, del único tema posible, a mucha velocidad y con un fervor increíble. No me olvido más el entusiasmo y la vitalidad que te transmitía al hablar, como si fuera mucho más joven que yo en aquel momento... Entiendo exactamente lo que Gonzalo Garcés quiere decir cuando escribe que Castillo “es” la literatura.
—No tengo la menor duda sobre eso. “Si la literatura no es todo para un escritor, no vale la pena perder una hora”, dice Sartre, uno de los maestros de Castillo.
—Y para Abelardo está clarísimo que si la literatura

Las larvas

por Abelardo Castillo

no es todo, no vale la pena perder ni siquiera diez minutos…

—Yo sé, siempre por Gonzalo, que Abelardo es muy generoso con los escritores jóvenes; como me imagino que habrá sido con él Leopoldo Marechal, cuando Castillo era un pibe. Bueno, no por nada su taller es tan célebre, aunque Castillo crea que los talleres literarios no sirvan para nada.

—Una vez leí en un reportaje que él no daba talleres literarios del modo tradicional —me cuenta Chiri—. Decía Castillo que los talleres tienen sentido si uno los entiende como si fueran la redacción de una revista literaria, donde se lee en voz alta, se discuten temas y se escriben cosas. "Un taller literario, para mí, es una revista sin revista", decía.

—Qué lindo. Me guardo esa frase porque me encanta —me entusiasmo—. Y lo decía el tipo que fundó tres revistas legendarias. Pensá un poco: la misma persona que escribió *El que tiene sed* (para mi gusto una de las mejores novelas argentinas) y varios cuentos eternos, también editó las revistas *El Grillo de Papel*, *El Escarabajo de Oro* (junto con Liliana Heker) y *El Ornitorrinco*… ¿No será mucho?

—Además *El Escarabajo de Oro* sobrevivió unos trece o catorce años —apunta Chiri—. No es un dato menor para una revista literaria. Y tuvo en su "consejo de colaboradores" a Julio Cortázar, a Carlos Fuentes, a Roa Bastos, a Goytisolo... Y en la revista publicaron por primera vez Ricardo Piglia, Humberto Costantini, Pizarnik, Haroldo Conti…

—Un despelote —le digo.

—Ya entra en la categoría de leyenda (aunque es la pura verdad) que el *Escarabajo* se hacía en el Café Tortoni; esa era la redacción. Dicen que fue una de las tertulias literarias más importantes que pasaron por las mesas del café.

—La de ellos —acoto—, y también la peña que hacían los viejos Quinquela Martín, Juan de Dios Filiberto, Baldomero Fernández Moreno, y unos pibes jóvenes que se llamaban Jorge Luis Borges, Xul Solar y Raúl González Tuñón.

—Qué delantera.

—La primera cosa que leí de Castillo fue un cuento increíble —le digo a Chiri—. "La mamá de Ernesto". Me voló la cabeza.

—Me acuerdo. ¿Sabés dónde lo leímos?

—No.

—En otra revista literaria que nos encantaba: la *Puro Cuento* que dirigió Mempo Giardinelli en los ochenta.

—Es verdad —le digo—. Odio tu memoria.

—Era una *Puro Cuento* de tapa azul con líneas rosas —sigue alardeando Chiri—. Ahí también descubrimos a Javier Villafañe.

—Hace unos días me llegó un mail de Mempo —le digo a Chiri—. Me cuenta lo triste que fue el final de esa revista que queríamos tanto. "Entre Cavallo y Erman González arrasaron con empresitas como *Puro Cuento*", me dice Giardinelli. "A mí me costó mi casa y quedarme en pelotas con tal de que todos mis colaboradores cobrasen lo que debían y nadie me hiciera juicio", me cuenta. ¿Y sabés qué me dice también?

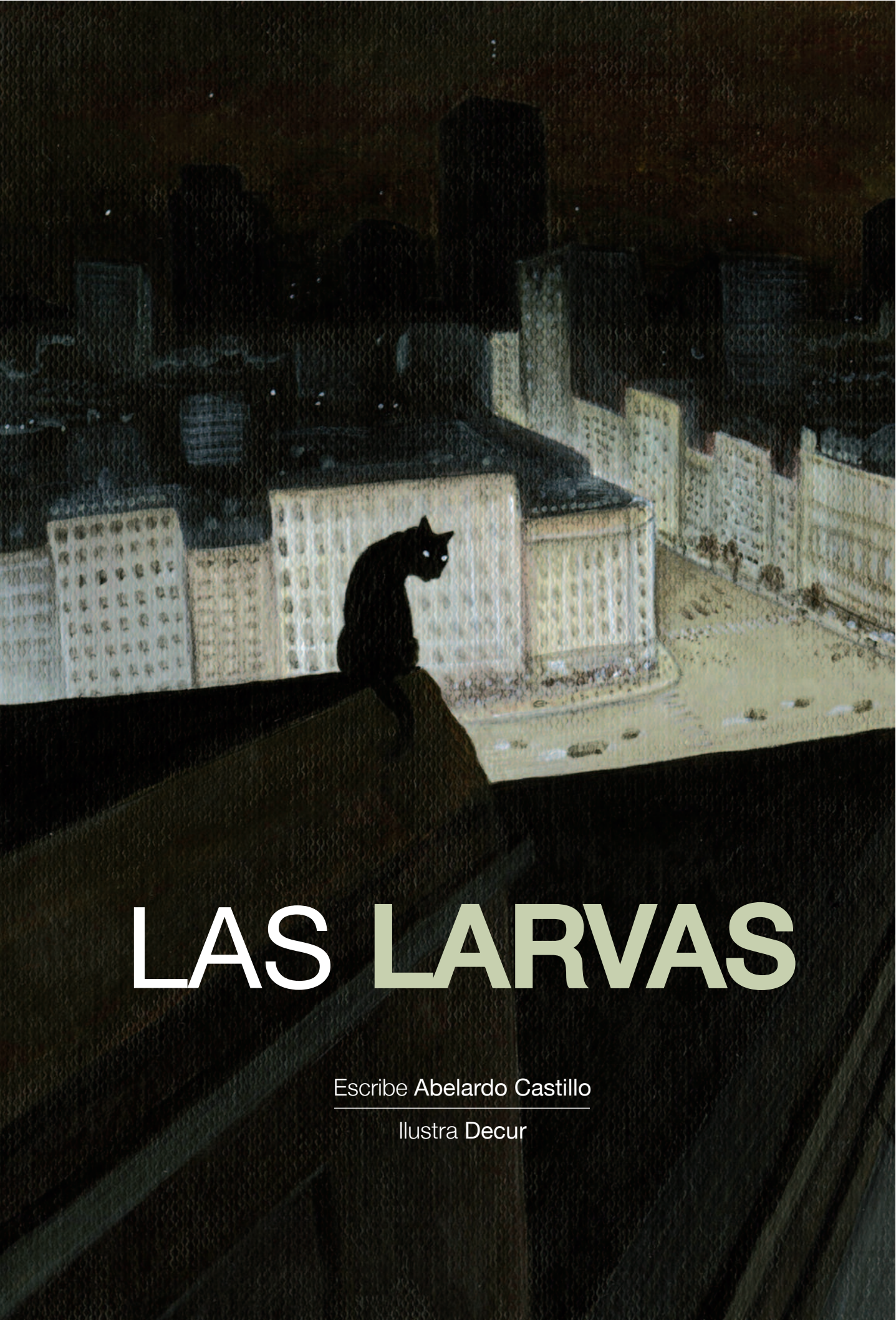
—Qué.

—Me dice que "ojalá hubiésemos tenido la polenta que veo ahora en Orsai". Es muy loco. Nosotros aprendimos a leer con esa revista, con las recomendaciones de Mempo y su consejo editorial. Cuando leí ese mail se me puso la piel de gallina.

—¿Querés que te ponga la piel de gallina otra vez?

—Dale.

—Jorgito, hermano, ahora tenemos una revista y cerramos el número dos con un cuento inédito de Abelardo Castillo.

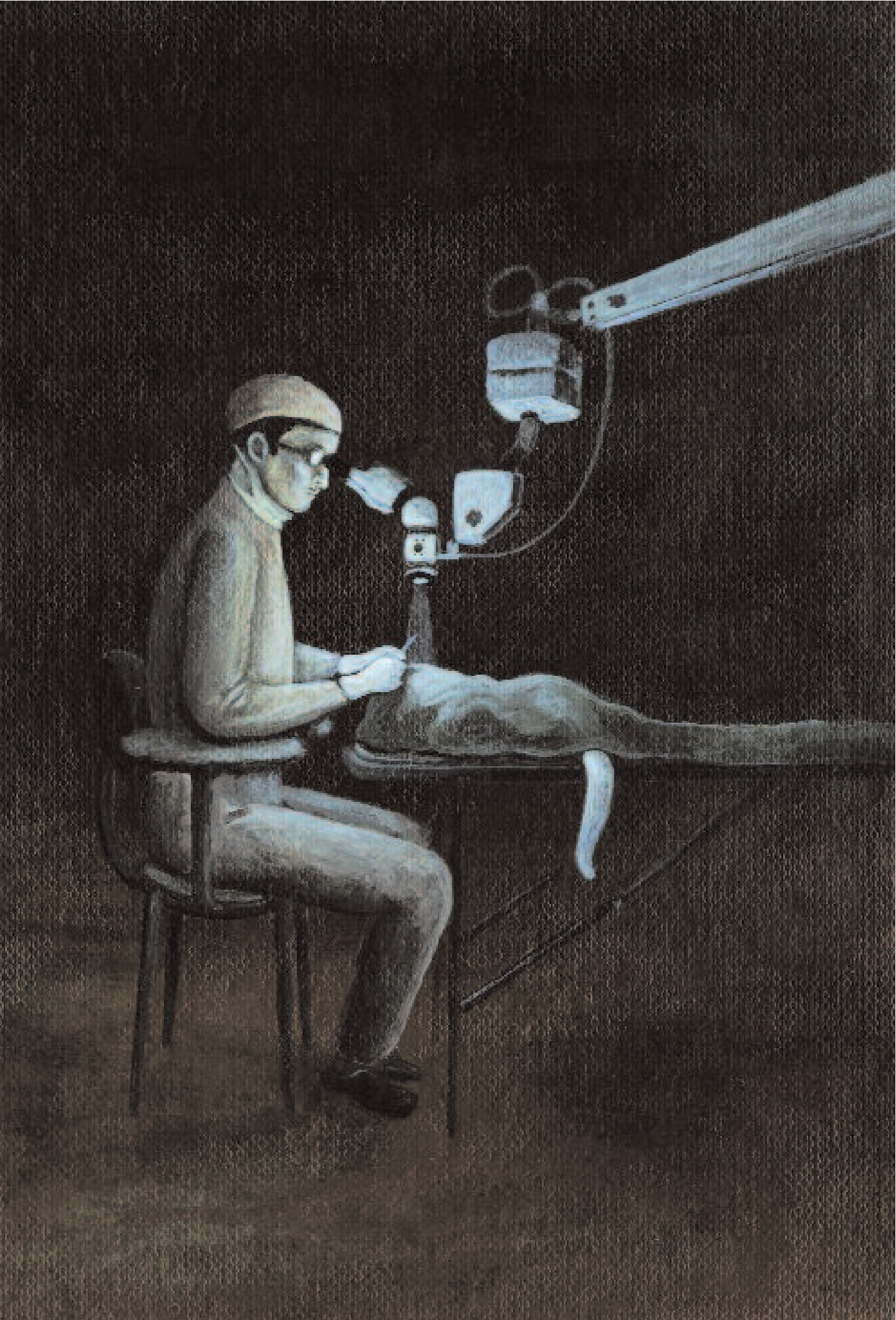


LAS LARVAS

Escribe **Abelardo Castillo**

Ilustra **Decur**

Hace unas horas leí, en un diario de la tarde, que mi eminente amigo el doctor Isaías Litvak acaba de matarse. La noticia me consternó, pero no pudo sorprenderme. Que yo haya creído o no en la historia que me contó hace unos meses, da lo mismo. Si mentía o se engañaba, entonces estaba loco, y era de esperar que hiciera una cosa así. Si no mentía..., en fin, yo prefiero no pensar mucho en eso. Litvak, como todo el mundo sabe, era el oftalmólogo más célebre del país y, a causa de una anomalía hereditaria que en su caso parece menos una desdicha que una paradoja siniestra, había quedado ciego algunos años atrás.



No es necesario que yo lo diga, Litvak le devolvió la vista a cientos de personas, en nuestro país y en el mundo. Fue el primer cirujano que realizó un trasplante de córnea y, por sus estudios neurológicos sobre las células madre y los ciegos de nacimiento, fue nominado para el Premio Nobel. No lo ganó, es cierto, pero, como él decía, la Academia Sueca es reacia a distinguir a los sudamericanos ciegos. Y este, quizá, era uno de los problemas de Litvak como científico: cierta excesiva relación con la literatura. La biblioteca de su casa de Belgrano tuvo siempre demasiados libros que no son, precisamente, aquéllos que uno espera encontrar en el estudio de un hombre de ciencia, lo que por otra parte explica su vieja amistad conmigo.

Los diarios atribuyen su suicidio al fracaso de la operación que, planeada y dirigida por él mismo, le realizó su equipo de oftalmólogos del Instituto Litvak, de Buenos Aires. Yo sé, sin embargo, que la operación no fracasó, no al menos en el sentido que creen los diarios.

Carezco de la formación, y hasta de la información científica adecuada como para explicar sus teorías sobre la visión, lo que haría un poco menos increíble este relato. De cualquier manera, esas teorías no son solo de Litvak, y, en lo esencial, se han publicado en revistas especializadas argentinas y extranjeras, de modo que cualquiera puede informarse de ellas sin mucho esfuerzo. Yo acaso puedo resumirlas sin mentir demasiado. Básicamente, son estas: los impulsos cerebrales que nos permiten la visión se producen en ciertos puntos perfectamente localizados del cerebro, y vuelven al ojo por una compleja red o trama que desemboca en el nervio óptico. La ceguera, en una gran variedad de casos, no es algo que tenga que ver con el órgano que llamamos ojo, sino con ese tejido laberíntico que, si pudiera reconstituirse o, como decía él, volver a organizarse en un orden nuevo, podría permitirle la visión a cualquier persona ciega.

Litvak realizó algunos experimentos no documentados que yo me atrevería a llamar crueles. Le destruyó las terminales del nervio óptico a más de un animal de su propia casa y, pasado un tiempo, les devolvió la visión, al menos temporariamente, operándoles el cerebro. Salvo un gato, los animales murieron antes de un mes. Esas muertes, sin embargo, no preocupaban a Litvak. Según sus palabras, la más inocente operación de apendicitis puede ocasionar complicaciones cuyo riesgo último es la muerte; el hecho positivo, para él, era que antes de morir los animales veían. En esa época, y aun después, conversábamos con mucha frecuencia, en largas sobremesas nocturnas que podían prolongarse hasta el amanecer. Solíamos encontrarnos por lo menos una vez a la semana, en su casa de Belgrano, un caserón de principios de siglo que compartía con su chofer y con la silenciosa madre de este hombre, Cora, una vieja mujer tan discreta que parecía mimetizarse con los muebles, y que era al mismo tiempo cocinera, mucama y ama de llaves. Mi amistad con Litvak se remonta hasta nuestra juventud, pero nunca nos tuteamos. Esa larga, reticente y tal vez profunda amistad nos permitía, o por lo menos a él le permitía, ser de una sinceridad algo brutal. Litvak sabía que yo aprobaba a disgusto el sacrificio de animales. Un escritor, me dijo una de esas noches, debería comprender sin escandalizarse este aspecto del problema. Ciertos experimentos científicos no difieren mucho del borrador de un poema o un drama. Un cobayo o un perro muertos, y en ciertos casos hasta un hombre muerto, son como esas páginas que ustedes tiran al canasto, en las que, sin embargo, está el germen de la obra terminada.

—Yo no le llamaría perro muerto a un borrador de Shakespeare —le dije riendo, aunque me sentí molesto: me consta que Litvak amaba a los animales—. Pero sobre todo, Isaías, no le llamaría borrador a un hombre muerto.

—No haga frases —dijo Litvak—. Shakespeare mató más gente en sus libros de la que podría matar yo si me atreviera a abrirle la cabeza a todos los ciegos del país. Lo que me preocupa es el gato.

Lo miré. Él desvió los ojos.

—¿Me está hablando de lo que pienso?

—Sí —dijo Litvak.

Yo conocía a ese gato. Casi habría podido llamarle nuestro gato. Era un animalito blanco y negro que Litvak había recogido una noche en la calle, precisamente mientras caminaba conmigo por Belgrano. Cuando lo llevamos a su casa le cabía en el bolsillo del saco; ahora era un hermoso gato de dos años, de antifaz perfecto y hocico negro, y era su animal preferido. Un año

atrás, cuando se lo sugerí, ni siquiera había querido castrarlo.

—Usted se atrevió a...

—No me mire como al doctor Frankenstein —dijo Litvak—. Solo le quité la vista y se la devolví.

Me pidió que lo siguiera. Cruzamos la casa, salimos al patio interior, pasamos por su pequeño laboratorio, que estaba a oscuras, y entramos en un cuarto, también a oscuras. Litvak no encendió la luz. Se limitó a silbar suavemente y a llamar al animal por su nombre. "Milton", dijo. Oí ese misterioso arrullo, parecido a un trino, característico del gato que ha reconocido a su dueño y sentí el roce afelpado de un pequeño cuerpo en mi pantalón. Litvak, en la oscuridad, se agachó y alzó al animal mientras, con voz infantil, le decía una serie de tonterías que me hicieron perdonarle lo que había hecho.

—Ahora voy a prender la luz —dijo de pronto Litvak, en voz muy baja—. No se asuste.

No supe si estaba hablando conmigo o con el animal, ya que Litvak ni siquiera tuteaba a los animales. Pero, si hablaba conmigo, sus palabras me causaron un efecto opuesto al que se proponía. Quiero decir que sentí miedo. Cuando se encendió la luz, no vi nada que justificara esa sensación. Ahí estaba Milton, en brazos de Litvak. Él tenía una de sus manos sobre los ojos del gato. Miré a Litvak sin entender. Él, entonces, retiró la mano, y el gato, erizado de terror, dio simultáneamente un salto y un maullido y corrió a esconderse debajo de un mueble. Litvak volvió a apagar la luz, murmuró otras palabras pueriles y apaciguadoras, que esta vez no tuvieron respuesta, y salimos.

—Bueno —dijo—, qué diría usted que le pasa.

Visto con objetividad, yo no tenía ninguna razón para estar alarmado. Sin embargo, recuerdo haber puesto un gran cuidado al responder.

—Supongo que sus ojos quedaron demasiado sensibles a la luz.

—Sí, puede que sea eso —dijo él—. Sería razonable.

—Entonces, qué es lo que le preocupa —pregunté.

—Que hasta hace unos días no reaccionaba así.

Pero de inmediato pareció recuperar su frío talante científico.

El problema, según él, era que desconocemos qué ven exactamente los animales. Lo que llamamos color, forma, volúmenes, son nociones humanas. Se quitó los anteojos, cuyos vidrios, ya en esa época, eran de un grosor alarmante, y los limpió pensativamente con la punta de la corbata. Yo le había visto hacer ese gesto infinidad de veces. No volvió a ponérselos: lo que significaba que estaba dispuesto a hablar solo y mucho, como aislado en su propia penumbra. Me gustaría recordar exactamente sus palabras, pero para eso necesitaría, más que buena memoria, estar a la altura de sus conocimientos médicos. Solo recupero, a mi modo, fragmentos arbitrarios, jirones de una conversación que está hecha de muchas otras conversaciones a lo largo de los años. Una mosca, decía Litvak, qué idea podíamos tener de cómo es el mundo para el ojo poliédrico de una mosca. Cómo imaginar lo que ve un pez con esos ojos horrendos, fijos, sin párpados, uno a cada lado de la cara. Solo sabemos qué es lo que vemos nosotros. Desde los griegos, toda nuestra concepción del universo está basada en la vista. Creemos que lo que miramos es lo real. Pero no hay nada que podamos llamar realidad: el color, la forma, el mundo y hasta la belleza y la fealdad del mundo, son lo que organiza el ojo. Con todos nuestros sentidos pasa lo mismo. Un perro puede enloquecer por un sonido que para nosotros es inaudible. Si estuviéramos organizados de otra manera, no veríamos estos cuadros, ni esta biblioteca, ni estos libros. Veríamos átomos, veríamos protones y electrones moviéndose locamente a distancias estelares. Nos produce asco una cucaracha. Pero, ¿se ha puesto a pensar lo que le pasa a ella cuando nos ve? Se aterroriza. ¿Las ha visto, por Dios, las ha visto correr aterradas por el piso, buscando con desesperación una grieta, el refugio de un zócalo? ¿Qué es la mujer más hermosa del mundo para los sentidos de una rata?

—A veces, hasta yo puedo seguirlo —le dije—. Pero me parece que estamos derivando hacia un problema estético que no vamos a resolver esta semana.

Litvak se rió sin alegría.

—No estoy tan seguro de que, para mí, sea

un problema estético. Mi padre era ciego, mi abuelo se suicidó cuando comprendió que iba a perder la vista. Yo heredé lo peor de los dos, la propensión a la ceguera y el miedo. Por eso soy quien soy. Supongo que habrá leído a Freud.

—No es mi novelista preferido. Pero, de tanto en tanto, lo hojeo.

—Está bromeando porque está molesto —dijo Litvak—, y está molesto porque está preocupado. ¿Por Milton o por mí? —preguntó después.

—Por lo dos. Pero explíqueme qué tiene que ver el psicoanálisis con esto.

—¿El psicoanálisis? Por favor, nada. El que tiene que ver es Freud. Él dijo una vez algo que se ajusta cabalmente a mi caso. Dijo que el único enfermo que le importaba curar era él mismo. Eso es hablar como se debe. —Litvak volvió a limpiar los anteojos con la punta de la corbata, pero esta vez se los puso—. Bueno, yo debo resolver el problema de la visión humana, porque el único enfermo al que me importa curar soy yo.

—Quiero preguntarle algo.

—Adelante.

—Cuando recogimos a Milton, usted mismo le puso ese nombre. ¿Por qué?

—Deformación profesional, supongo. Milton era ciego.

—El poeta Milton era ciego. Pero nuestro gato, no.

—No.

—Quiere decir que desde el primer día usted pensó...

—Por supuesto que no —dijo Litvak casi con indignación—. No desde el primer día —dijo después—. Y, como sea, mi fracaso con Milton me confirmó algo que ya sabía. —Litvak me clavó la mirada; detrás de los vidrios, sus ojos me hicieron sentir como a un espécimen observado a través de un microscopio—. Ni las ratas ni los gatos ni los perros me sirven.

—No sé si quiero oír lo que sigue —dije.

—Ellos son distintos —dijo Litvak—. Debo experimentar con un animal superior.

—Bien, Isaías querido, creo que estoy a punto de volverme a mi casa.

Lo dije medio en broma, medio en serio. Litvak me miró con asombro, y de pronto soltó una carcajada.

—Pero no —dijo—. No estaba pensando en usted, o no todavía. Estaba pensando en un mono.

La amistad, a diferencia de otros sentimientos, se mantiene intacta con la ausencia. En los cinco o seis años que siguieron a esta conversación —que, como ya dije, está hecha con fragmentos de otras muchas conversaciones— apenas volvimos a vernos media docena de veces. Litvak se fue a vivir a Europa y solo viajaba a Buenos Aires en los veranos, es decir, en nuestro invierno, nunca por más de una semana. En esas raras ocasiones nos encontrábamos, tan misteriosamente amigos como siempre. En alguno de esos encuentros me contó que, en Basilea, había realizado por fin su experiencia con el mono, un chimpancé ciego. La operación, según Litvak, fue un éxito completo, o al menos lo fue durante las primeras semanas. Después, algo pasó. El animal empezó a dar muestras de inestabilidad emocional, y un amanecer, ante el estupor de todos, consiguió salir de su jaula, echó a correr hacia una ventana, rompió los vidrios con su cuerpo, saltó al jardín y escapó a la calle. Un camión lo atropelló y lo mató en el acto.

—Como se imaginará —me dijo Litvak—, esa muerte no tiene ninguna relación con nuestro tema.

Yo no estaba muy seguro de entender cuál era nuestro tema, pero tampoco estaba muy seguro de no poder imaginar ciertas relaciones.

—Creo recordar que con Milton pasó algo así —dije con mucha cautela.

—No, señor. Milton desapareció. Milton consiguió escaparse una noche, como suelen hacerlo los gatos cojudos. No sería nada raro que la mitad de los gatos overos que andan por Belgrano sean hijos suyos.

Hace tres años, él ya había perdido casi por completo la vista: fue entonces cuando decidió volver a Buenos Aires y planificar su propia operación, que, contra la opinión de todos sus discípulos, se llevó a cabo a fines del año pasado.

En marzo de este año, lo vi por última vez. Me llamó por teléfono pasada la medianoche y, como de costumbre, sin preguntarse si yo estaba en la cama, o trabajando, o sencillamente si no tenía algo mejor que hacer, me dijo:

—Mi chofer va a pasar a buscarlo dentro de media hora. Venga a mi casa. —Hizo una pausa y agregó—: Por favor.

Decur

La casa de Litvak, las araucarias y magnolias de su parque, sus hondas habitaciones, el aljibe intemporal del patio, eran exactamente el lugar donde debía suceder el final de lo que estoy contando. Pero no voy a describir la casa, solo diré que casi todas las luces estaban apagadas. Él me esperaba en el gabinete del que ya hablé. Llegué hasta ahí acompañado por Cora, quien me alumbró el camino con una linterna. Cuando llegamos, señaló la puerta cerrada y se volvió por el pasillo con la luz.

—Voy a decirle lo que está pensando —dijo Litvak desde la oscuridad, apenas entré, y yo creí escuchar una especie de risita, un sonido nuevo en su voz, como de leve histeria—. Usted está pensando que mis ojos están todavía demasiado sensibles. Bueno, es exactamente eso. Demasiado, demasiado sensibles. A su derecha debe haber una silla, siéntese y escuche. ¿Sabe cuál es el efecto que produce realmente mi operación? ¿Sabe lo que hace? Abre una puerta. No me interrumpa, por favor. Abre una puerta por la que entran ellas, o quizá es uno el que entra en su mundo. Por eso el terror de Milton. Por eso la locura del mono, y de algún otro más, puedo confesárselo ahora.

Recuerdo sin vacilación estas primeras palabras, y hasta su tono, precisamente por el tono en que fueron dichas. Litvak hablaba con voz fría, casi impersonal, pero como si luchara por no reírse, cosa que hizo más tarde, con un sonido que no tenía nada que ver con la alegría. De aquí en adelante solo puedo recobrar sus palabras a mi modo. Él habló de las larvas, de esos seres o cosas innobles que él llamaba larvas y que pululan a nuestro alrededor. Son formas. Tienen vida, son formas horrendas y quizá superiores de la vida. Dios no nos permite verlas, pero están acá, siempre estuvieron en este mundo, junto a nosotros y a las cosas que tocamos, y que vemos, y que amamos. No se puede dar un paso, no se puede tomar un libro, no se puede acariciar a una mujer sin aplastarlas o sumirnos en sus cuerpos, que ignoramos y que nos ignoran. Repitió la palabra "horrendas" y dijo que no, que no era eso, que no había modo humano de calificarlas. La belleza y la fealdad no son categorías de su mundo, como el Bien y el Mal no son categorías de la Naturaleza. ¿Cómo son? Tal vez como medusas, pero no porque se les parezcan, sino por la repulsión que causan. Como esas lentas formas aplastadas que se desplazan por el fondo del mar. O como lampreas. ¿Ha visto una lamprea?, me preguntó Litvak. Es una especie de tubo viviente que en uno de sus extremos tiene solamente una boca, una boca circular que abarca toda la circunferencia de su cuerpo de gelatina. Pero tampoco son así, tampoco son así porque no se parecen a nada.

—Isaías —dije en voz muy baja.

Litvak no se tomó el trabajo de contestarme. Ni siquiera dio muestra de oírme.

—Empezó después de que me quitaran las suturas y los vendajes —dijo—. Yo veía. Durante unas semanas recuperé el mundo que es el mundo de usted, su mundo de todos los días. Y una mañana, de pronto, vi aparecer la primera, por debajo de un mueble. Después vi otras, entre los libros, en los pliegues de las cortinas. Por fin vi una enroscada dulcemente en mi brazo.

En la cálida noche de Belgrano, fuera de la casa, se oyó el ladrido de un perro. Un sonido tan familiar, que me sobresalté.

—Oí crujir su silla —dijo Litvak—. Lo asustó el ladrido. Eso es bueno: sobresaltarse por las cosas inocentes que suceden en la noche. Desde el nacimiento del mundo, la oscuridad nos dio miedo, y eso es muy humano. Mucho más humano que vivir aterrorizado por la luz del día. Y ahora que ya lo sabe, puede irse. Hasta dar con el patio, va a tener que orientarse en la oscuridad. No tenga miedo. En la oscuridad no existen.

—Isaías —repetí.

—Váyase, por favor —dijo.

Lo que debería ser escrito ahora, ya lo escribí al principio. Loco o cuerdo, Isaías Litvak se quitó la vida hace unas horas. Un muchacho periodista de mi relación, que conocía bien nuestra vieja amistad, acaba de llamarme por teléfono para que, como coetáneo y amigo de Litvak, le dicte algunas palabras sobre su muerte. Le he contestado que no tengo nada que decir.

AUTORES

Ignacio
Escolar

PÁGINA 6

(Burgos, 1975) Comenzó su carrera periodística en 1995. En 2004 trabajó como consultor de prensa en México y Ecuador. Fue nombrado coordinador de la web *Informativos Telecinco* y el primer director del rotativo *Público*, que dirigió hasta enero de 2009, donde todavía colabora con una columna diaria.

Daniel
Samper Pizano

PÁGINA 18

(Bogotá, 1945) Cuentista, columnista y novelista colombiano. Fue editor de la revista *Cambio 16* y escribe artículos en varios medios de habla hispana. Es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Escribió una veintena de libros, de un humor fino y sutil.

Sergio
Marchi

PÁGINA 30

(Buenos Aires, 1963) Es periodista. Escribió para las revistas *Cosmopolitan*, *Rock & Pop* y *Clarín*. Fue musicalizador, columnista, conductor y productor periodístico en distintas radios de Argentina. Redactó parte de la enciclopedia "30 años de rock nacional". Es el biógrafo oficial de Charly García.

David
Bravo

PÁGINA 42

(Sevilla, 1978) Abogado especializado en derecho informático y especialmente en propiedad intelectual. Participa de diversos debates televisivos. En 2006 comienza a colaborar en el programa *Noche sin Tregua* de Paramount Comedy. Es creador de la asociación OSR junto a Alfonso Grueso y el rapero Toteking.

Josefina
Licitra

PÁGINA 56

(La Plata, 1975) Ha escrito para *Rolling Stone*, *Newsweek*, *Vogue*, *Brando*, *El País Semanal*, *Etiqueta Negra* y *Gatopardo*, entre otras. En 2004 ganó el premio CEMEX-FNPI en la categoría texto. Dictó talleres de crónica periodística y publicó el libro de crónicas *Los Imprudentes*.

Marcos
López

PÁGINA 76

(Santa Fe, 1958) Uno de los grandes fotógrafos latinoamericanos. En 1982 viaja por Latinoamérica e integra el primer grupo de becarios en la Escuela de San Antonio de los Baños, dirigida por García Márquez. Su obra *Asado en Mendiolaza* fue adquirida por el Museo Reina Sofía.

Luis
Chaves

PÁGINA 88

(San José, 1969) Escritor, poeta y traductor. Publicó libros en Costa Rica, México, España y Argentina. Entre otros, *Chan Marshall* (premio Fray Luis de León de poesía), *El Mundial 2010: apuntes,* y *300 páginas*. Escribe en el blog *Tetrabrik* (luischaves.com).

Gustavo
Faingenbaum

PÁGINA 100

(Buenos Aires, 1966) Se formó fabricando paracaídas a los que arrojaba desde un octavo piso. Es cofundador de *Oblogo* y de Cyberferia. Licenciado en Psicología (UBA), Doctor en Filosofía (New School) y autor de dos libros: *Children's Economic Experience* y *Conversaciones con John Searle*.

Diego
Papic

PÁGINA 112

(Buenos Aires, 1977) Estudió Letras pero egresó de TEA. Se especializó en cine y televisión. Colabora en el suplemento Espectáculos de *Clarín* y es columnista en las mañanas de FM Nacional Rock. Fundó cinenacional.com, escribe en *Puto el que lee* (blogdedieguez.com.ar) y también en Twitter, con el usuario @dieguez.

Gonzalo
Garcés

PÁGINA 124

(Buenos Aires, 1974) Nació en Buenos Aires. Estudió Letras Modernas en La Sorbona y publicó por primera vez en 1997. Colabora en medios de España y América Latina como *La Nación*, *Clarín*, *El Mercurio*, *Reforma*, *Brecha*, *Quimera* y *Letras Libres*. En el año 2000 obtuvo el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral.

César
Calero

PÁGINA 138

(Madrid, 1965) Afincado en Latinoamérica, fue corresponsal en México, Centroamérica y Cuba. Publicó en *Diario 16, El País*, *The Washington Post*, *El Universal*, *Cambio* y *La Nación,* entre otros. Ha publicado la novela *Humano* (2008) y el libro de crónicas *Cuba a cámara lenta* (2011), Premio Narrativa de Viajes Eurostars-RBA.

Fabián
Casas

PÁGINA 162

(Buenos Aires, 1965) Publicó en poesía *Tuca*, *El Salmón*, *Oda* y *El spleen de Boedo*. En narrativa, la novela breve *Ocio* y el libro de relatos *Los Lemmings y otros*. En 2007 salió *Ensayos Bonsai y* ganó en Alemania el premio Anna Seghers. Momentáneamente no escribe y se dedica solo al kárate.

Santiago
Roncagliolo

PÁGINA 172

(Lima, 1975) Fue finalista del Premio Herralde de novela y nominado para la beca Rolex. Ganó el IX Premio Alfaguara por su novela *Abril Rojo*. Ha escrito guiones, traducciones literarias y libros para niños. En la actualidad, reside en Barcelona y colabora con el diario *El País* y varios medios latinoamericanos.

Abelardo
Castillo

PÁGINA 194

(San Pedro, 1935) Fundó y dirigió las revistas literarias *El grillo de papel*, *El Escarabajo de Oro* y *El ornitorrinco*. Su obra se inicia en 1961 con la publicación de la obra de teatro *El otro Judas*, seguida del libro de cuentos *Las otras puertas*. Publicó, además, los libros de relatos *Cuentos crueles*, *Las panteras y el templo*, *Las maquinarias de la noche* y *El espejo que tiembla*; las novelas *El que tiene sed*, *Crónica de un iniciado* y *El Evangelio según Van Hutten*; las obras de teatro *Sobre las piedras de Jericó*, *Israfel*, *A partir de las siete*, *El señor Brecht en el Salón Dorado* y *Salomé*; y el libro de ensayos *Las palabras y los días*. Obtuvo, entre otros premios, el otorgado por Casa de las Américas, el Premio Internacional de la UNESCO y el Premio Municipal de Novela.

ILUSTRADORES

Cristóbal **Reinoso**

PÁGINA 6

(Santa Fe, 1946) Más conocido como *Crist*, publicó en la revista *Rico Tipo* en 1967 y luego en *Patoruzú*, *Gente*, *Satiricón* y *Hortensia*. Desde 1973 publica en la contratapa del diario *Clarín*. Participa con un original realizado para el *Libro de Oro de Patoruzú,* y en la muestra Bicentenario: 200 años de Humor Gráfico.

Diego Fernando **Agudelo**

PÁGINA 18

(Quindío, 1980) Dibujante autodidacta colombiano que se conoce con el nombre de *Boca*, o *Tierraboca*. Trabajó en editoriales y revistas como *En Forma* y *Bakanica*, entre otras. Actualmente se desempeña en Editorial Norma. Sus dibujos *online* pueden verse en *Tierraboca Art* (tierraboca.com).

Horacio **Petre**

PÁGINA 30

(Bahía Blanca, 1966) Diseñador gráfico (UBA), ilustrador y artista plástico. Editó, produjo y dibujó el fanzine *Historietitas*, publicó la tira *Clip Clap* guionada por Manuel García en el suplemento No de *Página/12* y colaboraciones en *Sismo Trapisonda*, *Underground* y *Pasajes*. Publica en su blog (loinvisibleesesencialalosojos.blogspot.com).

José **Rubio Malagón**

PÁGINA 42

(Madrid, 1972) Natural de Alcalá de Henares, vive en Alicante. Publicó en medios como *El Jueves* y *El Economista*. Realiza la viñeta diaria de *El Mundo* en su edición Comunidad Valenciana y para el digital *La Información* (lainformación.com). Es autor de los libros *Tiro de Gracia* y *El libro negro de la música*, entre otros.

Leo **Barizzoni**

PÁGINA 56

(Montevideo, 1971) Fotógrafo. Trabaja desde 1994 en prensa. Tiene cuatro libros publicados. En 2008 editó *Uruguayos*, más de 100 retratos de personajes y personalidades destacadas de Uruguay. Trabajó en el diario *La República*, revista *Tres*, y desde 2000 es jefe de Fotografía de la revista *Galería de Búsqueda*.

Wen **Hsu**

PÁGINA 88

(Taiwán, 1976) Graduada en Arquitectura por la Universidad de Costa Rica y en Ilustración por Rhode Island School of Design. Recibe el gran premio del NOMA Concours (UNESCO/ACCU Japón). Su trabajo se concentra en la literatura infantil. Ha publicado en Costa Rica, Estados Unidos, Guatemala, India, México y Nicaragua.

Gerry **Garbulsky**

PÁGINA 100

(Buenos Aires, 1966) Cofundador de *Oblogo* (oblogo.com), la revista de los blogs de internet. Es científico (Licenciado en Física de la UBA y Doctor en Ciencia de Materiales del MIT) y hombre de negocios (The Boston Consulting Group). También dirige la encarnación en la Argentina de TED (tedxriodelaplata.org).

Patricio **Betteo**

PÁGINA 124

(México DF, 1979) Estudió y abandonó Diseño Gráfico. Desde entonces se ha dedicado tiempo completo a la ilustración. Sus imágenes han aparecido en cientos de revistas y ha ilustrado una docena de libros infantiles. Y más allá de las fronteras mexicanas, ha desarrollado arte para videojuegos y animación. Si sitio web es betteo.blogspot.com.

Javier **Olivares**

PÁGINA 150

(Madrid, 1964) Comenzó a publicar en1985. Ilustrador e historietista, publicó en *Madriz*, *Medios Revueltos*, *Nosotros somos los Muertos;* y en periódicos como *El País*, *El Mundo*, *El Economista* y *Público*. Ha publicado numerosos álbumes, entre ellos *Cuentos de La Estrella Legumbre* y más recientemente *Las Crónicas de Ono y Hop*.

Gabriel **Ippóliti**

PÁGINA 162

(Santa Fe, 1964) En 1998 inicia su colaboración con el diario *La Capital*, de Rosario. También ha colaborado con las revistas *Fierro* y *Cinè Live de Paris*, el sello iBooks de Nueva York y la revista *Heavy Metal* de Nueva York. Sus obras han sido publicadas en Argentina, Francia, España, Grecia y Estados Unidos.

Pepe **Farruqo**

PÁGINA 172

(Córdoba, España, 1974) Afincado en el Poble Sec, Barcelona, es humorista gráfico, caricaturista e ilustrador. Actualmente publica una viñeta en *El Economista* y otra junto a Fran Domènech en el *ARA*. Publicó también en *El Mundo*, *Avui* y *Marca*, entre otros. Cuenta, además, con cuatro álbumes de cómic publicados.

Guillermo **Decurgez**

PÁGINA 194

(Rosario, 1981) Conocido como *Decur*, es historietista e ilustrador. Ha publicado en *Ñ, Fierro*, *Un Mundo Mejor* y en diversos sitios webs. Este año publica su primer libro con Ediciones de la Flor. Es el director de la revista *Bonete*. Publica en las revistas *Un Mundo Mejor* y *Fierro*. Y en su sitio: decur.blogspot.com.

DEL STAFF

En este número dos, además de los autores, fotógrafos e ilustradores invitados, participaron algunos integrantes del staff. No los ponemos con foto ni con biografías porque son elementos de la casa y quedaría pedante e incluso repetitivo. Pero los nombramos de todas formas para que no se sientan mal.
Bernardo Erlich, como ya es costumbre, entregó a última hora la historieta de *Lucas y Álex* que está justo después de esta página. **Víctor Correal** y **Adrià Cuatrecases** se intercambiaron los roles: uno escribió y el otro fotografió el viaje de Albert Casals. Mientras que **Ermengol Tolsà** ilustró todas las sobremesas con bellísimas esculturas hechas con bombonas de gas. Las obras pueden solicitarse para exposición en el mail orsaiarte@gmail.com.

Lucas y Alex,

dos chicos de cinco años, se pasaron una tarde entera discutiendo sobre los derechos y las obligaciones de los grandes, y llegaron a la conclusión de que la Constitución Nacional es el problema por el que todo el mundo está aburrido o dice mentiras. Entonces agarraron papel y lápiz y redactaron 165 artículos de una nueva Constitución. Como el tiempo de la infancia es tirano, aquí sólo reproducimos algunos fragmentos interesantes.

Guión de
Hernán Casciari
Dibujos de
Bernardo Erlich

ARTÍCULO 41:

En este país, los intelectuales y los prospectos de los remedios tienen que decir las cosas sin intentar hacerse los inteligentes, porque ya sabemos que están haciendo fuerza para hablar raro y hacernos quedar como que no prestábamos atención en el colegio. Además, los intelectuales no van a poder usar más polera en público, porque a los demás nos da sensación de que nos pica el cuello.

ARTÍCULO 81:

Ningún señor de este país, con cara de preocupación o con cara de canchero, podrá decir en los medios que los libros son mejores que los jueguitos, porque hay libros horribles y hay jueguitos buenísimos, y también al revés. Pero sobre todo hay que empezar a decir de que hay libros horribles, tanto para los chicos como para las señoras, porque eso nadie lo dice y después pasa lo que pasa con las madres que leen libros de autoayuda.

ARTICULO 4:

En este país queda prohibido que las viejas vayan a la peluquería y se hagan el mismo peinado de pelo cortito rubio con permanente, porque va a llegar un momento en que todas las viejas van a ser iguales vistas de atrás, y algún chico se va a perder pensando que está persiguiendo a una abuela que no es.

ARTÍCULO 13:

Al presidente de este país no se le permite quedarse dos minutos, ni tres minutos, saludándose con otro presidente a pedido de los fotografos, porque es obvio que nadie tiene ganas de saludarse tanto, y solamente lo hacen para que las fotos salgan bien, y no porque estan encantados de conocerse. Los fotógrafos van a tener que apurarse a sacar la foto, que para eso estudiaron.

ARTÍCULO 27:

En las escuelas públicas y privadas de este país, cuando un chico venga sin haber hecho los deberes, no se amonestará al chico, sino que se multará con mucha plata a sus padres, porque un chico, de por sí, nunca quiere hacer los deberes, y es lógico porque es chico, y para eso están las amenazas de los padres. A su vez, cuando un chico se duerma en clase, se echará de la escuela al maestro por falta de carisma y se le pedirá perdón al chico.

ARTÍCULO 39.-

En este país nadie le va a hacer caso en nada a los curas hasta que no se vistan con camisa y pantalón y hablen normal, sin eco ni reverberancia, y hasta que no digan realmente si le gustan las mujeres o los hombres o qué, porque es medio raro que todos digan que no les gusta nada de nada.

ARTÍCULO 100:

El partido político de la oposición de este país tiene prohibidísimo estar siempre en contra de todo, y quejarse siempre de todo. A veces va a tener que estar a favor de algo, porque sinó la gente no va a saber nunca cuándo la oposición está realmente en contra de algo, y eso es como si no hubiera oposición o como si todo fuera una joda.

ARTÍCULO 49:

En este país el ejército y la policía y toda la demás gente que usa disfraz van a tener que festejar los feriados sin hacer desfiles, porque es estúpido que caminen como caminan, todos a la vez y sin mover las rodillas ni los codos. Y además, todos los que usen uniforme raro y lleven revolver van a tener que reírse de vez en cuando y van a tener que decir cosas lógicas y normales, y no cosas de asustar.

ARTÍCULO 54:

La gente que sale en la televisión de la tarde de este país, no puede ser famosa porque sí, ni hablar de otras personas que son famosas porque sí, ni gritar ni pegarse trompadas a cambio de plata. Toda la programación que sea así será prohibida y a cambio se pondrán capítulos viejos de Los Simpson hasta que alguien invente algo interesante para poner a la tarde.

ARTÍCULO 53:

Las parejas de periodistas de los noticieros de este país tienen prohibido fingir que conversan o que hacen chistes secretos cuando se van a las propagandas. Ni tampoco pueden hacer como que tachan un dato en un papel, ni acomodar las hojas contra el mostrador, porque en este país ya sabemos que todo eso es para hacerse los misteriosos.

ARTÍCULO 160:

En este país nunca jamás nadie tiene permitido meterse en ninguna guerra, porque una guerra es algo que no tiene gollete, se lo mire desde donde se lo mire. Y si por ahí otro país quiere venir y hacer una guerra en éste, lo primero que hay que hacer es preguntarle al presidente del otro país qué nos quiere robar, y dárselo. Porque seguro que quedarse sin eso es mejor que ir a la guerra.

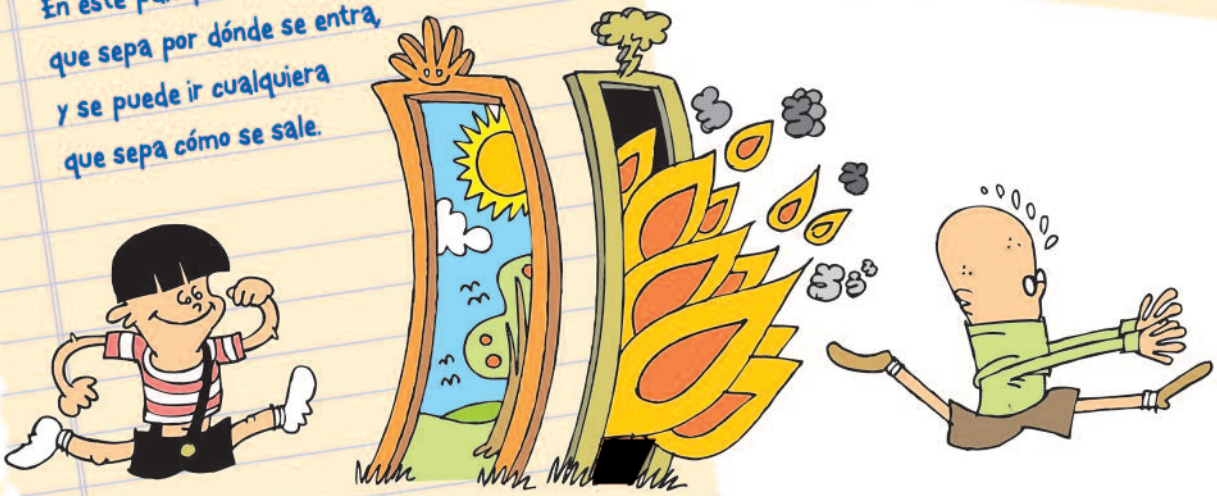
CASCIARI - ERLICH - 2011

ARTÍCULO 156:

En este país nadie podrá comprarse una cosa nueva, ni útil ni inútil, si el modelo que tienen en casa todavía funciona, a no ser que primero le regale el modelo viejo a alguien que lo necesite. Cada tanto, una brigada anticoncheto revisará los cajones y los sótanos de las casas para ver que no haya cosas tiradas que le puedan servir a alguien. Se entiende como 'cosa' la ropa vieja, los juguetes sin pilas, la comida del freezer y las impresoras a chorro.

ARTÍCULO 165:

En este país puede vivir cualquiera que sepa por dónde se entra, y se puede ir cualquiera que sepa cómo se sale.



PRÓXIMO **NÚMERO**

El número tres de Orsai estará en la calle el sábado 9 de julio de 2011, y es casi lo único que sabemos de la tercera edición. Estamos a la búsqueda, como siempre, de temas y autores que nos importen y admiremos. Pero esta vez los ilustradores surgirán, en un buen porcentaje, de una búsqueda centralizada desde el blog. Atención profesionales del humor gráfico, la viñeta, la ilustración editorial, el dibujo y la caricatura: desde principios de abril las bases para colaborar en Orsai estarán colgadas en ORSAI.ES/DIBUJAR.

En la presente edición no incorporamos un marcapágina, pero nos gustaría volver a hacerlo en el próximo número. Los lectores que tengan ganas de proponer diseños, motivos, funcionalidades o modelos, encontrarán las medidas exactas y el modo de enviar ideas en ORSAI.ES/MARCAPAGINAS.

Nos gustó muchísimo recibir, ver, diagramar y publicar las más de seiscientas fotos de lectores que aparecen en las páginas 2 y 211. Nos sorprendió ver personas tan diferentes entre sí, de edades tan diversas, de sitios tan alejados, y sin embargo toda gente cercana. Queremos repetir la experiencia, pero la vamos a hacer un poco más difícil. Esta vez, las reglas para el envío de imágenes están en ORSAI.ES/FOTODIFICIL.

Y para terminar, los invitamos a visitarnos a la redacción, con anexo pizzería, que estrenamos este mes en Sant Celoni. En este momento está el pintor dándole color a las paredes de la nueva redacción, pero a mediados de abril ya podremos recibir visitas *oficialmente*. El que quiera hacer reservas (porque la casa tampoco es inmensa) que entre a ORSAI.ES/VISITANTES. Nada más para decir. Nos vemos en tres meses.

Chiri y el Jorge.

Post Data. El mes pasado vinieron dos señores a casa y me dijeron que no podía hacer chistes en este sector de la revista, porque (cito textual) "resulta punible de multa incluir chanzas o distracciones voluntarias en el entorno de una comunicación jurídica". Por lo tanto estoy obligado a informar, y esta vez va muy en serio, que la revista Orsai es un medio gráfico de Editorial Orsai SL., y que su editor responsable es Hernán Casciari. También debo decir, bajo amenaza de multa o cárcel, que se imprimieron 6.000 ejemplares del número 2 (correspondiente a abril, mayo y junio de 2011) en Arts Gràfiques Bobalà, de calle Sant Salvador 8 de Lleida, Cataluña, España; y en la imprenta Mundial, de calle Cortejarena 1862 de Buenos Aires, Argentina, en el mes de abril de 2011. El ISSN es el 2014-0150. El Depósito Legal es el L-1382-2010. La marca *Orsai, nadie en el medio* está debidamente registrada. Punto, ya está. Una vez cumplida la orden, diré que todo lo que puse antes es falso y que lo escribí bajo los efectos de la acaroína. ¡A ver qué pasa! ¿Qué me pueden hacer? ¿Me van a llevar a dónde? A ver si se animan a encarcelarme y ponerme cadenas frente a los ojos de mi propia hija... ¡Por decir lo que pienso!

Orsai
NADIE EN EL MEDIO

EDITOR RESPONSABLE
Hernán Casciari

JEFE DE REDACCIÓN
Chiri Basilis

ARTE ESPAÑA
Ermengol Tolsà
Matías Tolsà

ARTE ARGENTINA
Bernardo Erlich

DISEÑO
María Monjardín
Jordi Baldó

DIGITAL
Pepe Perdomo

SOPORTES
David Martínez
Luis Sacristán
Guillermo Harosteguy

AUDIOVISUAL
Víctor Correal
Adrià Cuatrecases
Andrés Locatelli

SÍNTESIS
Lucas Worcel

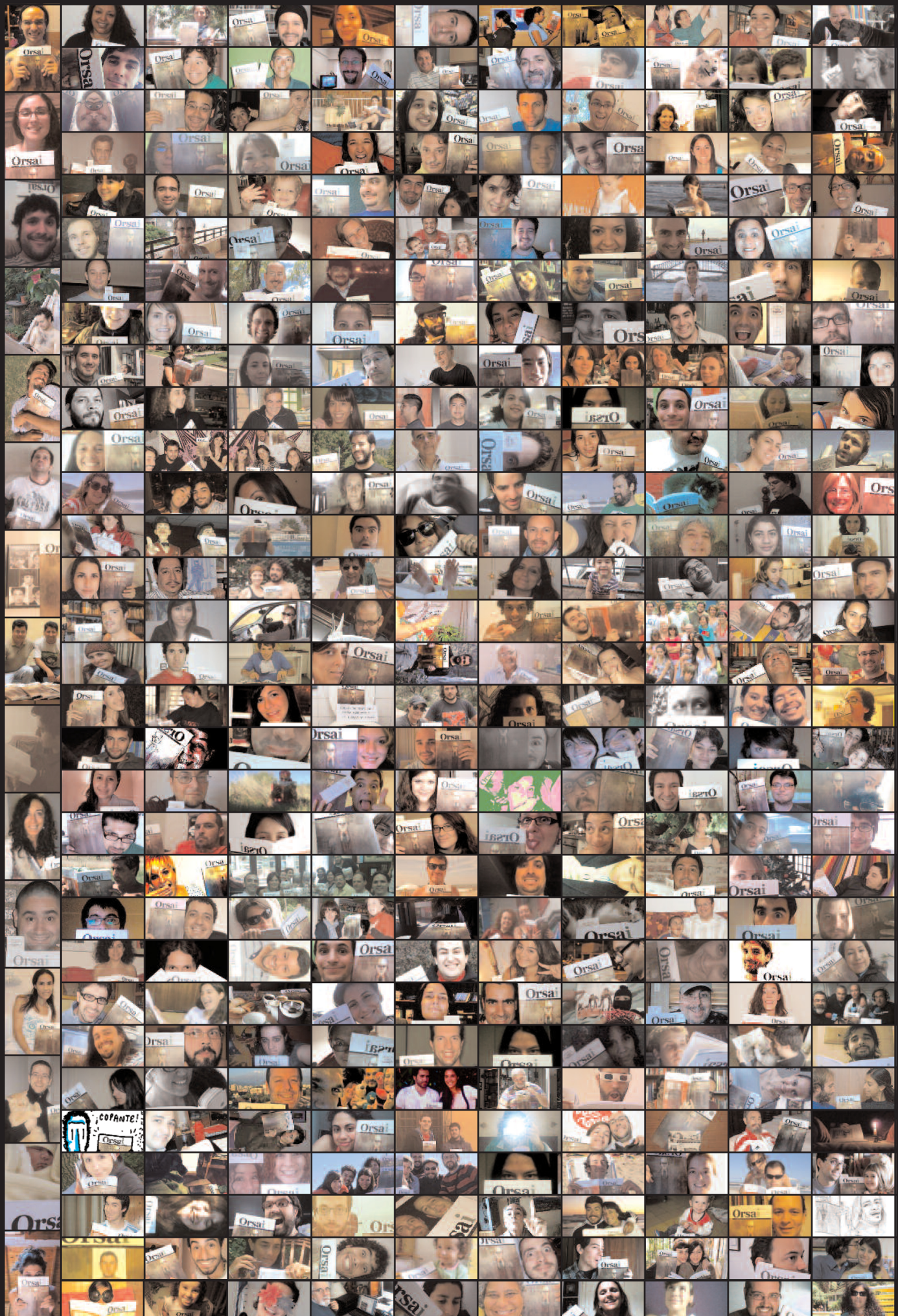
GESTIONES
Cristina Badia

CORRECCIÓN
Florencia Iglesias
Barbarita Rubio

CONSEJOS
Horacio Altuna

ALIMENTACIÓN
Comequechu Villalba
Xavi López

Sant Martí, 36 (08470) Sant Celoni
Barcelona España +34 651194192


Orsai
¡COPANTE!